



*El*  
milagro  
*de*  
**TENERTE**

*Serie segundas oportunidades*

**LIBRO 2**

**TRACY JANE WARREN**

*El* milagro  
*de* **TENERTE**

*Serie segundas oportunidades*  
**LIBRO 2**

TRACY JANE WARREN



©1ª Edición Enero 2017

©Copyright y edición de la obra: Tracy Jane Warren

Diseño de portada: Alexia Jorques

Correctora: Sandra Campos

Maquetación: Teresa Cabañas

©Todos los derechos reservados.

Prohibida su copia o distribución sin la autorización del autor, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

Gracias por comprar este ebook.

# ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISEIS

CAPÍTULO DIECISIETE

NOTA DE LA AUTORA

PRÓXIMAMENTE

Te he deseado desde que te vi y te he amado desde que te abracé.

No me importa quién fueras antes, solo quien eres  
ahora.

Y ahora eres mía. Mi único amor.

NAN RYAN

## PRÓLOGO

La escasa luz del crepúsculo se filtraba por la ventana entreabierta, dándole a su cabello rojizo destellos de fuego. Su suave respiración me indicaba que aún se encontraba dormida entre mis brazos, como si fuera una niña acurrucada en un refugio seguro. Pero su cuerpo, a pesar de ser suave y dulce, no tenía nada de infantil e incitaba a mis manos a recorrerlo.

Me gustaba contemplarla mientras velaba su sueño, dando las gracias al cielo por hacer que mi ángel se hubiera cruzado en mi camino. Si no hubiera sido por su torpeza al tirarme el árbol de navidad encima, o por su carácter alegre y compasivo, jamás habría conocido lo que es la plena felicidad y el amor verdadero. Pues si de algo estoy completamente seguro, es que mi corazón es absolutamente suyo.

Sus ojos verde esmeralda, su piel blanca aterciopelada y su sonrisa seductora, forman ya parte de mi vida cambiándola por completo. Desde que nos declaramos en Nochevieja el mutuo amor que nos teníamos, aclarando así nuestros sentimientos, no hemos podido separarnos el uno del otro por mucho tiempo, provocando con ello que nuestras vidas dieran un feliz giro del que ninguno se arrepiente.

Las horas que por obligación tenemos que alejarnos se nos han vuelto insoportables, pues éstas se alargan demasiado al tener que repartirse entre el trabajo de ambos, el tiempo que no podemos vernos al vivir separados, y el escaso margen que nos queda para estar juntos. Un parco fragmento del día que cada vez se hace más insuficiente.

Por ello, no hace mucho, decidimos en un acuerdo sin palabras que debíamos permanecer unidos y formar nuestro hogar donde estuviera el otro. Quizás algunos piensen que esta decisión fue precipitada, pero no podemos evitar querer estar uno al lado del otro, y sobre todo no puedo evitar querer darle todo cuanto soy y tengo.

La llevo anclada a mi corazón y sin ella no soy capaz de sentir, pues ella lo es todo y estoy dispuesto a cualquier cosa para no volver a perderla. El infierno que pasé por culpa de mi orgullo y prepotencia es algo que jamás pienso volver a repetir, al no volver a arriesgar este amor que para ambos es tan importante.

Es mi universo, mi alma y mi vida, pues inunda mi mente con cascadas de alegría. Me da pasión, me reconforta y me cobija, a la vez que me excita o me aplaca con solo una caricia, al guardar en sus dedos la magia de saber lo que siento y necesito.

Me ha convertido en un adicto a sus besos que anhela a cada instante el roce de sus labios en mi boca. Su dulce sabor a canela me embriaga y me hace cometer la locura de abrirme a ella por completo, sin importarme las consecuencias ni las ataduras. Ha conseguido condensar toda mi existencia en las pocas semanas que llevamos juntos, haciendo que mi vida pasada quede en el olvido al carecer de importancia. No hay pasado

si no está ella, quedando solo la opción de un futuro a su lado, al ser incapaz de imaginar un mañana sin estar entre sus brazos.

Cuidarla, consentirla y mimarla se ha convertido en mi principio y mi meta. Dormir pegados hasta que el nuevo día nos separa, o ser el dueño de su sonrisa me ha cambiado por completo convirtiéndome en un hombre mejor, feliz y sereno. Su luz interior me guía, sus manos me sostienen y su ímpetu me impulsa. Es mi punto de partida y a la vez mi némesis.

Siento como se mueve enrollándose contra mí. Con su cabeza apoyada en mi hombro y su brazo sobre mi pecho desnudo, noto como mi cuerpo va despertándose al deseo y busco entre la escasa luz del alba su boca seductora. Lamo sus labios de forma juguetona mientras mi mano surca la curva de sus caderas, fundiéndome en sus formas. El deseo se vuelve duro y apremiante, e introduzco mi lengua sintiendo una explosión de salvajes emociones.

Aunque han pasado justo dieciséis días desde que entró en mi cama, en mi piso y en mi vida, sigo sintiendo una necesidad creciente por poseerla y hacerla mía. No concibo un amanecer sin tenerla entre mis brazos, una mañana sin sus bostezos o su desorden, o una despedida llena de prisas, pues nunca consigue encontrar lo que necesita, o debe cambiarse de ropa en el último momento por motivos que solo ella conoce.

Tampoco podría pasar sin nuestras charlas, risas y discusiones que siempre acaban en frenético sexo, así como sus contoneos al bailar de forma descuidada mientras recoge la mesa o prepara algún bocado, al haberse convertido cada uno de ellos en una parte de mí, como lo son mis manos o mis pensamientos.

Mi forma de ser organizada ha tenido que adaptarse a su manera alocada y espontánea, al preferir corregir mis defectos antes que hacerla cambiar cualquiera de sus manías, pues sin éstas dejaría de ser tan perfecta. Ha conseguido solo con su presencia transformar lo que parecía imposible en fácil, y convirtiendo la convivencia diaria en una aventura. Aunque ha puesto todo mi mundo patas arriba, jamás renunciaría a nada de lo mucho que mi ángel me aporta y me entrega.

Al contemplarla dormir tan feliz y relajada no puedo evitar repasar los primeros días tras el baile de fin de año, donde nos resultaba imposible dejar de amarnos, y donde cada minuto a su lado era un billete directo hacia el paraíso. También está en mi memoria lo mucho que me costó convencerla para que se viniera a vivir conmigo, al habersele metido en la cabeza que no quería aprovecharse de mi generosidad. Como si yo fuera del todo altruista cuando lo que quería era tenerla cerca y reclamarla como mía.

Mis recuerdos de esos días avivan mi libido y mis caricias se vuelven más atrevidas, mientras acoplo entre mis dedos el duro pezón de su pecho. Oigo como se escapa un gemido de su boca y sigo haciéndola mía, deseando lamer su aureola hasta cambiar su color rosado a un profundo tono carmesí. Mi miembro despierto busca el hueco entre sus piernas, pues se ha vuelto costumbre dar la bienvenida a los primeros rayos del día entre embestidas y orgasmos.

Separo nuestros labios colocándome sobre ella y la observo maravillado. Noto como su deseo aumenta y su rostro se sonroja haciéndome sonreír, pues imagino que mis caricias han transformado su apacible sueño en otro erótico del que está disfrutando. Contoneo mis

caderas preparándome para penetrarla advirtiéndome como, aún dormida, se abren más sus piernas impaciente por que la posea.

Mi ángel, pues es así como cariñosamente la llamo, empieza a despertarse al notar el peso de mi cuerpo sobre el suyo, en un estado de vigilia donde realidad y sueño se funden. Es entonces cuando la penetro para hacerla comprender que no solo forma parte de su fantasía, y la miro al querer para mí su primer gemido y su cara de asombro, al saber que su deseo no ha sido despertado por una ilusión de su mente, sino por mis manos impacientes.

Se tensa y segundos después se relaja acomodando una sonrisa en sus carnosos labios, mientras profundiza el sonrojo de sus mejillas.

—¡Hola preciosa! —le susurro jadeante controlando mi deseo.

Vuelvo a moverme despacio dentro de ella mientras me acompaña en mis movimientos y me abraza, colocando sus brazos alrededor de mi cuello.

—¡Hola perverso! —ambos sonreímos.

Despacio, aún medio dormida, empieza a abrir sus ojos y me vuelven a enamorar con su brillo. Veo un destello de lujuria en ellos haciendo que la vuelva a embestir, y su gemido se clava en mi libido necesiéndola con desesperación, pero quiero ir despacio hasta que esté totalmente despierta y ambos podamos disfrutarlo.

—¿Sabes lo mucho que te quiero? —me dice entre susurros cargados de deseo, consiguiendo que mi corazón se detenga.

Por mucho que me lo diga a diario no consigo hacerme a la idea de que una mujer tan maravillosa, especial y cariñosa, se haya enamorado de un hombre tan antisocial y taciturno como yo. Sé que aunque me lo repitiera todos los días durante el resto de mi vida, no lograría desprenderme de la sensación de ser el hombre más afortunado del mundo por haberme convertido en el dueño de su amor.

—¡Mi ángel!

Es lo único que soy capaz de contestarle, y con euforia paso a demostrarle con mi mente, mi cuerpo y mi alma todo lo que mi ser siente por ella. Si tuviera que pedir un deseo, éste sin lugar a dudas sería pasar mi vida entera fundido en su cuerpo, pues solo entre sus brazos he logrado encontrar la felicidad que siempre se me presentaba esquiva.

Aunque he de admitir que no me considero un hombre romántico, y por eso jamás pensé que encontraría a una mujer que me hiciera sentir con tanta intensidad lo que siento, ya que he de admitir que mi corazón empezó a latir nada más verla.

Puede que muchos crean que es una relación imposible por nuestras diferencias, o que tarde o temprano algo se interpondrá en nuestro camino. Sé que tenemos un largo trayecto por delante y aún nos queda mucho por aprender del otro. Sé que aún me oculta cosas e intento que no me importe, pero sobre todo sé que hemos cruzado una línea difícil de dejar atrás, pues cuando se dice “te quiero” entregando en cada palabra el corazón, es tarea imposible pasar página olvidando quien es el dueño de ese amor.

Y así como cada mañana, el nuevo día se va haciendo presente, mientras nosotros nos fundimos en un solo ser y damos salida a nuestros sentimientos, pues la amo y negarlo

no tiene razón o juicio. Con sus besos sobre mis labios y la luz del nuevo día bañando nuestra piel, nos fundimos en un éxtasis de sensaciones donde estar dentro de ella me enloquece, deseando que esta dulce agonía no tenga fin.

## CAPÍTULO UNO

El agua tibia de la ducha moja mi piel y despeja mi cabeza somnolienta. Su calidez me acobija mientras repaso una por una, todas las tareas que tengo pendiente esa mañana de viernes. El despertador había sonado como cada día de esta semana a las siete y media de la mañana, para recordarme que mi nuevo trabajo me esperaba, y sobre todo, que dormía en los brazos de mi perfecto príncipe.

Despertarse al amanecer con su cuerpo pegado al mío o haciendo el amor era algo nuevo para mí, y se estaba volviendo adictivo con el paso del tiempo. Esos instantes eran tan preciados para alguien que estaba experimentando su primer gran amor, que los guardaba en lo más profundo de mi corazón para mantenerlos siempre conmigo. Pero no solo esos momentos contaban como importantes para mí, pues lo más cotidiano se convertía en excitante con solo saber que él estaría a mi lado.

Eso sucedía cada mañana cuando tras escuchar el odiado sonido del despertador, que nos alejaba del sueño, venía su abrazo y su beso de buenos días antes de que saliera apresurado hacia al baño. Era descorazonador como en dos segundos pasaba de dormido a despierto, cuando yo necesitaba como mínimo cinco minutos para empezar a sentirme lúcida.

Después de mi ducha y con mi plan del día repasado, salí dispuesta a comerme el mundo. Lo primero con que me encontré, como era habitual en nuestra rutina diaria, fue a Christian de espaldas a mí afeitándose y como no, tenía sus ojos puestos sobre mi cuerpo desnudo en vez de en el espejo para no cortarse.

Siendo consciente de su mirada, y sintiéndome traviesa, retrasé todo lo que pude el momento de cubrirme con la toalla, para después acercarme a él con lentitud mientras su mirada estaba fija en mí, y su mano quedaba quieta y olvidada en su mejilla a medio afeitarse.

Seguí caminando despacio hacia la ducha, notando como la habitación subía unos grados conforme me acercaba a donde él se encontraba, y solo pude contener mi respiración cuando sentí sus ojos fijos en mis pechos. Después, con una actitud traviesa y excitante, poco a poco fue subiéndolos hasta encontrarse con mi mirada, para dejarlos fijos en ellos a la espera de mi respuesta.

Él estaba arrebatador con su pantalón de pijama cayéndole por las caderas y con su torso al descubierto, que reclamaba a gritos mis inquietas manos. Pero sobre todo estaba deslumbrante con su seguridad y con esa mirada pícaro, que me hacía desear salir corriendo directa a sus brazos.

Nos gustaba dormir desnudos para sentir el roce de nuestra piel, pero tras la ducha se cubría con esa prenda mientras se secaba y se afeitaba, para estar preparado por si la asistente llegaba.

Algo que aprendimos una mañana cuando la pobre mujer nos descubrió mientras salíamos de la cocina con comida, como si fuéramos Adán y Eva en el paraíso pillados en el árbol prohibido robando la manzana. Desde entonces teníamos más cuidado, pues el susto de la pobre mujer y el nuestro sería algo que nos costaría olvidar.

Tras evaluar el calor de su mirada y el poco tiempo que me quedaba para llegar a mi nuevo trabajo, no me quedó más remedio que desistir de su invitación y conformarme con darle una palmadita en el trasero cuando lo tuve a mi alcance. Aunque eso sí, no pude contenerme y me incliné para susurrarle de forma seductora al oído:

—Si sigues mirándome así te vas a cortar.

Comentario que contestó con un gruñido y una mirada risueña que no dejaba de perseguirme.

Seguí con mi aseo como si fuera algo común tener a mi lado a un hombre alto, fuerte, sexy, y de cabello negro con ojos feroces que me hacían temblar de deseo con solo vislumbrarlos, además de ser un hombre de fuerte carácter y apasionado hasta la extenuación que me hacía perder la razón.

Christian se había convertido en el centro de mi universo, y trataba de controlar mi vida como controlaba su imperio. Pero aunque fuera demasiado posesivo y enigmático en demasiadas ocasiones, había una cosa de la que podía estar segura, él era solo y completamente mío.

—¿Es esta tarde esa visita tan importante? —me preguntó.

—Sí, quiero ir antes a la casa para tenerlo todo preparado.

—Seguro que todo te va a ir muy bien.

Se acercó y besó mi hombro desnudo con dulzura, produciéndome un escalofrío por el cuerpo que me hizo desear olvidarme de todo y entregarme por entera a él.

Christian se había convertido en un refugio donde sentirme segura, además de ser un ancla donde me aferraba cuando me sentía confusa. Aún así, me negaba a mostrarme débil o insegura, pero sobre todo no quería ser su mantenida, de ahí que fuera tan importante para mí la libertad e independencia que me daba un trabajo.

Sé que él quería cuidar de mí y darme todo lo que necesitara, y por esa razón nuestros primeros días fueron tensos al tener que dejarle bien claro que pretendía encontrar un nuevo trabajo, y que nunca sería esa clase de mujer que permanecía en casa esperando la llegada de su hombre. Por suerte pareció entenderlo, pues no repuso objeciones cuando centré mi tiempo libre en buscar algo.

Agradecí que no tuviera que esperar mucho a que me llegara del cielo una oferta en una inmobiliaria de prestigio, donde entraría como comercial de ventas y podía ganar unas buenas comisiones. Sé que no era mi sueño y nada tenía que ver con mi carrera de interiorismo, pero por lo menos era algo que me daría cierta autonomía económica y no me haría sentir una sostenida.

Mi momento había llegado tras pasarme una semana de duro trabajo, y hoy tenía ante mí la posibilidad de hacer una venta con una jugosa comisión. Por eso decidí esmerarme con mi aspecto, y ponerme un traje de chaqueta entubado de Chanel que me había regalado mi generoso novio, e iba a conjuntarlo con una camisa de seda y unos zapatos Gucci que quedaban muy por encima de mi presupuesto; sobre todo teniendo en cuenta que esta sería mi posible primera venta y aún no había tenido ningún ingreso.

De hecho, Christian se empeñó en regalarme ropa y complementos, alegando que lo hacía por el bien de ambos, al cuidarme como una inversión de futuro. Se refugiaba en su experiencia como hombre de negocios para asesorarme, y me repetía una y otra vez que no solo hacía falta talento para triunfar, sino también dar una buena imagen.

Esta era la excusa que me repetía cada vez que me negaba a entrar a una boutique y él sacaba su brillante tarjeta de crédito, o cuando aparecía con un regalo sorpresa que había visto en algún escaparate para mí.

Ambos sabíamos que lo hacía al querer dárme todo y no quería que me sintiera mal al regalármelos, y por ello teníamos un acuerdo silencioso donde yo fingía que lo aceptaba como inversión y él me compraba lo estrictamente necesario; si es que unos zapatos de dos mil quinientos dólares se pueden considerar como complementos de diario.

Como era costumbre él terminó de asearse y de vestirse antes que yo, y me esperó en la cocina mientras preparaba el desayuno para cuatro personas, aunque en realidad solo fuéramos dos. Por desgracia para mi figura otra de sus manías era alimentarme como si fuera inminente la llegada de una hambruna, que curiosamente solo me afectaría a mí. Una situación que me exasperaba y que me saltaba a la ligera provocando su ceño fruncido y mi sonrisa.

Me vestí, maquillé y peiné con esmero, y fui a por mi montaña de comida dispuesta a presentarle batalla como cada mañana, pues las mañanas tranquilas y relajadas no eran para nosotros.

Nada más entrar a toda prisa lo encontré apoyado en la encimera esperándome, mientras se tomaba su primera taza de café en un par de sorbos.

Christian era un adicto a la cafeína, y como norma general se tomaba dos tazas cada mañana sin dejar de ojear el periódico, mientras yo era más de tomarme una taza de forma más pausada a la vez que cotilleaba lo que él estaba haciendo, y le iba robando las hojas del periódico que me interesaban. Sobra decir que con cada página que le quitaba él me arremetía con el consiguiente gruñido, al no dejarle leerlo en paz, convirtiéndose en nuestra rutina el tira y afloja de la posesión del periódico.

Siempre me hacían gracia sus quejas y su mal humor, pues sabía que en el fondo le gustaba mi forma de ser espontánea y alocada. Según su recuento, desde que estábamos juntos no había conseguido leer una sola noticia entera, y era imposible terminarse el café con el periódico intacto. Lo más gracioso de todo es que, aún siendo rico, no se dignaba a comprar dos ejemplares, asumiendo con ello que le encantaba nuestro juego al no ponerle remedio.

Christian no se dio cuenta de mi llegada a la cocina, y pude observarle relajado tomándose su taza de café, con su traje gris claro hecho a medida y una corbata azul celeste

que resaltaba sus ojos. No pasó ni un segundo hasta que su mirada se encontró con la mía, para después con todo el descaro posible empezar a recorrer mi cuerpo lentamente.

Juguetona y sintiéndome seductora me detuve para que me observara detenidamente, colocándome en una pose de modelo para provocarle una sonrisa. Después, ya sabiendo que tenía toda su atención sobre mi persona, me giré despacio para que me viera de pleno.

—¿Paso el examen? —le pregunté.

Él sonrió discretamente sin apartar sus seductores ojos de los míos, y tras tragar pesadamente su café me respondió.

—¡Con sobresaliente!

Tras su aprobación me acerqué encantada y como recompensa por su alago le besé en los labios, quedando en mi boca su sabor a café y a deseo que tanto me excitaba. Sin querer profundizar más con mis caricias, pues sabía que nos conduciría a acabar exhaustos sobre la encimera, me aparté de él y me encaminé a mi asiento para empezar con el desayuno.

—¿Ese es el traje que te regalé? —me preguntó mientras seguía el movimiento de mis caderas con su mirada.

—Sí, quería ponerme algo especial para impresionarlos.

—¡Pues estás preciosa!, —se acercó a mí sin que lo notara y me dio una palmada en el trasero.

Se había convertido en una especie de juego ser el último en dar una palmada en el trasero al otro, y como a ninguno de los dos nos gustaba perder, aprovechábamos la mínima oportunidad para quedar vencedor.

Con el escozor aún en mi nalga le miré con ojos acusatorios, recibiendo a cambio un beso en los labios acompañado de una traviesa sonrisa de Christian. Si no fuera por lo tarde que era le habría enseñado como se juega en serio, pero tuve que conformarme con sentarme y morder con rabia mi tostada mientras él; divertido por mi enfado, se sentaba a mi lado.

—Has preparado mucha comida —le dije aún molesta.

—Tienes que comer para estar en forma —se atrevió a decirme el que solo tomaba dos tazas de café.

—¡Ya hago ejercicio en la cama! —Solté justo cuando tragaba un sorbo que se le atragantó con la risa, y aproveché el momento para quitarle la página principal que estaba leyendo.

—Por eso tengo que alimentarte, para que no desfallezcas —me dijo mientras me miraba divertido y se limpiaba con una servilleta, para acto seguido apartar el periódico de mi lado y así conservar el resto a salvo.

—Entonces tú también deberías comer más o vas a resultarme inservible —le comenté ofreciéndole mi sonrisa más seductora.

Christian se inclinó despacio hacia mí, colocándose a mi altura, quedando de ese modo nuestras caras a pocos centímetros. Una vez posicionado, acarició mi mejilla con suavidad, y me dijo con picardía:

—Recuérdame esta noche que te demuestre mi aguante, preciosa.

Sin más volvió a colocarse en su anterior posición, cogió el periódico y siguió con su taza de café como si no hubiera pasado un tsunami por mi cuerpo. Pero por mucho que quisiera fingir una tranquilidad que no sentía, a mí no me podía engañar, pues notaba en el filo de sus labios como una sonrisa se esforzaba por salir.

Tratando de parecer serena; aunque me moría de ganas de decirle algo para que su atisbo de sonrisa desapareciera, seguí como si nada intentando que mi mano no temblara mientras me servía zumo de naranja en el vaso. Pero como era de esperar, entre lo patosa que soy y mi temblor post tsunami, el zumo terminó vertiéndose por la mesa y salpicando mi blusa de seda.

Christian se atrevió a ensanchar su sonrisa victoriosa, y a mirarme con autosuficiencia por encima de su lectura, como dándome a entender que no se sorprendía por mi torpeza, provocándome con ello un deseo de venganza que le quitaría de un soplo esa petulante mirada.

Enfadada con su sonrisa, pero sobre todo conmigo misma por no poder controlarme cuando lo tenía cerca, contemplé el desastre de la mesa mientras pensaba que Rose; la asistente, debería odiarme a estas alturas, pues no había día que no vertiera, rompiera o extraviara algo por culpa de ese hombre, que me ponía a temblar como una boba con solo tenerlo cerca.

De pronto se me ocurrió la manera perfecta de vengarme, y decidida a presentar batalla me levanté y empecé a desabrocharme lentamente la blusa, dejándola resbalar despacio por mis hombros y mis brazos. Sin prestarme a mirarle, aunque notaba el calor de su mirada sobre mi cuerpo, me quedé ante él mostrando mi sujetador de encaje blanco que ensalzaba mi generoso pecho.

Siguiendo con el dedo índice el borde del encaje que limitaba la piel de mi seno, noté un silencio abrumador en la cocina que me indicaba que tenía toda la atención de Christian. Sabiendo que me estaría mirando alcé la vista para observar su reacción, y le lancé una sonrisa picarona que lo dejó aún más atontado, y con su taza a medio camino de su boca. Luego, despacio, me giré en dirección a la puerta, mientras dejaba caer la blusa de forma casual al suelo como colofón a mi actuación.

Una vez en la puerta me volvía a girar y me apoyé en el marco con una pose sensual, para después recorrer su cuerpo con una mirada seductora con la firme intención de quemarlo como castigo. Una vez retenido en la prisión de mi embrujo femenino, le provoqué con una voz sedosa al decirle antes de irme:

—Voy a tener que quitármelo todo —sabiendo que tenía toda su atención aproveché el momento para avisarle de algo que tenía que decirle y no le iba a gustar—. Y por cierto cariño, no me esperes para comer —y sin más me fui a mi habitación, antes de que empezara a protestar.

Cuando ya estaba saliendo del salón; que separaba la cocina de los dormitorios, escuché la voz estrangulada de Christian que me decía:

—¿Cómo que no vas a venir a comer?

Seguí sin prestarle atención hasta el armario vestidor de nuestra habitación, y me dispuse a encontrar otra blusa que conjuntara con el traje. A mi espalda noté su presencia que exigía contestación.

—Ya te lo he dicho antes, quiero preparar la casa para cuando vengan los clientes —le contesté de forma distraída.

—¿Y tienes que hacerlo tú?, ¿no tienes ningún asistente? —esta vez sonaba enfadado.

—¡Claro que no tengo asistente, solo llevo trabajando allí desde el lunes! —cogí una blusa de un tono azulón que le podría ir bien al traje de chaqueta azul marino que llevaba.

—Pues tenía planes para comer juntos —su voz sonaba molesta y sobre todo sofocada, mientras sus ojos no se perdían un detalle de mis movimientos.

—¿Qué te parece si lo dejamos para esta noche? —le dije mientras cruzaba la habitación hacia la cómoda

—También tenía planes para esta noche —me respondió sonando como un niño al que le habían robado un caramelo.

Abrí el cajón donde guardaba mi ropa interior, y le mostré un sujetador de raso y encaje de Victoria Secret que él me había regalado hace unos días.

—¿Le va mejor este sujetador a la blusa? —le dije mientras se lo mostraba restregándose por las narices.

Él me lo arrancó de las manos acompañando su maniobra con un gruñido, y lo arrojó al cajón de mi ropa interior de donde lo había sacado.

—El que llevas puesto está perfecto.

—¿Estás seguro?, ¿No está manchado de zumo? —me miré los pechos para comprobar que el sujetador no estuviera manchado.

—Estoy más que seguro. Y si no te pones la blusa de una maldita vez vas a llegar muy tarde —soltó enfadado y con voz ronca.

—¡No es tan tarde! —levanté la vista y me encontré con unos ojos cargados de deseo que me miraban con el calor y la fuerza de un volcán en plena erupción.

—¡Créeme!, si no te pones la blusa en menos de un minuto, vas a llegar muy tarde... y yo también.

Sonreí divertida por su comentario, y sobre todo por el poder que ejercía sobre él, pues con solo una mirada, un roce o con mostrarle un poco de mi escote lo tenía ante mí cargado de deseo.

Decidí ser buena chica y hacerle caso, pues no quería retrasarme en un día tan importante.

—¿Qué te parece si me paso por tu despacho cuando termine con la visita? Así te cuento como me ha ido y de paso, si tengo suerte y vendo la casa, podemos celebrarlo — repuse mientras terminaba de abrocharme la blusa.

—Me parece una buena idea —me respondió Christian acercándose despacio, para después rodearme la cintura con sus brazos— además, así no te echaré tanto de menos.

—Solo serán unas horas —le contesté mientras rodeaba su cuello con mis brazos mimosa.

—Demasiado tiempo sin ti —me besó dulce y profundamente llegando hasta mi corazón—. Cada minuto sin ti es una eternidad.

Volvió a besarme, aunque esta vez con más pasión, mientras yo me fundía entre sus caricias y su entrega olvidándome de todo a mi alrededor. Lentamente, como queriendo saborear cada instante, degustó mi sabor en su boca hasta casi perder la razón.

Sabiendo que estaba a punto de perder el control, Christian separó nuestros labios, y se me quedó mirando como tratando de descubrir que guardaban mis ojos tras su brillo provocador.

Con las piernas de gelatina y la respiración acelerada, me quedé observándolo ensimismada ante ese escrutinio que me llegaba hasta el alma, y le dirigí mi sonrisa más coqueta con el propósito de seducirle.

Como recompensa Christian mordió mi labio inferior, y se apartó de mí con una sonrisa en su boca y en su mirada que me decía sin necesidad de palabras lo mucho que me quería.

—¡Provocadora! —me dijo divertido y sin dejar de mirarme.

—¡Aguafiestas! —le respondí tratando de parecer enfadada por su retirada, aunque en realidad me sentía encantada al estar entre sus brazos.

Christian soltó una carcajada y sonreí pues su sonrisa, que en el pasado resultaba extraña de escuchar, se había convertido en algo frecuente y contagioso.

—Será mejor que nos marchemos a trabajar antes de que cambie de opinión, —me comentó al mismo tiempo que deshacíamos nuestro abrazo—, y recuerda pasar por mi despacho cuando termines sin importar la hora que sea.

—¡A sus órdenes, jefe! —le dije mientras le hacía el saludo militar.

—Si de verdad fuera tu jefe me harías caso —repuso mientras salíamos al salón y cogíamos los abrigos.

—Si fueras mi jefe acabarías loco en tres días —contesté colocándome la chaqueta entallada y después el abrigo.

—¡Eso seguro, mi ángel! —me miró con aprobación durante unos segundos—. ¿Cómo es posible que cada día estés más guapa?

Le sonreí con dulzura, pues estar con él era un sueño hecho realidad y del que aún temía despertar.

—Eres tú que me miras con buenos ojos —le contesté con una flamante sonrisa que le derritió.

Se acercó a mí y me acarició la mejilla con cuidado, como si fuera de un material muy valioso y delicado.

—Es porque te amo cada día más —nos quedamos por unos segundos mirándonos sin ser conscientes del mundo a nuestro alrededor—. Y ahora coge el bolso y vámonos antes de que te lleve en brazos a la cama y no te deje salir de ella en tres días.

Sonreí y me apresuré a obedecerle, aunque la idea de pasar tres días sin salir de la habitación no me parecía nada mal. De hecho la última vez que lo hicimos fue una experiencia inolvidable, que me propuse repetir lo más a menudo que fuera posible.

—¿Has cogido las llaves? —me preguntó como lo hacía cada día.

—Sí, no se me vuelven a olvidar.

Revisé el traje entallado; y sin manchas, el bolso, las llaves, el abrigo, el maletín de cuero regalo de Christian, y mi sonrisa de vendedora competente. Todo listo para empezar un día intenso y lleno de expectativas, donde podría asegurarme un puesto en la inmobiliaria Morrison.

Salimos del piso cogidos de la mano hacia el ascensor, donde bajaríamos al garaje y desde allí, cogería uno de los coches de Christian para ir a mi trabajo como hacía a diario. Todo listo para vivir la experiencia más inolvidable y a la vez más bochornosa de mi vida.

## CAPÍTULO DOS

Llegué a la inmobiliaria cinco minutos tarde, pero como era viernes nadie estaba pendiente y no se notó mi ausencia. Entré tranquila y me dirigí a mi mesa, donde me esperaban unas horas llenas de llamadas, entre otras cosas para verificar las propiedades que aún estaban en venta, concertar visitas con clientes potenciales en espera, y hablar con los nuevos compradores para interesarme por su búsqueda de vivienda.

A mi alrededor los compañeros de trabajo hablaban por teléfono o entraban y salían sin descanso, indiferentes ante mi presencia al ser la nueva en un campo tan competitivo. He de admitir que no me gustaba que no me tomaran en serio, pues daba la impresión de que me veían como a una niña pequeña que jugaba a las casitas, algo completamente falso.

Mis colegas masculinos, siete en total contando con el jefe, al ser yo una de las tres mujeres del despacho, además de la más joven, me consideraban una especie de muñequita sin inteligencia, que solo estaba tonteando hasta encontrar algo más adecuado a mi imagen de Barbie.

No es que fueran antipáticos, más bien era todo lo contrario, ya que se pasaban la mañana mirándome sonrientes y se empeñaban en explicarme las cosas diez veces por si no las había entendido. Estaba deseando vender algo para demostrarles mi capacidad, o de lo contrario un día de estos terminaría poniendo cianuro en la cafetera del despacho. Sobre todo en el café de mis dos compañeras femeninas, que se pasaban toda la mañana mirándome de reojo y murmurando entre ellas.

Después de pasar toda la mañana de preparativos y papeleo, me comí apresuradamente un sándwich de atún, y me dirigí al barrio residencial donde me esperaba una casa de ensueño que había salido al mercado hacía unos días, con el propósito de dejarla impecable para hacer su compra aún más apetecible. Llegué ilusionada y con más de una hora de adelanto a la cita para prepararla, pues quería que todo resultara perfecto.

Mis clientes eran una pareja de unos cuarenta años que buscaban una residencia mayor para su creciente familia. Además querían una vivienda más glamurosa que su sencillo piso, para adecuarse al nuevo puesto de trabajo del marido, y acceder a una zona más privilegiada de la ciudad. Otro de los requisitos fundamentales de la mujer era que estuviera en un barrio periférico para alejarse todo lo posible de su suegra, a la que llevaba aguantando como vecina una eternidad; según palabras textuales.

Con mi falda entubada y mis zapatos de tacón de vértigo, lo primero que hice al llegar fue descalzarme, y comencé a abrir las persianas para que entrara la luz del sol y las ventanas para que se filtrara un poco de aire. Si bien la temperatura del mes de enero era

bastante fría, pensé que no le vendría mal un poco de ventilación a la casa al haber estado cerrada unos días.

Cuando estuvo todo ambientado coloqué perfumadores con esencia de rosas en cada habitación, y revisé cada rincón para que no hubiera nada sucio o con telarañas. Sabía que cada detalle era importante, y quería mostrarme lo más profesional posible con el fin de conseguir una venta y acallar más de un comentario malicioso.

Cuando faltaba poco para que apareciera la pareja, me calcé los Gucci y comprobé por última vez que todo estuviera perfecto. La puerta estaba cerrada sin llave pues la delincuencia no existía en esa zona, y los vecinos eran gente educada y respetable que no tenían problemas entre sí.

Según había leído en los informes y por lo poco que vi cuando me acerqué hacía tres días, el vecindario daba una imagen tranquila y acogedora donde todos parecían muy amables y simpáticos, por lo que se incrementaba más el valor de la vivienda.

Con un suspiro de aprobación di por terminada mi tarea, justo a tiempo, y me dirigí a la puerta de entrada para esperar a mis clientes. Pero un extraño ruido que no pude identificar me asustó, a la vez que despertaba mi curiosidad. Agudicé el oído para saber si el sonido venía del exterior, o si por el contrario su origen estaba en el interior de la casa. Decidida a que nada estropeará la posible venta recorrí despacio la planta baja, con el fin de dar con la causa de ese extraño sonido.

Los gemidos, o por lo menos eso parecían pues no sabía muy bien cómo identificarlos, provenían de uno de los cuartos de baño; más concretamente del que estaba más cerca de la entrada principal, y decidí ser valiente por una vez en mi vida, y entrar a comprobar si era una persona en apuros o un malhechor que intentaba entrar a escondidas a robar.

Armada con el plumero, pues era lo único a mano que encontré, me adentré despacio en el baño, pero para mi sorpresa no encontré a nadie dentro de él o queriendo entrar, pero aun así los extraños ruidos seguían escuchándose y curiosa me dispuse a investigar con más profundidad.

Descubrí que provenían del exterior, pero muy próximo a la casa, y temí que fuera algo que asustara a mis clientes estropeándome la venta, por lo que decidida decidí acabar con ese estorbo inoportuno.

Dejé el inofensivo plumero que me había servido como arma mortífera, y vi que en lo alto de la pared frontal había una pequeña ventana que servía más como tragaluz para la ventilación, que para recrearse con las vistas debido a su escaso tamaño. Me acerqué, y ayudándome de un pequeño taburete, conseguí elevarme y asomar la cabeza por la estrecha apertura, pero los tacones me dificultaban el equilibrio, y la estrecha falda me impedía impulsarme más.

Escuché que el sonido se encontraba muy cerca de mí, y con una curiosidad que rozaba la estupidez, decidí dar un pequeño salto para impulsarme y así conseguir ver al culpable de tanto alboroto. Para mi infortunio, fue mucho más fácil pensarlo que hacerlo, pues al impulsarme el taburete salió disparado hacia atrás, haciendo que me abalanzara hacia adelante con demasiada fuerza.

Fue de esa manera tan estúpida como me quedé encajada en el hueco de la ventana, por culpa de ese desafortunado incidente, y por mis caderas, ya que por desgracia éstas quedaron apesadas en el tragaluz, aunque gracias a este hecho no caí de cabeza al jardín exterior de la casa.

Menos mal que mi suerte no me abandonó del todo, y encontré como único apoyo exterior un pequeño poyete donde recaer el peso de mi cuerpo.

Intenté con todas mis fuerzas retroceder pero mis pies no tocaban el suelo, y mis caderas encajadas me impedían recular. Cada vez que tiraba hacia atrás solo conseguía rajar más los laterales de mi falda, al estar estos enganchados, quedando con ello en problemas aún más serios, pues lo que menos quería era terminar en bragas, y menos cuando faltaba poco para que llegaran mis clientes.

Por suerte tenía los brazos y la parte superior del cuerpo fuera de la casa, dándome cierta movilidad para asegurarme, y tras mirar al suelo pude ver que solo estaba a pocos metros de éste al encontrarme en la planta baja.

Un ruido a mi izquierda me asustó por su proximidad, y recé para que no fuera un psicópata con problemas respiratorios que buscara una víctima fácil de aniquilar. Miré con miedo a mi alrededor, y comprobé que el causante de mi desastre; a parte de mi curiosidad, era una cría de paloma que me miraba aterrorizada de pie en el poyete tratando de mantenerse lo más alejado posible de mí. Cuando la miré más detenidamente observé que su miedo se iba evaporando, y sus ojillos negros se iban convirtiendo en dos puntitos de reproche.

—No me mires así, sabes que tú tienes toda la culpa —le dije enfadada al indefenso pichón.

El pobre, debió intuir que yo no era una criatura de confianza, y se retiró todo lo que pudo de mi lado, sin dejar de mirarme y de emitir toda una colección de ruiditos.

—Ya sé, la culpa es mía por cotilla —no tuve más remedio que admitir—. Pero, ¿por qué siempre termino metiéndome en problemas? —pregunté disgustada con mi mala fortuna.

La cría me miró pensativa como si lo estuviera meditando, y no pude evitar sonreír al darme cuenta de lo estúpido de mi situación. Toda mi sonrisa desapareció cuando escuché un coche que se acercaba, y recordé que los clientes tendrían que estar a punto de llegar.

Por suerte, un niño de unos seis años que iba montado en bicicleta pasó por el jardín de la casa de al lado, y vi una oportunidad para salir de esa inapropiada situación.

—¡Oye niño, ven aquí, por favor! —le grité todo lo alto que pude.

El chico paró de pronto, y miró por todos lados para comprobar si era a él a quien llamaban.

—¡Sí, tú, niño, el de la bici!, ¡Estoy aquí arriba!

El pobre miró al cielo confundido y preguntó:

—¿Me hablas desde el cielo?

Si no hubiera sido por mi nerviosismo; y porque el estómago me empezaba a doler al estar apoyado en el estrecho saliente, me hubiera reído con ganas.

—No tan arriba pequeño, en la ventana de tu vecina.

—No tengo vecina —me dijo mientras seguía mirando al cielo—, se fueron hace unos meses porque discutían mucho y mi madre dice que la culpa la tiene la guarra de...

—Mira para la casa de tu vecina y me verás en la ventana —le corté antes de que me contara toda la historia.

Incrédulo miró, y su cara pasó de molesto a sorprendido en cuestión de segundos.

—¡Hala!, ¿cómo has subido ahí?, ¡está muy alto!

—Acércate y te lo cuento.

—Es que mi mamá me regaña si me alejo de casa, además siempre me dice que tenga cuidado con los desconocidos.

La cría de paloma me miró como dándole la razón al niño, mientras yo empezaba a perder la poca paciencia que me quedaba, y unos deseos de estrangular a alguien empezaban a apoderarse de mí. Pero como sabía que no conseguiría nada con perder los estribos, respiré profundamente para serenarme y así tratar de convencerlo.

—Y tiene razón, ¿por qué no la llamas y le dices que venga a verme?, así se lo cuento también a ella.

—Es que mi mamá siempre está muy ocupada y no para en casa.

Mi desilusión debió de notarse incluso desde esa distancia, ya que el niño giró la bicicleta, y me dedicó una sonrisa desdentada mientras me decía:

—¡Pero puedo decírselo a mi papá!, ¡no te muevas! —y sin más salió a toda velocidad por el jardín.

—¡Tranquilo no me moveré de aquí! —le grité con ironía.

Con una sonrisa desde lo más profundo de mi corazón pude serenarme y respirar tranquila, pues ahora tenía la esperanza de salir de todo el asunto de forma discreta y sin complicaciones. Solo necesitaba un poco de suerte y de tiempo para que todo se solucionara, antes de que llegaran mis clientes y me pillaran en una postura muy poco apropiada.

Pero al parecer todos los astros estaban hoy en mi contra, y escuché como desde la puerta de la casa una pareja llamaba al timbre de forma insistente, mientras les escuchaba hablar.

—¡Lo ves Mathew, te dije que llegábamos tarde! —distinguí la voz de una mujer con tono de reproche.

—¡Si apenas han pasado quince minutos! —el pobre sonaba apurado.

—¡Pues la muchacha se ha ido y la culpa de todo la tiene tu madre!

Antes de que se marcharan decidí jugármelo todo y esperar que fueran comprensivos, aunque ella no lo pareciera en ese momento, por lo que cogí aire y les grité:

—¡Señores Smith pasen por favor, les estaba esperando!

Lo que vino a continuación no lo había podido imaginar, ni aunque me lo hubiera propuesto.

La pareja pasó recelosa mientras me llamaban, al mismo tiempo que yo les gritaba para que dieran conmigo. No sé qué cara pusieron cuando entraron en el baño y me vieron, pero desde luego debió de ser toda una sorpresa pues escuché un fuerte y coreado:

—¡Dios mío!

Creo que ese fue uno de los momentos más embarazosos de mi vida, y lo más estúpido fue cuando al señor Smith no se le ocurrió otra cosa que preguntarme:

—¿Qué hace usted ahí?

Por suerte no podían verme la cara que me ardía de vergüenza, aunque lo mejor de todo era que yo tampoco podía vérselas a ellos. Decidí mostrarme lo más natural posible ante esta situación, por difícil que pareciera, ya que tenía experiencia en estos asuntos tras una vida llena de meteduras de pata y situaciones comprometidas.

—Tranquilos, he sufrido un pequeño contratiempo, pero no hay de qué preocuparse, con un poco de ayuda enseguida salgo de aquí y empezamos con la visita.

Me sentí orgullosa por mi serenidad, aun cuando no me creía ni una sola de mis palabras, y respiré resignada a la espera de la siguiente reacción de mis clientes. Éstos al parecer tampoco estaban de acuerdo con mi valoración de la situación, y se mostraron más preocupados por hacer preguntas estúpidas para averiguar qué había pasado, que por buscar una solución a mi infortunio.

—¿Pero cómo ha subido hasta allí y por qué? —preguntó la mujer.

—Es una largahistoria —le contesté sin querer perder el tiempo en explicárselo todo—. ¿Les importaría ayudarme a bajar de aquí?, ¡se está haciendo tarde!

En ese momento la cría de paloma decidió intervenir soltando uno de sus singulares ruidos, volviendo a asustarme al escucharlo, pues no recordaba que la tuviera tan cerca.

—¿Pero qué es ese ruido? —me preguntó asustada la mujer.

—No se asusten, es solo una cría de paloma —traté de tranquilizarla.

—¿Y que hace ahí con una paloma? —me preguntó bastante curiosa.

Para ser sinceros en ese momento me quedé en blanco, pues no tenía ni idea de cómo aclararles lo que hacía suspendida en un hueco estrecho con un pichón a mi lado, y una falda que amenazaba con rajarse y caerse dejándome en bragas.

—Si le parece bien se lo cuento cuando baje —le solté para no tener que responderle—, y ahora si son tan amables, solo tienen que agarrarme y tirar con cuidado de mí hacia adentro.

Esperé su contestación durante unos silenciosos segundos, hasta que la voz profunda y ronca del hombre me preguntó:

—¿Quiere que le agarremos del... y tiremos con fuerza hacia nosotros?

—¡Ni lo pienses Maridito! —La voz de la mujer sonaba mucho más que enfadada— ¡Tú no vas a poner las manos en el... de la señorita!

—¡Pero si solo es para ayudarla! —el hombre me sonó más desilusionado que ofendido.

—Ya se me ocurrirá otra forma de bajarla de allí —soltó convencida—. ¿Puede moverse?

—¡No!, tengo la falda enganchada en algún sitio y cada vez que he intentado moverme he oído como se rajaba.

—Entonces no se mueva —me aconsejó la mujer.

—¡Gran idea! —farfullé entre dientes.

De pronto recordé al niño de la bicicleta que hacía pocos minutos había ido a buscar a su padre, y mi esperanza se avivó.

—Hace un momento ha ido un niño a por ayuda —les comuniqué tratando de dar la sensación de que tenía todo controlado, como lo haría una buena profesional.

—¡Estupendo!, entonces esperamos un poco y ya se nos ocurrirá algo entre todos — me respondió la mujer esperanzada, al ver una salida pronta a esa situación tan embarazosa.

—Estupendo —dije más para mí que para ellos con resignación, rezando para que el niño se acordara de dar el aviso a su padre.

Pasaron unos minutos eternos sin saber muy bien qué hacer o decir, pues aunque me había pasado de todo debido a mi mala suerte, no estaba acostumbrada a hablar a las personas mientras me encontraba colgada de una minúscula ventana mostrándoles el trasero.

Pero con cada minuto que pasaba mis problemas se acrecentaban, pues se me estaba empezando a entumecer las piernas, y a sentir cada vez más frío. Aunque lo peor de todo era ese incómodo silencio, al no ocurrírseme nada para mantener nuestras mentes ocupadas, y poco a poco empecé a sentirme más nerviosa.

Por suerte, fue la mujer la que consiguió encontrar un tema de conversación adecuada.

—¿Entonces cuantos metros cuadrados dice que tiene la casa?

Sonreí y me dispuse a darles toda la información que me había memorizado para la visita. Traté de aparentar normalidad, comportándome como si fuera habitual que ellos le hablaran a un trasero, mientras yo estaba gritando por la ventana la distribución de la cocina.

Cuando ya estaba comentándoles la amplitud del vestidor de la habitación principal, escuché a alguien que decía:

—¡Pero qué ha pasado aquí?

Y supuse que mi auxilio había llegado por fin.

—¡Oh, usted debe de ser la ayuda! —Dijo la mujer—. Nosotros veníamos a ver la casa, cuando al entrar nos hemos encontrado a esta mujer en esta... postura tan poco recomendable. Además tiene una paloma al otro lado.

Esto último lo dijo bajito con la intención de que no lo escuchara, como si se tratara de un secreto bochornoso que debiera permanecer oculto.

—Hay muchas crías por los alrededores, están aprendiendo a volar y se quedan enganchadas o caen por cualquier sitio, no tienen de qué asustarse —señaló el vecino.

—¿De veras?, nosotros venimos del centro y no vemos muchos pájaros —le respondió la mujer.

—Por esta zona es normal despertarse por las mañanas escuchándolos piar —le contestó mi supuesto salvador.

—¡Qué maravilla!, ¿verdad Mathew?

Tratando de no parecer maleducada no me quedó más remedio que intervenir, pues resultaba evidente que se habían olvidado de mí mientras conversaban.

—Disculpen si les interrumpo pero, ¿podría alguien sugerir alguna manera de ayudarme a bajar? —les dije indignada por haberme olvidado.

—No se preocupe, he avisado para que vengan a ayudarla —me contestó el vecino que había venido a salvarme.

—¿A quién? —mi enfado se transformó en miedo.

—A unos amigos míos. Son gente de confianza del barrio —me dijo.

—Se lo agradezco pero preferiría que todo esto quedara en privado.

—Lo comprendo y no tiene de qué preocuparse.

Su voz sonaba confiada y serena por lo que me dio algo de confianza, aunque sabía que no me encontraba en disposición de oponerme y salir corriendo. Algo que haría encantada si pudiera escapar de este entuerto. Por ello resignada dejé de inquietarme, y le di un voto de confianza a mi nuevo rescatador.

—¡Vaya, pero que tenemos aquí!

Escuché la voz de una mujer que sonaba como una anciana, y me extrañó que la ayuda esperada se tratara de ella.

—¡Señora Clare, qué sorpresa verla por aquí! —afirmó el vecino.

La señora mayor debió colarse en la casa cuando estábamos hablando, y estuve a punto de gritarles que tuvieran más consideración ante la situación en la que me encontraba, y cerraran la puerta de acceso antes de que se colaran todos los vecinos del barrio para ver el espectáculo de mi trasero.

—Estaba viendo mi telenovela favorita cuando he escuchado voces, y al asomarme a la puerta he visto a una joven asomada a la ventana, y claro, como ya nadie vive en esta casa, he decidido venir a ver qué sucedía.

—Muy amable de su parte —le contestó la mujer— nosotros veníamos a ver la casa para comprarla, y nos hemos encontrado a la muchacha de la inmobiliaria en esta situación.

—¡Oh, pobrecita! —Respondió con voz apenada— ¿Y no van a ayudarla?

“Eso mismo digo yo” pensé al escucharla, esperando que la buena mujer pusiera orden dentro de la casa y alguien se decidiera a ayudarme.

—Estoy esperando a los hermanos McClaire, y por el tiempo que hace desde que los avisé, ya deben de estar de camino —le dijo el vecino.

—¡Ah, buenos muchachos aunque un poco bromistas!

Acompañó al comentario con unas risitas camufladas y un carraspear disimulado.

—Perdonen mis modales pues no me he presentado, soy la señora Clare Belmann pero todos me llaman Señora Clare.

—Tiene usted razón, llevamos hablando un ratito sin presentarnos, nosotros somos los Señores Smith, mi marido Mathew y yo soy Vivian.

Escuché besos e imaginé que eran debido a las presentaciones, así como palabras que no logré distinguir y cuyo motivo sería el mismo.

—Perdonen que no me haya presentado antes, soy James y si compran la casa seré su vecino de al lado —escuché como se presentaba el padre del niño que vi por la ventana y había acudido en mi ayuda.

—Yo soy la vecina que vive enfrente, querida, y sería maravilloso que una pareja tan joven y simpática vinieran a vivir a nuestra comunidad.

Al escuchar esas palabras estuve a punto de darle un abrazo a la Señora Clare por su comentario tan benévolo, y me pregunté si sería la misma mujer bajita, de aspecto entrañable y ropas joviales que barría su entrada justo delante de la casa en venta, y que vi hace tres días cuando pasé con el coche.

—Señorita, discúlpeme si espero a que esté de pie frente a mí para presentarnos y darle dos besos, pero creo que será más apropiado —me dijo la Señora Clare risueña.

Inmediatamente ante su comentario se escuchó un coro de risitas.

—¡Por supuesto Señora Clare, yo también lo prefiero! —e inmediatamente volví a agradecer que no pudieran verme la cara, pues la debería tener sonrojada.

—¡Estaba pensando que si no hay ningún inconveniente, podríamos ver la casa mientras esperamos a que lleguen los demás! —indicó mi clienta Vivian esperanzada.

Pensándolo bien, no había ningún motivo para que se quedaran todos en el baño hasta que llegaran esos hermanos McClare, y podrían aprovechar la espera para ver la casa con tranquilidad y hablar entre ellos sin problemas.

—Por mí pueden hacerlo si así lo desean —les dije de forma educada.

—¡Perfecto!, ¿qué te parece Mathew? —le preguntó su esposa.

—A mí me parece bien y si me necesitan solo tienen que llamarme.

—No se preocupe eso haremos si nos hace falta —señaló el vecino de al lado llamado James.

—Entonces empecemos por la cocina, ¡me muero de ganas por verla! —comentó la mujer ilusionada.

—Si no les parezco una entrometida, les podría acompañar y mostrarles algunas cosillas que tiene la casa. Es muy parecida a la mía, y como soy viuda y vivo sola, he tenido que aprender cómo funciona todo lo relativo a la vivienda —les comentó la Señora Clare.

—Nos sería de gran ayuda y no sería para nada una entrometida —le contestó Vivian con voz sincera.

—Entonces pongámonos manos a la obra antes de que anochezca —la voz de la anciana vecina sonó entusiasmada.

—¿Sabe usted cómo funciona la calefacción? —Le preguntó Mathew.

Escuché como las voces salían del baño y se alejaban mientras oía como la Señora Clare les decía.

—¡Por supuesto que sí!, y también sé dónde están todas las conexiones eléctricas, llaves del agua y tomas de antena.

La carcajada del que debía de ser James, pues era el único que quedaba, llegó hasta mí sacándome de mi concentración por escuchar lo que decían mientras se alejaban.

—¡No se preocupe, conozco desde hace muchos años a la Señora Clare y le apuesto lo que quiera a que esa pareja termina comprando la casa!

—Espero que tenga razón y salga algo bueno de todo esto —señalé sintiéndome inútil y torpe, pero sobre todo notando como el cuerpo se me entumecía y las piernas se me acalabraban.

—¿Está usted bien?, ¡No tiene que ser una postura muy cómoda la suya! —quiso saber James, por lo que debió notar mis molestias cuando le hablé.

—La verdad es que se me han dormido las piernas y me está empezando a doler el estómago, además empieza a hacer frío.

—Solo tendrá que esperar un poco, los hermanos viven cerca de aquí, al final de la calle, y deberían de estar por llegar —me indicó tratando de animarme.

—Señor... James, cuando me saquen de aquí tendré otro problema entre manos —le dije tímidamente pues no sabía cómo explicarle la preocupación que ocupaba mi mente.

—¿A qué se refiere?

Escuché como se colocaba cerca de mí para oírme mejor pues yo había bajado el volumen de mi voz.

—Verá, cuando me atranqué se enganchó la falda a algo y se ha ido rajando poco a poco, por eso me temo que, en fin, cuando tiren de mí... lo más seguro es que se raje del todo, y quede... medio desnuda y sin nada que ponerme.

—¡Oh!, no lo había pensado.

—Sé que esos hombres que van a venir a ayudarme son buena gente, pero la verdad es que me gustaría no tener más... espectadores.

—Lo comprendo, y por mis amigos no tiene que preocuparse, aunque algo grandotes y graciosillos son bomberos de élite con bastante experiencia, de otro modo no los habría llamado —me aseguró convencido.

—¡Ah! ¿Son bomberos?, entonces no tengo de qué preocuparme ya que habrán visto de todo —repuse más tranquila al saber que iba a estar en buenas manos.

—¡Bueno no sé si alguna vez han visto algo así! —apenas conseguí escucharle mientras lo decía, pero si pude apreciar su tono risueño.

—¿Cómo dice? —le pregunté al no estar muy segura de haber entendido bien sus palabras, o su tono divertido.

Escuché una risita burlona.

—Disculpe mi atrevimiento, pero no creo que sea muy corriente encontrarse a una mujer atrancada en una ventana del baño, y menos a una con tantas curvas.

No sabía si reír o por lo contrario ofenderme ante su comentario, ya que solo había visto mi trasero y sus palabras tenían que referirse a él. Por suerte escuché como unos hombres entraban en la casa llamando a James, y me figuré que se trataban de los famosos hermanos bomberos.

—¡Vaya, vaya!, ¿pero qué tenemos aquí?

—¡Madre mía! ¿Podemos quedárnosla cuando la saquemos de ahí?

Tras escuchar estos comentarios, así como las carcajadas que no se hicieron esperar, me quedó bastante claro que mis salvadores acababan de llegar. El problema fue que en vez de sentirme aliviada y esperanzada por el evidente rescate, lo que deseé con todas mis fuerzas fue estar en otro lugar o que todo ya hubiera pasado.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —les reprochó James tratando de captar el interés de los recién llegados, consiguiendo con ello mi más sincera gratitud.

—No estábamos sentados en casa esperando a que nos llamaras. De hecho nos has pillado de casualidad y hemos venido a comprobar si lo que decía tu hijo era cierto —le contestó uno de los hermanos.

—¿Y qué os ha dicho ese granuja?

—Que nos buscabas para que te ayudáramos con una mujer, ya que había intentado escapar por la ventana y se había quedado atrapada gritando —le dijo el otro hermano.

Por el tono de su voz comprendí que se lo estaban pasando en grande haciendo quedar a su amigo como un depravado, y agradecí que se olvidaran de mí durante unos minutos.

—Por supuesto, como buenos amigos que somos, hemos venido lo antes posible para ver en que lío te habías metido —comentó uno de ellos, siendo evidente sus ganas de reírse a carcajadas.

—¡Ese hijo mío tiene demasiada imaginación! —su voz no sonaba para nada enfadada.

—¡Señorita!, ¿se encuentra bien? —Me preguntó uno de los hermanos.

—¡Sí!, aunque se me han dormido las piernas y empiezo a tener frío —le contesté esperando que faltara poco para salir de allí, y dándome cuenta de que ahora el interés de ellos estaba centrado en mí.

—¡Es normal!, en unos minutos nos iremos de todo esto.

—¡Yo ya empezado a hacerlo! —dijo en tono risueño el otro.

—Ese es mi hermano Ian, al pobre le gusta hacer el payaso, pero no tiene que preocuparse de él pues es inofensivo.

—No le haga caso a Ewan, señorita, con estas vistas soy todo menos inofensivo.

Ambos hermanos se rieron de su broma mientras revisaban la ventana, y notaba sutilmente su proximidad y sus manos. Sabía que pretendían que no pensara en mi postura incómoda y mi situación apurada, pero estar ante unos desconocidos a los que no había visto en mi vida, y sabiendo que quedaría tan expuesta a ellos, no me hacía sentir relajada y confiada.

—Chicos, dejadla tranquila, la pobre va a pensar que en este barrio estamos todos locos —les regañó James queriendo mantener el ambiente relajado.

—Bueno, loco no sé si habrá alguno, pero desde luego no nos extrañamos si vemos a alguien atrancado en el tragaluz del baño —le respondió Ian dejando bien claro que era el más bromista, y por el tono de su voz parecía el más joven.

Oí unas risitas ahogadas que provenían de los tres hombres y habría dado cualquier cosa por estar con ellos y poder reírme de mi estado.

—¡Bien, creo que lo tenemos! —dijo Ewan a su hermano, para después dirigirse a mí—, ahora tiene que relajarse y confiar en nosotros, la vamos a agarrar con fuerza y tiraremos con suavidad de usted.

Sin lugar a dudas era el más serio y el que llevaba la iniciativa, aunque por su voz ambos hermanos no debían de llevarse muchos años. De todas formas dejé de preocuparme por estar haciendo el ridículo, ya que lo que ahora realmente me importaba era no quedarme en bragas delante de los tres desconocidos.

—No se ofenda si tocamos algo indebido, pero es complicado no hacerlo —me dijo Ian y empecé a temblar con más intensidad.

—¡Lo entiendo! —les contesté pues sabía que no había más remedio que agarrarme y tirar de mí para sacarme de ese aprieto.

—Chicos voy un momento a mi casa y vengo corriendo. ¿No me necesitáis, verdad? —les preguntó James ya desde la puerta del baño.

—No, puedes irte —Afirmó Ewan.

Al escuchar como se marchaba corriendo comprendí que el momento para sacarme de allí había llegado. Empecé a temblar como una tonta cuando me di cuenta de que cada

uno estaba a un lado y se estaban preparando para tirar de mí. No podía controlar los temblores pues entre el frío que empezaba a aumentar al estar anocheciendo, el miedo a caerme haciéndome daño, y el apuro de quedarme en ropa interior me impedía relajarme y dejarme hacer. Ellos debieron notarlo pues me preguntó uno de ellos.

—¿Cuál es su nombre señorita? —me preguntó Ewan interrumpiendo mis pensamientos, pero sobre todo la imagen que se había formado en mi cabeza de estar ante ellos en ropa interior y completamente colorada.

—Mary —le dije apenas sin voz por la angustia y el frío.

—Bien Mary, esto no va a ser nada, solo notará como tiramos de usted y un pinchazo en el estómago que será más molesto que doloroso. Confía en nosotros —me indicó con voz dulce y pausada, y supe que estaban notando mi nerviosismo y que trataban de tranquilizarme.

—¡De acuerdo, lo intentaré!

—¡Muy bien Mary!, voy a contar hasta tres y empezaremos a tirar, primero para tantee como estás de atascada y luego para sacarte con fuerza.

—¡Vale!

—Una.

Noté como ambos colocaban uno de sus brazos por debajo de mis piernas y ponían la otra por encima, a la altura de mi trasero.

—Dos.

Ambos a la vez me alinearon y me elevaron un poco las piernas.

—Tres.

En ese momento tiraron un poco de mí, y sentí como mis caderas se movían unos centímetros sin que apenas me doliera, al notar más bien un pequeño pinchazo. Pero el dolor; o la falta de él, no me importaron cuando al tirar con suavidad de mí escuché como la falda se rajaba un poco más.

—¡Ay Dios mío! —no pude evitar gritarles.

—¿Te hemos hecho daño? —me preguntó Ewan.

—No, pero la falda... —no pude acabar la frase de lo mal que me encontraba.

—¡No te preocupes por ello!, ¡nosotros tenemos los ojos cerrados! —me contestó intentando quitarle importancia al asunto para que me riera y me relajara.

Para ser sincera debo admitir que ambos hermanos se estaban comportando de maravilla conmigo, y no pude evitar sonreír por lo considerados que eran mis rescatadores, y lo fácil que trataban de hacérmelo pasar.

—Mary, esto va a ser más sencillo de lo que creíamos —me indicó Ewan con ese tono suave pero seguro—, con unos pocos tirones te vamos a sacar de aquí. Así que relájate y en dos minutos estarás de pie agradeciéndonos por salvarte y diciéndonos que somos los mejores.

—¡Sin olvidar lo guapo que somos! —dijo Ian divertido resultando evidente su sentido del humor.

—Por supuesto, no podemos olvidarlo —replicó juguetón su hermano ganándose unas sonrisas.

—Está bien chicos, vamos a terminar con esto y os agradezco lo que queráis —les dije un poco más tranquila pero con los músculos en tensión.

—Entonces vamos a la de tres —ordenó Ewan dejándome sin palabras por lo que se avecinaba.

Traté de relajarme cuando sentí que me agarraban preparándose para tirar de mí, pero me estaba costando muchísimo mantenerme calmada.

—Una, dos y tres.

Al unísono tiraron de mí, y sentí un fuerte tirón acompañado de un pinchazo en el estómago, pero en cuestión de dos segundos consiguieron sacarme de mi prisión. Por desgracia, como me temí, en el momento de tirar hacía dentro la falda se rajó del todo, y dejó mi ropa interior blanca al descubierto al empezar a incorporarme.

Fue entonces cuando pareció que el tiempo se ralentizaba, pues empezó a moverse todo a cámara lenta, cuando en realidad todo estaba sucediendo de forma muy rápida. Lo único que pude hacer mientras notaba que la falda se caía, fue sujetarme la tela y cubrirme. En cuestión de segundos quedé expuesta ante ellos, y quise que la tierra me tragara.

Después de pasarme como poco una hora empotrada en un minúsculo tragaluz, aguantando el frío, el dolor y la vergüenza, en lo único que podía pensar era que me alegraba de haberme puesto hoy ropa interior nueva y en perfecto estado, y no una de esas bragas que se dejan para los días del periodo, o cuando se te ha olvidado hacer la colada. Por suerte, mi feminidad estaba a salvo, aunque no podía decir lo mismo de mi dignidad.

Ambos hermanos me dejaron con sumo cuidado en el suelo, y me sostuvieron durante unos instantes pues mis piernas dormidas se negaban a cooperar. Todo ello sin que me atreviera a mirarles a la cara a causa de la vergüenza que estaba sintiendo.

Pero lo que nunca olvidaré, aparte de sentir como al incorporarme mi falda caía, fue encontrarme a un tercer hombre con una pequeña manta que inmediatamente, y sin dejar de mirarme a la cara para no contemplar otra parte de mi anatomía, me la colocó sobre mi cintura impidiendo así que nada inapropiado quedara a la vista.

—¡Ya está, Mary! ¡Lo conseguiste! —me dijo el hombre que me había colocado la manta, y que en ese momento de nerviosismo no reconocí.

Todos parecían muy felices a mi alrededor, y no pude hacer otra cosa que devolverles la sonrisa al darme cuenta de que mi tortura había acabado. Fue entonces, ya más calmada, cuando empecé a tomar conciencia de lo que me rodeaba, y me di cuenta del aspecto que tenían los dos hermanos bomberos que habían acudido a mi rescate.

Creo que al contemplarlos me quedé con la boca abierta; algo que a ellos no pareció sorprenderles, pues los dos hombres que me sostenían en ropa interior, resultaba que eran dos gigantes gemelos de pelo negro y ojos claros sacados de un calendario calentorro de bomberos, consiguiendo que mis piernas me temblaran aún más al tenerlos tan cerca.

Pensé que muchas mujeres estarían más que dispuestas a ser salvadas por esos dos hermanos, que eran como dos gotas de agua, y más aún a quedarse en ropa interior delante de ellos. No podía creerme que hubiera pensado que uno era mayor que el otro, pues al contemplarlos juntos resultaba imposible diferenciarlos. Solo cuando hablaban era fácil reconocerlos, al ser uno más guasón; y por eso haber creído que era más joven, y el otro más serio.

Los hermanos me sentaron con cuidado en el retrete, y me masajearon las piernas para que la circulación volviera a normalizarse. Me hubiera gustado decirles que no era necesario sus cuidados, pero la verdad es que estaba encantada de que dos hombres tan imponentes me estuvieran cuidando. Al fin y al cabo no todos los días una mujer tenía una oportunidad como esta, y además ellos solo estaban haciendo su trabajo.

Cuando mi sangre comenzó a circular de nuevo por mis piernas y mi cerebro, pude ver con más calma al tercer hombre del baño, mientras unos de los gemelos; creo que Ian, seguía masajeándome las piernas, y el otro; Ewan, comprobaba mi pulso.

Ese tercer hombre tenía el pelo castaño muy claro con reflejos rubios, y unos ojos muy azules que también parecían sonreír. Debía de rondar los treinta y algo, y no daba la sensación de que se encontrara incómodo, todo lo contrario de como yo me encontraba, al estar rodeada de tanto hombre guapo pendiente de mí.

Él se inclinó a mi lado y me dijo al oído en un tono bajito para que nadie más lo escuchara:

—Tranquila he tenido cuidado y no se ha visto nada... íntimo.

En ese momento supe de quién se trataba, pues solo uno sabía de mi pudor al quedar expuesta delante de los demás, por haberlo hablado con él.

—¡Gracias, James! —le dije con total sinceridad.

—Te he traído unos vaqueros de mi esposa, no sé si te estarán bien, pero creo que sois de la misma talla —me comentó entregándome una bolsa de plástico con la prenda dentro de ella y una sonrisa en los labios.

Mi gratitud se intensificó y estuve a punto de abrazarle y saltar de alegría. Mi cara debió reflejar mi entusiasmo pues sonrió aún más profundamente, y se incorporó para darme espacio.

—Pero a cambio tienes que ayudarme a explicarle todo esto a mi mujer —me expuso poniendo una mueca en su cara, como tratando de decir que sin ayuda su esposa no le creería.

Solté una carcajada ya más relajada y calentita, y le dije:

—Haré todo lo que pueda, pero hasta a mí me cuesta creérmelo.

—Tranquilo James, te volveremos a sacar del apuro y la convenceremos por ti, además sabes que nos adora —le comentó Ian con un brillo pícaro en los ojos.

—¡Os adoran todas las mujeres! —les contestó con un tono alegre James.

—¿Qué se le va a hacer?, ¡no tenemos la culpa de ser tan irresistibles!

No pude evitar reírme con ganas con ellos y me pregunté cómo debían de ser sus reuniones de amigos, pues sin duda nadie debía aburrirse estando ellos cerca.

—Bueno Mary, nosotros ya hemos terminado aquí, así que cuando quieras te pasas por el parque de bomberos y nos das un beso como recompensa —me dijo Ewan, para después guiñarme un ojo.

—Por supuesto que lo haré, y muchísimas gracias por todo, sois mis caballeros andantes.

—De nada Mary, y procura tener más cuidado, preciosa —me respondió con una sonrisa que te dejaba con la boca abierta.

—¿Ya habéis terminado?

Tras esa voz vi a una mujer mayor que entraba en el baño acompañada de una pareja, y llegué a la conclusión de que se trataban de mis clientes junto a la Señora Clare.

—¡Es toda suya, señora!

Le dijo Ewan con un tono que indicaba que entre ellos había confianza, respeto mutuo y sobre todo cariño.

—¡Perfecto, justo a tiempo! —Repuso encantada—, ¿espero que no te importe que haya entretenido a esta pareja tan agradable?, les he estado contando cosas sobre el barrio y la casa mientras estabas ocupada.

Las palabras de la señora Clare me hicieron pensar que quería restar importancia a mi metedura de pata, y parecía que en vez de haber estado atascada en un tragaluz por cotilla, hubiera estado contestando una importante llamada de teléfono.

—¡Claro que no!, soy yo la que está agradecida —y mirando a todos les dije sonrojada—, en realidad debo disculparme con ustedes y darles las gracias a todos por su ayuda.

—No tiene por qué darlas, ha sido un placer ayudarla —me indicó la Señora Clare mientras los demás asentían.

—La verdad es que ha sido una visita muy apasionante, y por nosotros no se preocupe, no diremos nada a nadie, ¿verdad Mathew? —soltó la señora Smith sorprendiéndome, no solo por sus palabras sino por verla tan feliz.

—Por supuesto, puede contar con nuestra discreción —me comunicó su marido igual de satisfecho.

Sin poder remediar las lágrimas en mis ojos, les agradecí su comprensión y su discreción, pues al ser nueva en el trabajo no estaba segura de como se tomarían la anécdota; o de las bromas que tendría que aguantar durante décadas si llegaba a oídos de mis compañeros de la inmobiliaria lo que me había pasado.

—¡Bueno nada de lágrimas y vámonos todos a tomar un café en mi casa, esta muchacha necesita entrar en calor y sobre todo un poco de intimidad! —soltó la Señora Clare con voz autoritaria.

Sin más todos empezaron a salir del baño para dejarme a solas y ponerme el pantalón vaquero, quedando solo la Señora Smith.

—Me gustaría decirle una cosa si no es mucha molestia.

—¡Adelante!

—Lo hemos estado pensando y nos gusta mucho la casa, pero sobre todo nos encanta el barrio y creemos que este es un buen lugar para vivir y criar a nuestros hijos, por lo que queremos comprar la vivienda.

Con la boca abierta por la sorpresa y pensando cómo era posible que mi suerte cambiara de forma tan rápida, me quedé mirándola incrédula.

—¿Quieren comprar la casa?

—Sí, aunque nos preguntábamos si podría usted hablar con los dueños, y hacer que bajaran un poco el precio. ¡Si cree que es posible!

—¡Claro, seguro que llegamos a un acuerdo y podemos redondearlo!

—¡Perfecto, entonces trato hecho!

Nos dimos la mano mientras ambas sonreíamos, al haber conseguido cada una lo que quería, y pudimos al fin respirar con tranquilidad.

—Entonces le dejo para que se vista, la Señora Clare me ha prometido contarme más anécdotas sobre mis nuevos vecinos.

Y sin más se marchó dejándome por fin sola sin dar crédito a todo lo que me había pasado desde que entré en esa casa, y sonreí porque cada uno había conseguido lo que quería. Mis clientes la casa que buscaban, yo la venta que necesitaba, y al parecer la Señora Clare había encontrado un alma gemela para pasar las horas enteras hablando, dejando así de sentirse sola.

## CAPÍTULO TRES

De camino al despacho de Christian, vestida con la ropa prestada de la mujer de James y caldeada gracias al café que me ofreció la Señora Clare, mi mente empezaba a encajar todo lo acontecido y no paraba de preguntarme cómo iba a explicar las cosas que me habían sucedido.

No se me quitaba de la cabeza qué sucedería si se enteraban en mi trabajo de mi accidente en el tragaluz, al estar segura de que no lo dejarían como una simple anécdota sin mayores consecuencias, y la imagen de mujer formal y trabajadora se vería dañada sin remedio. Solo me quedaba la esperanza de que todos mantuvieran el secreto a salvo de rumores como me habían prometido, y en la inmobiliaria no preguntaran al haber conseguido la venta.

Llegué sumida en mis pensamientos al edificio donde Christian tenía las oficinas, y aparqué sin problemas en mi reservado. Ya no me sorprendía que Christian fuera tan metódico y controlador, y por eso acepté sin contradecirle cuando me asignó una plaza de garaje en su edificio de oficinas, para que no tuviera problemas de aparcamiento cuando fuera a verle.

En la puerta de entrada, como era costumbre, el encargado de seguridad me recibió con una inclinación de cabeza, y me dejó pasar sin necesidad de ninguna tarjeta identificadora. Un lujo que, según sabía, solo yo y Christian teníamos.

La actividad del edificio era visible, y personas trajeadas de ambos sexos, portando carteras o carpetas de estilos y colores muy similares, entraban o salían en un incesante flujo de movimiento. Aún me costaba asimilar que Christian fuera un hombre rico y poderoso que estaba a cargo de una importante empresa, pues para mí siempre sería ese hombre de gran corazón que me había conquistado con su resolución y su pasión.

Al conocer el camino que llevaba a su despacho me dirigí segura hacia mi destino, dejando atrás el flujo de individuos. Cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, mi móvil empezó a sonar, y me hice a un lado para atenderla. Según el identificador de llamadas era de mi hermana Sarah, y me amonesté mentalmente por no haberla llamado antes.

—¡Hola Sarah!

—¡Hola Hermanita!, ¿cómo te ha ido?, me estaba inquietando esperando tu llamada.

Respiré profundamente mientras decidía si contarle el incidente en el tragaluz o callármelo. Al final resolví esperar a estar en un lugar que no fuera público para pasar por la humillante experiencia de narrarle mi anécdota, pues pensé: “Si van a reírse de mí después de la tarde que he tenido, que sea en un lugar privado y con conocidos”.

—Todo me ha ido muy bien, he conseguido la venta —le dije orgullosa de mi proeza y disimulando que me estaba callando una parte.

Al otro lado del móvil sonó un chillido seguido de palabras de entusiasmo, y aunque no pude verlo, sabía que todo ello estaba siendo acompañado por saltitos de júbilo.

—¡Mary cuánto me alegro!, ¡tenemos que celebrarlo!

—De eso puedes estar segura, pero antes tengo que contárselo a Christian, además le prometí celebrarlo con él esta noche.

—¿Aún no se lo has contado?

—No, quería darle la noticia en persona y acabo de llegar a su edificio. Además he tenido que resolver antes algunas cosillas y me he retrasado —crucé los dedos para que no notara nada raro en mi voz y preguntara.

—Bueno, lo importante es que todo ha salido bien y ahora eres toda una veterana —sin duda su entusiasmo era evidente y pude respirar aliviada.

—No creo que en la inmobiliaria me vean así por una sola venta —le dije tratando de quitarle importancia, sobre todo porque en realidad yo no había hecho nada para conseguirla; a menos que cuente quedarme atrapada y con el culo en bomba.

—Pero sabrán que no es un juego para ti y que vas en serio.

En ese momento la imagen de dos bomberos sacándome del tragaluz del baño; y mi posterior striptease, me vinieron a la cabeza, sin parecerme aquello una actitud muy profesional. Por mucho que lo intentaba no podía evitar pensar que dirían todos cuando lo supieran, y decidí reírme de mi mala suerte y ver el lado positivo como había estado haciendo durante años.

—Sí, por lo menos he conseguido mi objetivo.

—¡Muy bien dicho!, y ahora ves a celebrarlo con tu hombre y luego me lo cuentas todo.

—De acuerdo, aunque no creo que te lo cuente todo, pararé mi descripción detallada cuando llegue a los momentos más calientes —ambas soltamos en el acto una carcajada ante mi comentario.

—Está bien, te perdonaré esa parte. Por cierto... —noté que su voz sonaba insegura—. No sé si debería decírtelo, pero Christian le dijo a Alan que tenía pensado algo especial para celebrarlo contigo.

—¿No te dijo nada más? —mi curiosidad subía como la espuma.

—No —su voz sonó desilusionada—, no hubo manera de sacarle información a mi maridito —terminó soltando un suspiro.

—¡Eso es algo imperdonable Sarah, una mujer tiene que saber cómo sonsacar información clasificada a su esposo! —traté de parecer seria aunque en realidad la risa se me escapaba.

—Ya, tendré que darme una vuelta por la sección de lencería.

Sin poder evitarlo por más tiempo ambas nos echamos a reír. Era una suerte tener a alguien con quien poder hablar de todo y que te conociera tan bien, pues poder disponer de semejante persona, y más si era de plena confianza como lo es una hermana, era todo un tesoro. Además contaba con la fortuna de que nuestras parejas también se habían hecho buenos amigos y confidentes, lo que hacía que nuestro círculo fuera aún más estrecho.

—Bueno Mary te dejo, seguro que Christian te está esperando. Diviértete con tu sorpresa y cuando consigas separarte de sus brazos quedamos y me pones al corriente.

—¡Cuenta con ello!

Dejando pasar unos segundos en silencio me armé de valor y le dije:

—¿Sarah, no vas a preguntarme si me pasó alguna cosa extraña?

—No hace falta, lo sé —sonó demasiado segura.

—¿Cómo que lo sabes? —le dije entre extrañada y enfadada.

—Porque te conozco. Además no me has llamado nada más hacer la venta y has tardado más de la cuenta en terminar la visita. Eso solo puede significar una cosa.

Esperé su comentario, pero al ver que no continuaba me impacienté y tuve que preguntarle.

—¿El qué?

—Que tu historia va a ser muy interesante.

Fue entonces cuando Sarah volvió a reírse, aunque esta vez su comentario no me hizo ninguna gracia y solo se escucharon sus carcajadas, pues en lo único que podía pensar era en contestarle: “no lo sabes tú bien”.

Tras terminar la llamada y subir por el ascensor, llegué a la última planta donde Christian tenía su despacho. Sabía que el piso entero era suyo y estaba formado en su totalidad por oficinas, pero en ninguna de mis anteriores visitas había tenido la curiosidad de preguntarle a qué se dedicaba exactamente, o si su grupo empresarial era muy importante.

Creo que en el fondo tenía miedo de saber que él era una persona poderosa, mientras yo era prácticamente nadie al no tener en este momento un piso; ya que compartía el suyo, y con un sencillo puesto de trabajo como comercial. Ya sé que no preguntárselo era una excusa tonta, pero me permitía seguir soñando que solo éramos una pareja más de enamorados.

Al llegar a su planta, el ascensor se abrió en una gran sala, donde su despacho estaba justo al frente. En vez de una recepcionista o secretaria lo que te encontrabas eran mesas repartidas por toda la habitación, donde una veintena de personas trabajaban sin descanso e iban de un lado para otro. Todas ellas controladas por su secretario personal, el Señor Philips de aspecto insignificante, pero extremadamente eficiente.

Todo estaba perfectamente iluminado, con paredes blancas y grandes cuadros abstractos que con su colorido y formas animaban el ambiente. Decidida avancé por el pasillo central, que se encontraba enmarcado por las mesas dispuestas a ambos lados, y con mi vista fija en su puerta abierta. Me moría de ganas de volver a verle y de perderme en su

aroma, al desear sentir el cobijo de sus brazos tras unas horas que prefería olvidar. Le había echado de menos durante todo el día, y en lo único que podía pensar en estos momentos era en estar junto a él.

Pude distinguir su figura al fondo detrás de su gran mesa de caoba, y mi sonrisa se apoderó de mis labios. Sin ninguna duda supe que todos se habían percatado de mi presencia, y hacían una pausa en su trabajo para sonreírme. De entre la veintena de trabajadores que había en la gran sala los más cercanos me daban las buenas tardes al llegar a su lado, e incluso más de uno se me acercó para preguntarme como me encontraba en señal de cortesía. Sabía que todos me tenían un gran respeto y simpatía, por lo que me mostraba cordial y abierta con ellos.

Era extraño ser el centro de tantas miradas, sonrisas y palabras amables, pero desde que entré en el mundo de Christian, era imposible encontrar a alguien que no quisiera complacerme o ayudarme. Sin duda mi protector y amante tenía a todos sometidos bajo su puño, y sabían que yo era la única persona en el mundo capaz de volverlo humano.

A cada paso que me acercaba más lo necesitaba y el largo pasillo hasta su puerta se me antojaba eterno. Todo lo vivido ese día, los problemas, los nervios, las cosas que creía tan importantes, absolutamente todo, se volvían cenizas al viento perdiéndose en el olvido, pues solo había espacio en mi mente y en mi corazón para él.

\* \* \*

Tras una mañana sin apenas descanso, una comida fría y rápida y una tarde de horas eternas, miraba el reloj cada pocos minutos esperando a que Mary apareciera por el despacho para darme la buena noticia.

Estaba seguro que con su encanto e inteligencia conseguiría vender la casa, pero no quería presionarla ni mostrarme alterado delante de ella, por lo que me contuve y traté de mantenerme calmado. Pero el tiempo se movía cada vez más lento y su ausencia me daba a entender que algo no había salido tan bien como esperaba, aumentando con ello mi nerviosismo.

Todo cambió cuando escuché un murmullo creciente, y al levantar la cabeza de unos papeles que tenía sobre mi mesa, la vi sonriendo y caminando con paso decidido hacia mi despacho. Daba la sensación de que era capaz de comerse el mundo por su forma de moverse, e iba saludando a su paso de manera amigable y sincera, ganándose con ello la simpatía de todos los presentes.

Esa mujer sería capaz de pararme el corazón o acelerármelo con solo una mirada de sus intensos ojos verdes. Pero los estragos que ocasionaba en mi cuerpo no quedaban ahí, al irradiar todo su ser grandes cantidades de sexualidad, con un resultado devastador para cada fibra que lo notara. Buena prueba de ello era ver como mi cuerpo había despertado al sentirla cerca, endureciéndose y tensándose por el deseo.

A su paso todos la recibían con afecto, a pesar de conocerla desde hacía un par de semanas, y haberla visto menos de diez veces, pero su optimismo, su alegría y su bondad hacían imposible no caer rendidos a sus pies. Todos la veían como la causante de mi

cambio de actitud menos agresiva y por ello la recibían con tanta veneración, al respirarse ahora un ambiente más relajado en la oficina.

Al verla ante mí, y notar esa transformación tan evidente que solo mi ángel fue capaz de conseguir con su amor, me daba cuenta que había pasado de ser un depredador mortal como un tigre, a quedarme como un simple lince enamorado, que aun siendo peligroso, no era tan devastador.

Me levanté de mi mesa y fui a su encuentro sin poder esperar ni un segundo más por estar a su lado, deseando compartir con ella sus buenas noticias, pues por su expresión triunfal, estaba seguro que así lo eran. Al verme aceleró su ritmo y aumentó su sonrisa clavándola en mi entrepierna, consiguiendo con ello que perdiera la cordura.

Me detuve a esperarla en el umbral de mi puerta, y levanté los brazos deseoso de recibirla en ellos. Al verme esperándola corrió los pocos pasos que nos separaban, y se impulsó sin importarle las consecuencias, cayendo emocionada sobre mi pecho y rodeándome con sus piernas mi cintura.

Tuve que agarrarla con fuerza para que no se me cayera, y la apreté con ímpetu deseando fundirme en ella para siempre. Aferrada a mí con su cuerpo y su boca, nos perdimos en un abrazo posesivo que nos encendió hasta las entrañas. Mientras le acariciaba con deseo sus torneadas nalgas, se adueñó de mi alma con su lengua juguetona, dejándome vencido con su poder de seducción.

—¡Te he echado mucho de menos! —me dijo mientras no paraba de besarme.

—Yo también preciosa, pero me tenías preocupado, ¿ha ido todo bien?

Ella asintió con la cabeza y me miró risueña.

—¡La he vendido!

Le di un efusivo beso mientras la apretaba contra mí con más empeño, deseando expresarle así toda mi alegría por su logro. La mantenía aferrada a mí sin intención de dejarla escapar, hasta que me viera obligado a ello, pues quería perderme en ella y no ser encontrado jamás.

—¡Eres increíble! —La miré orgulloso—. ¡Sabía que lo conseguirías!

—Yo no estaba tan segura, pero traté de parecer lo más profesional que pude como me aconsejaste —su expresión cambió de alegre a recelosa y me dijo—: También tuve un poco de ayuda y algún que otro contratiempo.

No quería reírme delante de ella, pero conociéndola estaba seguro de que se había metido en algún lío del que milagrosamente había salido victoriosa, pues por su forma de ser, impulsiva, resuelta, curiosa y sobre todo patosa, los problemas la seguían como las moscas.

—Lo importante es que todo salió bien —le dije convencido.

—¡Sí!, y además conocí a gente muy simpática —su sonrisa volvió a su cara seduciéndome.

—Entonces perfecto, durante la cena me lo cuentas todo.

La bajé con cuidado de mi regazo y le di un ligero beso en los labios, para después volverme a apagar el portátil dispuesto a irnos, cuando me di cuenta de un detalle.

—¿Fuiste a casa para cambiarte?

No sé como no me di cuenta antes, pero tratándose de Mary podía pasar cualquier cosa. Ella se puso colorada y comprendí que su historia sería muy interesante.

—Estos pantalones no son míos.

Empezó a quitarse el abrigo, para después lanzarlo a una de las sillas del despacho, y continuó girándose lentamente levantándose un poco la chaqueta entallada para mostrarme su trasero.

—¿Lo ves?, me están muy ceñidos.

Incliné la cabeza para tener un mejor ángulo, y la miré con deleite recreándome con la vista de su perfecto cuerpo.

—¡Yo los veo perfectos!

Ella se volvió y me pilló embobado contemplando la redondez de sus nalgas apretadas por un pantalón vaquero, que a mi juicio le quedaba de vicio. Sonrió ante mi convicción y se volvió a tirar sobre mí, pero esta vez rodeando mi cuello con sus brazos y besándome con fervor.

Me había costado acostumbrarme a su forma efusiva y espontánea de comportarse, pues yo siempre había sido frío y reacio a mostrar mis sentimientos a otra persona, y más cuando estaba en público. Pero tener a mi lado a alguien que se abría con tanta entrega y pasión, me había abierto los ojos a un mundo más apasionado y sugestivo, del que ahora no cambiaría absolutamente nada.

Mary se había convertido en mi musa, mi esencia y mi maestra, sintiéndome perdido si alguna vez debía desprenderme de la mujer que había transformado mi mundo.

—Son de una vecina, me los dio su marido para que no me quedara en ropa interior delante de los bomberos —soltó sin más, esperando ver mi reacción ante sus palabras.

La miré a esos ojos risueños que me volvían loco, y le di un sonoro azote mientras le contestaba:

—Me parece que va a ser una cena muy... animada.

Ella soltó una sonora carcajada pues le fue imposible esconder su felicidad, contagiándome por entero y dejándome ver en su mirada el reflejo de su amor y su confianza por mí. Le cogí una de sus manos y me la llevé a los labios, pues sabía que ese gesto le encantaba, y mirándola posesivo e impaciente le dije:

—¡Vamos a celebrarlo!

Me contempló de forma coqueta para provocarme, esperando con ello que cayera rendido a sus pies. Si no hubiera sido por la reserva que ya teníamos hecha, y porque ya llegábamos con retraso, le hubiera enseñado lo encantado que estaba de demostrarle mi rendición.

—¿No crees que es temprano para cenar? —siguió provocando a mi libido.

—En realidad llegaremos tarde si no nos damos prisa.

Su cara pasó de seductora a sorprendida, iluminándose por completo, al saber que tenía preparada una noche especial para celebrar la buena noticia.

—¿A dónde vamos? —preguntó curiosa y sin poder disimular su ilusión.

La miré regalándole mi mejor sonrisa con el propósito de derretirla y le dije:

—Tendrás que esperar para saberlo.

Sabiendo que en ese momento no le sería fácil convencerme para que le contara algo, se aferró a mi mano y se dejó llevar deseosa de averiguar que le tenía preparado, pues conocía su debilidad por las sorpresas.

—De acuerdo, nos pasamos por casa para cambiarnos y nos vamos.

Mi sonrisa se ensanchó pues estaba seguro de que no sospechaba nada de lo que tenía dispuesto, y supe que esa noche nunca la olvidaría tras descubrir todo lo que nos esperaba.

Mientras le colocaba su abrigo para protegerla del frío le dije:

—No hace falta mi ángel, ya está todo preparado.

Después tiré de ella para salir del despacho mientras centenares de preguntas bullían en su dulce cabecita, y pensé divertido en la sorpresa que se llevaría y en lo bien que nos lo íbamos a pasar ese fin de semana.

—¡Philips! —medio grité cuando salimos del despacho en dirección a los ascensores.

—¿Sí, señor Christian? —dijo mi secretario saliendo de la nada como era su costumbre, pues siempre rondaba cerca.

—¡Nos vamos, ocúpate de todo! ¡Y buen fin de semana!

Le hablaba mientras caminaba a paso ligero con Mary dando zancadas para seguirme el ritmo, ya que estábamos muy justos de tiempo y no iba a permitir que algo saliera mal.

—No se preocupe, todo está controlado y si me permiten decírselo, espero que disfruten de su viaje —dijo mientras miraba a Mary y le sonreía.

Le contesté con uno de mis frecuentes gruñidos mientras Mary le dedicaba una dulce sonrisa y se despedía diciéndole:

—¡Adiós Philips y feliz fin de semana! —luego sin perder tiempo se volvió hacia mí y me preguntó—. ¿A dicho viaje?

No le hice ni caso y sobre todo no me giré para mirarla por temor a que me sonsacara información, así que seguí hacia los ascensores con ella de mi mano mientras escuchábamos como Philips le decía:

—¡Adiós, Señorita Mary!

En las últimas semanas mi humor había cambiado de la misma forma que mi vida se había transformado, pero aun así procuraba mantener la disciplina y la formalidad con el

resto de los trabajadores, siendo Philips el único con quien me permitía comportarme de una forma más relajada.

Los ruidos de los empleados se fundían mientras nos alejábamos, sin percatarnos en ningún momento de sus miradas o comentarios. Todos sabían que mi cambio era gracias a Mary, y ya no me tenían tanto miedo, aunque algunos seguían pensando que era una especie de ogro sin corazón en cuanto atravesaba las puertas del despacho, y no se imaginaban a una persona tan fría e intimidatoria como yo, al lado de una mujer tan dulce y noble como lo era ella.

Lo que ellos no entendían era que mi amor por Mary, mi deseo de estar a su lado y el temor a perderla me habían hecho cambiar, pues desde que entró en mi vida solo importaba ella y todo lo demás simplemente dejaba de existir.

Y así, con mi ángel por fin en mi poder, me dispuse a ofrecerle un fin de semana inolvidable, que tenía planeado desde hacía algún tiempo, aunque había aprovechado como excusa la venta de la casa para llevarlo a cabo.

Quería ofrecerle una aventura apasionada donde le mostraría mis gustos y secretos, y donde podría conocerla sin el estrés, los horarios o los problemas que surgían de lo cotidiano. Además, esos días serían la prueba definitiva para demostrarnos que nuestros caminos transcurrían juntos.

Cogimos el coche y cuando llegamos al aeropuerto su cara de sorpresa pasó a un estado permanente de asombro. Nos habíamos dirigido hacia una de las pistas donde nos estaba esperando un pequeño jet privado, y para hacerlo más especial lo había organizado todo para que ambos; junto al piloto, estuviéramos en la cabina para que la sensación de volar fuera más intensa.

Su fascinación por todo iba en aumento cuando nos colocamos al frente de la cabina con los mandos a nuestro alcance, y se comenzó con todos los requisitos para el despegue.

—¿Estás preparada? —le pregunté cuando estábamos a punto de despegar.

Aún conmocionada por la sorpresa, solo pudo mover la cabeza de forma afirmativa y dejarse llevar. Verla tan emocionada me encantaba, resultando tentadora con esa mirada de niña que ve todo por primera vez, e intentando no mostrarse temerosa. Además, con los auriculares puestos resultaba aún más cautivadora, y mis deseos de besarla se multiplicaron por mil.

—Entonces nos vamos.

Sus ojos se abrieron como platos cuando el avión empezó a moverse, y el miedo del despegue se transformó en entusiasmo cuando abandonamos el suelo de la pista. Se estaba cumpliendo una de mis quimeras, pues me moría de ganas de ver a mi ángel entre las nubes, y por su expresión de júbilo supe que ninguno de los dos podría olvidar esta experiencia, que sin duda nos uniría aún más.

Sentada a mi lado iba mirando ilusionada en todas las direcciones sin perderse ningún detalle. Los contrastes entre la escasa luz del sol y el avance de las sombras del ocaso, bañaban todo a nuestro alrededor con colores pastel que se desfiguraban y se mezclaban en una lucha por su supervivencia, dando con ello la sensación de estar deslizándonos por un lienzo.

A nuestros pies veíamos las luces centelleantes de la ciudad que íbamos dejando atrás, y ante nosotros, se abría la inmensidad del cielo con una puesta de sol a la que perseguíamos negándonos a ver su final. Volábamos en silencio hacia un lugar lejano, sintiéndonos parte del atardecer y del cielo.

No podía evitar sentir una opresión en el pecho por poder compartirlo con ella, pues hacía tiempo que deseaba mostrarle como se veía el mundo cuando lo tienes a tus pies, y vuelas libre por el viento ajeno a todo lo demás que te amenaza en el suelo.

Necesitando aferrarme a ella, cogí con una de mis manos la suya mientras emocionados contemplábamos el infinito. Supimos lo que se sentía al surcar el aire, cuando los colores del cielo se mezclaban con los de la tierra y la realidad y los sueños se fundían en uno. Tenerla a mi lado me hacía inmensamente feliz y no pude contener por más tiempo todas las emociones y deseos que afloraban por mi mente.

La miré con todo el amor que guardaba en mi corazón y le dije:

—¡Te amo Mary!

Ella me apretó la mano mientras una lágrima de ternura surcaba su mejilla y con la voz tomada por la emoción me contestó:

—¡Te amo Christian!

Sintiendo como explotaba un júbilo inmenso en mi pecho, me di cuenta de que era el principio perfecto para nuestro fin de semana de ensueño, pues que mejor manera de empezar un romance de cuento, que haciendo realidad una fantasía.

## CAPÍTULO CUATRO

Cuando llegamos a nuestro destino la oscuridad de la noche lo cubría todo, y no pude distinguir la ciudad donde nos encontrábamos. Christian lo mantenía en secreto y no quiso revelarme donde nos hallábamos, por lo que tuve que conformarme con tratar de adivinarlo.

Por la brisa fresca y húmeda que me acarició nada más bajar del jet, y por el tiempo que duró el vuelo, pensé que podría tratarse de un lugar de la costa, pero como aún no tenía pruebas concluyentes, me dejé llevar por el juego y simplemente le seguí cogida de su mano y con una gran sonrisa en mis labios.

A unos pocos metros nos estaba esperando un chofer con las puertas abiertas de una lujosa limusina, y siguiendo el sueño que nos envolvía, entramos dispuestos a disfrutar al máximo de nuestro fin de semana.

Salimos de la terminal directamente sin necesidad de trámites ni complicaciones. Me imagino que esta es una de las ventajas al viajar disponiendo de dinero, ya que si hubiéramos ido en clase turista no solo estaríamos aún en camino, sino que además tendríamos que aguantar a un desconocido sentado casi encima de nosotros, para después esperar rezando a que apareciera nuestro equipaje.

Una vez dentro del elegante coche no podía dejar de maravillarme por su comodidad, su glamour y por la cantidad de pequeños detalles que lo componían, pues no estaba acostumbrada a tanto lujo. Aunque sabía que Christian era rico, nunca mostré delante de mí ostentación o derroche, por lo que esta nueva faceta me resultaba extraña a la vez que fascinante.

Christian se dio cuenta de mi asombro y satisfecho por mi reacción me dijo:

—Esto es solo el principio. Estos días pienso consentirte todo lo que desees, y hacer que vivas una experiencia inolvidable.

Tras sus palabras me besó suavemente, pero con el deseo palpitando en su boca y en su cuerpo. Su mirada risueña no se despegaba de mí, para no perderse cada uno de mis movimientos o mis numerosas exclamaciones de asombro, al encantarle esta actitud mía de maravillarme por todo lo nuevo que conocía.

Observé cada detalle como los asientos de cuero, los cristales tintados, el techo acristalado, así como no podía dejar de contemplar extasiada las amplias calles por las que circulábamos, y en donde los edificios competían por ser los más altos y elegantes. Pero no quería parecer infantil y terminé sentándome como una buena chica tratando de aparentar

normalidad, aunque en el fondo sabía que no podía engañarle ni por un segundo, pues él me conocía demasiado bien, además de ser evidente mi nerviosismo y mi entusiasmo.

Abrió el mini bar y sacó una botella de champán y dos copas de cristal muy fino. Mis ojos no se perdían ni un solo detalle de la elegancia de sus movimientos y de lo bien que encajaba en este ambiente sofisticado. Tras llenarlas me pasó una, se acomodó en el asiento y pasó a rodearme con su brazo rozando mi hombro a su paso. Ya acomodado dejó a sus dedos jugueteando en mi hombro, mi cuello y mi pelo, sintiendo su calor y su fortaleza con un simple roce que me quemaba. Inmediatamente después elevó su copa y sonriéndome de forma seductora me dijo:

—¡Por mi ángel, la mejor vendedora que he conocido! —Brindamos y su rostro se avivó al mirarme fijamente—. ¡Pero sobre todo por ser la mujer más fascinante, sexy y preciosa que he tenido la suerte de conocer!

La copa de champán quedó a medio camino de mis labios, y él aprovechó su cercanía para colarse y robarme un beso. Pude saborear la dulzura de su boca que me dejó sin aliento, haciéndome sentir cosquillas por mi estómago como si se tratara del mejor champán. Tras dejarme casi en estado catatónico, abandonó mis labios y tomé de un trago todo del contenido de mi copa para recuperar el aliento, sintiéndome incapaz de apartar la vista de sus ojos ni de perderme uno solo de sus gestos.

No sé cuánto tiempo tardamos en llegar al hotel o cuantos brindis y besos nos dimos, tampoco tenía idea de dónde estábamos o que íbamos a hacer en estas vacaciones inesperadas. Solo sabía que durante unos días viviría sumergida en mi propio sueño, y de que Christian estaba haciendo todo lo posible por hacerlo realidad. Por ello lo amé aún más, aunque estaba segura de ser algo del todo imposible.

Al llegar al hotel Christian salió el primero para después ayudarme galantemente ofreciéndome su mano, demostrándome su exquisita educación y consiguiendo que se me erizara el vello de mi cuerpo. Fue un detalle que le agradecí con mi mejor sonrisa, ya que los nervios y el alcohol no casaban bien y empezaba a darme vueltas la cabeza, además de estar encantada con tener rendido a mis pies a todo un caballero.

Al levantar la vista me encontré con un hotel de elevada altura y fachada de cristal, donde la elegancia, el lujo y la sofisticación eran la nota dominante.

Ante mí se erguía una amplia puerta de acceso custodiada por un portero uniformado, y numerosos botones que no paraban de entrar y salir ayudando a los clientes. El coche estaba parado en una espectacular glorieta ajardinada que servía para hacer más fluido el tráfico de acceso, y además mantenía la entrada del edificio apartada de la calle principal y de las miradas curiosas de los transeúntes, dando privacidad a lo que acontecía a su alrededor.

Un botones sacó nuestro equipaje del maletero, e imaginé que Christian había ordenado a Rose que las hiciera, pues no tenía ni la más ligera sospecha del contenido de las maletas. Seguí al muchacho sintiendo la cálida mano de Christian en mi espalda guiándome, haciéndome sentir la protagonista de una película de James Bond mientras cruzábamos las espléndidas puertas acristaladas.

Nada más entrar vi como de la pared de mi izquierda caía una especie de cascada de agua que salía prácticamente del techo, e iba deslizándose por el muro hasta llegar al suelo perdiéndose en un ciclo sin fin.

El interior era majestuoso e inmenso. Sin lugar a dudas una persona despistada podría perderse entre las columnas, sillones, mesas, estatuas, cuadros, plantas y una colección de lámparas y apliques a juego que daban esplendor con sus reflejos. Todo ello de la mejor calidad y escogidos en armonía con el entorno. Sin lugar a dudas debía de tratarse de un hotel de cinco estrellas, aunque en realidad yo nunca había estado en uno y no podía garantizarlo.

El hall era sin lugar a dudas el corazón del edificio, y a través de él podías acceder a distintos salones, a un pequeño casino y a un coqueto y acogedor pub. Justo en frente de la entrada principal, había cinco ascensores para que ningún cliente tuviera que esperar mientras subían y bajaban sin descanso debido al bullicio que reinaba. El sonido de la música y de las conversaciones era lo único que me mantenían con los pies en la tierra, y me recordaban que no estaba en el paraíso o en algún sueño.

—¿Te gusta? —me susurró al oído.

—¡Me encanta! —dije con mi cara reflejando asombro.

Me guió hasta recepción con su mano en mi cintura mientras me iba explicando que más podía encontrar en el hotel.

—En la primera planta tienes un spa con todo tipo de tratamientos, y una guardería para los clientes del hotel y los usuarios de los demás servicios. También tienes varias piscinas en la azotea, una de ella climatizada, y uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Simplemente pude asentir y mentalmente empecé a hacer cálculos para saber cuántos días tardaría en visitar todo lo que nos ofrecían, sobre todo teniendo en cuenta que solo pasaríamos en él un fin de semana, y nuestro tiempo sería limitado.

Para mi sorpresa en recepción nos atendió personalmente el director del hotel, y todos se desvivieron por atendernos y complacernos. Sin duda el apellido Taylor era más importante de lo que yo creía, y su influencia se notaba cuando salíamos de nuestro entorno más sencillo y acogedor.

Fue en recepción donde descubrí que habíamos viajado hasta Providence, Rhode Island, quedando sorprendida al no haberlo imaginado. Aunque nunca había estado aquí sabía que contaba con magníficas playas, y era un cruce entre lo tradicional; por su amplia historia, y lo moderno. Un lugar encantador para pasar un fin de semana en pareja, y perderse entre su mezcla de estilos. Una ciudad acorde con la forma de ser de Christian, mitad clásico y sencillo, a la vez que sofisticado y moderno.

En cuestión de minutos estábamos en el último piso, frente a unos gigantescos ventanales de cristal que nos permitían ver la inmensa ciudad. Aunque la oscuridad la había cubierto, sus centenares de luces la hacían parecer aún más hermosa y misteriosa llamándote para que la conocieras.

La suite presidencial contaba con su propio salón, una habitación con una cama gigantesca y un baño que te hacía llorar de envidia; sobre todo por la bañera-piscina-

jacuzzi, pues en la vida había visto una bañera redonda y menos aún con escaleras desde donde podías contemplar las vistas. Pero lo que me dejó sin aliento fue el vestido de cóctel que me estaba esperando encima de la cama, y cuyo tacto de seda me enamoró.

De color cobre era una auténtica fantasía donde la calidad, la sofisticación y un toque sensual armonizaban a la perfección. Christian se acercó a mí por detrás, mientras yo acariciaba la prenda y me rodeó con sus brazos atrayéndome hacia su cuerpo.

—Es para ti mi ángel, un regalo de tu admirador secreto que te ama con locura.

La emoción unida a mi amor me cerró la garganta y nublaban mis ojos por las lágrimas. Todo era tan maravilloso que temí despertar y volver a mi vida llena de dudas, problemas y soledad.

—No sé qué decirte, es todo tan... ¡perfecto!

—Mary, cariño, te mereces esto y mucho más —sentí como besaba mi cuello tras sus palabras.

Me acurruqué entre sus brazos sintiendo el calor de su cuerpo y el ritmo acelerado de su respiración, y apoyé mi cabeza en su hombro dejándome llevar por las sensaciones.

—Eres demasiado bueno conmigo y tengo miedo de defraudarte y perderte.

Me abrazó con más fuerza, y me susurró al oído en un tono profundo y decidido.

—¡Nunca me defraudarás!, eres la mujer que he estado esperando toda mi vida, y soy yo el que debe cuidarte y protegerte para que nunca me dejes.

Me volví y pasé mis brazos por su cuello perdiéndome en su fortaleza, inundando mis sentidos con su olor y dejándome seducir por sus palabras.

—¡No me dejes nunca! —le pedí y le besé con todo mi corazón.

Su agarre me sostuvo mientras devoraba mi boca demostrándome su entrega y su amor por mí.

—¡Mi vida! —Susurro entre mis labios—. ¡Te amo tanto que no creo poder seguir viviendo sin ti!, lo eres todo para mí y jamás voy a permitir que nuestro amor termine

Besó mis párpados, mi nariz, mis pómulos y mis labios con urgencia mientras me murmuraba palabras y promesas de amor. Me sentí la mujer más afortunada del mundo, y me propuse pasar el fin de semana complaciéndolo tanto dentro como fuera de la cama. Christian se había convertido en mi tesoro, y no estaba dispuesta a perderlo por nada del mundo.

Le amaba tanto que estaba decidida a dejar atrás por unos días mis inseguridades, para poder disfrutar de la maravillosa experiencia de sentirme a salvo del mundo entre sus brazos.

Una llamada de teléfono nos sacó de nuestra ensoñación, justo cuando estábamos a medio camino de desvestirnos y perdernos en la pasión que nos envolvía.

Él soltó un gruñido e indeciso me dejó, dirigiéndose al teléfono farfullando palabras que no logré entender, pero que me hicieron sonreír al imaginarlas. Furioso cogió el

auricular con tanta fuerza que casi lo arrancó de la pared, y con un tono de voz áspera que dejaba bien claro su enfado apuntó:

—Espero que sea importante o alguien pagara por la intromisión.

Sonreí al comprobar que mi gruñón aún estaba presente en él, aunque procuraba tenerlo oculto cuando estábamos juntos.

—¿Qué? —Su grito debió dejar paralizado al pobre hombre—. Sí, pero vamos con retraso, así que creo que llegaremos dentro de media hora, y Adams, nada de llamadas o será lo último que hagas —y sin más colgó.

Se quedó parado frente al teléfono y cogió aire para darse valor.

—Cariño, tendremos que dejarlo para luego, debemos arreglarnos ya o llegamos tarde —me dijo no muy convencido.

Se giró y su cara de enfado cambió a fascinada. Me había reclinado en la cama en ropa interior, sin dejar de mirarlo ni un segundo mientras le sonreía para provocarlo. Él se quedó paralizado, recorriendo con su mirada felina mi cuerpo.

—¿Estás seguro que tenemos que dejarlo? —él me respondió con un gruñido—. ¿No podríamos posponerlo para luego y quedarnos un ratito más?

Volvió a contestarme con otro gruñido haciéndome reír, y sin pensárselo dos veces se abalanzó cubriéndome con su cuerpo y reclamándome cómo suya.

—¡Tú lo has querido, preciosa!

No podía dejar de reír, sobre todo porque no paraba de provocarme y de hacerme cosquillas, mientras me terminaba de desvestir con una determinación que no dejaba lugar a dudas. Conseguí colocarme sobre él al distraerlo con mis pechos, y agarrándolo por las manos me incliné colocándoselos por encima de la cabeza.

—Dime una cosa —le dije para luego morderle su labio inferior.

Él solo me gruñó, y al estar sentada sobre él sentí como su miembro crecía y se endurecía hasta casi reventar.

—¿Qué me tenías preparado?

Moví mis caderas dejándolo sin aliento, teniendo que hacer fuerza para que sus manos no se soltaran de mi agarre.

—Cena con espectáculo en el pub —me contestó con voz ronca.

—¡Ah sí! ¿Y qué tipo de espectáculo? —seguí torturándolo con el movimiento de mis caderas.

—Algo especial y selecto —apenas podía hablar—. Solo un piano y un cantante que sueles tatarrear a menudo.

Cubrí con mi cuerpo el suyo, y a escasos centímetros de su boca le susurré con el deseo flotando entre cada palabra.

—Suena interesante.

De pronto la curiosidad se adueñó de mi mente haciéndome volver al presente, y levantando la cabeza le pregunté con una voz más inquisitiva que seductora.

—¿Quién?

Él más pendiente de robarme un beso que de contestarme me respondió a disgusto mientras buscaba mis labios.

—Elton John.

En cuestión de unas décimas de segundos reaccioné, y soltando un grito traté de levantarme lo más rápido que pude mientras no paraba de chillar:

—¡Elton John! ¡ Elton John!

Pero Christian fue más rápido y me agarró por la cintura, colocándome sobre el colchón con él cubriéndome.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Es Elton John! ¡Tengo que verlo!

Con su cara pegada a la mía no se perdía ningún detalle de mi rostro, mientras observaba como yo trataba por todos los medios de escaparme de su agarre.

—¿No decías que nos quedaríamos un ratito más? —por su tono supe que no pensaba dejarme escapar por el momento.

—¡Pero eso era antes de saber que era Elton John!

Cogió mis manos y las colocó sobre mi cabeza invirtiendo los papeles, convirtiéndose así en mi torturador.

—¿Y vas a dejarme así por ese tipo? —Restregó su miembro por mi sexo para que comprobara su excitación.

—¡Pero cariño...!

Apretó sus caderas contra mi sexo, haciendo que perdiera el hilo de mis pensamientos.

—¿No prefieres quedarte conmigo mientras te hago gemir de placer?

Mis piernas enlazaron su cintura y traté de encontrar su boca sin ser capaz de contestarle con palabras. Él me provocó con más movimientos sexuales, consiguiendo que todo lo demás se fundiera en mi cabeza y solo quedara el deseo.

De pronto me soltó y se levantó de un saltó dejándome más caliente que un horno en pleno verano. Me senté en la cama y enfadada le grité:

—¿Pero a dónde vas?

—¡A ver a Elton John!

Quise lanzarle algo bien afilado a una parte determinada de su anatomía, pero tuve que conformarme con lanzarle las almohadas con todas mis fuerzas mientras él no paraba de reírse.

—¡Vamos cariño, no quiero que te lo pierdas!

Se acercó despacio sentándose a mi lado y acariciándome la cara.

—Te prometo que en cuanto acabe te cojo en brazos y te llevo hasta la habitación para hacerte el amor toda la noche.

—¡Pero has sido injusto!, ¡me has dejado excitada!

Christian cogió mi mano y la depositó sobre su miembro hinchado que apenas cogía entre sus pantalones, para que comprobara que él también anhelaba más quedarse en la cama conmigo que bajar a ver el espectáculo.

—¡Cariño, yo también me muero por tenerte!

Me miró fijamente soltando mi mano y me preguntó:

—¿De verdad no te importaría perdértelo?

Busqué sus ojos y supe que él acataría cualquiera de mis decisiones, aunque éstas fueran en contra de las suyas. Saberlo me hizo sentir culpable, pues mis ganas de no perderme el espectáculo luchaban contra mi deseo de permanecer en la cama con él. El problema era que no sabía cómo decírselo sin que se ofendiera, y por ello dudaba sobre qué contestarle.

Christian debió ver mis dudas reflejadas en mi rostro, ya que se inclinó para besarme dulcemente en los labios, y me ofreció una sensual sonrisa mientras me decía:

—Siempre podrás tenerme a mí, pero tendrás que esperar bastante hasta que puedas volver a verle a él cantando como lo va a hacer esta noche.

Y sin más se levantó y me arrastró con él sacándome de la cama.

—¡Vamos a ver a ese tío! ¡Y más le vale que sea una de sus mejores actuaciones o tendrá que vérselas conmigo!

Me abalancé sobre él y le besé agradecida de que fuera un hombre tan comprensivo y cariñoso conmigo.

—¡Gracias Christian!, es un detalle precioso que no pienso olvidar, además te prometo que te lo voy a compensar.

Él me abrazó con fuerza y me dijo con sus labios rozando los míos.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, mi ángel.

Nos volvimos a besar y por unos segundos nos olvidamos de todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Fue él quien con su fuerza de voluntad se separó de mí, y sonriéndome con una mirada repleta de amor me dijo:

—Será mejor que empecemos a arreglarnos o no vamos a llegar nunca.

Le devolví la sonrisa sintiéndome la mujer más afortunada del mundo, y le di una palmada en su duro y sexy trasero mientras se alejaba entrando en el baño a paso apresurado.

Cuando estaba a punto de perderlo de vista escuché que me decía con voz risueña:

—¡Voy a darme una ducha o no podré caminar!

Solté una carcajada hasta que me di cuenta que mi estado no era mucho mejor que el de él, y deseé poder imitarle dándome un buen chapuzón de agua helada.

Tras batir todos los record en despejarme y arreglarme, conseguí en media hora salir de la habitación duchada, maquillada, vestida y aun respirando aunque jadeante. Eso sí, en esos momentos no parecía muy sofisticada al llevar aún el pelo mojado, y tener como peinado un moño que amenazaba con deshacerse a cada movimiento, sin olvidarme de las elegantes sandalias de tacón que llevaba en la mano para poder correr mejor hasta los ascensores.

Menos mal que hacía calor y de ropa interior solo tuve que preocuparme por ponerme un tanga minúsculo, pues teniendo en cuenta que llevaba un vestido de seda de tirantes que se pegaba al cuerpo, y con media espalda al descubierto, resultó ser lo más aconsejable.

Ya en el ascensor y muertos de risa pudimos relajarnos durante unos segundos. Christian me miró risueño y cogiendo las caras sandalias de mi mano, se agachó colocando una de sus rodillas en el suelo, para luego agarrarme el pie con cuidado y empezar a ponérmelas con mimo mientras me decía:

—Esta noche milady, seré su caballero andante.

—¡Amor, tú siempre eres mi flamante caballero! —le comenté bajito mientras le acariciaba el cabello.

Cuando terminó de colocarme las sexys sandalias acarició con extremada dulzura mi pierna, para acto seguido comenzar a deslizar su mano por mi piel camino al muslo, mientras sus ojos seguían el recorrido hasta que éste terminó en mis nalgas. Fue una caricia íntima y suave que solo duró unos segundos, pero se mantuvo lo suficiente para sentirme marcada por su tacto.

Con movimientos felinos se levantó permaneciendo frente a mí, y nos miramos perdiéndonos en la profundidad de nuestros ojos, donde podíamos ser testigos de nuestros sentimientos más íntimos.

Parecía que nada ni nadie podía interferir en nuestro mundo, hasta que escuchamos el sonido de la campana del ascensor anunciando nuestra llegada a la planta baja. No nos quedó más remedio que despertarnos de nuestro letargo, y volver a la realidad en que nos hallábamos.

—¿Estás preparada? —me preguntó mirándome a la cara con ese brillo entre travieso y seguro que tanto me perturbaba.

—¡Preparada! —le sonreí tratando de controlar mis ganas por perderme en él.

—¡Entonces no hagamos esperar a Elton!

Nos echamos a reír contentos por estar juntos y dispuestos a todo por unas horas, y salimos del ascensor con paso decidido.

Una vez en el hall, Christian volvió a sorprenderme al coger mi mano para besarla con cariño, para después colocarla sobre su brazo con cuidado sin dejar de mirarme y de sofocarme con su sonrisa. Fue entonces cuando de verdad dio comienzo una noche, donde ambos estábamos dispuestos a todo para hacerla nuestra.

\* \* \*

No estoy muy segura de cuando traspasé el umbral del tiempo, pero al entrar en el pub me sentí transportada a los años veinte donde los gánster y la prohibición inspiraban la ambientación del local.

El espacio era mucho más amplio de lo que me había imaginado, y nada más entrar la luz se hacía tenue dejándome ver todo bajo un velo sutil. La música de Elton John nos indicaba que llegábamos tarde, por lo que aligeramos el paso para ocupar cuanto antes un lugar donde poder disfrutar del espectáculo.

En frente pude ver una espléndida barra donde los camareros servían copas sin parar, y busqué el escenario que quedaba a nuestra izquierda, donde para mi asombro había un gran piano de cola y Elton estaba cantando una versión de su tema “Sacrifice”.

Desde ese momento Christian tuvo que tirar de mí, pues apenas podía apartar mi vista del famoso cantante que nunca antes había visto, y me hizo pasar entre coquetas mesas con manteles blancos de algodón, que estaban adornadas con pequeñas lamparitas que apenas iluminaban, y cuyos ocupantes estaban absortos con la actuación.

Me guió hacia el fondo del local quedando frente al escenario, resultando evidente que esa posición tan privilegiada nos daba una visión más amplia del escenario y por consiguiente de la gala. Pude ver además que en esta zona las mesas estaban encima de una especie de tarima, para crear así varios ambientes y darles más privacidad, por lo que su situación era perfecta en todos los sentidos.

Subí casi a ciegas los tres escalones para acceder a nuestra mesa, dando las gracias al cielo por no tirar nada o caerme de bruces al tener que caminar casi a oscuras, y con la mente distraída por el espectáculo. Toda una proeza teniendo en cuenta mi historial de accidentes sufridos por mi torpeza o mi mala suerte.

Nos sentamos en la mesa que quedaba justo en frente del escenario, y fue entonces cuando me percaté de que un camarero nos había estado guiando hacia nuestro reservado, pues debo decir que cada mesa estaba separada de la que tenía a su lado por una mampara de cristal ahumada, dándote así una privacidad que agradecías.

—¿Quieres un coctel o prefieres champán? —Me preguntó Christian.

Lo pensé durante unos segundos mientras me acomodaba y le contesté:

—¡Champán!

Volví a evadirme en la música sin querer perderme ni un detalle de la actuación, mientras sentía a Christian a mi lado convirtiendo en algo especial ese instante. Me arrimé a él y me dejé llevar apoyándome en su hombro ajena a todo lo demás que nos rodeaba. El sonido del piano y la aterciopelada voz del cantante nos envolvían aislándonos, sintiendo la cercanía de su cuerpo y sus caricias como el complemento perfecto para un momento tan mágico.

—Es una actuación exclusiva, solo él y su piano para una ocasión muy especial — me indicó Christian.

—¿Lo dices porque es muy cara la entrada? —le pregunté.

—No, cariño, especial porque los beneficios de esta noche serán para una fundación para niños enfermos.

—¡Oh! —Solo pude contestar.

—Lamento que te hayas perdido la mitad del espectáculo —me dijo mientras me besaba en el cuello.

—Ya tendremos más oportunidades de verlo —le indiqué mientras le ofrecía mi cuello para que continuara con sus besos.

—Todas las que quieras, mi ángel —susurró en mi oído para pasar a mordérmelo después.

Me dejé llevar, y acabé cantando débilmente perdiéndome en la melodía y en los brazos fuertes de Christian. El sonido de su música, acompañado de sus maravillosas letras, me transportaban a un mundo de ensueño, donde sus versos me hablaban del amor, y de la felicidad que representaba el encontrar a alguien con quien compartir tu vida.

Perdida entre los brazos de ese hombre que se había vuelto tan especial y tierno volví a enamorarme de él, al encenderse con estas palabras mi débil corazón, y supe que mi vida ya no volvería a ser la misma, pues un sentimiento como este pocas veces se encuentra y menos aún se pierde en el olvido.

Quise por todos los medios aplacar mi estado de ánimo, pues si seguía así acabaría llorando, y me contuve para pasar una velada sentimental y romántica, pero no lacrimógena.

—¿No te molesta que cante, verdad cariño? —le pregunté sabiendo lo que me contestaría.

—¡No, ya me he acostumbrado! —me dijo con un tono burlón.

—¿Estás insinuando que canto mal? —intenté parecer ofendida.

—¿Quieres bailar? —soltó para tratar de esquivar la pregunta.

—¡No me has contestado! —Le repuse mientras le daba un manotazo juguetón en el brazo.

Él se rió y siguiéndome el juego me dijo:

—Me encanta como cantas, pero más me gusta cuando bailas.

No pude hacer otra cosa que reír despejándonos así de las sensaciones tan intensas que sentíamos, ya que por su mirada y la forma de sujetarme, sabía que a él también le estaba afectando la cercanía de nuestros cuerpos y el ambiente tan romántico que nos envolvía.

Nos levantamos y me guió a la pista de baile situada entre el escenario y las mesas de la parte baja. En él ya había un grupo de parejas que se movían en un lento vaivén marcado por el ritmo de la música, y que con cada canción iban rodando al ser sustituidas por otras.

En esa ocasión sonaba una versión a piano con la suave voz de Elton de acompañamiento, de un tema que me encantaba llamado “Your Song”. Se trataba de una canción que se hizo aún más famosa al aparecer en la banda sonora de la película “Moulin Rouge”, y desde entonces se había convertido en un tema que solía tatarrear, o como diría mi familia y ahora Christian, que solía destrozar cada vez que lo cantaba.

Nos colocamos en un lateral de la pista para tener más intimidad, y nos abrazamos perdiéndonos en su ritmo y en nuestra cercanía. No nos interesaba si los demás se movían al compás o si permanecían como nosotros más pendientes de las caricias y de los sentidos, pues solo nos importaba estar juntos en nuestra propia armonía.

Nuestros movimientos fluidos hicieron que nuestros cuerpos se ajustaran quedando unidos en un solo abrazo, mientras la música flotaba y oíamos la canción sintiéndome identificada con sus palabras.

Christian besó mi cuello y se aferró a mí, y supe sin necesidad de más palabras, que él también se sentía identificado cuando escuchaba decir que por fin me había encontrado.

Cerré los ojos y me fundí en el aroma de su piel, donde instantes después me perdía en su agarre y me sentía flotar entre nuestro amor, sin dejar de escuchar la suave y flexible voz de Elton John, que escoltado por su piano nos decía como la vida era mucho más maravillosa, “Ahora que estás tú en el mundo”.

Y así, sumergidos en nuestro propio universo, los segundos fueron pasando fundiéndose con nuestros recuerdos, pues una sensación tan intensa como era la que estábamos sintiendo no se podría olvidar aunque pasaran milenios.

Pero el tiempo no se mostró misericordioso y avanzó sin remedio hasta llegar al final de la gala, donde recelosos de separarnos tuvimos que serenarnos y volver al mundo ordinario, para escuchar los aplausos y las voces que nos despejaron sin remedio, y nos alejaron de nuestro particular paraíso.

La actuación se me hizo muy breve sintiendo pena por perder ese aire casi bohemio que nos acompañaba. Fue sin duda la velada más especial a la que había asistido, sin tener nada en común con los otros muchos conciertos en donde no paraba de bailar y de gritar como una poseída. Este, sin embargo, fue el más inolvidable de todos y me propuse volver a vivir una emoción tan intensa y conmovedora como la que acababa de sentir, aunque tuviera que esperar una vida entera.

—¿Te ha gustado? —Me preguntó mientras regresábamos a la mesa cogidos de la mano.

—¡Me ha encantado!, sobre todo bailar contigo mientras escuchaba su letra ha sido...mágico.

Al mirarme pude distinguir en sus ojos un brillo de orgullo masculino y de pasión, que me confirmaban que mi afirmación le había satisfecho.

—¡A mí también me ha encantado!

Sin decir más tiró de mí colocándome pegado a su cuerpo, y me besó hasta fundir mi entendimiento debido al calor que estaba sintiendo. No se trató de un gesto dulce y

sosegado, sino de una demostración de posesión y de manifestar como su boca podía hacerme perder la cabeza con solo proponérselo.

Cuando se apartó traté de volver a respirar con normalidad, aunque los latidos alborotados de mi corazón hacían todo lo posible por impedírmelo. En el momento en que mi mente comenzó a funcionar de nuevo, fui consciente de como todos a nuestro alrededor nos miraban; los hombres sonrientes y las mujeres celosas, y no pude evitar sonreír al saber que por una vez en la vida, era yo la que despertaba las envidias.

Con un esfuerzo sobrehumano pude llegar a mi mesa con mis piernas de gelatina, aunque sin perder mi sonrisa triunfadora, y busqué desesperada la botella de champán que milagrosamente estaba medio vacía, pues no recordaba haberla bebido aunque todas las pruebas apuntaban a ello.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar o prefieres que vayamos a otro sitio?

Me preguntó tras beberse de un trago su copa, pues al parecer no era la única que se sentía sedienta tras nuestro beso.

—Prefiero quedarme, así estamos más cerca de la habitación cuando terminemos de cenar.

Le dediqué mi mirada de niña inocente, mientras él transformaba su expresión en la de lobo feroz dispuesto a devorarme.

—¡Buena idea pequeña!

Por su tono de voz no pude hacer otra cosa que estremecerme y desear pedir algo para llevar. Pero ya que teníamos toda la noche por delante y esta oportunidad no se presentaba todos los días, decidí reservar mi libido para más adelante y coger fuerza para el maratón de sexo que se nos presentaba.

Terminamos pidiendo un menú degustación del chef, donde servían pequeñas cantidades de sus especialidades, todo ello acompañado por un intenso y aterciopelado Pinot que inducía a no parar de beberlo.

La cena transcurrió en un ambiente tranquilo después de que la mayoría de los espectadores se fueran tras la actuación, quedando solo los que habían reservado para cenar ocupando la mayoría de las mesas, y alguna que otra pareja sentada tranquilamente en la barra mientras terminaban su copa. La música se volvió suave, mezclándose sutilmente entre las conversaciones y alguna que otra risa que se fundía en ella.

Christian se mostró en todo momento servicial estando pendiente de cada una de mis necesidades, como mantener mi copa y mi tenedor llenos, mientras yo no paraba de hablar y hacerle sonreír.

—Aún no me has contado nada de tu venta —me dijo.

Me quedé mirándolo buscando la manera más fácil de contarle todo lo que me había pasado sin parecer estúpida, pero como no había manera de disfrazarlo, me armé de valor y decidí contarle las cosas tal y como habían sucedido.

Bebí un sorbo de mi copa, pinché con el tenedor un trozo de espárrago y sin mirarle a la cara empecé a relatarle.

—Verás... todo iba perfecto, la casa estaba limpia y ventilada con olor a rosas —le miré—. ¡Ya sabes, ese que tanto me gusta! —Él asintió esperando impaciente a que continuara—. Bueno pues, me dirigía a la puerta principal para esperar a mis clientes, cuando escuché un ruido extraño que no supe identificar.

Christian mostró más interés dejando de masticar para mirarme con detenimiento. Ahora era cuando venía la parte más comprometedor, y no estaba segura de si debía mirarle orgullosa a la cara, o bajar mi mirada y desear que la tierra me tragase; al final ganó mi orgullo y le miré decidida.

—Y ya me conoces, fui a ver que era ese ruido.

—¿Qué clase de ruido y por qué te acercaste? ¿Es que no sabes que es peligroso?

Sonaba bastante enfadado mientras clavaba sus ojos en los míos cuestionando sin palabras mi criterio. Una actitud que me hacía sentir incómoda y a la defensiva.

—¡Sabes que suelo ser un poco curiosa! —no pude remediar decirle para escudarme.

Christian soltó un gruñido y siguió con sus ojos censores sobre mí. Sin querer demorar más mi relato continué con él manteniendo mi barbilla bien alta, ya que no estaba dispuesta a que me viera como una mujer débil que no se atrevía a enfrentarse a su reproche.

—El caso es que no fue nada, solo una paloma, la pobre era una cría que se quedó atrapada en el poyete de la ventana del baño y tenía miedo a volar —callé y volví a llenarme la boca con comida al no querer alargar ese momento tan incómodo.

Él no dejaba de mirarme esperando a que continuara con mi historia, pero cuando vio que mi interés estaba centrado en masticar y jugar con la comida, me dijo sospechando que le ocultaba algo:

—¿Solo eso?! Creía que iba a ser más grave, como mencionaste a los bomberos.

Sin atreverme a mirarlo al acentuarse mi vergüenza, seguí troceando la carne en minúsculas porciones y con tono casual, para quitarle importancia, continué resignada:

—Es que no acaba ahí, la ventana en realidad era un tragaluz muy pequeño y al asomarme me quedé enganchada.

Como su respuesta tardaba en llegar, opté por levantar la mirada para saber qué estaba pasando, y lo encontré tratando de contenerse para no soltar una carcajada.

—¡No te atrevas a reírte! —repuse entre avergonzada y enfadada.

—¡Claro que no, cariño!, tú sabes que yo nunca me reiría de ti.

Pero sus ojos brillantes, su cara colorada y su voz apenas contenida, me indicaban que estaba a punto de partirse de risa y quedar como un mentiroso.

—¡Christian sabes que soy algo patosa y...!

—Solo un poco— me interrumpió risueño.

—¡Y no tengo la culpa de que mi trasero sea más grande que el maldito agujero! —le dije enojada.

Él no pudo aguantar más y rompió a reír a pleno pulmón sin ninguna consideración hacia mí. Durante unos instantes le contemplé enfadada, pero al ver que su risa no era ofensiva, sino que se reía de lo cómico de la situación, mi irritación se disipó y no pude hacer otra cosa más que partirme de risa con él, pues al escucharle reír se calmó mi orgullo herido dejando de importarme y solo quedó mi deseo de hacerle feliz.

—¡Hubiera dado cualquier cosa por verlo! —confesó.

—¡Pues no te he contado ni la mitad!

—Pero antes de que sigas cuéntame una cosa —me pidió tratando de contenerse para poder hablar.

—¡Dime!

Me miró tratando de parecer serio, y apoyando sus brazos en la mesa e inclinándose para acercarse a mí, me susurró como si fuera un secreto:

—¿Qué fue de la paloma?

El estallido de risas de los dos hizo que todos los comensales de nuestro alrededor se nos quedaran mirando, teniendo que contener las ganas de seguir con nuestro alboroto. Cuando por fin nos serenamos y pudimos seguir hablando, le conté con todo detalle lo sucedido y como la suerte me había sonreído al final.

No le hizo mucha gracia que se rajara la falda y me quedara en ropa interior delante de unos desconocidos, pero cuando le aseguré que en todo momento fueron unos profesionales y que entendieron mi apuro comportándose como unos caballeros, dejó de fruncir el ceño y de mascullar para pasar a relajarse un poco.

Le complació la que tuvo el vecino llamado James por pensar en mí y cubrirme con la manta, pero ante todo agradeció su preocupación al haberme quedado sin la falda, y haberme prestado unos pantalones de su esposa.

—Me gustaría tener un detalle con ellos —le dije, pues era algo que ya había pensado de antemano y sabía que Christian estaría conforme con ello.

—Si quieres podemos comprarles algo y mandárselo —me contestó, proponiéndome algo que ya había considerado hacer.

—Eso sería perfecto.

—Yo me ocupo de los bomberos y de James —me indicó muy confiado.

No pude hacer otra cosa más que soltar una carcajada por su intento de mantenerme apartada de esos hombres, y más sabiendo que en el trato se incluían un par de gemelos que estaban cañón y que volvían locas a las mujeres.

—No sé, Christian, les prometí un beso a esos hermanos tan guapos —le insinué para provocarle.

Él me miró fijamente tratando de averiguar si lo decía en serio o le estaba tomando el pelo, pues sabía que me encantaba desafiarle. Con su mano me cogió de la barbilla para que le mirara y a escasos centímetros de mi rostro me dijo de forma tajante:

—Para ellos unas botellas del mejor whisky escocés, ya que tus besos son solo míos y no pienso compartirlos con nadie.

No pude hacer otra cosa que asentir pues su voz profunda y su mirada seductora me dejaron sin habla. Me besó marcándome y llevándose todas las pegas que pudiera mostrarle, quedando solo la convicción de que soy suya en cuerpo y alma, como él es mío.

Tras apartarse pude volver a respirar con normalidad pues su actitud celosa me excitaba, y busqué con urgencia mi copa para poder despejarme. De un trago la vacié, y busqué con avidez la botella para seguir saciando mi sed, aunque lo que de verdad necesitaba era la embriaguez de sus besos.

Christian también trató de no parecer afectado por su arrebato posesivo, y siguió hablando mientras rellenaba servicial mi copa como si no se hubiera excitado al verme tan alterada.

—Quién sabe cariño, a lo mejor se pone de moda vender así las casas.

La broma de Christian quiso hacerme sonreír, pero temí que esto solo sería el principio de una larga tortura que tendría que soportar por parte de mi familia y de mis compañeros.

—¡Pues yo no pienso repetirlo!

Le dije ya más calmada por el comentario de antes, pero volviendo a entrar en guerra por este nuevo frente al que me enfrentaba. Él se rió y acercándose me dio un profundo beso que me electrizó hasta los dedos de los pies.

—¡Eres única mi ángel!, prométeme que no cambiarás nunca.

—Te prometo que seguiré siendo patosa y glotona, además de entrometida, dormilona y no nos olvidemos de bromista, despistada...

Él volvió a besarme con ardor y pegando sus labios a los míos susurró:

—Te quiero así exactamente, con tus manías y defectos pues en ti se convierten en virtudes —me miró y acariciándome la mejilla con suavidad continuó diciéndome—: Te quiero imperfecta para poder ayudarte, por eso te pido que me dejes ser tu apoyo y tu refugio, para así demostrarte cuanto te necesito a mi lado.

Le acaricié la mano que surcaba mi mejilla, mostrándole en mis ojos lo profundo de mi amor y cuanto habían calado sus palabras en mi corazón.

—Christian, aún no puedo creer que estés conmigo.

—¿Y con quién si no iba a estar, si tú eres la mujer de mis sueños? —Dijo acariciándome con extremada ternura—. Soy yo el afortunado Mary, no lo olvides nunca.

Nos volvimos a besar olvidándonos del resto del mundo, quedando solo nosotros dos y el profundo amor que nos hacía sentir especiales y agradecidos, pues muy pocas veces en esta vida se presenta la certeza de saber que la persona que tienes a tu lado es la que estabas esperando, llenándote cada día de alegría y esperanza.

Sin poder esperar un segundo más nos marchamos del pub con el brazo de Christian rodeando mis caderas para guiarme. Temerosos de no sentir nuestro tacto a cada paso, nos

fundimos en un solo ser mientras nos dirigíamos a los ascensores, agradecidos de habernos quedado en el pub del hotel al estar éste tan cerca de la habitación.

Al entrar en un lugar tan reducido, con nuestros cuerpos unidos y el deseo saliendo por cada uno de nuestros poros, se convirtió en una misión colosal no arrancarnos las ropas y devorarnos hasta saciarnos. Sobre todo porque no estábamos solos, pues un par de parejas nos acompañaban y para una noche tan especial como ésta no queríamos tener espectadores.

Por desgracia nuestro piso era el último y tuvimos que esperar hasta quedarnos sin pasajeros. Un segundo después de cerrarse las puertas y quedarnos solos en el ascensor, Christian ya estaba poseyendo mi boca de forma salvaje mientras sus manos se perdían por mi cuerpo. Mi conciencia se desligó de la realidad, y solo pude sentirlo a él y a mi deseo creciendo por mi interior.

Llegué a la suite en sus brazos, y sin separar nuestras bocas, conseguimos entrar en ella sin perder la cordura. En cuestión de segundos ambos estábamos desnudos y fundidos en un abrazo, del que nos costaba separarnos al no querer dejar de sentir el calor de nuestros cuerpos, así como el roce de nuestra piel.

Sosteniéndome entre sus brazos como si fuera su bien máspreciado, me llevó a la habitación regalándome a cada paso una infinidad de dulces besos, para luego, con sumo cuidado, depositarme en la inmensa cama para después inclinarse sobre mí de forma seductora, sin apartar sus ojos de los míos, bebiendo de su reflejo y su lujuria.

—¡Te deseo tanto que creo que voy a volverme loco!

Su voz sonaba seca y rasposa, sus manos invadían cada centímetro de mi piel y su aliento sobre mi cuello y mi cara me envolvía y me embriagaba.

—¡Tómame Christian!, ¡Quiero ser tuya!

El sonido de mi voz pidiéndole que me poseyera y me reclamara lo excitó aún más, haciendo que se colocara entre mis piernas y me penetrara con ferocidad.

—¡Eres mía, mía!

Su miembro se perdió entre mis piernas adentrándose en mi húmedo sexo. Enfebrecido aumentó el ritmo de sus embestidas hasta volverse frenéticas, cortando nuestro aliento con cada penetración. Perdimos la poca cordura que nos quedaba entre jadeos y excesos, invadiendo mis fantasías más secretas con su cuerpo y su entrega.

Aturdidos por el éxtasis llegamos al clímax del orgasmo con un estremecimiento de todo nuestro ser, y un grito agónico surgió de nuestras gargantas fundiéndonos en un estallido de placer. Las fuerzas nos abandonaron, y solo nos quedó dejarnos caer lesos y saciados en un profundo letargo mientras seguíamos abrazados.

Con las últimas reservas que le quedaban, Christian levantó la cabeza de mi pecho, y mirándome serio me preguntó:

—¿No te he hecho daño, verdad?

—¡No, mi amor!, ha sido lo que necesitaba y para nada me has hecho daño — mirándole con dulzura y enmarcando su rostro con mis manos le aseguré—: Me encanta

hacer el amor contigo, ya sea dulcemente o con tanto ardor, porque lo único que me importa es sentirme tuya.

Christian me besó con pasión mordiéndome los labios y jugando con mi boca como si fuera totalmente suya, pues de hecho así lo era. Lo abracé sin querer separarme de él por ningún concepto, y me dejé llevar por un nuevo arrebato de locura.

Durante el resto de la noche nos amamos y nos entregamos como si no existiera el mañana, sintiendo que el futuro sería nuestro sin que ninguna dificultad, dudas o infortunios nos separara. Entre sus brazos caí rendida en un profundo letargo, saciada por sus caricias y complacida con su entrega. Él se mostraba insaciable con mi cuerpo, pero al ser solo un hombre, terminó cediendo a su agotamiento conformándose con besarme y acariciarme, mientras me susurraba tiernas palabras de amor.

Cuando vio asomar mi somnolencia se dejó llevar por el sopor, y juntos entramos en el reino de Morfeo, dejando pasar las pocas horas que quedaban para la salida del sol fundidos en un dulce abrazo.

## CAPÍTULO CINCO

El aroma a café recién hecho hizo que mi perezoso amor por fin empezara a moverse. Desnuda sobre nuestra cama, con el cabello alborotado, el olor a sexo y sus típicos ruiditos de protesta, me hacían perder la cabeza deseando olvidarme de todo para perderme de nuevo en su interior.

Tras haber dormido entre sus brazos por unas horas, me habían despertado sus caderas que se pegaban a mí de forma juguetona. Ella aún estaba dormida cuando se volvió tan osada, pero su necesidad de mí le hacía acercarse hasta en sueños, provocando que mi deseo creciera al sentirme tan codiciado.

Con el amparo de la oscuridad, había pasado mis manos despacio por todo su cuerpo, despertándolo con un ansia de placer que durante horas me dediqué a saciarlo. Ya bien avanzada la noche volvimos a caer rendidos en un sueño profundo hasta encontrarnos con la mañana avanzada y su cuerpo dolorido. Aun así, en lo único que podía pensar era en cuantas horas faltaban por contenerme para poder estar otra vez dentro de ella, pues nunca me cansaba de poseerla.

La contemplé deleitándome ante su belleza, sintiéndome el hombre más afortunado del mundo por tenerla a mi lado. Le acerqué el carrito donde estaba su desayuno esperándola, y me senté a su lado en la cama para despertarla, pues dormía siempre profundamente y costaba bastante sacarla de la cama.

Paseé un dedo por su espalda desnuda hasta detenerme al alcanzar su nalga, donde la sábana tapaba su precioso trasero que tanto me gustaba contemplar y mordisquear. Despacio me incliné y le besé su hombro, sin poder evitar perderme en su olor a mujer.

—¡Es hora de levantarse, bella durmiente!

Como única contestación me dio un gruñido, y movió un poco las piernas buscando una colocación más cómoda. Sintiendo como un villano de película decidí darle un despertar que le costaría olvidar, y ya de paso complacería uno de mis antojos ante tanto festín de su cuerpo.

Me levanté sin hacer movimientos bruscos, le aparté la sábana dejándola desnuda, y con cuidado acerqué mi boca hasta su nalga para saborearla, pero primero, y como modo de aviso, le di un húmedo beso en ella que me endureció como resultado, pero que apenas notó pues ni se movió.

Decidido y con una sonrisa maliciosa, abrí mi boca y le di un pequeño mordisco que le hizo dar un salto en la cama y sentarse de golpe aún medio dormida, pero con los ojos abiertos como platos.

—¡Buenos días, cariño! —le dije sonriéndole sin un ápice de culpabilidad.

Ella me miró durante unos segundos mientras su mente registraba lo ocurrido, y cuando comprendió lo que le había hecho, su mirada de perplejidad pasó a oscurecerse para lanzarme fuego por sus ojos.

—¡Serás bobo! ¡Me has dado un susto de muerte!

Su cara ya sin sueño se empezó a poner roja por culpa del enfado, haciéndola aún más sexy al verla tan alterada. Además, sin darse cuenta, con su sobresalto se había sentado sin cubrirse, dejando ante mi vista su torso desnudo entre otros encantos.

Tuve que hacer un estoico esfuerzo por mirarla a los ojos y no a sus pechos, y traté de no mostrar en mi rostro mi regocijo por el preciado mordisco que le había dado, cumpliéndose así una de mis fantasías.

Conteniéndome le dije lo más serio e inocente que pude:

—¡Mi ángel, se estaba haciendo tarde y el desayuno se estaba enfriando!

—¿Y no podías despertarme con un beso? —seguía sonando enfadada.

—Lo intenté preciosa, pero no hubo manera. Pero si prefieres la próxima vez te muerdo en otra parte de tu cuerpo.

Sutilmente pasé de mirarla a los ojos a deleitarme con sus pezones, haciéndose mi boca agua ante el manjar que se mostraba ante mí. Ella siguió mi mirada y fue entonces cuando se dio cuenta de su desnudez, y con un gritito se cubrió a la vez que se sonrojaba hasta coger un tono escarlata, mientras yo reía por su pudor tardío.

—¡Fuera de aquí perverso!

Su tono de voz me decía que seguía enojada conmigo, pero su cuerpo me estaba llamando a gritos, y mis ganas por abrazarla y besarla se hacían imposibles de soportar.

—¡No te enfades Mary, sabes que me gusta provocarte!

Mi voz ronca y seductora junto con mi mirada pícara, la hizo perdonarme haciéndole cambiar su rostro de enfado a molesto. Aproveché mi indulto para volver a sentarme a su lado, y así poder acercarme a su cuerpo hasta estar casi pegados.

Con mis manos apoyadas a ambos lados de su costado, la mantuve sin posibilidad de apartarse de mí, valiéndome de la ocasión para pegarme a su boca y susurrarle:

—¿Me perdonas?

Ella sonrió muy levemente, pues no quería delatar su satisfacción por tenerme a su merced, y aparentando que lo estaba meditando me dijo:

—¡Tendré que pensarlo!

Sin poder esperar más la besé adueñándome de su boca, pues cuando la veía ponerse juguetona mi cuerpo reaccionaba y deseaba comérmela entera. Cuando el beso

terminó y nuestras respiraciones se serenaron, ella acarició mi cara con dulzura sin dejar de mirarme a los ojos para decirme:

—¡Eres un demonio, cariño —sonrió ante mi mirada divertida y continuó diciéndome—: y por eso te quiero tanto!

—¡Yo también te quiero por ser tan brujilla!

Ambos reímos y nos fundimos en un abrazo, sintiéndonos reconfortados al poder estar juntos. Mary apoyó su cabeza en mi hombro sin ganas de separarse de mi agarre, y le aparté el cabello de su rostro para poder besarle la mejilla y contemplarla.

—Te he traído el desayuno —le dije.

Mary solo me contestó con un murmullo ininteligible, y al ver sus ojos cerrados deduje que estaba haciendo trampas, pues se estaba volviendo a quedar dormida. Besándole el cuello con sensualidad le fui diciendo a cada beso:

—Café recién hecho, zumo de naranja, fresas y cruasanes.

—¡¿Cruasanes?! —levantó la cabeza abandonando mi hombro.

Su sueño fue sustituido por hambre con una sola palabra, muriendo su interés por mis brazos ante la idea de comerse un desayuno a su gusto. Me aparté dejándola ver la mesita donde le esperaban los manjares, y sus ojos pasaron de desearme a mí a fundirse por probar un bocado. Sonreí por su glotonería pues sabía que los cruasanes la volvían loca, ya que cada vez que los comía se aislaba del mundo para perderse en cada bocado.

Abrí la servilleta donde estaban guardados para mantener su calor y su aroma inundó la alcoba.

—Acomódate y te los comes en la cama mientras yo te sirvo.

Dos segundos después ya los estaba esperando bien sentadita y tapada con un semblante impaciente. Le puse la bandeja con todos los componentes del desayuno en su regazo, y pasé a servirle el zumo y el café. Como era de esperar se lanzó ante los cruasanes cerrando los ojos para saborearlos a placer.

—Toma, bebe un poco de zumo —le ofrecí el vaso que bebió con avidez.

—¿Están buenos?

—¡Buenísimos! —Me dijo mientras me devolvía el vaso y se preparaba para dar un nuevo bocado.

—¿Me das un poco? —le pregunté.

Mary apartó el cruasán de sus labios, aún sin morder, y me lo ofreció sin ni siquiera pensárselo. Le agarré la mano que me ofrecía el succulento manjar, y lo aparté decidido pasando a probarlo de su boca que sabía a ella, a bollo y a zumo de naranja.

—¡Realmente buenísimos!

—¡Bobo! —me llamó riéndose.

—¡Me encanta las cosas tan dulces que me dices!

Nos reímos y me besó con deleite susurrando en mis labios con aire juguetón un sutil “Bobo”, mientras nos mirábamos y comprobábamos que la conexión que ambos sentíamos cada vez era más fuerte.

Sabiendo que si no me apartaba de su cuerpo en el acto nunca lo haría, la dejé que siguiera desayunando tranquila y la acompañé con una taza de café que me llamaba a gritos, pues si a ella le encantaba la repostería, a mí me volvía loco el sabor amargo de un buen café.

—¿Mary te gustaría pasar un par de horas en el spa? —le pregunté, pues debía dejarla sola y no quería que se aburriera.

Ella se me quedó mirando pensativa mientras masticaba.

—He pensado que podrías darte un masaje, y si te apetece, hacerte algún tratamiento o ir a la sauna —no sabía que pensar pues me miraba fijamente e incluso había dejado de masticar—. Tengo algunos asuntos pendientes y me reuniría contigo un poco más tarde.

El silencio nos envolvió durante unos segundos, hasta que por fin se decidió a contestarme.

—¿Un masaje, Spa?

—Bueno si tú quieres, yo puedo cancelarlo todo e irnos a...

—¡No! —Me calló—. Me parece perfecto un masaje.

Su cara de felicidad me confirmó su deseo de ir, haciéndome sonreír a mí también por ser tan fácil complacerla. Retiré la bandeja del desayuno, pues ya había devorado todos los cruasanes, y seguí mostrándole cuales eran mis planes.

—Entonces decidido, primero un masaje y luego podemos ir a un sitio que me gustaría enseñarte, además podemos aprovechar y comer allí. ¿Te parece bien?

—¡Perfecto!, masaje, visita y comer —su mirada se volvió pícaro y me preguntó—. ¿Puedo elegir al masajista?

Manteniéndole la mirada y sin un ápice de broma en mis ojos le dije:

—Claro que puedes elegir a la masajista —marcando bien la palabra “la”.

Ella sonrió y me dio un ligero beso en los labios diciéndome:

—¡Aguafiestas!

—Le diré al encargado del hotel que te consienta y te conceda todos tus deseos —vi formándose sus pensamientos y antes de que pudiera decirlos le dije—: Menos el masajista.

Su carcajada llegó hasta mi corazón contagiándome de su alegría, haciendo que me lanzara sobre ella quedando tumbados y a escasos centímetros de su boca. En ese momento experimenté un estremecimiento por todo mi cuerpo, confirmando que mis sentimientos no podían ser otra cosa más que amor por esa mujer.

—¿Cómo puedo amarte tanto cuando no paras de reírte de mí?

Ella pasó sus brazos por mi cuello, y me miró convirtiendo su sonrisa burlona en esa otra que me volvía loco y no podía resistir.

—Porque sabes que yo también te quiero y me encanta verte sonreír —me confesó Mary con su mirada clavada en la mía.

—Tú eres la única que lo consigue, solo puedo ser feliz a tu lado —afirmé al ser lo que mi corazón me estaba diciendo a voces.

—Entonces no me dejes nunca.

Nuestros labios se llamaron en cada palabra, convirtiendo nuestro deseo en una promesa de amor sincero. Nos besamos con pasión deleitándonos con caricias y gemidos, que se marcaban a fuego en los sentidos que se mantenían encendidos. La abracé queriendo fundirme en ella para no tenerme que separar jamás de sus brazos, y cuando nuestros cuerpos reclamaban a gritos nuestra unión, el sonido de unos nudillos llamando a la puerta nos sacó de nuestro embrujo.

La insistencia de la llamada iba haciendo mella en mi genio, y a los pocos segundos estaba bien dispuesto a estrangular con mis propias manos al desafortunado individuo que se atrevía a desafiarme. Aún abrazado a mi ángel, y con cara de pocos amigos, maldije mi suerte y separándome de ella me levanté para atender a la llamada.

—¡Como no sea algo importante juro que lo mato!

Mi humor se iba oscureciendo a cada paso que me alejaba de sus brazos, y para cuando abrí la puerta mi expresión debía ser la del mismísimo demonio, pues el pobre hombre se quedó petrificado al verme. Me imagino que el hecho de casi arrancar la puerta al abrirla; debido a mi furia, y el tono de mi voz; que hizo que el edificio temblara, también influyó.

—¡Qué!

Si no fuera porque ya estaba acostumbrado a causar esa reacción en la gente, me habría sentido culpable por el susto que le causé. Blanco como una pared y temblando como una hoja el pobre solo pudo balbucear palabras sin sentido que acrecentaban mi mal humor.

—¡Loooo Siiiennto Seeeeñooor! Lee eesssstaaán eespeeraaando.

Sin esperar a que se calmara o me diera más información le grité:

—¡Pues que esperen!

Y le cerré la puerta en las narices sintiéndome un poco mejor. Caminé a paso decidido hasta el dormitorio, pero por desgracia Mary ya se había levantado y estaba en el baño.

—¿Quién era? —la oí preguntarme.

Mirando a la cama resignado me dirigí hacia el baño donde pude verla frente al espejo lavándose los dientes. Sin intención de dejar de tocarla me coloqué tras ella y la besé en el cuello.

—Un hombre —le contesté de forma distraída mientras recorría su cuerpo con mis manos.

—¿Y qué quería?

—No me acuerdo —repuse sin más.

Perdido entre su aroma y mi deseo, era cierto que de mi mente se había borrado todo excepto ella, y tan solo podía pensar en estar entre sus brazos. De pronto recordé que me estaban esperando y los planes que había hecho para no desatender a Mary. Solté un gruñido de resignación por tener que dejarla sin querer hacerlo, y tuve que renunciar a pasar parte de la mañana con ella.

Un precio que debía pagar al ser el dueño del hotel, pues estaban acostumbrados a que mi mundo se centrara en el trabajo, y no creyeron que esta vez sería diferente al ir con una mujer. Una conjetura completamente errónea, pues ella lo había cambiado todo. Aun así, les concedería unas horas de nuestro tiempo, para asegurarme de que todo funcionara correctamente.

—Tengo que irme preciosa, nos vemos en el spa, ¿de acuerdo?

Mi ángel se volvió, y dándome un beso en los labios que me supo a menta me sonrió elevando mi alma.

—¡Claro!, te estaré esperando desnuda con todo el cuerpo cubierto con aceites aromáticos, descansada y dispuesta a todo.

Solté un gruñido y le di un merecido azote en el trasero por su malicia, mientras ella no podía parar de reír.

—¡Eres una bruja!

—¡Y tú un pesado! ¡Y ahora fuera que quiero aprovechar el tiempo y hacerme también una limpieza de cutis!

Aún riéndose me empujó hacia la puerta del baño para que me marchara, provocando con ello mi risa, pues ni por asomo hubiera podido moverme ni un milímetro si no lo hubiera querido. Pero me dejé llevar haciéndome la víctima, y puse mi cara de ofendido para seguir con el juego.

—¡Está bien, ya me voy! ¡Pero tendrás que recompensarme!

Me volví quedando frente a ella, y le robé un beso como despedida.

—Te veo dentro de unas horas —le susurré teniendo aún nuestros labios pegados.

—¡Te estaré esperando! —me contestó entre suspiros.

Me di la vuelta y me alejé caminando hacia la salida con una erección que apenas me dejaba andar. Cuando estuve a punto de salir del cuarto, me coloqué la entrepierna para que dejara de molestarme tanto, y le dije bien alto:

—¡Más te vale, porque me va a costar olvidarte!

\* \* \*

Dispuesta a aprovechar la mañana al máximo, llegué al spa con una sonrisa en mi cara, y con unas ganas enormes de saber qué tratamientos y masajes iba a darme. Traspasé sus puertas acristaladas que se abrieron nada más detectarme, y me vi envuelta en un ligero y agradable aroma a sándalo e incienso. La música de fondo de Enya con su inconfundible toque celta, los tenues rayos de luz filtrándose por la instancia creando un ambiente sereno, y la conjunción de tonos suaves y dulces me hacía sentir que había entrado en otra dimensión.

Me acerqué al mostrador de recepción donde una guapísima muchacha rubia, vestida de blanco y con una sonrisa que debería estar ensayada; ya que nadie sonríe todo el día de una forma tan perfecta, me recibió con excesiva alegría; fruto sin duda de pasarse durante horas absorbiendo tanto incienso.

—¡Buenos Días!, ¿puedo ayudarla en algo?

—Tengo reservado creo que al nombre de Christian Taylor.

Su expresión cambió inmediatamente poniendo los ojos como platos y tratando de agrandar su sonrisa, pues sin duda en este hotel conocían el genio de Christian y sabían que tenían que ir con cuidado para no provocarlo.

—¡La estábamos esperando! —afirmó con excesivo entusiasmo.

Mientras hablaba marcó un número en algo parecido a un teléfono; el cual se encontraba sobre el mostrador, y no dejó de mirarme en ningún momento, llegando a sospechar que temía que me escapara al parpadear.

—Si es tan amable de esperar, en unos segundos mi compañera la atenderá.

Asentí volviéndome para sentarme y curiosear una revista durante la espera, y enseguida apareció otra muchacha con la misma sonrisa perfecta en su rostro que se me acercó decidida.

—Buenos días, señorita Benson.

—Mary —le señalé mientras también le sonreía.

—Mary —me dijo devolviéndome la sonrisa—. Si es tan amable de acompañarme le mostraré los diferentes tratamientos que tenemos a su disposición.

Desde ese momento todo se transformó y pasé a ser un cliente vip haciendo realidad todos mis caprichos. Me mimaron dándome prioridad en todo lo que les pedía, y pusieron a mi disposición todo un abanico de opciones como la piscina termal, el baño turco, la sauna, la ducha escocesa, o la sala de relajación, sin olvidarnos de una amplia gama de tratamientos faciales y corporales, y por supuesto la limpieza facial que deseaba.

Cuando por fin acabé de hacer un rápido recorrido por todo lo que se me antojaba, pasé a hacerme un tratamiento corporal completo a base de aceites y cremas para que mi piel se volviera más suave y tersa. Después de eso, me asignaron a su mejor masajista; que curiosamente resultó ser una mujer, para que me atendiera sin necesidad de esperar mi turno. Y ahora tumbada en la camilla, en una habitación privada, sentía mi cuerpo relajado igual que mis sentidos.

De espaldas a ella, notaba como sus manos suaves y decididas me iban destensando a cada pasada, sumergiéndome en una calma que poco a poco se iba apoderando de mi cuerpo. El sueño se estaba adueñando de mí conforme la relajación se abría paso, y me desvinculé de todo a mi alrededor.

No sé cuánto tiempo estuve adormecida, ya que tenía los ojos cerrados y no miré para nada el reloj, pero al sentir como las manos de la masajista se adentraban entre mis muslos, el sueño se evaporó de golpe siendo sustituido por la sorpresa para pasar luego a la incredulidad y el enfado.

Cuando ya me disponía a levantarme para abofetearla y poner una queja, escuché como soltaba un gemido de placer muy masculino, que reconocí en el acto por haberlo oído muchas veces en las últimas semanas. Las dudas se evaporaron por completo cuando sus labios se posaron en mi trasero para besarlos, al mismo tiempo que sus manos comenzaron a masajearlo.

Me incorporé colocando los codos en la camilla, y miré hacia atrás donde pude ver a Christian con una sonrisa ladina mirando embobado mi panderero.

—¡Eres un perverso!, ¿Sabes que me acabas de dar un susto de muerte? —traté de parecer ofendida.

—¡Pero preciosa yo solo trataba de complacerte con tu deseo! —afirmó haciéndose el ingenuo, aunque su mirada cargada de picardía y sus manos sobre mi cuerpo desmentían su inocencia.

Me quedé mirándolo sin entender sus palabras, por lo que se prestó encantado a aclarármelo.

—Creo recordar que pediste “un” masajista —sus manos volvieron a bajar por mis muslos—, y como soy el único hombre que puede tocarte, y más aún si estás desnuda, he decidido complacerte.

Sus manos siguieron acariciándome calentando mi sangre. Su toque era fuerte a la vez que cuidadoso y a cada pasada sus dedos se adentraban por un territorio muy privado y poco frecuente en un spa respetable.

—Y ahora relájate y deja que me ocupe de ti.

Volví a tumbarme en la camilla sin ninguna objeción a sus caricias, dispuesta a ofrecer cada célula de mi cuerpo al antojo de sus manos.

—¡Eso es preciosa, relájate!

Me dejé llevar por su ronca y susurrante voz, por su toque atrevido y por el deseo que sentía crecer en mi interior, mientras sus labios seguían besándome y su lengua me lamía marcando su recorrido en mi piel. Sentí como me separaba las piernas y lamía con avidez buscando el centro de mi sexo, hasta que sus gemidos se fundieron con los míos, y sus manos despertaron la excitación de todo mi cuerpo.

—¡Me vuelves loco!

Sus labios volvieron a besar mis nalgas y fueron subiendo por mi espalda hasta llegar a mi cuello.

—¡Date la vuelta! —me pidió de forma imperativa.

Sin dudarle ni un segundo le obedecí y empecé a girarme cobijada por sus brazos que cuidaban para que no me cayera. Una vez sobre la camilla y completamente desnuda ante él, noté como el calor de su mirada recorría mi piel sin una pizca de pudor, pero sí con un notable toque de lujuria.

—¡Ahora vas a ser completamente mía y vas a obedecerme!

Le observé comprobando que me miraba fijamente esperando mi consentimiento, y asentí levemente mientras relamía mis labios resecos ante su presencia. Se había quitado la corbata y la chaqueta del traje, y llevaba las mangas de la camisa recogidas dejando a la vista sus fuertes brazos.

La expresión de su rostro mostraba claramente su deseo, mientras oscurecía su mirada posesiva a cada segundo que pasaba. Sin dar tiempo a reaccionar se lanzó a devorarme los labios, mezclando nuestros sabores y convirtiéndolos en uno solo.

Sus manos poseídas por la excitación se perdieron por mi cuerpo reclamándolo como suyo, en una urgente necesidad de saciarse de cada parte de mi ser hasta alcanzar juntos el éxtasis.

Sumidos en esta brutal locura busqué su cara, sus brazos y su torso, pues quería sentirlo sobre mí y darme el festín de su piel, pero Christian tenía otros planes para saciarnos, y embravecido por la lujuria me cogió de las manos inmovilizándolas a ambos lados de mi cuerpo, al mismo tiempo que me exigió con tono déspota:

—¡No!

Fue lo único que su garganta le permitió decir. Sus ojos lascivos me atravesaron advirtiéndome que lo obedeciera dejando mi capacidad de pensar en blanco. Me quedé expuesta ante él excitándome a cada segundo que pasaba sin saber cuál sería su siguiente movimiento.

—¡Cierra los ojos! —me ordenó.

Sin cuestionarlo le obedecí notando como mi sexo se humedecía esperando su siguiente orden. Un ligero soplo de aire proveniente de su boca envolvió mi pezón, convirtiendo el deseo en una descarga eléctrica que atravesó todo mi cuerpo. Sus labios siguieron torturándome rodeándolo y saboreándolo, con un apetito enfermizo que me hacía maldecir por no poder moverme.

Sin dejar de castigar mis senos, sus manos se posaron sobre mí para inmovilizarme, perdiéndose entre mis pechos a la menor oportunidad para pellizcarlos y acariciarlos. Él parecía sereno ante mi locura, y deseaba lanzarme sobre él para hacerle pagar con la misma moneda el tormento de mi placer.

—¡Por favor, Christian!, te necesito —gemí—. ¡Por favor!

Sentí como su boca abandonaba mis pechos y bajaba por mi cuerpo hasta colocarse en mi pubis. Sus labios abandonaron el roce de mi piel y me estremecí de frío por su ausencia.

—Voy a atraerte hacia mí, no tengas miedo preciosa.

Lo escuché colocarse ante los pies de la camilla y experimenté como tiraba de mis piernas con suavidad hacia él, para luego colocar mis muslos sobre sus hombros. Con mi sexo expuesto ante él, creí volverme loca esperando sentir sus labios sobre mi piel expuesta.

—¡Joder!

Fueron sus únicas palabras antes de lanzarse a lamer mi sexo. Durante unos minutos el tiempo se detuvo, y solo me dejé llevar por el placer que me daba y tanto deseaba.

—¡Christian!

Era lo único que podía decir al sentir su lengua lamiendo y profundizando en mi interior. Mis manos me quemaban por no poder tocarlo, mientras su boca me consumía convirtiéndome en lava líquida cada vez que me lamía. Mi deseo lo llamaba para sentirlo sobre mí, y la cordura me abandonaba conforme el orgasmo se formaba en mi interior. Un grito profundo se escapó de mi garganta, cuando una profunda sacudida de puro éxtasis nació de mi sexo extendiéndose como llamas a cada rincón de mi cuerpo.

Aún sacudiéndome por el placer, volvió a tirar de mí para acercarme más a él y noté como encajaba mis piernas a cada lado de sus caderas. Oí el sonido de una cremallera y de sus pantalones al caer, para segundos después sentir su miembro erecto sumergiéndose en mi interior con una fuerte embestida. Sus caderas enloquecidas por el frenesí que sentía se amoldaron a un ritmo provocador, consiguiendo con cada envite profundizar un poco más.

Cuando apenas podíamos distinguir qué era realidad y qué no, él tiró de mi cuerpo levantándolo para unirnos y poder así abrazarme. Quedé sentada en la camilla mientras le rodeaba con mis piernas y mis brazos para conseguir fundirnos en uno.

—¡Tócame! —me ordenó con la voz entrecortada por el deseo.

Siguiendo su orden lo abracé con más fuerza queriéndome sumergir en él, y hundí mi cabeza en su hombro para perderme en su aroma. Apreté mis piernas a su cintura mientras le escuchaba gemir en mi oído, al mismo tiempo que su miembro se tensaba de placer al oírme sollozar al reclamarle que me saciara.

Se apoderó con ambas manos de mis nalgas, y me las apretó con fuerza mientras sus caderas seguían con su enloquecedor ritmo. Sus embestidas se intensificaron, para después agarrarme del cabello con una sola mano, tirando de él hacia atrás, quedando de esta manera expuesto mi cuello el cual lamíó con gula.

Perdida entre sus brazos me incliné dejando expuestos mis pechos ofreciéndoselos así a su antojo. Él no perdió el tiempo y se lanzó a lamerlos y mordisquearlos mientras su miembro se hinchaba y se perdía en mi interior. Me sostuvo en todo momento con cuidado, mientras mi placer aumentaba hasta hacerme olvidar todo a mi alrededor, y nos dejamos llevar por el frenesí que fluía por nuestras venas.

Sentí como su miembro se tensaba y las embestidas se intensificaban volviéndose frenéticas, al mismo tiempo que mi sexo se humedecía hasta gotear y se estremecía. Mi segundo orgasmo me atravesó como un terremoto que va arrasando todo a su paso, y noté como un chorro de calor líquido inundaba mis entrañas, justo cuando mi amante se estremecía entre mis piernas y soltaba un gemido de placer.

Exhaustos, nos quedamos abrazados sin fuerzas y sin poder movernos durante unos minutos, teniendo que apoyar mi cabeza en su hombro para relajarme, pues aún tenía la respiración agitada y los cuerpos sudorosos por el esfuerzo.

Cuando nos sentimos con ánimos para movernos, Christian levantó la cabeza y mirándome muy serio me dijo:

—¡Lo ves cariño, por eso no quería que el masajista fuera un hombre!

Con todas las fibras de mi ser exhaustas, pude reunir las fuerzas necesarias para contestarle con una carcajada, seguido de un abrazo por semejante ocurrencia.

—¡Christian, sin lugar a dudas eres un bobo!

Él me miró y me sonrió divertido al escuchar cómo le había llamado, por lo que no pude hacer otra cosa más que besarlo y atraparlo entre mis brazos. Después, cuando me hube saciado de su boca, le devolví la sonrisa y con mis labios aún pegados a los suyos le susurré:

—¡Pero aún así, te quiero!

## CAPÍTULO SEIS

Tras haber pasado la mañana gestionando un par de asuntos que tenía pendientes y de haber tenido la mejor experiencia como masajista de mi vida, nos hemos ido a la habitación para ducharnos y vestirnos con ropa cómoda, ya que quería llevarla a navegar y desvelarle algunos de mis secretos.

Sobre todo pretendía compartir con ella un lugar muy importante para mí, pues era un sitio que siempre ocuparía un espacio en mi corazón, al igual que mi ángel. Quería abrirme por completo a ella mostrándome tal y como soy, cosa que muy pocas personas habían visto, marcando de esta manera un punto fundamental en nuestra relación al hacerla más formal.

Esperaba que Mary no se asustara y estuviera dispuesta a dar este paso, aunque estaba seguro que había llegado el momento de avanzar en nuestra relación y estaba convencido de que ella sentía algo intenso por mí. La sabía por cómo me miraba, o por cómo se dejaba llevar por mis besos y caricias.

Aun así reconocía que con Mary nada era seguro, y la parte más prudente de mi ser me decía que seguía siendo una apuesta arriesgada por lo que debía tener cuidado. Pero mi deseo de estar a su lado, y sobre todo mi amor por ella, me hacía desear tirarme de cabeza y atreverme a profundizar en nuestra relación, confiando que sus sentimientos por mí fueran los suficientemente fuertes y seguros para seguir adelante juntos.

Como mi intención era ir paseando hasta el puerto para mostrarle la ciudad, opté por un pantalón vaquero, un jersey blanco que marcaba mis abdominales y una perca azul marino que me abrigara del frío, ya que nos encontrábamos en el mes de enero, y la temperatura navegando siempre era más baja que en tierra.

Como era habitual tuve que esperar a Mary en el salón de la suite hasta que terminara de vestirse, y me deleité con el paisaje que tenía ante mí. Había elegido una de las habitaciones que daban al mar, al tener las vistas más bonitas y ser una de las mejores.

Tras unos minutos donde me imaginaba su cara de asombro cuando contemplara la belleza del espectáculo que pensaba exponer ante sus ojos, Mary salió de nuestra habitación con su inconfundible balanceo de caderas.

Ante mí vi unas piernas interminables cubiertas de unas medias que les daban algo de color y brillo, una especie de pantaloncito de encaje negro, una blusa de raso blanco entallada que la llevaba por fuera con cuello de tirilla en negro, y tenía preparado para ponerse un abrigo negro con cuello de piel. Como complemento se había puesto unos

botines negros con un poco de tacón que se abotonaban hasta sus tobillos, ciñéndose a estos. En conjunto estaba impresionante.

—Cariño, estás preciosa, pero me parece que te has olvidado de una cosa —le señalé risueño pues sabía lo despistada que era.

—¿El qué? —me preguntó mientras se miraba la ropa y se tocaba su pelo suelto.

—Vas demasiado elegante para ir a navegar

Ella me miró contrariada, y se me acercó contoneando las caderas al caminar.

—Me dijiste que íbamos a ir en barco, no que fuéramos a navegar —me soltó como si estuviera regañándose.

—Pues vamos a ir en un velero y no creo que con esa ropa vayas a estar muy cómoda y calentita.

Ella me miró y pude notar como la sorpresa aparecía en su rostro a la velocidad de la luz.

—¿No puedo ir así vestida? —me preguntó insegura.

—No si no quieres que vuelvan a rescatarte los bomberos —le dije para provocarla con una sonrisa en mis labios.

Soltando un gritito, se cruzó de brazos y se colocó ante mí con actitud ofendida. Con sus ojos echando fuego y sus mejillas ardiendo por la furia, me dijo de forma pausada molestándose en marcar cada palabra.

—¡Yo no tuve la culpa de lo de los bomberos!

—Lo sé cariño, fue de la paloma —le solté, sabiendo que eso nos haría reír, aunque no pensé que ella se ofendiera más y se pusiera seria.

De hecho lo que hizo fue darme un manotazo en el brazo para mostrarme su indignación, y se me quedó mirando con ojos que deseaban vengarse por mi osadía.

—¡Eres bobo!

—Y tú preciosa —le dije cogiéndola en brazos y besándola con ganas, pues me volvía loco cuando la veía tan enfadada.

—¿Entonces vamos a ir en barco? —me preguntó ya más calmada tras mi beso.

—En un velero. Solos tú, yo y el mar —le comenté consiguiendo que pusiera los ojos como platos.

—¿Los dos solos? ¿Pero sabes navegar? —me preguntó mirándome ilusionada.

—Eso espero, porque sino sí que vamos a necesitar ayuda de tus bomberos.

Cuando la vi poner los ojos en blanco no pude evitar soltar una carcajada, y volver a besarla pues simplemente estaba arrebatadora con esa forma de mirarme tan suya, y ese principio de sonrisa en sus labios.

—Quiero llevarte a un sitio que te va a encantar.

—¿Un sitio que solo tú conoces? —me preguntó curiosa pues muy pocas veces le hablaba sobre mí y menos aún de mi pasado.

No pude remediar sonreír, y abrazándola con más fuerza le contesté:

—Solo yo y unos cientos de marineros, turistas y residentes.

—Entonces no perdamos tiempo —repuso soltándose de mis brazos y dirigiéndose a la habitación para cambiarse de ropa.

Justo cuando iba a perderse tras la puerta Mary se volvió, y me preguntó muy seria:

—¿Con un pantalón vaquero iré bien?

—Irás perfecta —le contesté sonriendo—, de todas formas estoy seguro de que Rose te ha metido en la maleta todo lo necesario. Incluso creo que tienes una perca igual que la mía.

—¡Perfecto! Entonces busco la maleta, lo saco todo y me visto —y guiñándome un ojo me sigue diciendo—: en cinco minutos estoy lista.

Y sin más desapareció de mi vista, antes de que pudiera discrepar por encontrarla vestida en tan poco tiempo. Sabiendo que solo me quedaba esperar mientras la escuchaba trastear de un lado a otro de la habitación continua, me volví hacia los ventanales, al estar convencido de que como mínimo le faltaba media hora para que estuviera preparada. Siempre y cuando no se le olvidara ponerse algo.

\* \* \*

No recuerdo haber pasado una mañana tan maravillosa en toda mi vida. Ya con los primeros rayos de sol el día amaneció perfecto, al despertar entre los brazos de Christian, para después tener una sesión de sexo en el spa simplemente fantástica. Pero no todo quedó ahí, pues tras ello fue todo un lujo pasear cogidos de la mano por la calle hasta los muelles.

Ir a su lado mientras me enseñaba la ciudad, como si fuéramos una pareja más de turistas que disfrutaban de una escapada, fue una experiencia que me encantó compartir con él, pues algo tan normal y tan sencillo se volvía algo imposible en nuestro día a día, donde las prisas, los horarios y las miles de cosas que ocupan cada minuto de nuestro tiempo, está supeditado a la rutina, y no a disfrutar de la tranquilidad de hacer algo por placer.

Pero para ser sincera todo ello se quedaba corto, al compararlo con el placer de navegar en un velero con rumbo desconocido con él como única compañía. Todo un conjunto de actividades inmejorables que estaban convirtiendo este fin de semana en algo muy especial y absolutamente inolvidable.

Jamás hubiera imaginado que surcando las aguas en un pequeño barco con la persona que amas como guía, fuera algo tan espectacular, ya que saber que solo estábamos los dos en medio de la inmensidad del vasto océano, me dejaba un hormigueo en el estómago muy difícil de explicar.

Pero si además de sentir esa sensación tan extraordinaria y novedosa, estar en esas condiciones con él me daba la oportunidad de conocer más cosas sobre su vida, sus gustos, su pasado y sus anhelos, entonces no solo era algo excitante, sino también fascinante.

Sentada en un extremo del velero; ni idea de si era a babor o a estribor, desde donde podía contemplarlo a mi antojo, me daba cuenta de que a Christian le encantaba navegar, y que además tenía la experiencia necesaria para llevarlo sin ningún problema, pues su forma de moverse así lo indicaba

Desde que habíamos zarpado del muelle no había parado quieto en ningún momento, y ahora que habíamos pasado un faro y teníamos el rumbo marcado, parecía más tranquilo mientras manejaba el timón. Me encantaba verlo con su semblante tranquilo y su sonrisa en los labios, mientras miraba al horizonte y las velas se hinchaban gracias a las corrientes de aire que perseguía con maestría.

Yo por el contrario, por una vez en mi vida había sido prudente, y nada más pisar el velero me había sentado para no molestarle, y sobre todo para no provocar un accidente; algo de lo que por desgracia era toda una experta. Pero eso sí, sin poder dejar de maravillarme por ese hombre que cada día me sorprendía, y me mostraba todo un mundo que desconocía y que se abría ante mí a través de sus manos.

Una vez en alta mar, cuando la grandiosidad del océano se hacía más presente, y tanto el balanceo que nos proporcionaba el barco al surcar a toda velocidad las aguas, como las espectaculares vistas que te hacían sentir pequeña ante tanta belleza, Christian me sorprendió con una pregunta que no esperaba que me hiciera.

—Mary, ¿qué te parece si te acercas y te enseño a navegar?

—¿Estás seguro? —Le pregunté pues él sabía lo patosa que era.

Christian sonrió, e insistió en que fuera a su lado, por lo que me encogí de hombros y me dirigí hasta donde él se encontraba, teniendo cuidado de no pisar nada que se rompiera y de no resbalarme.

—Te recuerdo que mi sentido del equilibrio y mi mala suerte no casan bien en un barco.

—No temas, si te caes al mar te tiro el salvavidas —me dijo riéndose.

—¿No te tirarías a por mí?! —pregunté extrañada y dolida al mostrarse tan poco caballeresco.

—Lo haría si no fuera contraproducente dejar el barco solo y a la deriva —me respondió acercándose a él cuando llegué a su lado.

—No lo había pensado —señalé, pues era cierto que no resultaba muy aconsejable que los dos abandonásemos el barco sin antes tomar ciertas precauciones—. ¡Lo ves! Si llego a ser yo la capitana, habría saltado a por ti y hubiéramos tenido que volver a nado.

Él se rió con ganas, y me colocó entre su cuerpo y el timón para que así me agarrara a éste.

—¿Te habrías tirado a por mí, a pesar de los tiburones? —quiso saber divertido mientras me rodeaba con sus brazos por la cintura.

—¿Hay tiburones?! —solté medio asustada y con la vista clavada en el agua, que ya no me parecía tan perfecta.

La carcajada que escuché a mis espaldas me indicó que Christian me estaba tomando el pelo, y no pude hacer otra cosa más que darle un codazo en el estómago.

—¡Eres bobo! —Y riéndome le seguí diciendo—: ¡Me lo había creído!

—Cielo, el único aquí dispuesto a devorarte soy yo —y sin más se inclinó y me besó en el cuello.

Durante unos minutos ambos permanecemos en silencio dejándonos llevar por el viento, mientras el mar se abría paso ante nosotros y al fondo solo se veía la inmensidad del océano.

Me encantaba sentirme entre sus brazos, y notar como con mis manos podía hacer que el velero se moviera a mi antojo. Era una sensación de poder y de seguridad asombrosa, pues nunca había experimentado nada igual.

La brisa en mi cara, el sabor salado en mi boca, las gaviotas sobrevolando nuestras cabezas, el sonido de las olas al romperse a nuestro paso, sentir los brazos fuertes de Christian rodeándome, notar la respiración de su pecho al estar pegado a mí, y advertir su aliento en mi cabello, hacía que me sintiera como flotando sobre unas aguas tranquilas que me llevaban a un lugar especial y sereno.

No pude evitar sentir un estremecimiento por todo mi cuerpo al tenerlo tan cerca, pues estaba segura que por mucho tiempo que pasara a su lado, jamás me acostumbraría a ello, y seguiría teniendo la piel de gallina cada vez que me tocara o le notara próximo.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber al notar mi escalofrío.

Sin esperar a que le contestara me abrazó con más fuerza, y no pude remediar fundirme entre sus brazos y dejarme cobijar por el hombre que había cambiado mi mundo, demostrándome que es posible amar con todo el corazón hasta perder la cordura, pero sin dejar de ser uno mismo.

—Estoy en la gloria —le dije como respuesta, pues era cierto que así me encontraba.

Christian volvió a besarme en el cuello, para después susurrarme dulcemente en mi oído:

—Yo también estoy muy a gusto.

Me hubiera gustado poder girarme para abrazarle, pero como para hacerlo antes tenía que soltar el timón, y no me atrevía a dejar el barco a la deriva y que la excursión terminara con nosotros perdidos en medio del mar, no me quedó más remedio que acurrucarme aún más, y apoyar mi cabeza en su hombro, a la vez que él inclinaba su cabeza para apoyarla en la mía.

No sé cuánto tiempo estuvimos en esa postura sin decirnos nada, pero puedo asegurar que fue simplemente perfecto. Escuchar su respiración junto con las olas del mar y el viento, fue algo que me cautivó y me dejó sumida en una especie de burbuja que me aislaba del resto del mundo. Sabía sin ninguna necesidad de palabras que ese momento

sería algo que guardaríamos para siempre, al darnos una intimidad y una sensación de plenitud que solo habíamos compartido cuando hacíamos el amor.

Y es que en ocasiones el amor no hace falta expresarlo con gestos o palabras, o con besos y caricias que te llevan hacia un inexplicable clímax de placer, pues éste sale sin que nadie se lo imponga, directamente desde el corazón para clavarse en tu alma sin que sepas qué es lo que ha sucedido para que esto pasara.

No sé cuánto tiempo estuvimos en silencio sumergidos en nuestros sentimientos, pero sí sé que esos momentos fueron marcados a fuego en mi recuerdo.

Solo cuando nos acercamos a una pequeña isla conseguimos romper el embrujo, pues la emoción de descubrir un sitio nuevo fue algo que me encantó.

—¿Vamos a esa isla? —pregunté emocionada al ver ante mí como un pequeño pedacito de tierra se hacía cada vez más grande.

—Así es. Se llama Goat Island y es un sitio al que solía ir cuando vivía por aquí.

—¿Estuviste viviendo en esta zona?

Christian rió ante mi curiosidad y colocó sus manos sobre las mías para guiar el barco.

—Solo durante un tiempo, aunque es el único lugar que he conocido al que me gusta regresar de vez en cuando —me confesó notando cierta nostalgia en su voz.

Por una vez desde que lo había conocido Christian no parecía reacio a hablar de su pasado, por lo que aproveché la ocasión para saber más cosas de él.

—¿Y has conocido muchos sitios?

—Suelo viajar bastante, aunque paso la mayor parte del tiempo en Nueva York al estar allí la sede central de mi empresa.

—Nunca me has hablado de tu empresa —le comenté, aunque sabía que era yo la que me negaba a hablar de este tema.

Desde que nos conocimos comentar algo sobre la posición económica o social de Christian era un asunto prohibido entre nosotros, pues saber que él era un magnate poderoso me hacía sentirme una fracasada, al ser solo una comercial que apenas se ganaba la vida. Toda una decepción si tenía en cuenta que hacía años me había graduado con la ilusión de ser diseñadora de interiores, y trabajar en una gran empresa.

Unos sueños que se frustraron al conocer a mi ex jefe, pues arruinó mi futuro y mi autoestima. Por eso siempre era yo la que cambiaba de tema cuando algo referente al trabajo, los estudios o el dinero surgía, y por eso me parecía extraño tener esta conversación y no sentirme amenazada.

—Pregúntame lo que quieras —me pidió sacándome de mis cavilaciones.

Durante un momento dudé sobre qué preguntarle al creer saber lo suficiente sobre él, pues lo que más me interesaba era Christian como persona y no los millones u hoteles que tenía por el mundo. Aun así, no quise desaprovechar la oportunidad que se me presentaba, ya que había un tema que realmente me interesaba y su respuesta me haría conocerle mejor.

—Solo tengo una pregunta —le dije y esperé su reacción, pero como simplemente permaneció en silencio continué hablando—: ¿Te gusta lo que haces?

Durante unos segundos se mantuvo en silencio, hasta estar a punto de creer que ya no me contestaría, pero lo escuché suspirar y me confesó hablándome flojito; como a modo de secreto:

—Ahora sí, pero al principio me costó adaptarme y cogerle el gusto —al escuchar el tono melancólico y triste de su voz, supe que en ese instante se encontraba sumido en sus recuerdos y estos no eran agradables.

—¿Y qué fue lo que te hizo cambiar? —insistí para tratar de descubrir qué le había hecho sentir satisfecho, pues tal vez a mí también me ayudaría a salir del abismo de mi pasado que seguía torturándome.

—Este sitio —me contestó sin apenas pensárselo—. Si quieres, cuando te enseñe el lugar que te dije que era importante para mí, te lo cuento todo.

—Me encantaría —repuse notando que Christian aún no se sentía preparado para compartir esa parte de su vida conmigo, o que simplemente le parecía un tema poco apropiado para ese momento.

—Y ahora capitana, ¿qué te parece si nos acercamos a la isla y tomamos tierra —soltó más animado, para dejar atrás este tema tan triste y continuar con el día tan perfecto que estábamos viviendo.

—Me parece perfecto, aunque preferiría que fueras tú el capitán, si quieres que el barco llegue entero a puerto —le respondí risueña y dispuesta a pasar una mañana inolvidable a su lado, y a esperar lo que fuera necesario hasta que Christian quisiera hablarme de todo aquello que lo había perturbado.

## CAPÍTULO SIETE

Goat Island podía ser un diminuto punto en medio del mar, pero una vez pisabas sus calles, te dabas cuenta de que en realidad se trataba de un pequeño paraíso. Se notaba por sus gentes y su muelle que era una zona pesquera, donde podía respirarse ese encanto exclusivo y hogareño de los pueblos donde todos se conocen, y además están acostumbrados a recibir turistas.

En cada una de sus calles encontrabas algo que te llamaba la atención, en un abanico de posibilidades que mantenía tus cinco sentidos a la espera de lo que hallaras a la vuelta de la esquina.

Estaba encantada de que Christian quisiera compartir este sitio conmigo, y más cuando sabía que en el pasado había formado una parte importante de su vida, al considerarlo como una especie de cobijo.

Caminando por las calles a su lado, mientras me iba hablando de antiguas anécdotas vividas en ese lugar, y comprobaba como su rostro se iluminaba al mostrarme esa parte de él, no podía hacer otra cosa más que estar agradecida por haber confiado en mi corazón y habérselo entregado, pero también tuve que reprenderme por no haberme abierto a él de la misma manera que ahora él estaba haciéndolo conmigo.

—¿Ves ese mesón en lo alto de la colina? —me preguntó sacándome de mis cavilaciones, y comprobé que estábamos dejando el pueblo atrás para comenzar a subir una pequeña loma.

Llevé mi mirada hacia el lugar que me señalaba, y vi en lo alto de un cerro un edificio que se alzaba orgulloso frente al tiempo y las adversidades, que resultaba una mezcla entre un pub restaurante pesquero rural y una posada sacada de otro siglo. Así a lo lejos parecía un sitio cargado de historia por su antigüedad, pero al ir acercándote comprobabas que estaba perfectamente conservado y ambientado como reclamo para turistas.

Era evidente que esa loma era un lugar privilegiado en la isla, pues desde él podía disfrutarse de unas fantásticas vistas, al poder contemplarse el mar y el pueblo ante tus pies.

—Me recuerda a la posada de “El Almirante Benbow” del libro “La isla del tesoro” de Stevenson —le confesé sin poder dejar de admirarla.

Christian sonrió y apretó con más fuerza mi mano.

—Eso mismo pensé la primera vez que la vi —me respondió mirándome con un cariño que estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio.

—¿Este es el lugar que querías mostrarme? —le pregunté deseosa de saber más cosas sobre él.

—Uno de ellos, aunque para descubrirlo tendrás que esperar hasta después de comer —me indicó tirando de mí para ayudarme a subir la pequeña loma.

—¿Vamos a comer en este sitio?

Christian se me quedó mirando y me preguntó:

—¿Te parece bien?

—¡Claro! —Exclamé más que encantada—. Quién sabe, a lo mejor mientras estamos allí comiendo llegan los piratas como en el libro.

Ambos nos reímos encantados, y entramos en la posada sin poder dejar de maravillarnos por la riqueza de sus detalles y el ambiente acogedor que se respiraba en su interior.

Sus grandes ventanales dejaban entrar la luz del sol, proporcionando unas vistas espléndidas a los comensales que disfrutaban del pequeño pero coqueto lugar. Su interior era de madera con toda clase de adornos marineros; como aparejos y redes, y algunos detalles pintorescos como una vieja gramola que, aunque no tenía nada que ver con la temática marina, casaba muy bien con el aire bohemio y clásico del lugar.

Pero lo que más sobresalía nada más entrar era, entre otras cosas, el aroma a pescado frito que te hacía rugir las tripas de hambre nada más olfatearlo, el relajante sonido del mar que se escuchaba a lo lejos, acorde con el suave murmullo de las conversaciones, así como una ocasional risa, y la visión de un lugar que parecía perdido en el tiempo.

—Es más bonito por dentro que por fuera —le dije encantada, y sin dejar de mirar en todas las direcciones para no perderme ningún detalle.

—¿Qué te parece si nos sentamos en ese rincón? —me preguntó Christian señalando una pequeña mesa al fondo que estaba junto a un gran ventanal desde donde podía verse el mar.

—Me parece bien.

Y sin más nos dirigimos hacia allí donde me coloqué frente a él sin poder dejar de notar sobre mí su lasciva mirada, mientras me desabrochaba despacio el abrigo y me lo quitaba, para después dejarlo colgado a mi lado en un pequeño perchero de madera a juego con la decoración del local.

Él también se había quitado su perca, y si mis singulares movimientos habían llamado la atención de los hombres, sus abdominales atrajeron la mirada de las féminas que se lo comían con los ojos.

Una vez sentados, un frente al otro, cogimos cada uno nuestra carta plastificada donde te venía el menú. Nos quedamos unos segundos mirándola para después echarnos a reír, ya que los nombres de los platos eran títulos de películas clásicas como “Casablanca”, “Vacaciones en Roma”, o “Lo que el viento se llevó”, y venían preciosas fotografías de cada película.

—Qué original —confesé cautivada al ser la primera vez que veía algo así—. Me encanta este detalle, aunque no tenga ni idea de qué lleva cada plato.

—De todas formas nunca nos fijamos en lo que pedimos— me contestó risueño.

—¡Eso es verdad!, de hecho pensaba que era una de tus costumbres.

—No, solo lo hago cuando estoy contigo, y es porque me distraes y no puedo fijarme en nada más que en ti.

Le sonreí enrojeciéndome de forma inocente ante su comentario, al avergonzarme por sus dulces palabras, y aparté mi mirada de la suya para pasar a perderme en el menú.

Me di cuenta al pasar las hojas que en la última venía explicado en qué consistía cada plato, y tras echar un breve vistazo regresé a las primeras páginas.

—Al final del menú te indican que lleva cada plato, pero prefiero seguir nuestra costumbre y pedir sin saber en qué consiste.

Christian me sonrió y asintió sin ni siquiera ojear ésta última página, dejando de esa manera claro que él también lo prefería.

Una muchacha joven vestida de calle, con un pequeño delantal blanco y una Tablet en la mano, se nos acercó mostrando por su cara lo acostumbrada que estaba a que todos los clientes se quedaran embobados por la presentación de los menús.

Se paró frente a nosotros con una sonrisa en los labios y nos habló como si nos conociera de toda la vida.

—Veo que les ha gustado la carta —a lo cual nosotros asentimos—. A la dueña siempre le ha gustado el cine, y el año pasado se le ocurrió la idea cuando estaba buscando hacer algunos cambios en la posada.

—Pues es una idea fantástica —le dije devolviéndole la sonrisa.

—A la mayoría de la gente le gusta el cambio —e inclinándose ligeramente hacia nosotros nos susurró—: Aunque no tenga mucho que ver con la temática pesquera del local.

—Pues yo creo que va a juego con el ambiente añejo al tratarse de películas clásicas —le contestó Christian con esa forma suya de hablar que te convencía de cualquier cosa.

—Eso es cierto —le dijo mirándolo a los ojos y ampliando su sonrisa, dándome cuenta en el acto que la había conquistado por su comentario y su mirada.

Tuve que carraspear discretamente para que la muchacha volviera al mundo real, y dejara de mirar fijamente a Christian, consiguiendo que él sonriera más abiertamente y a la chica le costara apartar la mirada de sus ojos.

—Todavía estamos un poco indecisos —le dije tratando de disimular las ganas que tenía de lanzarle algo para que dejara de contemplarlo y me prestara atención—. ¿Qué le parece si nos deja unos minutos?

—Claro —me contestó sin mirarme y sin mostrarse muy convencida.

“A solas”, estuve a punto de decirle, cuando me di cuenta que la camarera no se movía de su sitio, y que sonreía a Christian aunque éste estaba más concentrado en mirar la carta y tratar de no reírse. Menos mal que al mirarme él se dio cuenta de mi creciente

desconcierto con el comportamiento de la mujer, y reaccionó a tiempo antes de que le soltara a la chica algún comentario muy poco apropiado para una señorita.

—¿Nos trae una jarra grande de cerveza fría? —le preguntó Christian, y no pude hacer otra cosa que poner los ojos en blanco, al darme cuenta de que estaba jugando a hacerse el inocente y aparentar ser un buen chico, cuando en realidad lo que quería era provocarme para que saltara y demostrara que estaba celosa.

Como no quería seguirle el juego y lo único que deseaba era que esa camarera se marchara y no regresara, decidí que lo mismo daba pedir la comida ahora en vez de esperar, cuando daba lo mismo lo que pidiera, al no saber que llevaba cada plato.

—Pensándolo mejor ya sé que voy a pedir —le dije sonriendo a Christian, pues la chica ni me miraba—. De primero quiero un “Con faldas y a lo loco” y de segundo “Querrá y paz”.

—Muy buena elección —me indicó Christian sin apartar la mirada de su carta, aunque por su ligera sonrisa supe que había captado mi indirecta con los títulos elegidos—. Yo me decanto más por “La fiera de mi niña” de primer plato, y de segundo “Tú y yo”.

—¿Estás seguro? —Le pregunté mostrándole una evidente falsa sonrisa—. ¿No prefieres mejor un “Arsénico por compasión”?

Christian estuvo a punto de atragantarse con la risa que le dio al escucharme, y tuvo que disimular una tos para que la camarera no se diera cuenta de nuestro juego con los títulos de las películas. Aunque en realidad ella estaba más pendiente de apuntar los pedidos al mismo tiempo que miraba de reojo a Christian.

—En realidad me apetece algo menos pesado —repuso Christian contestándome a mi ofrecimiento de “Arsénico por compasión”—, sigo prefiriendo “Tú y yo”.

Al darme cuenta de que la camarera no se enteraba de nada y que Christian estaba haciendo grandes esfuerzos para no soltar una carcajada, no me quedó más remedio que olvidarme de mis celos por las miraditas de la mujer, y traté de contener la risa.

Para conseguirlo agaché la cabeza para no mirarlos a la cara, y esperé a que la camarera terminara de anotar los pedidos para que se marchara.

—¿No desean nada más? —nos dijo con la esperanza de poder quedarse un poquito más frente a Christian.

—Nada más, gracias —le contestó él por lo que la camarera solo le quedó soltar un suspiro de resignación y marcharse.

Solo entonces pudimos reírnos a gusto y volví a alzar mi mirada para contemplarlo. Tenía los ojos brillantes y esa sonrisa maliciosa que tanto me gustaba, por lo que quedaba claro que su propósito desde el principio había sido darme celos.

—Debería darte vergüenza comportarte así con esa pobre chica.

—¡¡Yo!! —Repuso divertido—. ¡Pero si lo único que he hecho es ser amable! La que tenía que avergonzarse eres tú, mira que pedirme arsénico de segundo plato.

No pude evitar sonreír ante el comentario, pero también al ver la cara de fingido disgusto que puso Christian.

—Te recuerdo que tú has empezado con el jueguito, mientras yo solo trataba de dejar mi punto de vista claro.

Nada más decirlo me di cuenta de lo divertido que resultaba todo, y me eché a reír con ganas siendo acompañada en el acto por las carcajadas de Christian, hasta llegar al punto de llamar la atención de los demás comensales; que eran muchos.

Cuando nos repusimos de nuestro ataque de risa, Christian me cogió la mano que mantenía sobre la mesa y me la besó con mimo, como tratando de disculparse por su broma. Por lo que no fueron necesarias más palabras, y enseguida cambiamos de tema dejando lo ocurrido en una anécdota divertida.

—¡Espero no haber pedido nada raro! —le comenté.

—Si el cocinero es el mismo que cuando venía antes por aquí, te garantizo que la comida será exquisita —me aseguró sin querer soltarme de la mano.

—En ese caso me quedo más tranquila —le contesté, y permanecimos en silencio observándonos, mientras Christian sostenía mi mano sobre la mesa y acariciaba la palma con su dedo.

Ni siquiera nos dimos cuenta que la camarera se había acercado para traernos la jarra de cerveza, y resignada al ser ignorada se tuvo que marchar. Solo el sonido de una gaviota al acercarse a la ventana para colocarse en el poyete de ésta nos hizo reaccionar y volver al presente, dándonos cuenta de la jarra de cerveza sobre la mesa.

Fue Christian quien sirvió la bebida en nuestras copas, y alzando la suya me dijo:

—¡Un Brindis! Porque la comida nos agrada, y sobre todo, para que nuestro último día aquí sea especial.

Sonriéndole mientras él clavaba su vista en mí con un brillo de deseo, alcé mi jarra y la llevé a los labios para calmar mi boca seca y mi sed por él.

—¡Mmmmm! ¡Está buenísima!

Con su mirada fija en mi boca, bebió un largo trago y relamiéndose sutilmente me dijo:

—Te queda muy sexy el bigote blanco.

Durante un segundo y medio, por mi cabeza pasó la imagen de la mujer barbuda, y en un acto reflejo llevé mi mano a la cara para comprobarlo. Sin apenas percatarme Christian me la interceptó, y la apartó diciéndome:

—Déjame a mí.

Despacio, llevó sus dedos a mi labio superior, y pasó su índice por la parte donde se suponía que estaba mi sexy bigote, dándome cuenta entonces de que se trataba de la espuma de la cerveza que se debió quedar adherida al dar el trago.

Con sumo cuidado y sensualidad la recogió haciendo que mi libido quemara entre mis piernas, mientras me miraba fijamente consiguiendo que mi anhelo por él creciera por segundos. Dejándose llevar por el deseo, llevó la espuma de mi labio a su boca introduciéndola en ella con glotonería, para saborearla con absoluto deleite.

—¡Deliciosa!

Fueron sus únicas palabras mientras yo me fundía en mi asiento.

Tuvieron que pasar unos minutos hasta que ambos conseguimos serenarnos, y pudimos volver a mirarnos sin que saltaran chispas por el aire, aunque debo admitir que cuando volvió a hablarme, el calor volvió a extenderse por mi cuerpo y no me quedó más remedio que volver a beber de mi cerveza.

—Cuando terminemos de comer me gustaría enseñarte ese sitio especial del que te hablé —me dijo.

Solo pude asentir volviendo al mundo real, y dejando atrás la fantasía de escabullirnos a un rincón apartado de todos, para devorarnos mutuamente en nuestra pasión. Controlando mi voz, pues el ardor de mi garganta me la cerraba le contesté:

—Me encantaría.

Christian me sonrió satisfecho con mi respuesta, mientras de reojo pude comprobar que la camarera traía nuestros pedidos.

—¡Suerte con tu plato! —me dijo guiñándome un ojo.

—¡Lo mismo te deseo! —le contesté con una sonrisa.

Ante mí me encontré una ensalada de pasta con infinidad de colores, ya que tenía muchos ingredientes como tomate, maíz, zanahoria, atún y queso de cabra entre otros. Debo admitir que su aspecto era delicioso, pero solo al probarlo me di cuenta de que era un plato exquisito, por lo que pude respirar tranquila y pasar a ver la suerte que había corrido mi compañero de mesa.

A Christian le habían servido unos rollitos de lo que parecía jamón al horno, que estaban bañados con una salsa suave y unos pequeños champiñones, siendo todo ello acompañado de una enorme ensalada de patata que te hacía la boca agua.

Contentos por nuestro acierto nos dispusimos a comer, con la intención de no dejar nada en nuestro plato.

—Está delicioso —le comenté al degustar mi ensalada de pasta—. Menos mal que hemos acertado.

Christian asintió mientras masticaba con gusto su bocado, dejando bien claro lo contento que estaba con su elección. Luego, tras tomar un sorbo de su copa de cerveza y mirarme con descaro, repuso:

—Aunque debo decir que me hubiera gustado verte comer de nuevo una enorme salchicha.

Ante su comentario casi me atraganté con un bocado de pasta, la cual estuvo a punto de salirse por la nariz provocándome la tos. Preocupado Christian me ofreció la jarra de cerveza para que diera un trago, y me instó a que me tranquilizara con pequeños golpecitos en mi espalda.

—¡Lo siento! —me dijo angustiado.

—¡Como no te portes bien, voy a pasar una larga temporada sin comer salchicha! —le dije tratando de parecer enfadada, aunque su cara de espanto al verme toser me había hecho gracia.

Algo más calmado al ver que ya me encontraba mejor, respiró profundo y suspiró, dándose cuenta entonces de la doble intención de mis palabras. Volviendo su mirada hacia mí y sonriendo con malicia, me susurró sin dejar de apartar sus ojos de los míos:

—¡Mientras no me prohíbas comer conejo! —soltó como si nada, mientras me regalaba su sonrisa más sexy para pasar después a comer tranquilamente de su plato.

Menos mal que aún no me había llevado otro bocado a la boca, pues de lo contrario me habría vuelto el ataque de tos. Tratando de disimular mi buen humor, le dije lo más serio que pude:

—¡Cariño, si alguna vez te prohíbo comer conejo es que me habré vuelto loca!

Satisfecha al haber conseguido que esta vez fuera él quien se atragantara, cogí su jarra de cerveza y se la acerqué para que bebiera de ella. Después, mordiéndome el labio inferior para no soltar una carcajada, le di unos golpecitos en su espalda, mientras Christian seguía tosiendo sosteniendo el recipiente con una mano y con su mirada risueña fija en mí.

Si tuviera que apostar por sus pensamientos, me inclinaría a decir que por su mente solo pasaba una idea. “Me las pagarás”.

\* \* \*

Tras desistir del postre y tomar solo unos cafés, dejamos la posada restaurante encantados con la experiencia. Paseamos durante un par de horas por el casco histórico y turístico de la isla, mostrándole encantado cada rincón. Mary se mostraba entusiasmada con cada nuevo descubrimiento, y nos pasamos gran parte del tiempo comprando regalos para todos, incluyendo un par de chucherías como recuerdo de nuestro viaje.

Estar a su lado hacía que los minutos transcurrieran demasiado rápido, y para cuando regresamos en el barco nos dimos cuenta que el sol empezaba a descender, por lo que nos quedaban pocas horas de luz.

La visión del astro celestial acercándose a su escondijo nocturno, así como comprobar una vez en tierra firme que los rayos del sol se perdían entre las pequeñas calles adoquinadas, fue algo que jamás olvidaré por la belleza que mostraba. Aunque más hermoso fue contemplar a Mary a mi lado con los ojos cerrados y aferrada a mi mano, como le había pedido, pues quería que viera lo que le tenía preparado en todo su esplendor.

Entre besos y risas nos fuimos acercando al lugar que quería enseñarle, y decidimos contratar los servicios de un shopping para que llevara todas nuestras compras al hotel, pues no quería perder más tiempo antes de que la luz se extinguiera. Además era justo el momento que había esperado para enseñárselo, pues el juego de tonalidades que empezaba a formarse en el cielo convertía el lugar en un sitio mucho más hermoso.

Me sentía nervioso al quedar poco para que le abriera mi corazón, y notaba dentro de mí un miedo irracional a que ella no lo comprendiera y se encerrase en sus recelos. Pero

por ella todo merecía la pena, y estaba seguro de que su dulce corazón sabría captar lo que me proponía enseñarle.

Bajamos por la calle cogidos de la mano, mientras en mi rostro notaba cada vez más el aroma a sal y agua. Una suave brisa nos acarició la cara regalándonos su frescor, sabiendo a cada paso el destino de nuestros pasos. Estaba convencido de que ella sabía que el mar estaba cerca, pero se mantuvo en silencio esperando tenerlo ante su presencia.

Mi ángel debía de saber lo importante que era para mí ese momento, pues dócilmente me acompañó en silencio. Por su respiración acelerada, y sobre todo por dejarse llevar con los ojos cerrados mientras aspiraba con fuerza el aire salado, no pude tener ninguna duda de que mi sorpresa estaba desenmascarada.

—¡No abras los ojos pequeña!

Le susurré al oído mientras la acercaba a mí en un abrazo para guiarla sin peligro.

—¡Confía en mí! —le seguí susurrando.

Siguiendo la bajada de la cuesta, caminamos por una estrecha calle para permanecer en solitario escuchando solo a nuestro alrededor el rugido del mar. La arena empezó a filtrarse por nuestro calzado, conforme fuimos dejando la zona asfaltada y nos adentrábamos en lo desconocido.

Paré justo en el sitio donde quería sorprenderla, y me coloqué a sus espaldas abrazándola mientras me embriagaba del aroma del mar mezclado con su cabello, y saboreando la sal de su piel en un beso robado en su cuello.

—Sé que sabes lo que tienes delante, pero quería compartir contigo mi lugar favorito en un momento especial por su belleza y por su significado.

Sin esperar más, pues por su pulso acelerado notaba su ansiedad, le pedí deseando haber acertado:

—Abre los ojos mi amor, y ve lo que siente mi corazón por ti.

Esperé impaciente a que la vista se amoldara a la luz. Pegué mi mejilla a la suya, y contemplé maravillado la exquisita obra maestra de la creación que era el mar.

Ante nosotros una paleta de colores preparaba el camino del sol hacia su descanso, mientras el mar lo llamaba descarado, exhibiendo ante él sus olas para proclamar así su grandeza, y retarlo a cada rugido a alejarse de él.

El azul del mar se empezaba a oscurecer, preparando impaciente la llegada de su amante la luna. Con cada rayo de sol que se extinguía el mar más se oscurecía, llamándola cada vez más desesperado, al desear sentir su roce conforme abandonaba su lecho marino, para pasar la noche entera reclamándola entre suspiros.

El espectáculo de ver retar al mar contra el sol, para que éste se sumergiera y le dejase vislumbrar a su amada, mientras esperaba impaciente divisar a la causante de sus alegrías y su agonía, era la visión más cercana que el ser humano podía tener, de como la creación en su perfecta sabiduría, había ilustrado el sentimiento que guardaba el corazón humano cuando ama.

Poder decirle a la mujer elegida “te amo” al mostrarle una puesta de sol, era un sueño que tenía desde hacía años, cuando caminaba por esa misma playa imaginando como sería mi vida, y preguntándome si algún día conocería a mi compañera. Por eso consideraba el poder compartirlo con mi ángel algo mucho más serio que un sueño, al ser simplemente mi destino.

—Todo lo que ves ante ti, el rugido del mar llamando a la luna, las olas chocando contra la playa rogando por abrazarla, el sol luchando por expirar su último aliento resignado ante la fuerza de los amantes, es como me siento cuanto te tengo cerca —me coloqué frente a ella para verla mientras le abría mi corazón—. Tú eres esa fuerza que me llama y me guía, al considerarte mi amada luna, esa a la que anhelo cuando no la tengo cerca y por la que lucharía contra el mismo sol para retenerte a mi lado. Te amo Mary como nunca creí que podría ser capaz de amar, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Vi como una lagrima bajaba por su mejilla y era arrastrada por el viento hacia el olvido, mientras su mirada estaba perdida en la inmensidad del crepúsculo. Cogí su mano esperando una respuesta, y ella me la agarró con fuerza dándome esperanzas con su gesto, pero sin poder evitar sentirme aterrado ante la espera de saber si tendría un lugar en su corazón y en su futuro.

Sabía que en las semanas que llevábamos juntos nos habíamos demostrado mil veces el amor que nos procesábamos, pero esta iba a ser la primera vez que habláramos de ello abiertamente y pusiéramos nombre a nuestra relación. Por eso eran tan importantes sus palabras, y por eso quería escucharlas en un lugar que en el pasado había significado un cambio en mi vida.

En un latido de corazón que se me hizo eterno, ella se volvió hacia mí y pude ver en sus ojos un millón de sentimientos, preguntas y dudas que pretendía aclararle con el transcurso de un beso.

—¡Christian... —apenas podía hablar—...Te amo!

Fue lo único que me dijo antes de lanzarse a mis brazos llorando. La agarré con todas mis fuerzas agradeciendo a los astros por su ayuda, para hacerla comprender la fuerza de mis sentimientos por ella.

—¡Te amo! —fue lo único que pude decirle antes de perderme en la dulzura de su boca.

—Mary sé que todo en tu vida ha cambiado en poco tiempo y te sientes algo perdida —la miré con dulzura—. Solo te pido estar a tu lado mientras nos adaptamos a todo lo nuevo.

Ella asintió en silencio mientras seguía abrazada a mí y mantenía su mirada fija en la mía.

—Te amo más que a nada en el mundo —le dije para después devorar su boca.

—Christian te quiero, pero siento que soy poca cosa para ti, tú eres rico y poderoso, mientras que yo...

La callé con un beso pues no quería escuchar excusas.

—No te engañes Mary, tú eres todo un tesoro y pretendo apoderarme de ti.

Ella me sonrió pero sin llegar la verdad a sus ojos.

—Mi ángel, tienes un enorme corazón que vale más que toda mi fortuna. Eres alegre, dulce, preciosa y te entregas a mí cuando hacemos el amor de una forma que me haces ver el paraíso con cada una de tus caricias.

Sujeté su cara entre mis manos y le dije mirándola fijamente.

—Tú eres mucho mejor persona que yo, y debería ser yo el que se sintiera poca cosa a tu lado.

—Tú no eres así, eres un hombre maravilloso.

—Si fuera como dices no te habría hecho tanto daño.

La miré con dolor en mi semblante al recordar como la había apartado de mí despreciándola, para después aplastarla con mis palabras como si no valiera nada.

—Me dijiste que olvidáramos todo y empezáramos de nuevo —asentí frente a ella—. Pues entonces olvídale como yo lo he hecho.

La abracé con todas mis fuerzas rezando para que esta mujer, tan pequeña pero con un corazón tan grande, nunca se alejara de mí.

—¡Te amo tanto, que no sé qué haría sin ti!

—Pues entonces no me dejes nunca.

Sin más palabras por ser dichas, nuestras bocas se unieron para terminar de decirlo todo. Pues solo un beso puede mostrar sin la menor duda, todo lo que guarda un sentimiento tan puro como es el amor.

Cuando conseguimos aplacar la intensidad del momento y pudimos mantener a raya el fervor de nuestros sentimientos, le cogí de la mano dispuesto a caminar con ella, pues aún me quedaba mucho que decirle y mostrarle.

Sabía que el momento de hablar de mi pasado y abrirme a ella había llegado, pero no me sentía asustado por ello como había pensado, al saber que Mary se mantendría a mi lado. Había sido un acierto haberle mostrado primero mis sentimientos, pues ahora ella sabría que todo aquello que le contara era con el fin de que me conociera, y no para vanagloriarme.

—¿Quieres que paseemos mientras hablamos? —le pregunté con el recuerdo de tiempos lejanos ya esperando para ser mostrados.

—¡Claro!, ¡me encanta andar a tu lado!

En silencio empezamos a recorrer la playa sintiendo la arena hundirse al pisarla, y proseguimos nuestro camino cogidos de la mano por la desierta playa, al estar solamente acompañados por el sol que cada vez se ocultaba más y la luna que empezaba a despertarse.

—¡Me encanta este lugar! —le dije mientras aspiraba el inconfundible aroma del mar.

Me volví hacia Mary para mirarla y vi como su cabello era acariciado por el viento. Mantenía sus ojos cerrados y al igual que yo, aspiraba el olor salado que las olas nos lanzaban.

—En esta playa empezó mi costumbre de caminar —le dije.

Ella abrió sus ojos y me miró exigiéndome curiosa que continuara hablando, ávida por saber todo sobre mí.

—Como te habrás imaginado el hotel donde nos hospedamos es mío.

—Lo supuse cuando nos recibió el director —me respondió.

—¿Por qué no me lo preguntaste?

Ella se encogió de hombros como queriendo quitar importancia al asunto.

—¿Para qué?, era bastante evidente.

No quise profundizar en el tema pues sabía que Mary prefería mantenerse al margen de todos mis negocios, y no se mostraba curiosa por saber de cuanto constaba mi riqueza. Aún así quería que conociera por mí y no por otras lenguas cual era mi verdadera historia.

—El hotel fue mi primera inversión —le dije sin más y seguí caminando mientras volvían los recuerdos de un pasado ya lejano.

—Cuando murió mi mentor, me pasó toda su fortuna y con ella todas las responsabilidades. Yo era joven, y aunque llevaba años trabajando a su lado y tomando decisiones importantes, siempre estuve sometido a su aprobación.

Ella andaba despacio escuchando cada una de mis palabras, mientras yo me encontraba perdido en mi pasado, dejándome llevar por su recuerdo.

—Cuando me quedé solo no todos me vieron capacitado para llevar la compañía, y me vi obligado a probar mi valía. Por aquella época ya era un hombre duro, orgulloso y decidido, y quise demostrarles que estaban equivocados pues me sentía bastante capaz de sacarla adelante.

Me volví para mirarla, y ella me mantuvo la mirada anhelando conocer cada detalle.

—Aunque ahora, mirando hacia atrás, creo que era a mí a quien quería convencer de que era capaz de dirigir la empresa. Esas personas nunca vieron con buenos ojos que Henry me acogiera y me lo dejara todo. Me hicieron sentir durante años que era un aprovechado, y que lo mantuve engañado para quedarme con su herencia.

—Pero les has demostrado que podías y que estaban equivocados — me dijo.

—Sí, aunque por el camino tuve que vender mi alma y me convertí en alguien diferente a mí —con mi vista clavada en el horizonte seguí perdido en el duro recuerdo del pasado—. Aún hay momentos en el que me siento fuera de lugar, como si este mundo no fuera el mío, y me hubiera olvidado de saber quién soy.

Le apreté la mano al necesitar de su contacto para poder continuar.

—Estar a tu lado me hace sentir más yo mismo de lo que nunca he sido.

Me miró preguntándome con su mirada a qué me refería, pero no quería enturbiar esta noche con temas oscuros y dolorosos, por lo que seguí con mi historia.

—Por aquel entonces estaba buscando un proyecto donde pudiera demostrar mi valía, y me llegó el informe de un hotel medio en ruinas en una zona turística que tenía

prevista una gran expansión. No lo dejé escapar y vine a verlo. Cuando lo tuve ante mí, me enamoré de él y lo compré.

Mary sonrió ante mis palabras.

—¡Y yo que pensaba que era la única dueña de tu corazón!

Abrazándola reí su broma y le dije.

—Lo siento cariño, pero tendrás que compartirlo con ese montón de ladrillos.

Y tras robarle un beso, seguimos caminando por la arena cogidos de la mano.

—Me quedé en este lugar supervisándolo todo desde el principio, y empecé a venir cada anochecer a esta playa para poner en orden mis ideas. Una tarde sin más comencé a vagar por ella, y noté como mi mente se centraba a cada paso que avanzaba. Desde entonces me gusta pasear, sobre todo si es de noche y las calles están desiertas.

—Por lo espectacular que es el hotel y la cantidad de clientes que tiene, me imagino que fue una gran inversión.

—Sí, la verdad es que resultó más lucrativa de lo que esperaba y desde entonces todo fue más sencillo.

—Tienes un talento especial para los negocios.

—Soy bueno con los números pero no con las personas.

—Conmigo no has tenido muchos problemas.

Solté una carcajada y le dije:

—Cariño, no sabes lo difícil que me resultó acercarme a ti, ¡y eso que me robaste el corazón desde el principio!

Ella incrédula me miró, para después preguntarme:

—¿El gran señor Taylor me tenía miedo?

—Puedes estar segura, a tu lado me sentía como un niño —viendo la duda en su mirada le aseguré—: Nunca había sentido algo tan profundo por nadie y me asustaba.

—Yo también me asusté.

—Lo sé, y sé que aún tienes que dar el último paso, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí. Y más ahora que sabes que mis sentimientos son profundos y que no pienso apartarme de tu lado.

Se me acercó y apoyó su cabeza en mi hombro mientras seguíamos caminando cogidos del brazo. Supe por el suspiro que escuché salir de su boca que su mente estaba perdida en sus pensamientos, y deseé con todas mis fuerzas poder entregarle la seguridad de que juntos podríamos enfrentarnos al mundo.

—¡Es un lugar precioso! —Me confesó tras unos minutos de andar en silencio—. Cuéntame más cosas sobre ti.

—No hay mucho más que contar, mi vida solo ha sido trabajo. Me imagino que en algún momento me perdí y solo me quedó seguir adelante haciendo lo mejor que sabía hacer.

—Me alegro que nos encontráramos —me indicó.

—Yo también me alegro. No sabía lo solo que estaba hasta que te conocí.

—Sé lo que quieres decir, yo también me he sentido fuera de lugar, como perdida y me dolía no tener a nadie con quien hablar —suspiró—. Sé que soy injusta ya que tengo a mi hermana y a Tilde y sé que ellas siempre han estado ahí cuando las he necesitado, pero sentía que me faltaba alguien especial con quien compartirlo todo.

Se aferró con fuerza a mi brazo como si tuviera miedo a perderme.

—Te he necesitado durante tanto tiempo que creo que siempre te he echado de menos.

Ambos nos callamos dejando que fuera el mar quien hablara, pues los sentimientos se amontonaban en nuestras gargantas, junto con cientos de palabras que pretendían ser dichas.

Dejamos que el viento se llevara nuestros malos recuerdos y las dudas, para dejar solo el momento presente donde ambos paseábamos felices y pisando con fuerza la arena.

—¿Te gusta venir por aquí? —me preguntó Mary volviendo a conversar sobre cosas mundanas.

—Como mínimo vengo una vez al año para relajarme, aunque también aprovecho para supervisar el funcionamiento del hotel —mirando a mi alrededor le dije—: Me gusta pasear por esta playa, es como si en ella pudiera recargar mis pilas. Es un lugar especial para mí.

Besándola en su nuca sentí que temblaba de frío.

—Será mejor que regresemos, el sol se ha ocultado y pronto se hará de noche.

Mary no opuso resistencia, y nos dimos la vuelta para regresar a nuestra habitación. Le puse mi chaqueta para que no se enfriara y la cogí por las caderas con mi brazo para acercarla, y darle así calor con mi cuerpo mientras seguíamos caminando.

—Ojalá no acabara nunca este día —me confesó soñadora, volviendo a apoyar su cabeza en mi hombro.

—Aún faltan horas para que acabe y siempre podemos regresar cuando queramos.

—¿Podemos hacerlo? —por su tono de voz noté entusiasmo.

—¡Claro, para algo debe servir ser el dueño!

Sonreímos, y nos dejamos llevar por la brisa que cada vez se hacía más fría al haberse rendido el sol y haber desaparecido.

—Entonces prométeme que volveremos —me pidió.

—¡Te lo prometo! —Le dije abrazándola con más fuerza.

Ante nosotros pudimos ver el hotel que lucía espléndido con centenares de luces encendidas, en contraste con las sombras que luchaban contra las olas.

—¿Por qué esperaste hasta el final del día para enseñarme este lugar?

—Quería que fuera al anochecer para compartir ese momento contigo.

—¡También tiene que ser muy bonito el amanecer!

—Sí, pero para esas horas tengo otros planes para ti —juguetón la abracé y le besé en el cuello.

—Ese plan me gusta —me compensó abrazándome.

—¡Viciosilla! —le dije risueño mientras ella me correspondía con una carcajada.

—¡Bobo! —me llamó aún sonriendo para después apoderarse de mi boca y hacerla completamente suya.

—¡Gracias por compartir este lugar conmigo! —señaló con el dulce sabor de sus labios en mi boca mezclados con la sal del mar.

—¡Cualquier cosa por ti, mi ángel! —La volví a besar con pasión, para después susurrarle con mi aliento—: ¡Cualquier cosa!

Así, perdidos en un abrazo donde las palabras estaban de más, la luna nos observó silenciosa, envidiando las caricias de su eterno amor.

## CAPÍTULO OCHO

Una vez en el hotel, me preparé un baño de espuma caliente para quitarme el frío y la sal de la piel. Me sumergí en la inmensa bañera mientras volvían a mi mente las palabras que Christian me había dicho, y el recuerdo de como me había abierto su corazón mostrándome sus temores y debilidades aún me hacía estremecer.

Pero lo que más me cautivó de toda su confesión fue la profundidad de su amor por mí, pues solo con recordarlo ya me sentía embriagada por su dulzura y su pasión, a la vez que temía la fuerza devastadora con que me amaba.

No quise pensar en todo lo que implicaba, y aparté de mi pensamiento esa sensación de vértigo que estaba empezando a sentir, para poder disfrutar entre sus brazos de la última noche que aún nos quedaba en este paraíso tan majestuoso. Hoy solo quería sentirme amada y amar sin límites. Mañana el mundo volvería a su normalidad, y entonces sería el momento para pensar en todo aquello.

Escuché como se movía por la habitación de al lado y lo llamé para que me acompañara. A los pocos segundos atravesó el umbral de la puerta del baño preguntándome:

—¿Dónde estabas?

—Estaba buceando en la bañera —me quité la espuma de la cara para poder verlo—. ¿Sabes que si llega a ser más profunda necesitaría un equipo de buceo?

Él se echó a reír y comenzó a desnudarse para bañarse conmigo.

—Entonces será mejor que te acompañe para protegerte —comentó aún risueño.

—Por supuesto, como dueño de esta bañera debes velar por mi seguridad.

Desnudo y excitado ante mí, se me acercó con paso decidido dispuesto a sumergirse no solo en la bañera, sino también en mi interior. Tras meter una pierna en el agua caliente me dijo sobresaltado:

—¡Dios mujer, como puedes aguantarla tan caliente!

Reí por su queja y le hice sitio para que se colocara a mi espalda, para que así me encerrase entre sus piernas y sus brazos.

—¡Si salgo con los huevos escarzados la culpa será tuya!

Lo dijo tan serio que no pude hacer otra cosa que soltar una carcajada, y quererle aún más por su sentido del humor, algo que empezaba a conocer de él y me encantaba. Me

recosté adormecida en su pecho, y me dejé llevar por sus caricias sobre mi piel sin desear otra cosa que permanecer ahí quieta durante horas.

—¡Esto es el paraíso! —le dije medio adormilada por el calor del agua y excitada por el roce de sus dedos.

—¡Esto es solo el principio!, había pensado ir al casino esta noche y después hacer una cena tardía en la habitación —recorriendo el cuello con sus besos me dijo—. Al menos que tengas hambre y quieras comer algo antes.

—¡Creía que íbamos a ir al restaurante del hotel!

—Entonces no se hable más, cenaremos allí y tomaremos más tarde el postre aquí —repuso mientras se adueñaba de mis pechos sin mostrar ninguna prisa—. Lo malo es que si queremos ir a cenar, tenemos que empezar a arreglarnos cuanto antes.

Suspiré resignada por el poco tiempo que nos quedaba por disfrutar del baño, y me di la vuelta para encararlo, colocándome sobre sus muslos con su miembro erecto pegado a mi vientre.

—En ese caso —me apreté contra él haciendo que soltara un gemido de placer—, es una suerte que ya estemos calientes.

Al segundo siguiente ya me encontraba sometida por un salvaje beso de mi duro amante, el cual me sujetaba con fuerza por las nalgas. Despacio me coloqué sobre su miembro y lo aferré con mi mano para no permitir que se moviera, para luego, lentamente, comenzar a descender sumergiéndolo en mi interior.

Gimiendo de deseo lo cabalgué entre olas de espuma caliente que acariciaban mi cuerpo, mientras Christian enloquecía agarrado a mis nalgas, y dividiéndose entre morder mis pezones o perderse en mi boca sedienta de él.

Nos vimos envueltos en un frenesí salvaje dejándonos llevar por el deseo. Con sus palabras de amor aún resonando en mi cabeza, demandé con urgencia fundirme con él, a la vez que necesitaba sus besos y sus caricias como bálsamo para mis vacilaciones.

Sintiéndolo moverse dentro de mí lo monté con una lujuria casi obscena, que me hacía desearlo cada vez con más anhelo. Sentía su verga hincharse y tensarse mientras frenética me sumergía para llenarme de él, para poco después coger impulso, y volver a elevarme de nuevo mientras lo sentía salir de mi cuerpo.

Aferrada a él me dejé llevar clavándole mis uñas en sus hombros sin poder evitarlo, pues carecía de todo control ante la invasión incansable de mi cuerpo por su miembro.

Uniendo nuestras miradas y nuestro aliento dejamos que el orgasmo nos consumiera, notando como nos alcanzaba con una fuerza casi dolorosa que nos sorprendió a ambos. Gimiendo por el placer sentimos como nuestros miembros exhaustos se tensaban, para luego relajarse dejándome postrada entre sus brazos.

Cuando pude volver a respirar con normalidad, me incorporé y lo vi ante mí, aún rendido por la fuerza de su eyaculación y tratando de serenarse.

—¿Te ha parecido lo suficientemente rápido? —le pregunté jadeante.

Como respuesta conseguí un profundo gruñido que surgió de su garganta, para seguir recompensándome con una sonrisa burlona y triunfal de su boca. Ambos nos echamos a reír y nos abrazamos, anhelando que el tiempo se detuviera en ese momento para no separarnos nunca de nuestro abrazo.

El agua caliente aún nos envolvía junto con lo que quedaba de espuma, mientras nosotros retrasábamos en todo lo posible el separarnos. Tal vez con el tiempo nuestra necesidad no fuera tan extrema, pero en este momento no sentirlo cerca era algo impensable.

Simplemente lo necesitaba como me resultaba necesario respirar.

Lo anhelaba como lo ansiaba tocar.

Lo requería como se me antojaba el morderlo, chuparlo o tragar.

Lo reclamaba al igual que se me permitía el poderlo escuchar.

Lo amaba siendo evidente por mi forma de mirar.

Él lo era todo, mis cinco sentidos, mi mundo entero.

Lo viejo y lo nuevo.

Mi único empeño.

\* \* \*

Había transcurrido una hora desde nuestro ardiente baño de espuma, donde Mary me había vuelto completamente loco con su curvilíneo cuerpo mojado, y sus provocativos movimientos de caderas que me hicieron perder el control, como solo ella sabía hacerlo.

Era un enigma para mí su facilidad para seducirme y hacerme perder el control con solo proponérselo. El hecho de estar a su lado sin tocarla era una tarea imposible, así como la necesidad de protegerla y cuidarla se había convertido en mi principal prioridad.

Le sugerí que contratara los servicios de un grupo de estilistas para esta noche, los cuales colaboraban con el hotel para atender a los clientes, pues sabía que ella quería hacer todo lo posible para impresionarme, aunque para ser sinceros, con solo una mirada suya ya me tenía comiendo de su mano.

A la habitación acudieron una peluquera, una maquilladora y una experta en shopping, junto con su ayudante que portaba un catálogo de los mejores diseñadores que podías encontrar en las boutiques de la ciudad y que ponían a su entera disposición.

Nada más llegar todos se encerraron en el dormitorio, donde pasaron la siguiente hora hablando y riendo sin parar mientras, por gentileza del hotel, les sirvieron unos cócteles sin alcohol pues sabía que era demasiado pronto para empezar a beber, sobre todo si pretendía pasar una larga noche donde el sueño era la última opción aconsejada.

No estaba seguro si había hecho bien en montarle todo aquello, pues sabía que a Mary no le gustaba ser el centro de atención, pero quería que se sintiera especial y poner a su alcance cualquier cosa que deseara. Era un auténtico tormento tener tanto dinero y no

poder ponerlo a su entera disposición, pues ella se negaba a cogerlo, e incluso le hacía sentir incómoda e insegura el solo hecho de que se lo insinuara.

Para esa noche yo también quería impresionarla y para ello me había arreglado con otras prendas más elegantes, pues de ser el rey de lo austero me había transformado en un hombre al que le gustaba consentirla sin que importaran los gastos, hasta llegar a regalarle el mundo para ponérselo a sus pies.

Y ahora, mirándome en el espejo mientras la esperaba, no podía creer que me hubiera comprado un traje a medida de Armani solo para complacerla y estar a su altura. Todo un cambio en mí, que se unían a otros muchos que ya llevaba realizando y que estaban haciéndome ver un nuevo Christian.

Tenía que reconocer que la ropa me quedaba como un guante, y se ajustaba a mi cuerpo con elegancia y comodidad. Me había decidido por el traje típico de corte clásico negro con camisa blanca y con pajarita también negra, que tanto había visto en otros y siempre me negué a poner.

Incluso los gemelos de oro a juego con el Rolex no me hicieron sentir un derrochador, y estaba impaciente por ver su cara de asombro cuando me tuviera ante ella, aunque he de reconocer que mis deseos por verla sin duda ganaban a los suyos.

Tenía reserva en el restaurante del ático, desde donde se podía divisar una magnífica vista de la ciudad y sus centenares de luces parpadeantes, para después perdernos entre las mesas del casino, ambos locales dentro del mismo hotel y por lo tanto de mi propiedad.

Cuando la puerta se abrió ante mí, pude ver como una sirena pelirroja de espectacular belleza caminaba despacio en mi dirección, con una sonrisa nerviosa en los labios, y una mirada donde se reflejaba su nerviosismo y su deseo de satisfacerme. No pude articular palabra pues su imagen me había dejado sin habla, y solo pude acercarme a ella y besarla.

Cuando logré reponerme, ante su espectacular cambio, solo pude decirle:

—¡Esta noche te has convertido en un sueño, mi ángel, del que no quiero despertarme jamás!

Ella sonrió ante mis palabras deslumbrándome con ello aún más. Le cogí de las manos y me aparté para contemplarla a placer. Había escogido un vestido color crema de finos tirantes y entallado que caía hasta sus pies, cuya tela brillaba ante la luz con centenares de reflejos. Un estrecho cinturón, unos tonos más oscuros que el vestido, se ceñía a su pequeña cintura, llamando la atención por su pronunciado escote cruzado que moría justo donde empezaba el cinturón. Pero lo que más impactaba era su apariencia de ninfa cuando caminaba, debido a su forma de moverse, y su coquetería innata además de su inocente mirada.

Llevaba el cabello con la raya a un lado, con profundas ondas que recordaban a la moda de los años cincuenta y recogido por detrás con un moño bajo, pero dejando el lado izquierdo de la cara parcialmente cubierta por el pelo, dándole así un toque más informal.

—¡Absolutamente increíble! —confesé sin poder apartar la mirada.

—Me alegro de que te guste, estaba un poco perdida y no sabía cuál elegir, pero en cuanto vi este diseño me enamoré de él.

Le sonreí al fijarme que volvía a respirar con normalidad, dándome cuenta de que había guardado la respiración esperando mi veredicto.

—Pues has tenido muy buen gusto.

—Es del diseñador Óscar de la Renta y se han negado a decirme cuánto dinero cuesta —se me quedó mirando seria para después preguntarme—: ¿Me imagino que por orden tuya?

—¡Culpable!, no te enfades conmigo —le pedí al ver su mohín—. Esta noche es especial y todo vale.

—¡Está bien, te perdono!, pero solo porque estas guapísimo y pareces un actor de cine.

No pude remediar reírme, pues su pensamiento era bastante parecido al que tenía por ella. Por suerte salí de mi aturdimiento el tiempo justo para recordar que tenía un regalo para darle antes de marcharnos, y saqué de mi chaqueta un estuche alargado de Cartier. Lo abrí despacio ante ella, que lo miraba como hipnotizada, y dejé que los diamantes hablaran por sí solos.

Sin ni siquiera pestañear, Mary la contempló maravillada, y extendió su mano para acariciar la espectacular y selecta gargantilla de diamantes, los cuales estaban montados sobre la forma de pequeñas hojas, unidas entre sí por oro blanco, el cual a su vez dibujaba el contorno de cada hoja. El resultado era una refinada y carísima joya que la dejó sin habla.

—No sabía cómo iba a ser tu vestido, pero me aseguraron que los diamantes combinan con todo —le comenté feliz por haberla complacido.

—¡Es perfecta! —Susurró—, pero no me atrevo a ponérmela por si la pierdo.

—Cariño, tiene un broche de seguridad y si se pierde te compro otra y ya está —hice que se girara para ponérsela—. Aunque si quieres otra igual tendría que encargarla, ya que al parecer el diseño es exclusivo.

Ella soltó un gritito y trató de girarse para impedir que se la pusiera, pero fui más rápido y la besé en el cuello mientras le murmuraba despacio:

—Déjame complacerte, mi amor.

—Pero...

—De qué me sirven todas las riquezas del mundo si no puedo compartirlas con la mujer que amo —la abracé pegando su espalda a mi cuerpo mientras seguía recorriendo su cuello con mis besos.

—Quería regalarte algo como muestra de mi amor —seguí diciéndole.

—Cariño, ya sé que me amas, no me hacen falta regalos para saberlo.

—Lo sé, pero necesito hacerlo, por favor, déjame ser generoso contigo.

La escuché suspirar y vi como asentía, por lo que aproveché para asegurarle la gargantilla en su fino cuello. Mary se llevó la mano hacia la joya que enmarcaba su cuello para tocarla con suavidad, como si tuviera miedo a romperla. Después, se giró quedando ante mí con sus ojos brillando por la emoción que sentía, y me rodeó con sus brazos fundiéndonos en un abrazo mientras me decía:

—Gracias Christian por la gargantilla y por todo lo que me has dado, pero sobre todo gracias por tu amor.

Emocionado por sus palabras, y sobre todo por el sentimiento que puso al decir las le contesté:

—Mi ángel, soy yo el que te está agradecido por todo lo que me has dado, y una simple gargantilla no es nada en comparación con lo mucho que me ofreces a cambio.

Sin más palabras que ser dichas, simplemente dejamos hablar a nuestros corazones, con un profundo beso que lo dejó todo aclarado. Y así, deseosos de pasar una velada de ensueño, nos fuimos al encuentro de una noche que nos acompañaría en nuestros recuerdos.

## CAPÍTULO NUEVE

Sintiéndome como en un cuento de hadas, donde yo era la cenicienta y todo a mi alrededor se transformaba, decidí dejarme consentir y vivir el momento con la mayor intensidad posible. Al fin y al cabo, una oportunidad así no se le presentaba a una mujer todos los días.

Con mi flamante vestido de noche, me dejé llevar del brazo de mi gentil caballero y juntos nos fuimos a cenar al restaurante donde se desvivieron por complacernos. Era un auténtico placer estar acompañada por un hombre que se esforzaba tanto por hacer que todo a mi alrededor fuera mágico, pues me indicaba lo importante que era para él, y como quería que esa velada fuera única.

Su toque, su mirada, su sonrisa sexy, así como cientos de pequeños detalles de su forma de ser, me hacían sentir especial en una noche que estaba segura que nunca olvidaría.

En esta ocasión mi galán estaba espléndido con su traje a medida, y me sentía orgullosa de estar a su lado, mientras veía complacida como las demás mujeres le lanzaban miradas de envidia cuando nos cruzábamos en su camino.

El tiempo fue pasando perdiéndome entre sus ojos, y en lo que me pareció un suspiro la cena pasó sin apenas advertirlo. Ni siquiera recuerdo en qué consistieron nuestros platos, pues me encontraba tan absorta en disfrutar de la compañía de Christian que todo lo demás quedó a un segundo plano.

De esa manera la hora que pasamos en el restaurante quedó en mi recuerdo entre sonrisas, murmullos y miradas, mientras disfrutábamos de un buen vino y succulentos manjares.

Tras la cena, y sumida en una nube de deseo y admiración, me dejé llevar por su mano, y juntos dejamos atrás el restaurante para conocer durante unas horas la diversión que nos ofrecía la ciudad.

Bajando por uno de los ascensores nos dirigimos al casino situado en el mismo hotel, cuyas puertas se encontraban a un lateral del hall para darles cierta privacidad a los clientes que entraban. Me sentía excitada por la oportunidad de adentrarme en un lugar que solo había visto en las películas de James Bond, y que nunca creí poder visitar.

Me aferré a su brazo y cruzamos las puertas con paso seguro y decidido, sin poder dejar de mirar a todas partes, maravillada por el lujo y emocionada por la oportunidad de conocer un lugar tan espectacular.

Bien sujeta al brazo de Christian pasamos ante una masa de rostros alegres, elegantemente vestidos, que ocupaban las mesas de juego para apostar millones sin perder la sonrisa. Todo un despliegue de elegancia y clase al alcance de unos pocos, aunque también podía distinguirse entre ellos algún que otro turista, que lo miraba todo con la misma emoción con que yo debía de estar haciéndolo.

Sin querer perderme ningún detalle pasé a mirar a mi alrededor, donde pude ver resplandecer las enormes lámparas de araña que colgaban del techo, iluminando preciosas tapicerías de terciopelo, paredes recubiertas de espejos, enormes plantas exóticas adornando las esquinas, y estatuas griegas que se encontraban diseminadas por toda la estancia y daban un toque elegante.

Pero lo que sin duda más me llamó la atención, fue el pequeño ejército de camareros que deambulaban sin descanso por la sala atendiendo los pedidos, para mayor comodidad de los clientes.

Caminé entre un gran número de mesas de cartas donde se podía jugar al bacarrá, al póker o a otros juegos que no había visto en mi vida, pero lo que más llamó mi atención fue una gigantesca ruleta que no se parecía en nada a otras que había visto por televisión, y sentí de inmediato el deseo de tocarla con mis dedos para comprobar si era real.

El deseo de apostar en ella y sentir la sensación de ganar se apoderó de mí, y comprendí como debían de sentirse aquellas personas que se ven forzadas a jugar por el ansia del triunfo. Un hormigueo picaba en la punta de mis dedos anhelando el toque de las fichas y el subidón de las apuestas.

—¿Quieres jugar a algo? —me preguntó Christian.

Me quedé mirando el tablero repleto de números con los colores rojo y negro, y sentí correr por mis venas el deseo, el riesgo y la competición. Parecía tan fácil ganar, que me asustó el engaño que la codicia ejercía sobre mi mente.

—No creo que sea buena idea, ya sabes que suelo tener mala suerte.

Él me estaba sujetando por la cintura con su brazo para cobijarme, y ante mis palabras sonrió acercándose más hacia su cuerpo. Sentí como su fuerza y su calor me atravesaban, consiguiendo que me relajara un poco y pude volver a respirar otra vez con normalidad.

—No es mala suerte mi ángel, es solo que eres un poco patosa.

Le devolví la sonrisa y volví a mirar a la mesa, la cual me estaba llamando con un canto irresistible de sirenas. Christian se apartó para cambiar unos billetes grandes por fichas, y volvió a colocarse a mi lado con su tesoro en la mano. Una camarera se nos aproximó con dos copas de champán, mientras nos sonreía y nos decía:

—Gentileza de la casa.

Miré a Christian y no pude hacer otra cosa más que ensanchar mi sonrisa al ver cómo me guiñaba un ojo. Decidida a probarlo todo y a pasármelo bien, cogí las fichas que él me entregaba, y resuelta, aposté dos de ellas al veintitrés por ser el día en que nos conocimos.

—Espero que tengas razón —declaré hecha un manojo de nervios.

Vi como ponían la ruleta a en funcionamiento, haciéndola girar ante mí a gran velocidad. Segundos después, el crupier tiró la bola en su interior, y ésta comenzó a rodar con fuerza por los números que se confundían ante mí en un borrón. Sin ser consciente de ello corté mi respiración, esperando a ver dónde la suerte había detenido la bola. Tras pasar los segundos más largos de mi vida, seguí el recorrido de la pelotita mientras la ruleta se deceleraba y vi asombrada como ésta se detenía en mi número.

Estuve a punto de gritar de alegría y de ponerme a bailar la danza de la victoria, pues ante todo pronóstico había ganado. Christian sonreía complacido al verme tan feliz, y me relajé al ver que mis fichas no disminuían sino que por el contrario aumentaban.

Un sentimiento de plenitud e entusiasmo me hizo sentir especial y con el mundo a mi alcance. Contemplé mi montoncito con las ganancias e inmediatamente quise volver a repetir la experiencia de sentirme invicta.

Tomando el resto del champán de un trago, me olvidé de todo y volví a apostar. No sé cuánto tiempo estuvimos allí jugando, pues mi única referencia eran mis pies cansados y las copas con la bebida que nos servían. Durante el tiempo que estuvimos jugando gané algunas manos, consiguiendo que las fichas se amontonaran ante mí, pero he de reconocer que también perdí un buen número de veces, aunque esto no me hizo detenerme a calibrar si merecía la pena el riesgo.

Christian estuvo a mi lado y en más de una ocasión me retó apostando a números diferentes a los míos. Me desafiaba con su sonrisa, y cada vez que le ganaba, la sensación de triunfo se multiplicaba por tres al haberle vencido. No recordaba cuando fue la última vez que lo había pasado tan bien, olvidándome por completo de todo a mi alrededor. Era una sensación adictiva el creer que podías controlar el destino a través de un juego de azar, por muy estúpida que pareciera la idea.

El cansancio se empezó a reflejar en mi cara, aunque seguía sin querer admitirlo. De hecho, estaba a punto de descalzarme de los zapatos de tacón que me estaban matando, para dárselos a la primera camarera que pasara por mi lado, pero como no quería perder mi buena racha, me aguanté como pude y seguí apostando a los números cuyas fechas me recordaban a algo.

Pero Christian debió notar mi agotamiento, pues me abrazó y me susurró con dulzura:

—Cariño, si estás cansada podemos sentarnos en la barra y tomarnos algo más tranquilos.

—No puedo dejarlo ahora, ya le he cogido el truco y te estoy ganando —afirmé decidida a seguir adelante.

Él debió notar el ansia del juego en mi voz, pues me cogió la cara entre sus manos y mirándome fijamente me dijo:

—No quiero que te canses mi ángel, tengo otros planes para esta noche y te quiero descansada.

Vi el brillo travieso de sus ojos que me devoraban y sopesé mis prioridades. Por un lado tenía un juego de azar entretenido que podía arruinarnos con un par de malas jugadas,

y por otro había un hombre apasionado y fascinante, que me estaba comiendo por los ojos mientras me ofrecía una noche de placer entre sus brazos.

Miré las frías fichas y el rodar de la ruleta que tanto me llamaba la atención, para después volver a mirar al sexy hombre que tenía a mi lado, y me ofrecía la oportunidad de dejarlo sin haber malgastado el tiempo y el dinero. Ante mí tenía dos opciones, o el erotismo del juego, o la pasión de un Dios del sexo.

No hay que ser muy lista para saber que opción elegí, pues al fin y al cabo soy una mujer de carne y hueso a la que le encanta pecar en la cama.

—Tú ganas —le cogí la mano y tiré de él—. Con las ganancias te invito a una copa.

Pasé por alto el detalle de que ese dinero era el que Christian me había ofrecido para jugar, pues ya lo sentía como el fruto de mi suerte. Él se dejó llevar divertido hasta una de las muchas barras, donde ambos nos pudimos sentar para tomar algo.

Fue justo al sentarme cuando de verdad me di cuenta de lo cansada que estaba, y agradecí poder descansar un rato y relajar mis dolidos pies.

—Bueno, tenías razón y no tengo mala suerte —le comenté disfrutando de mi reposo.

—Sí, ya lo he visto, aunque ahora me preocupa más otra cosa.

Lo miré esperando saber a qué se refería, mientras el camarero se apresuraba a servirnos las bebidas que le habíamos pedido. Viendo mi desconcierto continuó explicándome:

—Hay un dicho que dice así: Afortunado en el juego, desafortunado en amores. Y con tu buena suerte en las mesas, me has dejado con el corazón roto —esto último lo afirmó llevándose la mano al pecho para darle mayor dramatismo.

Al ver la cara triste que ponía para darle más intensidad a la broma, no pude hacer otra cosa más que lanzarme a sus brazos riéndome, para acto seguido besarle con ardor hasta demostrarle que ese dicho era del todo falso, o por lo menos lo era en mi caso.

—Tú me has cambiado la suerte —le aseguré divertida.

Sonriendo me abrazó con fuerza y continuó besándome por el cuello mientras me susurraba:

—Cariño, no te haces a la idea de lo mucho que te quiero.

Contemplé su atractiva cara que había llegado a memorizar y le dije con todo mi amor desbordándose por él.

—Gracias por este fin de semana de ensueño, y sobre todo, gracias por abrirme tu corazón.

—Te mereces esto y más —me indicó con sus ojos fijos en mí, mientras su mirada me confirmaba que cada una de sus palabras eran ciertas.

—Te propongo un brindis —anuncié dispuesta a dejarle claro que yo también sabía que él era lo mejor que me había pasado.

Cogí las copas de champán que nos había servido el camarero, y le entregué la suya a Christian. Alcé la mía y con voz solemne dije:

—Por el destino, porque gracias a él estamos hoy aquí juntos, y no vamos a dejar que nada ni nadie nos separe.

—Por el destino —me contestó también con voz solemne—. Y por supuesto que no dejaré que nada ni nadie nos separe.

Sin dejar de mirarme, y con una expresión posesiva en su cara, se tomó de un trago el contenido de su copa, para después aferrarse a mi cuerpo con todas sus fuerzas. En solo un aliento su boca se unió a la mía en un frenético beso, donde me entregó todo su ser y todos sus anhelos. Me quemó con sus manos, y derramó sobre mí ser su necesidad devastadora y posesiva de demandarme como suya.

El calor de su deseo, unido a los efectos del alcohol en mi sangre, me hicieron temblar como una hoja al viento que se agarraba a lo imposible para no desfallecer. No quería apartarme de él, pero la neblina de sus labios sobre los míos y sus manos sobre mi piel se fueron disolviendo, para dar paso a la imperiosa necesidad de ir al baño.

Tras pasar horas bebiendo sin parar no solo estaba algo mareada, sino que además tenía la sensación de ser invencible y poderosa, pues a un chasquido de mis dedos conseguiría someter a mi voluntad al hombre más sexy de la faz de la tierra. O por lo menos eso creía.

Pero no solo me encontraba pletórica, sino que también estaba sintiendo la imperiosa llamada de la naturaleza, y si no encontraba un baño pronto, tendría que lamentar las funestas consecuencias. Lamentando acabar con el romanticismo de una manera tan poco elegante, traté de buscar una salida digna ante mi necesidad, y con la mayor naturalidad posible me erguí, respiré profundamente, y con voz melosa y algo tomada le dije:

—Christian lamento ser una aguafiestas, pero tengo que ir al tocador.

Pero mi caballero andante no debió escucharme al estar contemplando lascivo mis pechos y besando mis hombros con deleite, por lo que solo obtuve un gruñido como respuesta, el cual entendí como una especie de pregunta.

Separándome de él, pues ya no podía aguantar por más tiempo mis ganas de orinar, le aparté todo lo que pude y conteniéndome para no salir corriendo en busca de un retrete, le aseguré lo más calmada que pude.

—Tengo que ir al aseo.

En su mente nublada por el deseo y el champán mis palabras se abrieron paso y pudo contestarme decidido:

—¡Claro, te acompaño!

—¡De eso nada! —le corté molesta—. Ya soy mayorcita para ir sola al baño.

—Pero cariño, no puedes ir sola así vestida.

—¿Qué tiene de malo mi vestido? —Solté enfadada.

Su mirada lasciva recorrió todo mi cuerpo parándose perezosamente en los sitios que más prefería, tratando de ese modo de hacerme ver lo provocativa que me encontraba.

—Nada mi ángel, pero es demasiado...

Alcé una ceja esperando sus palabras mientras me cruzaba de brazos irritada. Él perdió el hilo de sus pensamientos dejando fija su mirada en mis pechos, pues debido al bajo y prominente escote cruzado, y la generosidad de estos, se veían deseosos de salir a explorar. Descendí mi mirada y contemplé mi gusto medio al descubierto, por lo que bajé los brazos apresuradamente para que no estuvieran a la vista de cualquiera.

Tragando saliva Christian no apartó sus ojos de mi cuerpo, como calibrando las repercusiones que tendría el que caminara sola por el casino llevando un conjunto tan sexy, y conociendo mi tendencia a meterme en líos. Por lo que decidió decirme:

—Estás demasiado arrebatadora para ir sola. Los hombres no te dejarán dar ni dos pasos sin saltar sobre ti, y no tengo ganas de pasarme la noche partiéndoles la cara.

Sonreí por su arrebato de celos, y por decirme de forma indirecta que le parecía preciosa, recompensándole por ello con un profundo beso mientras le contestaba encantada:

—No te preocupes, sé cuidarme solita.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, o simplemente reaccionara, me di la vuelta para alejarme mientras movía mis caderas de forma descarada para provocarle, pues sabía que me estaría mirando y no pasaría por alto mi descarado.

—¡Mary! —me gritó para llamar mi atención.

—¿Sí, cariño? —Le pregunté tras girarme despacio y glamurosamente.

—Los baños están en la otra dirección —se atrevió a decirme el muy canalla mientras una sonrisa florecía en su rostro y sus ojos brillaban de humor.

Queriendo quitar importancia al asunto suspiré profundamente, para acto seguido enderezar mis hombros y decidida, me fui caminando sensualmente por donde él me había indicado. Notando el calor de su mirada en mi trasero, que se contoneaba tentándolo, me alejé con toda la dignidad de una reina y con unos deseos urgentes de aliviar mi estado.

He de admitir que me enamoré de los baños nada más verlos, y a punto estuve de romper a llorar al tener que despedirme de ellos, por lo que asumí que los efectos del alcohol estaban empezando a hacer estragos en mi cabeza, y decidí ser buena chica e ir sin dilación al encuentro de Christian.

Pero al parecer mi suerte se había quedado en la mesa de azar, pues nada más salir me enganché la vastilla del vestido con uno de los tacones, y tuve que sostenerme con una mano en la pared, mientras que con la otra solucionaba el problema sin mayor dificultad.

Cuando resolví el aprieto, contenta por zanjarlo con tanta facilidad, me enderecé y empecé a caminar manteniendo el equilibrio y mirando el bajo del vestido por si se notaba algún desperfecto.

Al ir caminando sin mirar al frente choqué contra la espalda de un hombre, el cual casi me tira al suelo por el impacto. Me estabilicé al tiempo que él se giraba para ver quien le había atropellado, y ambos nos quedamos de piedra mirándonos.

Si no hubiera sido por mi aturdimiento etílico hubiera reaccionado más deprisa, y me hubiera marchado sin meterme en líos, pero solo pude atinar a quedarme paralizada y dejar que la tierra se apiadara y me tragara. Ante mí, sonriéndome de forma lasciva tras reconocerme, estaba el capullo de mi ex jefe, Tom Alenn.

Hubiera dado cualquier cosa por no tener que volver a ver al hombre que me utilizó, seduciéndome y enamorándome, para después apartarme sin miramientos por otra, mientras se reía de mi inocencia delante de todos.

Pero no todo quedó ahí, pues descubrí que tras su fachada de hombre decidido y seductor, se escondía un individuo caprichoso, egocéntrico y déspota, capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quería. Ante mí se reveló una persona rencorosa, que incluso intentó violarme cuando fui a pedirle explicaciones y le dejé en ridículo. Un incidente que me marcó al dejar de confiar en los hombres, y que recordaría para siempre.

Pero su maldad no solo quedó ahí, pues no le bastó con humillarme, sino que además me acusó delante de sus socios de ser una trepadora que le chantajeaba para escalar puestos, consiguiendo el despido inmediato por falta de ética, y unas referencias que garantizaban que otra empresa no me contratara.

Esos meses fueron los más duros de mi vida, pues además de romperme el corazón, saberme engañada y utilizada, de haber intentado violarme, de desprestigiarme y de despedirme, hizo que me sintiera una fracasada a la que nadie creía, y que había perdido la oportunidad de hacer realidad el sueño de ser diseñadora de interiores.

De ese duro trance nacieron todas mis frustraciones al haber arruinado mi vida laboral y personal, llenándome de resentimientos, inseguridades y miedos hacia los hombres y el amor, y volviéndome una mujer desconfiada y asustada.

Solo la insistencia y las innumerables pruebas de los sentimientos de Christian me hicieron salir de la oscuridad donde me encontraba, y pude poner en orden mis emociones. Aunque he de reconocer que aún me quedaba un largo camino por recorrer para poder fiarme plenamente del amor.

Y ahora, tras haber pasado casi dos años desde que todo esto pasó, volvía a tener ante mí al hombre que tanto daño me había hecho. Sentí como toda mi alegría se fundía en un segundo, y solo deseé poder alejarme de ahí para volver a la seguridad y la felicidad que Christian me ofrecía.

Por un instante creí que no me reconocería y podría librarme de él sin llamar la atención, pero no fui afortunada en esta ocasión, y supe al verle formar en sus labios una sonrisa lasciva que me había reconocido.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí!

El muy asqueroso me sujetó con fuerza del brazo para acercarme a él, recorriendo mi cuerpo con una mirada obscena, y recreándose con total descaro en mis pechos. El examen al que fui impuesta por su licenciosa visión me hizo sentir desnuda, no solo ante él, sino también ante las demás personas que nos rodeaban.

—¡Yo te conozco! ¡Nunca olvidaría unas tetas como esas!

En ese momento escuché unas risitas a nuestro lado y pude ver que no estábamos solos, pues al parecer el cretino estaba acompañado de otros dos individuos, los cuales, aunque estaban impecablemente vestidos, no mostraban para nada ser unos caballeros, sino más bien unos simples borrachos sin educación que reían como adolescentes las gracias de su compañero de juergas.

—Tú trabajabas para mí —siguió diciendo mientras trataba de acercarme a él—. Creo que te llamas Anna, Maggie o algo así —y volviendo a fijarse en mis pechos, me insinuó con una sonrisa lujuriosa que me dejó rígida—: También recuerdo que lo pasamos muy bien juntos.

Tras sus palabras se relamió los labios mientras sus amigos se volvían a carcajear, dejando bien claro qué clase de recuerdos guardaba sobre nuestra relación, y lo poco que le importé, así como lo sucios y libidinosos planes que estaban formándose en su retorcida cabeza para pasar la noche conmigo.

Empecé a sentir arcadas acompañadas de un temblor por todo el cuerpo, debido al miedo que empezaba a apoderarse de mí. Aunque era un hombre atractivo de unos cuarenta años, el recuerdo de sus actos y las palabras ofensivas que me estaba dirigiendo, me hacían verlo como a un monstruo y no como el rico y apuesto hombre de negocios que todos veían. Con su pelo rubio y ojos de color ámbar, era el sueño de cualquier mujer hasta que caía en sus garras y conocían su oscuro corazón.

—Caballeros, me parece que esta noche voy a estar ocupado con esta cosita tan apetecible.

—¡Oye Tom, sé un buen amigo y compártela con nosotros!

Escuché como los tres se rieron y noté como apretaba su fuerte agarre en mi brazo, mientras yo tiraba en dirección contraria para tratar de soltarme.

—¡Vamos nena!, ¿no vas a darle un besito a tu antiguo jefe?

Fue justo en ese momento, al escuchar sus palabras ofensivas y al oler el whisky en su aliento, cuando una rabia descontrolada se apoderó de mí anulando mi miedo, negándome a ceder a sus caprichos y a ser aplastada por un sujeto que no valía nada.

Cogiendo fuerzas desde donde creía no tenerlas, y sintiendo un hormigueo por todo mi cuerpo que me impulsaba a reaccionar, me planté ante él mirándolo con desprecio, y consiguiendo mantener una voz serena, tomé aire y le indiqué decidida:

—Suéltame ahora mismo o te arrepentirás.

Los tres sujetos se volvieron a reír con más ímpetu en mi cara, dejando bien claro que no les importaban mis amenazas. Aún carcajeándose, y tratando de mantenerme cerca de él, mi ex jefe me miró desafiante mientras me decía con un deje de chulería que me enfadó aún más:

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a...?

No le dejé terminar la frase, pues no pude dominar por más tiempo mi furia, así como esa rabia contenida que arrastraba desde que había empezado todo. Sacando el coraje que creí perdido, y centrando todas mis fuerzas en mi puño izquierdo, le di un puñetazo en medio de la cara que hizo que mis nudillos se resintieran de dolor.

No sé cuál de los dos estaba más sorprendido, pues jamás me habría imaginado golpeando a un hombre mucho más fuerte que yo. Lo que sí sentí, además de un dolor agudo en mi puño, fue un gran regocijo al ver como se llevaba las manos a la nariz mientras chillaba como un cerdo.

—¡Maldita hija de puta!

Su mirada se volvió fría y el tiempo pareció congelarse expectante por ver lo que pasaba. Libre de su agarre me separé unos pasos de él sin poder dejar de contemplarlo, mientras no paraba de tocarse la nariz para comprobar si se la había roto. Por desgracia el tipo tuvo suerte, y lo único que se llevó por su grosería fue una nariz colorada y dolida que no paraba de sangrar como un cerdo.

Si no hubiera estado bebida lo más seguro es que hubiera salido corriendo, pero en vez de eso, me quedé quieta plantándole cara y viéndolo todo como a cámara lenta. Advertí asustada como su expresión se encendía y como estaba dispuesto a hacerme pagar por mi osadía, pudiéndose apreciar como su cólera crecía al mismo ritmo que sus pasos acortaban la distancia que nos separaba.

Sus compañeros permanecieron callados a nuestro lado sin saber muy bien que hacer, demostrando que por sus venas no corría ni una sola gota de caballerosidad.

—¡Me las vas a pagar! —siseó amenazante ciego por la ira.

Sin pensarlo dos veces y dispuesta a no dejarme avasallar, me volví hacia una camarera que se había detenido a mis espaldas, incrédula por el espectáculo que estaba viendo, y le cogí de su bandeja el primer vaso que encontré mientras le sonreía para tranquilizarla.

Sin dilación volví a girarme hacia el hombre que me había humillado, y le tiré el contenido del vaso a la cara sintiendo un enorme placer al hacerlo.

Paralizado por la sorpresa se me quedó mirando incrédulo por mi pronto, para momentos después apartarse la bebida de la cara con las manos. Serena me volví para devolver el vaso a la bandeja que sostenía la camarera, la cual me miraba con la boca abierta y los ojos como platos.

De pronto todo empezó a cobrar vida, y tanto sus amigos como las personas que habían sido testigos de mi ataque, comenzaron a reírse a pleno pulmón llenándolo todo con sus carcajadas.

En cuestión de segundos todos los presentes que se encontraban cerca de nosotros se volvieron para mirarlo, convirtiéndose de esa manera en el centro de todas las burlas. Me quedé contemplándolo satisfecha por haberlo dejado en ridículo, devolviéndole así la ofensa que me había hecho en el pasado.

Pero con lo que no conté fue con su reacción, pues se acercó a mí y furioso, tiró de mi brazo para que me volviera y lo mirara a la cara. Ante mí me encontré a un hombre con la cara mojada y roja de irritación, que me miraba con un odio rabioso, prometiéndome vengarse a través de los golpes.

No hicieron falta las palabras para saber que pretendía, pues sentí a través de sus ojos su ira, y como preparaba el puño para golpearme con suma violencia. Traté de

alejarme asustada, pero apenas conseguía apartarme un paso, por lo que temí que me agrediera salvajemente delante de todos.

Sin querer rendirme tiré con todas mis fuerzas del brazo, y noté al volver a retroceder como mi espalda se chocaba contra un muro de piedras. Segundos después todo cambió, y sentí como el agarre que él tenía sobre mi brazo se soltaba, y como alguien tiraba de mí para hacerme a un lado, mientras el misterioso muro de músculos se colocaba entre mi furioso atacante y yo.

A mis oídos llegó un ruido parecido al de una piedra chocando contra una pared, y de algo que se rompía, seguido de un objeto cayendo al suelo con un sonido sordo, todo ello acompañado de una especie de gemido.

Me puse de puntillas y me asomé por el hombro de mi salvador, viendo a mi ex jefe tirado en el suelo con su nariz brotando sangre y una expresión entre dolor, confusión y terror.

—¡Si vuelves a tocarla te mato!

La voz que oí fue la de Christian, pero con una furia que jamás le había escuchado, y reflejando una fiereza que asustaba hasta al más valiente. Suspiré para tranquilizarme, pues sabía que ya no corría peligro al estar él a mi lado, alegrándome de que me hubiera rescatado de esa alimaña.

Christian se volvió hacia mí cambiando la expresión rabiosa de su rostro por otra de preocupación, mientras me revisaba desde la cabeza a los pies por si había resultado herida.

—¿Estás bien cariño? ¿Te ha hecho daño?

Acompañó sus palabras con caricias por mi cara y mis brazos, mientras con delicadeza buscaba alguna marca o señal de agresión. Su voz sonaba suave y tranquilizadora para tratar así de serenarme, aunque lo que de verdad funcionó fue ver la dulzura y la preocupación de su rostro al mirarme.

Para calmar su angustia le sonreí apartando el temor de mi rostro, para sustituirlo por la alegría que sentía por tenerlo cerca. Hubiera deseado poder lanzarme a sus brazos para perderme en ellos, pero no estaba segura de que pudiera caminar sin que terminara cayéndome al suelo, por lo que solo pude afirmarle ahora más sosegada.

—No, estoy bien.

—¿Estás segura? —inquirió no muy convencido de mi afirmación, sobre todo teniendo en cuenta mi forma de temblar.

—Sí, tranquilo, has llegado justo a tiempo.

Él me abrazó sin importarle que hubiera gente a nuestro alrededor observándonos, siendo su prioridad en ese momento reconfortarme. Me sentí protegida y amada, dejándome llevar por su fortaleza y calidez, y deseosa de estar entre sus brazos y poder así olvidar el encuentro que había vivido. Me perdí en el sabor de su beso y suspiré al sentirme a salvo del peligro.

Cuando salimos de nuestra burbuja, nos dimos cuenta que todo a nuestro alrededor estaba en silencio, como expectante, y vimos como los dos amigos de mi ex jefe estaban mirándonos petrificados.

Christian les lanzó una gélida mirada de advertencia y ellos retrocedieron despacio asustados como conejitos, para después salir corriendo a toda velocidad por la sala sin mirar a atrás, o acordarse de su compañero herido en el suelo.

—¿Señor, se encuentra usted bien? —le preguntó la camarera que había estado a mis espaldas a mi ex feje.

Éste aún seguía en el suelo gimiendo enfadado mientras trataba de cortar la hemorragia de su nariz, y mirándola con ojos fríos le contestó de malas maneras:

—¡No ves que no, estúpida!

La pobre muchacha se apartó de él mirándolo seriamente y sin poder creer su grosería. Sintiendo volver a mí la ira, me di cuenta que el muy idiota aún no había tenido bastante, y decidida me acerqué a la camarera para cogerle otro vaso de su bandeja, para después derramárselo por encima de la cabeza a mi ex jefe, decidida a darle un escarmiento.

El muy idiota no pudo hacer otra cosa más que gemir de dolor, cuando el alcohol se introdujo por su herida. Alzando la barbilla y mirándolo con desprecio le dije:

—No soporto a las personas maleducadas.

Al volverme vi a Christian que me miraba con una mezcla de asombro y admiración en sus ojos, mientras me observaba fijamente sin querer perderse ni un detalle de mi expresión de triunfo.

El cretino de mi ex jefe trató de levantarse, pero al ver que el hombre que le había roto la nariz aún seguía cerca, decidió quedarse en el suelo temeroso de recibir otro puñetazo.

Christian se me acercó y cogiéndome de la mano me dijo orgulloso:

—¡Esa es mi chica! —exclamó para después darme un ligero beso en los labios y sonreírme orgulloso por no haberme dejado pisotear.

Habiendo acabado el espectáculo, nos dimos la vuelta y me guió hasta la salida del casino con su mano apoyada en mi espalda. Ambos sabíamos que por hoy ya había tentado suficiente a la suerte, y no era el momento de llamar más la atención sobre nosotros.

Pero sentía algo distinto en mi interior, al haberle dado una lección al hombre que tanto daño me había hecho en el pasado, y no pude remediar sonreír con satisfacción, al verle tirado en el suelo sangrando como un cobarde.

Tenía la sensación de que algo en mi vida iba a cambiar y me sentí impaciente por saber de qué se trataba.

\* \* \*

Nada más entrar en nuestra habitación me abalancé sobre ella, arrinconándola en la puerta dispuesto a tentarla con mis caricias y a someterla a mi deseo.

—Me vuelves loco —le susurré con mis labios pegados a los suyos, al no poder dejar de besarla—. Y más cuando te comportas como un diablillo.

El ritmo de nuestras manos al acariciarnos se volvió furioso, al igual que nuestros besos, al sentir la necesidad urgente de profundizarlos, y de saborear con urgencia el sabor a ambrosía de su boca.

Cuando no pude aguantar por más tiempo el anhelo de entrar en ella, la cogí entre mis brazos y la llevé a nuestra cama. Una vez sobre ésta me alejé para deleitarme ante su visión, y poder contar con unos segundos para tratar de serenar mi respiración acelerada.

—Quítate el vestido.

Conseguí decirle mientras empezaba a desnudarme frenéticamente. Mary se sentó sobre la cama y me miró de forma seductora, sonriéndome al saberse poderosa. Al ver que no me hacía caso y que mis fuerzas para mantenerme alejado de ella empezaban a flaquear, le dije con la voz cargada de deseo y amenaza:

—Como termine de desnudarme y aun sigas vestida, ¡te lo arranco!

—¡Ni se te ocurra! ¡Me encanta este vestido!

Sus palabras y gestos dejaban claro su desacuerdo, y mostraba signos de enfado que le daban la apariencia de una niña a la que hubieran regañado. Al verla de esa manera la deseé aún más, sintiendo como la sangre se empezaba a acumular con mayor intensidad en mi entrepierna.

—¡Pues quítatelo!

Fue lo único que conseguí decirle sin poder apartar mi vista de ella, pues estaba espléndida ante mí con ese toque entre ingenua y provocadora. Acto seguido me bajé los pantalones de un tirón y dejé que me observara, mientras se quedaba paralizada por la sorpresa de verme en calzoncillos con tanta rapidez.

Con los ojos abiertos como platos ante la eminente erección que se distinguía, se lamió los labios, y sin apartar ni un segundo su mirada de la mía, me contestó con una voz suave y aterciopelada que me hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo:

—Está bien.

Despacio se retiró los tirantes de sus hombros con unos movimientos lentos y calculados, para después, con sumo cuidado, dejar caer el vestido por sus brazos sin dejar de mirarme, hasta tener al descubierto sus perfectos, redondeados y sabrosos pechos.

—¿Así? —me provocó pícara con su mirada y con el tono coqueto de su voz.

No pude hacer otra cosa más que tragar saliva ante tan espléndida visión, deseoso de saborear sus senos durante horas y de someterla al castigo de mi boca sobre sus pezones.

Mary siguió deslizándose la ropa por su cuerpo dejando a su paso su piel desnuda, con la única intención de volverme loco. Sabiendo que mis ojos estaban clavados en cada uno de sus movimientos, se fue arrastrando sobre la cama consiguiendo que la ropa se deslizara cada vez más por sus piernas, hasta llegar al centro de ésta, y de un puntapié lanzó el vestido lejos de ella.

Lentamente, y sabiendo que me estaba provocando, se soltó el cabello con una mano, cayendo éste en cascada por sus hombros y bañando su espalda.

—¿Te parece bien así? —su voz sonaba excitada.

—Aún llevas demasiada ropa —conseguí decirle, pues notaba la garganta reseca.

Ella rió ante mi voz ronca que le exigía más, pues solo llevaba puesto un diminuto tanga que apenas le tapaba.

—¿Y qué piensas hacer?

Ante mí se estiró sobre el colchón apoyando las manos sobre él, como si estuviera en medio de la playa y mis ojos fueran el sol que la quemaba. Sin poder apartar nuestras miradas, me observó fijamente con un deseo imposible de ocultar.

—¡Tú lo has querido mujer!

Con un solo movimiento me quité los calzoncillos dejando al descubierto mi prominente erección, para acto seguido, y sin pensármelo dos veces, lanzarme sobre ella. Pero Mary empezó a chillar y a reír con ganas mientras se escapaba de mi agarre por segundos.

Sin darle tiempo a alejarse, me fui tras ella por toda la habitación sin poder parar de provocarla, mientras ella gritaba como una loca. En pocos segundos la cogí en volandas atrapándola entre mis brazos, sin darle cuartel y sin poder dejar de sonreír divertido.

—¡Ya te tengo diablillo!

La lancé sobre la cama y se giró a toda prisa para tratar de escapar, dejando ante mi vista su coqueto trasero. Sin poder contenerme le di una fuerte palmada, consiguiendo al instante que se le pusiera roja la nalga, logrando con ello excitarme aún más ante su visión. Mary soltó un grito mezcla de enojo y de sorpresa, pero no puso mayor resistencia ante mi ataque.

Volviéndose despacio, como si fuera un gatito juguetón, se me quedó mirando fijamente con el propósito de provocarme, mientras decidido me colocaba sobre la cama, pegándome a su lado, y dejando ante ella la visión de mi excitación.

—Ahora voy a hacerte pagar por la travesura —respondí ante su desafío.

Con el deseo reflejado en sus ojos, se me acercó y me cogió el miembro con su mano masajeándolo con fuerza.

—¿Y qué piensas hacerme?

La voz de mi ángel no tenía nada de angelical y sí mucho de terrenal. Se colocó de rodillas ante mí mirándome directamente a los ojos, mostrándome en ellos, y en la ligera sonrisa que dibujaba su boca, que era exactamente lo que estaba pensando.

Ante la visión de su cara lasciva observándome, junto con el hecho de tener sus manos torturándome a placer, y sin poder apartar la imagen en mi mente de lo que pretendía hacerme, solo me quedó gemir y entregarme a ella.

Con una lentitud que me estaba enloqueciendo, fue besando mi cuerpo hasta llegar a colocarse frente a mi erecto pene, el cual se mostraba ante ella completamente duro y

deseoso de ser degustado. De forma descarada posó sus labios en su sedosa punta, besándola con suavidad, mientras yo sentía el roce de su lengua saboreándome con sumo placer.

Sin poder contenerme solté un gemido, mientras mis manos se morían por agarrar su cabello, para obligarla a meterse mi miembro hasta el fondo de su garganta. Viéndola inclinada ante mí, con su mano rodeándome y acariciándome, no pude contenerme ni un minuto más, y solté unas gotas de semen que inmediatamente ella lamió y tragó, para después relamerse glotona, al mismo tiempo que me miraba y se metía en la boca con gula gran parte de mi verga.

Durante lo que me parecieron horas chupó y saboreó a su antojo, sin poder hacer otra cosa que tratar de contenerme para no derramarme en su boca con un chorro de mi deseo. Cada vez que se movía metiéndome en su boca, al igual que cada vez que agarraba mis testículos o deslizaba con fuerza su mano sobre mi miembro, me hacía temblar de excitación, y una parte de mí deseaba terminar con la tortura más lujuriosa que jamás había vivido.

Cuando no pude aguantarme más, me salí de su boca y sin perder ni un segundo la tumbé sobre el colchón y me coloqué sobre ella, para inmediatamente después, introducirme por completo en su interior con un movimiento duro.

Al sentir como me envolvía con su húmeda excitación, y al escuchar sus gemidos en cada embestida, no pude pensar, y simplemente me dejé llevar por mis sentidos.

La besé como si este fuera nuestro último beso, y la abracé uniendo cada centímetro de su cuerpo al mío. Me olvidé de cualquier cosa que no fuera ella y nuestro deseo, y cabalgué su cuerpo notando el placer de poseerla con un hambre rabiosa, que me hacía desear perderme en su interior para siempre.

Durante unos minutos fuimos solo un cuerpo perdido entre el éxtasis de nuestro amor, deseosos de permanecer para siempre en su olvido. Sin poder aguantar más, me dejé llevar y la llené con mi semen y mi amor. Juntos gritamos reclamando la cúspide del orgasmo, mientras nuestros cuerpos se estremecían por los espasmos de nuestros sexos saciados.

Exhaustos y con los cuerpos sudorosos, me dejé caer a su lado sin poder apartarme de ella. Sentía una necesidad primitiva por tenerla cerca de mí, y la cobijé entre mis brazos para poder descansar con su piel pegada a la mía. Sentí su respiración agitada sobre mi pecho, y nuestros corazones que caminaban bajo un mismo latido.

Poco a poco se fue serenando, y en cuestión de minutos noté como ya se había dormido. Deseé como nunca antes lo había hecho que el mañana jamás llegara, para poder mantenerla junto a mí reclamándola eternamente como mía. Sabía que nuestro tiempo fuera del mundo estaba llegando a su fin, y un nuevo comienzo se abría ante nosotros.

En cuestión de horas llegaría el primer día tras nuestra aventura, y sentí la necesidad de abrazarla con fuerza esperando la llegada del sol entre sus brazos. La amaba con una pasión desesperada y sabía que ella también me amaba, y solo esperaba que eso fuera suficiente y que el destino no se empeñara en separarnos. El futuro estaba ante nosotros dispuesto a mostrarnos sus cartas, y yo no quería perder la jugada que cambiaría mi vida para siempre.

## CAPÍTULO DIEZ

El sol me despertó de un profundo sueño, y mi primer pensamiento fue él, así como nuestra noche de placer. Me di cuenta enseguida de que me encontraba sola en nuestra cama, y me abracé a la almohada aspirando con intensidad su olor para poder sentirlo cerca de nuevo.

No deseaba levantarme, pues solo me apetecía vagar entre las sábanas a la espera de más caricias tuyas, pero una llamada a la puerta me reveló la realidad, y no tuve más remedio que levantarme de mala gana.

No estaba segura de quién podía ser, pero por lo avanzada de la mañana, y lo eficiente que era Christian cuidándome, me imaginé que sería el desayuno, despertando este pensamiento un hambre que antes no sentía.

Me puse la bata bostezando, y adormilada caminé hacia la puerta de entrada para abrir al que estaba llamando. Mi primer fallo fue no comprobar antes de quién se trataba, al estar segura de saber quién estaba llamando. El segundo, y más grave, fue abrirle sin más, para después apartarme dejándole así el paso libre al desconocido.

Todo sucedió muy rápido, pues lo único que pude hacer fue caer al suelo cuando él empujó la puerta con fuerza para entrar. Me golpeé la cabeza en la caída aturdiéndome aún más, quedándome durante unos segundos paralizada. No entendía que estaba pasando, pero cuando oí como cerraba la única salida de la habitación, dejándome a solas con mi agresor, el miedo se convirtió en pánico y no pude pensar con claridad.

Escuché como se acercaba y se colocaba a mi lado, para después sentir un millón de agujas pinchándome en el cráneo, cuando tiró con fuerza de mi cabello y dejó su rostro pegado al mío. Fue entonces cuando supe que lo peor aún estaba por llegar, pues el hombre que me estaba atacando era sin lugar a dudas Tom Alenn, mi ex jefe.

—¡Ya no pareces tan altiva!

Volvió a tirar con fuerza de mi pelo haciendo que se me escapara un grito de dolor, y me llevara las manos a la cabeza para tratar de aminorar el tirón.

—Ahora estamos tú y yo solos, y vas a pagarme la humillación de anoche.

—¡No! —fue lo único que el terror y el dolor me dejaron decir.

Me arrastró con fuerza hacia la pared que tenía a mis espaldas, mientras reía disfrutando por mi sometimiento. Sin ninguna delicadeza me colocó en pie frente a él, consiguiendo así verle la cara pues quedé a escasos centímetros de la suya. Mis piernas me

temblaban y me costaba mantenerme erguida, sintiendo además arcadas por su sucio aliento a alcohol y el roce de su cuerpo pegado al mío.

Le miré a los ojos tratando de descubrir cuál era su propósito, y quedé paralizada al ver en ellos reflejados el odio más puro. Caí en la cuenta de que estaba en sus manos pues él era más fuerte que yo, aunque estuviera bebido, y temí que esta vez Christian llegara tarde para rescatarme.

—Haces bien en tenerme miedo —soltó con su rostro pegado al mío para intimidarme.

Sus ojos estaban rojos por las horas de insomnio, la resaca y la ira. Me miraban fijamente sin querer perderse ni una pizca de mi pesadilla, disfrutando con la perspectiva de hacerme pagar con creces mi desplante de la noche anterior.

Aferró su mano libre a mi cuello con fuerza, mientras que con la otra seguía tirando de mi cabello. Noté como sus pupilas se dilataban por el placer de verme perder el aliento, y apretó con más fuerza mi garganta, para hacerme soltar el poco aire que aún me quedaba.

—Voy a disfrutar viendo como te apagas.

Traté de apartar su mano de mi garganta con las pocas fuerzas que me quedaban, pues me estaba estrangulando con saña, hasta que me di cuenta que jamás podría competir contra su fuerza, aunque él estuviera borracho.

Fue entonces cuando cambié de táctica esforzándome en arañarlo mientras me removía, para conseguir poder apartarlo y escapar de su agarre. Mi idea pareció dar resultado, pues sentí unos segundos después de empezar a removerme como su sujeción se aflojaba un poco, consiguiendo así dar unas cuantas bocanadas de aire.

—Despacio, no tenemos prisa, ¿verdad? —me dijo sonriendo, y supe que mis esfuerzos no habían conseguido soltarme, pues él lo había hecho a modo de juego.

Con sus ojos fijos en mí volvió a apretarme la garganta, haciéndome perder de nuevo el poco aire que había conseguido inspirar.

—Voy a hacer que dure tu agonía y cuando me canse de ver como te asfixias.... — pegó su cara a la mía para después lamerme despacio la mejilla, llenándome de su asquerosa saliva—...Voy a divertirme matándote —me susurró masticando cada palabra.

Me revolví con todas mis fuerzas mientras caían lagrimones por mi cara a causa del dolor y la impotencia, al saber que estaba sometida a su antojo. Él me miraba fijamente complacido por mis esfuerzos inútiles de soltarme, sin querer perderse ni un solo detalle de mi sufrimiento, y sin mostrar un ápice de remordimiento.

Por mucho que luchaba y me esforzaba en defenderme era incapaz de soltarme, así como de hacer algún ruido que llamara la atención de alguien que estuviera cerca. Mi única esperanza era que Christian llegara en ese momento y pusiera fin a mi agonía, antes de que mi torturador se convirtiera además en mi asesino.

Dándome cuenta de que cada vez me quedaba menos tiempo, empecé a sentir por primera vez en mi vida como el miedo fluía por cada poro de mi cuerpo, y me resistí a dejarme vencer con tanta facilidad. Traté de serenarme y pensar, pero solo podía ver sus

ojos sobre mí observándome con frialdad, mientras sentía su mano en mi cuello apretándolo.

Sabía que si quería llegar a matarme tendría que apretarme con más fuerza, y para ello debería soltarme la mano que me agarraba por el cabello, para colocarla también sobre mi cuello. Se me ocurrió que debería centrar todos mis esfuerzos a la espera de esa maniobra, y así tener una oportunidad de escapar. De lo contrario estaba convencida de que sería incapaz de sobrevivir.

—Te recuerdo muy bien, desde el principio supe que me traerías problemas —tras sus palabras me olfateó con descaro—. Pero eras demasiado apetitosa para dejarte pasar.

Por fin soltó su mano de mi pelo para bajarla por mi cuerpo, hasta llegar a la altura de uno de mis pechos para agarrarlo con fuerza.

—Toda la culpa fue tuya, deberías a ver estado calladita y agradecida de que te hubiera follado.

Su boca se quedó a escasos centímetros de la mía soltando su fétido aroma alcohólico sobre ella.

—¿Pero te fue imposible verdad? Tenías que entrometerte, pero esta vez no me voy a quedar a medias y terminaré lo que empecé metiéndotela hasta el fondo.

Él desvió su mirada lasciva de mi cara para bajarla hasta mi pecho, al haberse quedado éste parcialmente descubierto al deslizarse la bata. Aprovechando la oportunidad, reuní el valor necesario; y pidiendo ayuda al todo poderoso, lo empujé apartándolo los centímetros necesarios para impulsarme, para después reunir todas mis fuerzas, y golpearlo con mi rodilla en el centro de su hombría.

Por el grito que soltó debí de haberle causado un pinchazo agudo de dolor, pues me liberó al momento con un empujón, para acto seguido caer de rodillas al suelo mientras se sujetaba con ambas manos sus doloridas partes, y se encogía a causa del daño que le había hecho.

Sin pensarlo dos veces me incorporé del empujón lo más rápida que pude, y sin querer perder ni un segundo más en mirarle, comencé a correr hacia mi habitación para alejarme de él.

Aunque el dolor debía ser punzante, él se incorporó lo suficiente como para sujetarme por el tobillo, consiguiendo de esta manera tirarme al suelo. Un segundo más tarde ambos estábamos forcejeando, al resistirme a que me atrapara.

—¿A dónde te crees que vas? —me preguntó enfadado y con la respiración entrecortada, mientras trataba de librarse de mis patadas.

Intenté gritar con todas mis fuerzas, pero solo conseguía soltar una especie de graznido a causa del dolor que sentía en mi garganta inflamada. La angustia y el terror me hicieron perder el control, al notar como poco a poco mi agresor iba ganando terreno.

Cuando él estaba consiguiendo colocarse sobre mi cuerpo, y se disponía a agarrarme por el cuello de nuevo, escuchamos un ruido tras la puerta de entrada de la suite y el miedo apareció por fin en sus ojos.

Asustado colocó su mano sobre mi boca para silenciar mis gemidos, y se quedó inmóvil asfixiándome con su peso.

—Cállate zorra si sabes lo que te conviene —me susurró al oído.

Me sentía incapaz de dejar de temblar aterrada y de llorar por el miedo que sentía, pero centré todos mis sentidos en escuchar cada sonido; sin poder cesar de rezar y de pedir que Christian me salvara.

Los andares de un hombre se hicieron evidentes, así como el carraspeo de una voz profunda y grave. El silencio en la habitación se volvió pesado, y de pronto noté como mi ex jefe me susurraba en el oído una advertencia que me estremeció.

—¡Esto no ha acabado aquí puta, voy a acabar contigo!

Sin esperar a comprobar si el sonido que escuchábamos era de alguien que se acercaba, o pertenecía a algún cliente de la habitación de al lado, él se levantó dejándome acurrucada y dolida en el suelo, para marcharse sin dilación cerrando la puerta tras de sí.

Sintiéndome aliviada me acerqué a la pared y me abracé, mientras no podía dejar de llorar y de llamar en silencio a Christian. Solo podía pensar que en cualquier momento mi agresor regresaría para matarme, pero el terror que sentía era tan grande que me paralizaba, resultando imposible moverme.

No sé cuánto tiempo permanecí encogida en el suelo hasta que volví a escuchar el ruido de pasos, pues en mi estado lo mismo me parecía una hora que un minuto. Me sentía desconectada de todo a mi alrededor, y solo deseaba sentir los brazos de mi amor sobre mí para poner fin al dolor.

La puerta se abrió y el temblor se apoderó otra vez de mi cuerpo, al estar convencida de que había vuelto para cumplir su amenaza y matarme. Me mantuve quieta a la espera pues cada músculo de mi cuerpo se negaba a obedecerme, mientras deseaba con todo mi ser no volver a encontrarme con el hombre que me había dañado.

—¡Mary!

El grito angustiado de Christian me relajó nada más escucharlo, y pude dejar de temer pues sabía que él nunca consentiría en que me hicieran daño. Sentí sus brazos rodeándome mientras escuchaba a su corazón galopando en su pecho, y sin dejar de comprobar con sus manos como me encontraba.

Acababa de vivir la experiencia más aterradora de mi vida, y solo quería quedarme ahí acurrucada para siempre, entre los brazos de Christian.

—¿Cariño, qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Quería tranquilizarle, pero solo fui capaz de llorar con más fuerza, y abrazarme a él como si mi vida dependiera de ello. No sé muy bien que fue lo que me pasó al notarme entre sus brazos, ya que las sensaciones que estaba sintiendo en ese momento eran tan fuertes y a la vez tan confusas que sentía como todo me superaba. Por un lado saber que todo había terminado me hacía sentir aliviada, pero no podía dejar de percibir ese terror en el ambiente procedente de Christian; al no saber que me había pasado y como podía ayudarme, y mío al poder evitar sentir miedo por si mi agresor volvía.

—¿Amor mío qué te han hecho? —me preguntó mirándome con la ternura y el cariño reflejado en sus ojos, tratando de evaluar que me había pasado mientras me estrechaba cada vez con más ahínco.

—¡Christian! —mi voz sonaba dura y desgarrada.

Mi garganta me quemaba con un dolor punzante, deseando en ese momento que todo fuera un sueño para poder despertar y olvidarlo.

—Tranquila preciosa, ya estoy aquí.

Despacio besó con dulzura mi rostro, parándose en mis labios, para así darme ánimos y seguridad. Sus caricias surcaban mi cara con una delicadeza exquisita, como si quisiera borrar de mi recuerdo la pesadilla vivida con el poder de su amor.

Todo parecía estar más tranquilo conforme Christian iba comprobando que no tenía ninguna herida, hasta que sus manos bajaron por mi cuello y yo gemí de dolor. Fue entonces cuando noté como se tensaba, y se apartaba para comprobar el motivo de mi lamento, quedándose paralizado al mirarme más detenidamente.

Su cara cambió por completo cuando se percató de la rojez de mi garganta y la seriedad se apoderó de él. Sin esperar un segundo me cogió en brazos y me llevó a la alcoba, dejándome con sumo cuidado sobre nuestra cama. Todo su cuerpo me decía que se estaba conteniendo para no salir corriendo a matar a mi asaltante, para así hacer justicia con sus propias manos.

Siendo consciente de su dolor, lo miré a los ojos y vi como una lágrima surcaba por su mejilla, causándome esa visión más daño que el que sentía en mi garganta. Me dejó acostada mientras él se sentaba a mi lado sin poder dejar de acariciarme, haciéndome sentir de esta manera protegida, al tenerlo cerca y ver su determinación en protegerme.

Pero lo que más me emocionaba era ver como me miraba con una ternura y un amor que me hacían querer abrazarlo, para hacerle ver que me encontraba perfectamente, pues nunca nadie podría separarnos.

—Pequeña necesito saber quién te ha hecho esto.

—Alenn —fue lo único que pude decir con voz temblorosa.

Por el cambio de su semblante comprendí que había reconocido la identidad de mi atacante, y no tuve dudas de que si en ese momento tuviera a ese individuo frente a él, lo mataría con sus propias manos.

Trató de serenarse para no asustarme, pero no supo esconder la expresión en su rostro de puro tormento, y supe, sin lugar a dudas, que se sentía arrepentido y apenado por no haberme podido proteger, culpándose por no haberme cuidado y abatido por la impotencia de no saber qué hacer.

—Tengo que llamar al médico —me susurró al no querer alterarme—, solo voy a dejarte unos segundos pero enseguida estaré...

—¡Nooooo! —un alarido de pánico salió de mi garganta paralizándolo.

Me abalancé sobre él aferrándome con mis brazos a su cuello, sin poder dejar de estremecerme. Christian me correspondió abrazándome con fuerza, mientras me mecía como si fuera una niña pequeña y me calmaba con palabras tiernas.

—Tranquila mi ángel, no pienso dejarte sola.

—Tengo miedo por si vuelve —le señalé temblando de miedo y con la voz entrecortada y cada vez más ronca.

—Lo sé, pero te prometo que no voy a permitir que vuelva a tocarte. ¡No se lo permitiré! —aseguró rotundo consiguiendo que yo cediera un poco.

Cogiendo mi rostro entre sus manos me miró con adoración y me preguntó con suavidad:

—¿Confías en mí?

Le miré con lágrimas de temor bañando mis ojos, y vi en él la convicción de que me cuidaría y no me dejaría otra vez en peligro. Asentí demostrándole así mi confianza y pude ver agradecimiento en su mirada. Él estaba sufriendo al igual que yo, pero intentaba ser fuerte ante mí al saber que le necesitaba así para sentirme segura.

—Entonces quédate aquí tumbada mientras llamo al médico y a los de seguridad — recompensó mi valor con un roce de sus labios en los míos—. Necesito saber que te encuentras bien.

Asentí ante su petición pues cada vez me costaba más hablar y dejé que se ocupara de todo al no querer preocuparlo. Me tumbé acurrucada como buscando un refugio donde descansar sintiéndome segura, mientras Christian me cubría con la sábana y se despedía con un beso en mi cabello.

Escuché como llamaba a recepción para pedir un médico, y les daba la descripción de mi atacante para que no lo dejaran escapar en caso de que aún se encontrara en el hotel. También oí como pedía llamar a la policía, y por su tono imperativo dejaba explícito que no toleraría errores.

Cerré los ojos y me relajé, pues sabía que ya no corría peligro al estar Christian cuidándome. Experimenté un gran alivio al poder contar con él, agradeciendo no tener que pasar por todo esto yo sola.

Al poco tiempo alguien llamó a la puerta de la suite, y me sobresalté al creer por unos segundos que se trataba de mi agresor. Permanecí quieta mientras intentaba descubrir quién era, y pude volver a respirar cuando por la conversación que mantenía con Christian, entendí que era un miembro de seguridad del hotel.

—Estamos registrando todas las habitaciones por si estuviera escondido en alguna de ellas, al igual que tenemos todas las salidas controladas. Si aún está aquí lo encontraremos —aseguró convencido.

—Muy bien. No quiero fallos, y sobre todo recuerda que si lo encontráis, quiero unos minutos a solas con él.

—Comprendo —afirmó para después carraspear—. No habrá problema.

Escuché que más personas entraban en la habitación continua a donde yo estaba, y trataban de hablar en voz baja.

—Quiero que me reserves un vuelo privado para regresar esta noche. Ocúpate de que todo esté preparado y que nos esté esperando un coche con chofer al llegar —le ordenó Christian al gerente del hotel.

—No se preocupe Señor Taylor, me ocuparé de todos los preparativos. ¿Alguna cosa más?

—No. Yo mismo llamaré a su familia.

Cuando oí estas palabras me acordé de mi hermana y de lo preocupada que iba a estar por lo ocurrido, y comencé a llorar en silencio al no querer inquietarla.

—Señor Taylor soy el doctor Crowen —sonó la voz de otro hombre haciendo que volviera a estar pendiente de las conversaciones.

—Le estábamos esperando. Le acompañaré hasta su habitación.

—Señor Taylor nosotros ya nos vamos, en cuanto tengamos noticias se las haremos saber —le indicó el encargado de la seguridad del hotel.

—Perfecto. Sígame doctor.

Escuché pasos que se acercaban hasta mi puerta y como paraban ante ella.

—Señor Taylor, creo que sería más conveniente que la reconociera en privado.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó confuso al no entender la petición del doctor.

—Quizás la señorita se sienta cohibida para contarme todo lo que le pasó si usted está presente.

—¿Está insinuando que me teme o no me tiene confianza? —su voz fría sonaba muy enfadada, lo que me hizo pensar que el doctor debía ser un hombre muy valiente.

—¡No! ¡Claro que no pretendía decir algo así!, pero tal vez ella haya sufrido una agresión que la haga sentir incómoda ante usted.

Un tenso silencio se extendió por la suite, a la vez que los dos comprendíamos lo que el médico había querido insinuar. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta de todo lo que ese hombre pudo haberme hecho, en el tiempo que me tuvo a solas y a su merced.

La palabra violación vino a mi mente, y recordé el asco que sentí ante su fétido aliento y la repulsión por su manoseo. Aparté ese pensamiento de mi cabeza y agradecí el ruido que lo asustó y consiguió que huyera, pues de lo contrario estaba convencida que ahora yo no estaría sobre la cama del hotel, sino más bien en una camilla camino del hospital.

—Está bien —la voz de Christian sonaba abatida—. Si me necesita estaré esperándolo aquí mismo.

Escuché como la puerta se abría, y los pasos de varias personas se adentraban en la habitación.

—Mary —oí como Christian me llamaba—. Ha llegado el médico y tiene que verte a solas, pero no tienes de que preocuparte, yo estaré aquí cerca esperando por si me necesitas.

Me incorporé despacio, pues cada movimiento me dolía, y dejé que Christian me besara para después, receloso, dejar la habitación; no sin antes echar un último vistazo y buscar mi aprobación.

El hombre que había entrado con él se me acercó con cautela sin dejar de observarme, y con una expresión tranquilizadora en su cara. Sin duda quería hacerme sentir segura y se estaba tomando su tiempo para acercarse, demostrando con ello que tenía experiencia ante estos casos.

—Buenos días Mary, soy el doctor Crowen —intenté contestarle, pero solo me salió un carraspeo.

—No trate de hablar o se dañará más la garganta.

Asentí para decirle que lo había comprendido.

—Solo tiene que indicarme donde le duele —me explicó mientras colocaba su maletín en la mesita de noche.

Despacio señalé mi cuello, mi cabeza y mis brazos que me dolían por el forcejeo.

—¿Solo la golpeó e intentó estrangularla? —me preguntó con un tono de voz neutro, para quitarle importancia al tema tan delicado que estábamos teniendo.

Yo asentí sin poder evitar que se me escaparan las lágrimas.

—Tranquilícese, ya pasó todo —el médico se sentó despacio a mi lado para auscultarme—. Ha tenido suerte, no le hizo nada que el tiempo y el reposo no puedan curar.

Volví a asentir, y traté de sonreír para demostrarle que estaba de acuerdo, pues quería hacerle creer que me encontraba bien para no hacer sufrir a Christian por mi culpa.

—Ahora abra la boca todo lo que pueda.

Obedecí sus requisitos y dejé que comprobara también el golpe de mi cabeza, mientras le iba contestando a sus preguntas con gestos, y poco a poco me iba tranquilizando al darme cuenta de que no tenía nada grave.

Al terminar su examen simplemente me sonrió, y me informó que en unas semanas estaría como nueva, por lo que no tenía que preocuparme de nada. Me dio unos calmantes y me recetó unos antiinflamatorios, así como reposo absoluto para mi garganta, por lo que me estaba prohibido hablar.

Cuando por fin terminó salió del dormitorio dejándome adormecida por las pastillas, y solo pude escuchar murmullos al otro lado de la puerta, y como entraban y salían personas de la otra habitación siempre entre susurros.

Incluso me pareció escuchar que algunos de ellos eran policías que querían hablar conmigo, a lo que se opuso Christian con rotundidad, alegando que me encontraba descansando bajo los efectos de un sedante, por lo que tendrían que volver otro día. También dejó bien claro que iba a ser él quien se ocupara de todo, y que quería estar al corriente de la investigación.

Cuando el sueño me estaba venciendo noté que todos los ruidos empezaban a cesar, y pude sentir a los pocos minutos que alguien se tumbaba a mi lado y me abrazaba con fuerza.

Enseguida reconocí el cuerpo de Christian pegado al mío, y me relajé dejándome vencer al fin por el sueño, al saber que no se volvería a apartar de mi lado en toda la noche.

Mis últimos recuerdos fueron sus labios sobre mi cabello y su suave voz diciéndome:

—¡Ya paso todo cariño!, ¡Estoy contigo!

\* \* \*

No podía dejar de temblar. Nunca antes había sentido un miedo tan intenso, como cuando vi a Mary en un rincón del suelo hecho un ovillo y muerta de terror.

En ese momento; nada más entrar en la habitación, no entendí que estaba pasando, aunque al verla en ese estado supe que algo malo había sucedido y que ella me necesitaba. La sensación de protegerla y de cuidarla se apoderó de mí en cuestión de segundos, y me lancé a abrazarla para consolarla.

Al mirar a mi alrededor no observé nada sospechoso; como sillas caídas o jarrones rotos, por lo que me resultaba difícil averiguar que le habían podido hacer a mi ángel, y si había sido un solo hombre o varios; un dilema que me negaba a pensar.

Aunque mis dudas eran inmensas y mis ganas de saber lo sucedido se intensificaban por segundos, no me atrevía a soltarla o a dejarla sola después del duro trago que había vivido, por lo que simplemente me quedé a su lado hasta que notara que se había relajado.

Fue entonces cuando mi mente comenzó a divagar, y me di cuenta de lo cerca que había estado de perderla. Con solo imaginarme la sucesión de días sin ella me sentí morir, y no pude hacer otra cosa más que llorar de puro dolor, de angustia y de impotencia. No podía perder a mi pequeña, a mi ángel y a mi único amor. No podía quedarme sin mi sol, sin mi alma y sin mi aliento, pues eso supondría una vida sin alicientes y sin rumbo.

Cuando noté que empezaba a tranquilizarse le pregunté por su atacante, y me quedé petrificado al saber que había sido su ex jefe. La rabia que sentí en ese instante fue enorme, pues sabía el daño que ya le había causado en el pasado, y no estaba dispuesto a que se lo volviera a hacer ahora que me tenía a mí para protegerla. La ira se fue intensificando a cada sollozo de mi pequeña, llegando a un punto que me resultaba difícil contenerme.

Decidido a cuidarla, y a buscar a esa alimaña, me repuse encontrarle y vérmelas a solas con él, aunque antes era imprescindible que me ocupara del bienestar y del estado de salud de Mary. Para ello la llevé a nuestra cama y la acaricié agradeciendo al cielo que aún respirara, y rehusando cualquier pensamiento que me recordara lo cerca que había estado de frustrarse nuestro futuro. La sostuve entre mis brazos, mimándola, amándola, demostrándole entre lágrimas cuanto la necesitaba y sequé sus ojos con mis besos.

Mi tormento al verla tan desamparada llegó a un punto tan alto, que tuve que apartarme de su lado para poder seguir respirando, pues el dolor en mi ser se estaba

haciendo insostenible, así como las ganas de vengarme. La dejé recostada, indefensa, cansada y asustada, mientras me juraba una y mil veces que no iba a perderla, no mientras me quedara una gota de sangre por mis venas y mi corazón siguiera latiendo.

Todo el tiempo que pasé atendiendo a los de seguridad, los policías, el médico y un largo etcétera fue para mí una tortura, al tener que mostrarme duro y frío, cuando en realidad lo único que quería era tumbarme junto a mi ángel y abrazarla con todas mis fuerzas hasta que sus miedos se disiparan. Pero antes tenía que asegurarme que no corría peligro, y que el culpable pagaría por lo que le había hecho.

Cuando todo quedó arreglado con la policía y los de seguridad, pudimos marcharnos al cobijo de nuestro hogar, dejando atrás el final de un sueño que terminó en pesadilla. Durante todo el viaje de regreso Mary se mantuvo en la somnolencia, despertando en contadas ocasiones como cuando la cogía en brazos para sacarla de la cama, o cuando estábamos despegando en el jet privado.

En todo momento la sostuve cerca sin querer soltarla, pues en cuanto me alejaba de ella mi cuerpo empezaba a temblar de ansiedad, y solo me tranquilizaba cuando la sostenía entre mis brazos. Sentía una necesidad constante de contemplarla dormir, así como de besarla, para demostrarle que me tenía a su lado y no debía tener miedo.

Al llegar por fin a nuestro portal no se despertó, y con sumo cuidado, la saqué del asiento trasero del coche y la subí por el ascensor hasta nuestra planta. La coloqué entre mis brazos y le apoyé la cabeza sobre mi hombro con cuidado, para que no se hiciera daño o se despertara. Parecía la misma mujer feliz que siempre conseguía hacerme reír, y recé para que volviera a ser la misma muchacha jovial y confiada que me había enamorado.

Una vez en el interior del piso la llevé a nuestra cama, donde la dejé durmiendo mientras llamaba a su hermana Sarah para comunicarles que ya habíamos regresado. Sabía que aunque ya estaba avanzada la madrugada ella estaría esperando mi llamada, y que no conseguiría descansar hasta que no la tranquilizara contándole que habíamos llegado sin problemas.

Comprendía que después de haberle contado lo del ataque no conseguiría serenarse hasta saber que estábamos a salvo en casa, y noté la angustia en su voz cuando hablé con ella. Pero sobre todo entendí su deseo de estar junto a su hermana para cuidarla y confortarla, pues yo también lo sentía.

Fue una tarea realmente complicada hacerle entender que no hacía falta que nos esperaran en el aeropuerto, pues Mary estaría sedada y lo más importante por el momento era hacerla descansar. Por ello le aconsejé que esperara hasta el día siguiente para poder verla, y le prometí que nada más dejarla descansando en nuestra cama la llamaría. Con la promesa recién cumplida, y tras comprobar que todo estaba en orden, regresé al dormitorio donde Mary me esperaba adormilada sobre la cama.

Ya más relajado la desnudé y le coloqué uno de sus camisones, así como me preparé para dormir, y me tumbé a su lado para poder descansar juntos. Mañana sería un duro día, y quería estar con ella en todo momento por si me necesitaba.

Una y otra vez revivía su ataque en mi cabeza y me atormentaba no haber podido protegerla. No podía descansar pensando que a estas horas ella podría estar tumbada inerte en una morgue, o seriamente herida en una sala de hospital. Sin poder contenerme por más

tiempo la incorporé lo justo para abrazarla, colocando una de mis manos en su coronilla y la otra en su cintura, mientras sollozaba como un niño y hundía mi cara entre su pelo.

Era tanta mi angustia por lo que pudo haber sido, y tan intensa la sensación de culpa, que no podía dejar de temblar y de susurrarle:

—¡Lo siento tanto mi amor!, ¡lo siento!, ¡lo siento!

Entre sueños ella me llamó y se cobijó entre mis brazos, demostrándome así que se sentía segura entre ellos, ofreciéndome de esta manera un poco de alivio al saber que no me reprochaba nada de lo sucedido. Fue una pequeña muestra de confianza que consiguió relajarme, pero aún sentía un pesar en mi corazón que seguro tardaría en curarse.

—¡Te quiero! —Le dije—. ¡Y no voy a permitir que vuelvan a hacerte daño!

Perdido entre sus brazos y agotado por lo vivido, me sumergí entre sueños donde me despertaba sobresaltado por haberla encontrado malherida o muerta, sin conseguir tranquilizarme hasta que comprobaba que aún respiraba y seguía durmiendo sosegada. Fue una de las peores noches de mi vida y temía cada vez que despertaba volver a dormirme, por miedo a volver a soñar que la perdía.

Esa noche el infierno se hizo presente, y deseé que el sol se diera prisa en salir para llevarse las pesadillas consigo.

## CAPÍTULO ONCE

Cuando por fin desperté, me sentí confusa y atontada a causa de los tranquilizantes. Al estar la habitación en penumbras, me resultaba difícil saber la hora en la que me encontraba, aunque una ligera luz filtrándose por la ventana me indicó que no debía ser de madrugada.

Tampoco lograba recordar cómo había llegado hasta la cama y menos aún cómo había conseguido acostarme. Todo estaba en silencio y tranquilo, aunque me pareció escuchar a la altura de mis pies una lánguida respiración. Lentamente me incorporé para ver de quien se trataba, y una sombra con contornos de hombre se formó ante mí. Contuve la respiración a la espera de cualquier señal de alarma, pero solo logré escuchar una suave voz.

—¡Buenos días mi ángel!

En el acto reconocí de quién se trataba, y de inmediato me volví a sentir segura y relajada al saber que Christian estaba velando mis sueños. Sentí unas ganas enormes de abrazarle por lo bien que se estaba portando, y por una necesidad urgente de hacerle ver lo mucho que le necesitaba.

Intenté hablar pero noté la garganta cerrada, además de tener la sensación de recibir un puñado de alfileres clavándose en ella. Despacio se levantó y se acercó hasta mí, mientras la carencia de sus palabras conseguía hipnotizarme.

—No hables pequeña, no debes forzar la garganta por unos días.

Se sentó a mi lado y me besó con infinita ternura, consiguiendo que mi corazón clamara de felicidad al darme cuenta de que él también me necesitaba. Su boca sobre la mía fue un bálsamo para el dolor de mi alma, que empezó a sanar con su tacto. Después me acarició la cara, pasándome suavemente los dedos por ella hasta detenerse en mi boca, donde su caricia se ralentizó al mismo tiempo que su pulso se aceleraba. Con voz susurrante, como si temiera asustarme, siguió hablándome.

—Solo tienes que inclinar la cabeza para decirme sí o no y, si deseas decirme algo más, tienes un cuadernillo en la mesita de noche.

Asentí para comunicarle que lo había entendido, y él me volvió a besar rozando sus labios con los míos para después, despacio, profundizar el beso. Cuando nuestras bocas se separaron, pudimos comprobar como nuestras respiraciones estaban exaltadas, y sentí sus ojos clavados en los míos. Eran como dos gotas de agua que trataban de fundirse en mi interior, para descubrir mis secretos, así como mis temores y mis pesadillas.

—¿Te duele mucho? ¿Quieres que llame al médico?

Negué mientras veía el sufrimiento en su mirada y noté su tristeza con cada roce de sus dedos en mi piel. Él necesitaba cuidarme para no sentirse culpable, y no tuve el valor de decirle que solo deseaba dormir y olvidarme de todo.

Me seguía acariciando con suavidad, consiguiendo con su toque calmar mi angustia. Pero no pudo esconderme sus temblores al estar conteniendo todo su resentimiento, y supe en ese instante, que ambos tardaríamos un tiempo en curar nuestras heridas.

—¡Está bien!, tú descansa mientras te traigo la pastilla y un de poco de caldo.

Quise decirle que no tenía hambre pues solo deseaba dormir, pero sabía que no aceptaría mi negativa y tarde o temprano acabaría comiendo. Por ello callé y asentí, ya que en ese momento era lo único que podía hacer por él, y se merecía mi esfuerzo.

Se levantó y fue decidido hacia la puerta del cuarto, pero justo antes de salir se volvió para mirarme, y noté su recelo a dejarme sola.

—No voy a tardar mucho —me aseguró observándome detenidamente, como si estuviera comprobando que no me alteraba al quedarme sola.

Sentí como algo en mi corazón se desgarraba, al darme cuenta de lo mal que lo estaba pasando, y aún así no dejaba de pensar que era lo mejor para mí. Teníamos una conversación pendiente, al igual que un millón de besos, cuando pudiera hablar y convencerlo de que él no era el responsable de nada. Cuando por fin se marchó no pude evitar llorar, a causa de la tristeza que poco a poco se estaba adueñando de mi alma.

A los pocos minutos regresó a mi lado con un tazón humeante que dejó sobre la mesita de noche, para así poder subir la persiana y dejar entrar un poco de luz. Pero aunque las tinieblas del cuarto se despejaron, en mi interior aún seguían reinando. Suspiré y dejé que la claridad me envolviera, pues no era momento para la melancolía y necesitaba reponerme.

—Debes de tener hambre pues te has pasado diez horas durmiendo —regresó a mi lado y, cogiendo el tazón, se sentó junto a mí—. No sabía si debía despertarte, como dijo el doctor que la mejor medicina era el reposo, no estaba muy seguro de qué hacer.

Pensé que el pobre debió de estar debatiéndose por horas entre dejarme descansar o despertarme, consiguiendo que sintiera unas enormes ganas de abrazarlo y de comérmelo a besos. Seguro que yo era la primera enferma que cuidaba, y debía de estar completamente perdido. Le compensé con una de esas sonrisas que tanto le gustaban, y vi como se relajaba y me la devolvía soltando además un suspiro de alivio.

—Te he calentado un poco de caldo. Tienes que comértelo todo o tu familia me machacará.

Hice el intento de coger el recipiente, pero él lo apartó decidido a ser él quien me diera de comer como si yo fuera una cría. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, me metió una cuchara a rebosar en la boca, y un segundo después ya estaba metiéndome otra igual de llena, sin que apenas me diera tiempo a respirar.

—¡Así, buena chica!

Si no fuera por lo bien que se estaba portando conmigo hasta ahora, le hubiera escupido a la cara el contenido de mi boca, para demostrarle lo buena chica que era. Volvió a introducirme la cuchara cargada cuando vio que ya había tragado, dejándome otra vez casi sin respiración. Sin duda ser enfermero no era lo suyo, y me resigné a sus cuidados pues estos estaban hechos con amor.

—Por cierto, tu familia ha estado aquí mientras tú dormías.

Alcé una ceja a modo de pregunta mientras él rellenaba la cuchara. Menos mal que era solo caldo o a estas alturas tendría fideos colgando hasta de las orejas. Aunque debo reconocer que era una buena técnica para hacerme olvidar las penas, pues solo podía concentrarme en tragar para enseguida respirar y otra vez volver a empezar.

—Estaban preocupados y querían saber exactamente qué te había pasado.

Bajé la cabeza entristecida por ser la causante de sus penas. Era algo que odiaba, y estaba empezando a ser una costumbre.

—Tranquila, ellos saben que tú no tienes la culpa de nada y que todo es por ese... individuo —se quedó callado unos segundos, tratando de disimular su furia, para después volver a hablar como si no hubiera pasado nada—. Debiste ver a Tilde, si lo hubiera tenido en ese momento entre sus manos, seguro que hubiera usado una parte de su anatomía para hacer el caldo.

Estuve a punto de atragantarme y de escupir el asqueroso brebaje, mientras miraba con asco el tazón de sopa. Pero por suerte lo había tragado en ese momento, y lo único que me entraron fueron arcadas y una tos que me destrozaba la garganta.

—¡Lo siento cariño!

A toda prisa me colocó la servilleta en la cara para secármela, sin saber qué hacer con el dichoso tazón. Se la quité de las manos de un tirón, antes de que terminara derramando su contenido por la cama, y me limpié la boca tranquilamente mientras lo miraba enfadada.

—Te prometo que este caldo es solo de pollo.

Arrepentido por su comentario inoportuno, y por la tos que me había causado, se quedó indeciso con el tazón a un lado y la cuchara a otro. Debería seguir con mi enfado y aprovechar la oportunidad para negarme a comer más, pero viendo su expresión apenada, y sobre todo perdida, pues no sabía qué hacer, me resigné a sus cuidados y abrí la boca a la espera de su cuchara cargada.

—Solo te queda un poquito —me indicó para animarme a que siguiera comiendo, aunque me pareció que también trataba de darse confianza.

Con una sonrisa a modo de disculpa volvió a llenar la cuchara, y esta vez con mucho cuidado, la llevó a mi boca.

—Así me gusta, cielo.

Seguí tragando hasta acabar con el contenido del tazón, sin que ninguno de los dos hiciera o dijera algo inconveniente para mi digestión o mis nervios. Cosa que agradecí enormemente.

—Si quieres comer más, tu hermana ha traído una olla entera.

Lo miré horrorizada. Estaba convencida de que lo único que pretendía mi hermana era asegurarse de que comiera bien por unos días, y no que me sorbiera el contenido de la olla en unas horas.

Negué efusivamente con la cabeza mientras me pasaba la servilleta por la boca, indicándole de esta manera que ya había terminado.

—¿Estás segura?

Asentí con el mismo ímpetu para que no hubiera dudas, y me relajé al haber sobrevivido al primer intento de Christian por darme de comer.

—¡Bien, entonces voy a por el postre!

Se levantó de un salto orgulloso por su proeza de haberme cuidado, y con paso decidido me dejó con los ojos como platos y la boca desencajada. Me encogí intentando perderme entre los muchos almohadones que tenía a mi espalda, y me convencí de que los días que aún me esperaban de convalecencia serían muy largos.

Christian era el mejor de los hombres y lo amaba con todo mi corazón, pero como enfermero era sin duda un desastre, y si seguía con esta tortura a diario, estaba segura de que acabaría estrangulándolo con mis propias manos, por muy enamorada que estuviera de él.

\* \* \*

Esa noche sufrí mi primera pesadilla. Desperté temblando de angustia y gritando a pleno pulmón, aunque lo único que se escapó de mi garganta fue un sonido ronco. Solo cuando Christian me despertó con suavidad, con sus manos sosteniendo mi cara y sus palabras de amor serenándome, pude comprender que había sido un sueño y que lo peor ya había pasado.

Lloré entre sus brazos hasta quedarme vencida por el cansancio y volví a dormirme hasta que Fobotor; Dios de las pesadillas, volvió a encontrarme. Por desgracia su presencia se empezó a suceder cada vez que me dormía, y solo me calmaba cuando Christian me abrazaba con fuerza para despertarme, convirtiéndose éste en el ritual de cada noche.

Fue un infierno revivir una y otra vez como me estrangulaba y me golpeaba sin que pudiera hacer nada para defenderme. Sentía sus manos asfixiándome, y su fétido olor sobre mi cara amenazándome, convencida de que él acabaría conmigo en cualquier momento. Cada noche me despertaba bañada en sudor y sin poder dejar de temblar, mientras un frío glacial recorría mis venas.

En todo momento Christian estuvo a mi lado serenándome y amándome, consiguiendo con sus besos y sus caricias tranquilizarme y hacerme volver a la cordura. Esos primeros días pasaron en un remolino de confusión, donde dormía gracias a los tranquilizantes, me dejaba alimentar y me tumbaba durante horas con mi cabeza embotada por el dolor y la medicación.

El único recuerdo claro de esos tres primeros días fue la visita de mi hermana, y de como nada más verme se lanzó a mis brazos sollozando, consiguiendo que mi ser se desgarrara junto a ella.

—¡Mary! ¡Mary!

No paraba de llamarme con su cara escondida en mi cuello y sin poder dejar de estremecerse por la emoción del encuentro. Quería ser fuerte y no llorar para no preocuparla, pero me estaba resultando imposible no perderme entre sus brazos y su dolor. Poco a poco se empezó a calmar, y me miró fijamente evaluando mi estado de salud.

—¡Mi pequeña Mary, me alegro tanto de que estés mejor!

Sintiendo aún la necesidad de abrazarme, volvió a perderse entre mis brazos, mientras la mantuve con fuerza pegada a mí. Dejé que se serenara a su ritmo, pues sabía lo protectora que se sentía con toda la familia, y lo mal que lo debía estar pasando por no ser ella la que me cuidara. Percibí el calor de su cuerpo y me abandoné a él, pues era justo lo que en ese momento necesitaba. Me sentí feliz de poder apartar por un instante mis miedos, y deseé que esta sensación no desapareciera cuando saliera de su abrazo.

Cuando ya más calmadas nos separamos y ella se hubo convencido de que me encontraba bien, se quedó a mi lado sentada en la cama, mientras me sostenía la mano recelosa de perder el contacto. No paraba de mirarme a la garganta y de evaluarme a la espera de un signo de cansancio o debilidad.

—No sabes lo mal que lo hemos pasado, sobre todo tu Christian.

Suspiró resignada al comprender que no podía hacer nada por aliviar mi dolor, y me sonrió para tratar de animarme.

—Por cierto, antes de que se me olvide, un abrazo por parte de todos. Cuando estés más recuperada traeré a la tropa para que te vean y te den un beso.

Hice una especie de puchero para demostrarle las ganas que tenía de verlos, y mi desilusión al no poder abrazarlos. También quería que el ambiente fuera más ligero y enseñarle que no me encontraba tan mal.

—Sí pequeña, ya sé que querías verlos pero son aún muy pequeños y terminarían subiéndose encima de ti y trasteando. Es mejor esperar a ver cómo estás mañana y traerlos entonces.

Asentí, pues no tenía otra opción, y seguí recostada en la cama con mi millón de almohadas a la espalda.

—Bueno te diría que me contaras cómo te lo has pasado en tu fin de semana, pero como no puedes hablar, tendré que ser yo quien comente todo lo que ha pasado.

Y así pasé la siguiente hora, escuchando hasta quedarme dormida las mil historias que Sarah me contaba sobre la última hazaña de mi sobrino David, o lo bien que aporreaba el piano su hija Katie, en su nueva faceta de compositora espontánea. Lo más divertido fue escuchar que el carnicero había invitado a salir a cenar a Tilde, y ésta le había estampado un chuletón de ternera en la cara por atrevido.

Por supuesto que después de la agresión aceptó ir con el pobre hombre, que aseguraba estar encantado de conocer a una mujer de carácter como ella. No cabe decir que

le supliqué a mi hermana que me contara con detalles como terminaba la historia entre ambos, pues quedaban días hasta que llegara el encuentro y no quería perderme ni un solo detalle.

Pero no todas las charlas de estos primeros días fueron agradables. El cuarto día de mi convalecencia, al tener la mente más despejada, escuché una conversación entre Alan y Christian que me puso el pelo de punta, y tuve que entrometerme para parar las estupideces que estaban discutiendo.

Era la tarde del jueves y ya estaba empezando a anochecer. Aunque trataban de no levantar la voz, me extrañó que mi cuñado viniera a visitarme sin mi hermana, y luego se pasara un buen rato en el salón susurrando con Christian. Como mi curiosidad estaba en perfectas condiciones, tiró de mí como solía hacer con demasiada frecuencia, y cuando quise darme cuenta les estaba escuchando escondida detrás de la puerta.

—Me da igual lo que digas. Ese cabrón no va salirse con la suya.

La voz de Christian sonaba con una dureza y una frialdad que nunca antes le había escuchado, sorprendiéndome por ello, y aumentando mi interés en su conversación. Algo en mi interior me decía que su charla tenía que ver conmigo, y eso hacía que mi expectación por averiguar de qué se trataba creciera.

La espereza en su voz, así como la amenaza que había explícita en ella era tan evidente, que estaba segura de que un desconocido habría salido corriendo asustado ante este tono, pero como era con Alan con quien hablaba, y éste ya lo conocía, las palabras no le causaron el mismo efecto, y por consiguiente, aún seguía a su lado. Aunque también había que tener en cuenta que mi cuñado no se amedrentaba fácilmente, y tenía más narices que ningún otro hombre.

—¿Para qué me pides consejo legal si luego vas a hacer lo que te dé la gana? —su voz también sonaba enfadada.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me siente a esperar? ¿Para que vuelva a acercarse demasiado y termine de estrangularla?

Nada más escucharle solté un gemido ahogado; que por suerte apenas fue audible, y automáticamente me llevé las manos a la garganta, notando la leve quemazón de esta.

—¡Claro que no te estoy pidiendo eso!, sé que lo más importante es la seguridad de Mary, pero tienes que pensar con la cabeza —volvió a hablar Alan.

—¡No quiero esperar!, lo que deseo es abrirle el cráneo a patadas.

—No voy a dejar que arruines tu vida y de paso la de ella.

—¡Nadie va a enterarse! —sonaba tan seguro y frío que daba miedo.

—¿Y podrás vivir con algo así a tus espaldas? ¿Qué crees que dirá Mary si algún día se entera de lo que has hecho en su nombre?

Nada más decirlo el ambiente cambió, pues las siguientes palabras de Christian ya no fueron dichas con dureza, sino con abatimiento. Como si sintiera un gran dolor en el pecho que le impidiera respirar, y no supiera como volver a sentirse libre de esa opresión que le asfixiaba.

—¡Ella es lo único importante! —dijo con una voz que sonaba a impotencia, como si se sintiera perdido y no supiera que hacer para protegerme.

—¡Pues entonces piensa en ella y no solo en vengarte! —le reprochó Alan.

No pude soportarlo por más tiempo, pues me negaba a verlo así por mi causa; más aún cuando sabía que él era un hombre seguro y decidido, siendo esa fortaleza la que me había enamorado, y tuve que salir de mi escondite para parar todo aquello.

Además, si estaba entendiendo bien el tema del que hablaban; y me temía que sí, no estaba dispuesta a permitir que Christian desperdiciara su vida por mi culpa, y al final terminaríamos separándonos al acabar en prisión o aún peor, muerto. No podría seguir viviendo si algo malo le pasara, y no iba a consentir que se arriesgara por mí.

—¡Basta! —le grité mientras salía de mi escondrijo.

Ambos se quedaron paralizados mirándome. No sé si por haber sido descubiertos en una conversación tan comprometedor, o por el sonido áspero y roto de mi voz, que supuestamente no podía emitir.

Christian fue el primero en reaccionar, e inmediatamente se acercó a mí con la clara intención de sacarme del salón y de paso de la conversación.

—¿Mary cariño, qué haces aquí?, deberías estar durmiendo.

Cuando llegó a mi lado me cogió del brazo para sacarme de la habitación, pero tiré con fuerza para soltarme, y me quedé mirándolo fijamente retándolo a que se atreviera a sacarme de allí.

—¡Y tú deberías dejar de decir estupideces! —mirando a ambos hombres les pregunté seria—: ¿Qué está pasando aquí?

—No es nada...

—Christian, creo que ella merece saberlo —le interrumpió Alan ganándose con ello una mirada de reproche.

—Ella no tiene por qué saber nada —repuso arrastrando las palabras y demostrando así su enfado.

Sin poder creerme lo que estaba escuchando, y sobre todo que hablaran de mí como si yo no estuviera, me crucé de brazos y mirando a Christian con el cejo fruncido le solté fríamente:

—Ella está aquí delante y quiere saberlo.

Durante unos segundos nos quedamos mirando, y vi como el dolor sustituía a la ira que hasta hacía poco se había apoderado de él.

—¡Mary, por favor! —me suplicó Christian y algo en mi interior también cambió al verle en ese estado, al notar como sufría por mi causa.

—¡No voy a permitir que arruines tu vida por mí! —le contesté afónica a causa de la súplica que nacía de mi corazón, así como de los remordimientos que sentía al creerme la culpable de todo lo que estaba pasando.

Me acerqué a él y le acaricié la cara con mis manos, mientras contemplaba el sufrimiento en sus ojos.

—Te amo Christian, y voy a estar a tu lado en lo bueno y en lo malo. Así que asúmelo y dime que es lo que pasa.

Él besó las palmas de mis manos, para después cobijarlas entre las suyas.

—No sé qué sería de mí si te pasara algo. ¿No entiendes que tengo que protegerte? —había tanta suplica y tanto tormento en sus palabras, que se me encogió el alma.

—Christian, te prometo que ese hombre va a pagar por lo que le ha hecho a Mary, y no pienso permitir que vuelva a acercarse a ella.

La voz firme y autoritaria de Alan nos sacó de nuestra burbuja, tomando consciencia de que no estábamos solos.

—¡Ven Mary, siéntate!

Christian como siempre mostrando su preocupación por mí, me llevó hasta el amplio sillón, y ambos tomamos asiento sin querer perder el contacto. Tras unos segundos donde la duda se reflejaba en su mirada, tomó fuerzas, y con un suspiro se rindió a lo inevitable; que yo me enterara de la verdad.

—Alan ha presentado cargos contra él, pero al parecer ha alegado que no se encontraba en el hotel en ese momento, y además cuenta con testigos que lo confirman.

—¡Pero yo puedo testificar contra él! —los miré a ambos sintiendo que me escondían algo más.

Se quedaron mirando, y casi de una forma imperceptible, noté como Alan afirmaba con la cabeza dándole ánimos, mientras Christian tragaba con dificultad, tratando de encontrar las palabras apropiadas para aminorar el golpe.

—Verás Mary, él alega que tú llevas años acosándolo por despecho, ya que según él, tuvisteis en el pasado una aventura, y cuando se dio cuenta de tu enfermiza obsesión por él, cortó contigo y nunca se lo has perdonado.

Solté un gemido de incredulidad mientras abría los ojos como platos, sin poder creerme el descaro de ese desgraciado. Ahora entendía las ganas de Christian por vengarse y darle su merecido a ese cretino, pues yo en ese momento también lo deseaba.

—¡Yo no...! —la voz se me cortó y ya no pude seguir hablando.

—Lo sabemos cariño, no tienes que justificarte —con suavidad me sentó en su regazo para consolarme—. Son solo argucias para salir del aprieto y vamos a demostrar que miente.

Alan se acercó a donde estábamos sentados, y colocándose frente a nosotros, me dijo con voz dulce para tranquilizarme:

—Mary, lo primero que quiero que hagas es que te calmes y dejes que me ocupe de todo —solo pude asentir mientras notaba como las lágrimas caían por mis mejillas por la impotencia que sentía—. Vamos a hacer las cosas bien, y ahora que estás mejor, necesitamos tu testimonio para el parte policial. Sé que es algo que no deseas hacer, pero solo te llevará unos minutos y es necesario que pases por ello.

Christian debió notar mi nerviosismo al tener que recordar la pesadilla que viví ese día, pues me abrazó con más fuerza y besó mi mejilla, consiguiendo con ese simple acto que me relajara un poco.

—Pero lo más importante es que te sientas tranquila, ya que desde ahora nosotros nos ocuparemos de todo —volvió a insistir para darme seguridad—. Demostraremos que su acusación de acoso es falsa, e iremos a por él con toda la fuerza de la ley.

Pensé en todo lo que me quedaba por afrontar y en lo mal que lo pasaría Christian. Me dolía ser la causante de sus penas, y me sentía con las manos atadas al no poder hacer nada por impedirlo. Pero había una cosa que sí podía hacer y decidida, me sequé las lágrimas de mi cara, y miré a los ojos del hombre al que amaba por encima de todo.

—Debes prometerme una cosa.

—Lo que quieras —me aseguró con su dulce mirada clavada en la mía.

—Júrame que no harás algo ilegal contra él.

—¡Mary...!

—¡Júramelo! —insistí entre sollozos.

—Yo... Haré todo lo que esté en mi mano, pero...

Su voz cortada le impedía seguir hablando, pues estaba siendo muy doloroso para él dejar a un lado su ansia de venganza. Pero no podía permitir que cometiera un error tan grave y que pasáramos el resto de nuestras vidas separados, pagando por ello.

—¡Christian! —Coloqué mis manos en su rostro y le hablé con la poca voz que aún me quedaba, mientras nuestras lágrimas confirmaban nuestra angustia—. Te amo con todo mi corazón, y no puedo permitir que hagas algo que arruine nuestra posibilidad de ser felices.

Le besé para demostrarle mis sentimientos y seguí hablando para tratar de convencerlo.

—¿Acaso has pensado lo que sería de mí sin ti? Yo no puedo sobrevivir si no es contigo. No voy a consentir que arruines nuestro futuro por un hombre que no merece la pena —le miré fijamente entre lágrimas—. Podemos enfrentarnos a él, pero con la ley de nuestro lado. ¡Por favor, mi amor!, danos la oportunidad de tener un mañana juntos.

Me estrechó más fuerte entre sus brazos, y con sus ojos enrojecidos por el llanto, se dejó llevar por sus emociones. Así, sintiéndose vencido por mis palabras, me sostuvo la mirada y me dijo:

—¡Mary, te amo tanto!, pero no soporto saber que te está haciendo daño y que no puedo hacer nada para impedirlo.

—¿Es que sí podemos hacer algo!, siempre hay una salida, ¿verdad Alan?

Me volví hacia él pues discretamente se había retirado a un lado para darnos privacidad.

—Siempre hay una forma de ganar. Dejadme ayudaros.

—¿Qué me dices Christian? —le pregunté esperanzada.

Él me observaba sin perderse ningún detalle de mi rostro, y acariciando mi mejilla con suavidad, se dejó vencer por mis deseos.

—Está bien, vosotros ganáis.

Sin pensarlo dos veces me abracé con fuerza a su cuello, sin poder dejar de llorar por la esperanza que sentía.

—Pero tengo una cosa bastante clara. Por las buenas o por las malas ese hombre nos las va a pagar —aseguró tratando de dejar a un lado su pesar, para volver a ser ese hombre fuerte y decidido al que tanto amaba.

Le miré fijamente perdida entre sus brazos y le pregunté; aunque tenía una vaga idea de a qué se refería:

—¿Qué quieres decir?

Besándome en la punta de la nariz y mirándome con adoración me contestó:

—Puede que legalmente se salga con la suya, pero ambos somos hombres de negocios y pienso arruinarle si no me deja otra opción.

Sonreí y no pude negarle la satisfacción de decir la última palabra. Al fin y al cabo yo también deseaba vengarme, y en los negocios todo valía con tal de ganar. O al menos casi todo.

—¡Trato hecho! —le dije feliz al saber que no correría peligro.

Y con un apasionado beso sellamos nuestro acuerdo.

\* \* \*

Los días fueron pasando desde que tuvimos esta conversación, pero ninguno de los que se encontraban presentes volvió a hablar sobre el tema. Poco después los detectives se presentaron en nuestro piso para tomarme declaración, y dejamos que el tiempo se ocupara de todo lo demás, centrándonos en este momento en mi recuperación y lo que era más importante, nuestro primer mes juntos.

Las noches eran sin duda la peor parte del día, pues durante las mañanas recibía las visitas de mi familia, y por las tardes Christian me entretenía leyéndome novelas, viendo películas en la televisión, dándonos largos baños de espuma, o simplemente tumbándose a mi lado para hablarme durante horas de las cosas que le habían sucedido, así como de su pasado y sobre todo de nuestro futuro. Nuestro mayor enemigo era el aburrimiento, y estaba decidido a vencerlo a cualquier precio.

Christian mejoró sus cuidados, haciéndose constantes sus mimos y sus caricias. Al estar tan pendiente de mí, me hizo sentir como en una nube de la que no quería bajarme jamás, pues tenerlo siempre a mi disposición era lo único bueno de todo lo que había sucedido.

Además, no soportaba la idea de verme sola, no solo por el miedo que sentía a que algo me pasara cuando esto sucedía, sino a perder a Christian a causa de mis cambios de

humor, mis constantes inseguridades, y las nuevas manías que empezaban a apoderarse de mí, como tener que comprobar unas diez veces al día que la puerta de entrada del piso estuviera bien cerrada, y no había nadie escondido en alguna parte de la vivienda.

Lo mejor que me pasó en esos días; medicamente hablando, fue que cuando la inflamación empezó a remitir, me redujeron la medicación, por lo que no pasaba tanto tiempo aturdida, y disponía cada vez de más tiempo para estar despierta. Creo que ese fue el motivo por el que mis pesadillas empezaron a disminuir de regularidad, aunque la sensación de peligro, de sentirme observada y los sueños violentos, siguieron atormentándome.

Sabía que Christian estaba preocupado por la parte emocional de mi recuperación, como también me percaté de la mueca de disgusto que puso en médico cuando le empecé a hablar de mis fobias. Por eso no me extrañó que en su última visita me aconsejara que viera a un psiquiatra para que me recetara ansiolíticos, y que entrara en terapia para reducir mis miedos.

Solo me sentía segura ante la presencia de Christian y temía el momento en que tuviera que volver a mi vida normal, aunque para ello aún quedaba una semana y tenía la esperanza de mejorar en este tiempo. Por ese motivo dejé a un lado los consejos médicos y me olvidé de la terapia, ya que me veía capacitada para afrontarlo sola.

Aunque la verdadera razón para negarme a la terapia; aunque me negaba a admitirlo, era que temía enfrentarme al recuerdo de mi agresión y en especial, al mundo que me esperaba fuera y que ahora tanto temía.

## CAPÍTULO DOCE

No sabía a qué fecha nos encontrábamos, pero cuando Christian me despertó con una sonrisa en los labios y me dijo “feliz aniversario”, mis ojos se abrieron con entusiasmo y sonreí con auténtica felicidad.

Estábamos tumbados en la cama tras haber pasado una noche algo inquieta, donde el desgraciado, déspota y mentiroso de mi asaltante no solo se conformaba con golpearme, sino que además pretendía violarme. Por suerte con la llegada del amanecer conseguí serenarme y ahora, aunque somnolienta, me sentía encantada al haber despertado con esta sorpresa.

—¿Estamos a veintitrés?

Le pregunté con mi voz mejorada, pero aún no recuperada, mientras trataba de apartar los malos recuerdos de mi cabeza.

—¡Sí!

—¡Genial! —Me agarré a su cuello ilusionada colocándolo sobre mí—, podemos salir esta noche a celebrarlo.

—Lo siento cariño, pero no creo que a tu garganta le venga bien el frío, o hablar en una habitación llena de gente —indicó Christian con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Asentí algo desilusionada, pues las paredes empezaban a caérseme encima, y además quería celebrarlo como lo haría una pareja corriente, con una cena en un restaurante, velas, baile y todo lo que una mujer enamorada puede llegar a desear. Sin embargo, ahora solo nos quedaba quedarnos en casa y hacer algo improvisado.

Sabía que Christian había pensado en mi bienestar al haber tomado esa decisión, pues era evidente que aún era pronto para salir; como también estaba segura de que no iba a reaccionar bien al estar rodeada de un puñado de desconocidos, pero tenía tantas ganas de dejar atrás la tristeza, que poder festejar algo era todo un sueño.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacer este día especial —me dijo tratando de sonreír, pero con la desilusión reflejada en su mirada al no poder darme lo que en ese momento deseaba.

—¡Gracias amor!, podemos hacer algo tranquilo hoy y celebrarlo más adelante —traté de disimular la decepción.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo, pero hoy te tendré solo para mí —me susurró mientras sentía el peso de su cuerpo sobre el mío y sus labios marcaban mi

piel—. Además había pensado que podíamos pasar la tarde jugando al Parchís... —me soltó mientras escondía su cara en mi cuello besándomelo.

—¡Noooo! —grité horrorizada por semejante idea.

—A las tres en raya...

—¿No serás capaz? —le pregunté aún incrédula.

—O incluso a la oca.

Me percaté de como contenía la risa, y fue entonces cuando supe que me estaba gastando una broma. Nada más darme cuenta le di un empujón a su musculoso cuerpo, al mismo tiempo que formaba una sonrisa en mi boca.

—¡Eres un bobo!

Cuando se dio cuenta de que le había pillado, soltó una carcajada y ambos comenzamos a reírnos con ganas. Llevábamos tantos días sin hacerlo que nos sorprendimos ante su sonido, y nos miramos a los ojos donde la felicidad volvía a brillar.

—¡Me encanta cuando sonríes! —Me comentó mientras me observaba fijamente y acariciaba mi cara—. ¡Por favor no dejes de hacerlo!

—Por ti sería capaz de cualquier cosa —le aseguré besándolo después.

—Entonces no me dejes nunca.

—Sabes que no sería capaz de hacerlo.

Ya serios, y sintiéndonos unidos como pocas veces antes lo habíamos estado, juntamos nuestras bocas y nos perdimos en la intensidad de un beso, donde nos confesamos todo lo que sentíamos el uno por el otro sin necesidad de palabras.

—Mi ángel —Suspiró sonando a resignado—. Si no fuera porque esperamos a tu hermana en cualquier momento, te enseñaría un juego muy divertido.

Su cuerpo se movió sobre el mío acomodándose entre mis piernas, para mostrarme el “juego” al que quería someterme.

—Tal vez hoy se retrasen y nos dé tiempo a jugar —señalé esperanzada.

—Conociendo lo inoportuna que es tu familia, seguro que en cuanto calentemos motores llaman a la puerta —me contestó no muy esperanzado.

—¡Oye, que es mi familia! —Le indiqué tratando de sonar enfadada.

—Lo siento cariño, sabes que los aprecio mucho, pero tienes que reconocer que son de lo más imprevisibles.

Y sin más tiempo que perder empezó a besarme el cuello, haciendo que me costara mantener el hilo de la conversación, y me olvidara de que mi familia llegaría en cualquier momento. Sabía que Christian estaba usando sus artimañas para descentrarme, y así salirse con la suya y retenerme en la cama. Algo que estaba dispuesta a cederle pues también lo deseaba.

—Está bien, solo un ratito más y lo dejamos para esta tarde.

Christian pareció agradecido con mi decisión, ya que sonrió y volvió a devorar mi boca. Excitada por su toque y sus labios, decidí pagarle con la misma moneda, y bajé suavemente mis manos hasta sus sinuosos glúteos. Los apreté contra mí, acompañando la caliente maniobra con un contoneo de mi cuerpo, y un sexual ronroneo en su cuello que consiguió estremecerle.

—¿Qué te parece si jugamos a los médicos y te chequeo enterito? —le murmuré en su oído con voz seductora para provocarle más.

Su única respuesta fue un gruñido y sus manos recorriendo posesivo mi cuerpo. Cuando ya habíamos perdido la noción del tiempo y el espacio, quedando solo nuestro deseo, escuchamos como llamaban al portero de la calle.

—¡Joder!

—¡Mi hermana!

Afirmamos los dos a la vez, con la misma expresión de disgusto en nuestros rostros.

—¿Cómo no, no falla! —aseveró sin poder disimular el fastidio y la desilusión que sentía.

—Christian no lo hacen a posta —le dije tratando de quitarle importancia al asunto.

El pobre se levantó dando un salto de la cama, mostrando una erección que le sería difícil de ocultar.

—¿Y ahora qué hago yo con esto? —preguntó cabreado mientras miraba a su miembro erecto.

Como no quería enfadarlo más disimulé mi sonrisa, y traté de parecer tan exasperada como él. No es que no lo estuviera, pero con solo mirar la expresión su cara y sobre todo, la mirada lastimera que le dio a su excitación, me hizo perder todo el enojo y solo tenía ganas de consolarlo y ofrecerme voluntaria para aliviar su gran problema.

—Será mejor que te des una ducha fría mientras yo voy a abrirles.

Molesto por la llegada inoportuna de la visita, se dirigió al baño sin dejar de farfullar sobre la familia y los horarios, mientras yo salía de la cama y me ponía presentable. No pude evitar dar las gracias al cielo por el privilegio de las mujeres de poder disimular más fácilmente nuestra excitación, ya que al mirarme al espejo, solo el sonrojo y el acaloramiento delatarían mi actual estado de ánimo.

Con la llegada de toda la prole, la mañana pasó en un momento entre charlas, consejos, risas, y ruido. Puede que fueran inoportunos, pero he de reconocer que conseguían alejar el aburrimiento, y siempre podrías contar con ellos, incluso cuando no los necesitabas.

\* \* \*

Estaba deseando que acabara la mañana para poder tenerla solo para mí. Me estaba acostumbrando a ser su mundo, y me encantaba que me necesitara, aunque reconocía que este pensamiento era posesivo y no la beneficiaba.

Aun así no estaba preocupado por ella, ya que la conocía lo suficiente como para estar seguro de que con un poco de tiempo saldría adelante, volviendo a ser esa extraordinaria mujer que me había cautivado. Sabía que llegado ese momento perdería el privilegio de retenerla entre mis brazos, y mientras tanto, mi parte posesiva quería disfrutar de ser su dueño.

Durante toda la tarde fui suyo y dejé que jugara con mi cuerpo a su antojo, dejando que fueran sus anhelos y no sus miedos los que se apoderaran de ella. Disfruté de cada una de sus caricias; que fueron muchas, y proclamé a los cuatro vientos que era adicto a sus besos.

La acaricié con ternura, pues era mi más preciado tesoro, y deseaba ante todo cuidarla y protegerla como se merecía. La besé entregándome por entero, abriéndole mi alma y mi ser, para mostrarle sin recelo el amor que guardo solo para ella. Traté durante horas de hacerle ver con mi tacto y mi deseo lo importante que era para mí, y le hice el amor alternando la pasión y el erotismo, así como la ternura y la entrega.

Fueron unas horas para el recuerdo donde celebramos de una forma íntima nuestro aniversario, al llevar juntos un mes entero. En ese tiempo de deseo e ilusiones le susurré millones de te quiero, que ella correspondió con palabras de amor sincero.

—Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre —me comentó mientras se acurrucaba entre mis brazos como un gatito, consiguiendo que la abrazara con más fuerza y la volviera a desear.

—Eso sería fantástico —le aseguré besándola en la frente con ternura.

Me había obsequiado con uno de los mejores momentos de mi vida, al haberme hecho sentir durante toda la tarde el hombre más afortunado del universo.

—Nos pasaríamos los días en la cama haciendo el amor hasta agotarnos, y luego dormiríamos para reponernos —me dijo soñadora.

—Suenan tentador, pero no creo que sobreviviéramos mucho —le hablé mientras acariciaba su cuerpo desnudo de forma distraída—. ¿Qué te parece si incluimos pequeñas escapadas a la cocina y al baño?

—¡Uuuhh! ¡Déjame pensar! —Se movió coqueta despertando de ese modo mi libido—. Me parece bien, pero nada de caldo de pollo.

Solté una carcajada por su ocurrencia, pues sabía lo mucho que le había costado comer durante los primeros días solo esa sopa ligera. Alcé mi mano a modo de juramento, y le señalé divertido:

—Nada de caldo de pollo.

Volvimos a quedar en silencio, perdidos entre nuestros pensamientos.

—Me gustaría enseñarte algo —solté rompiendo el mutismo.

Curiosa alzó la cabeza para mirarme fijamente, calibrando así la sorpresa por mi forma de mirarla y mi sonrisa.

—Pero tenemos que salir de la cama para poder verlo —continué diciéndole.

—¿Es algo que merece la pena? —quiso saber indecisa

—Bastante —le aseguré sin tener que pensarlo pues estaba convencido de ello.

—¿Y tiene que ser ahora mismo?

—Sí.

Soltó un gruñido y escondió su cara en mi pecho, mientras luchaba entre su curiosidad y sus ganas de permanecer en la cama.

—No me apetece levantarme —me confesó al fin y me di cuenta de cómo había cambiado tras el ataque de ese hombre, pues la antigua Mary hubiera saltado de la cama muerta de curiosidad.

La giré para poder mirarla a los ojos y le dije:

—Te aseguro que te va a encantar.

La besé para darle ánimos y tras soltar un suspiro de resignación aceptó mi oferta.

—De acuerdo, pero no pienso arreglarme.

—De eso me ocupo yo.

Aprovechando su conformidad me levanté de la cama de un salto, y tiré de ella para sacarla antes de que cambiara de opinión y me convenciera para que nos quedáramos.

De pie frente a la cama miraba cada uno de mis movimientos, como tratando de desvelar a donde me proponía llevarla. Me perdí en el interior del armario para coger las prendas que necesitábamos, y trasteé por la habitación consiguiendo lo necesario para la salida que tenía pensada. Cuando lo tuve todo reunido la senté sobre la cama como si se tratara de una niña pequeña que se negaba a ir al colegio, mientras yo me inclinaba a sus pies y con sumo cuidado empezaba a prepararla.

Lo primero que le puse fueron unas braguitas de algodón que a punto estuve de arrancárselas con los dientes, seguido del camisón que hacía horas le había quitado, unos gruesos calcetines de lana que no pegaban pero abrigaban, y unas cómodas botas altas con cremallera, para acabar la extraña indumentaria.

Después vino un chaquetón de lana y piel para asegurarme de que estuviera calentita, y añadí al conjunto un gorro de lana, una bufarda y unos guantes para rematar la faena. Mary se contempló ante el espejo, e inmediatamente después me miró perpleja mientras me decía:

—¡Estás loco si crees que voy a salir así a la calle!

Le había colocado todo encima del camisón de seda color esmeralda y el resultado era algo estrafalario. Sin lugar a dudas no tenía ni idea de combinar estilos y colores, pero lo importante es que no pasaría frío.

—¿Quién te ha dicho que vamos a salir a la calle? —Le pregunté provocándola, mientras me colocaba el abrigo y los guantes tras haberme vestido en un tiempo récord.

—¡Tú! —me aseveró con el ceño fruncido.

—No, yo te he dicho que teníamos que salir —repuse divertido al ver la confusión en su rostro.

—Eres un tramposo —señaló seria al creerse engañada—. Y además me estoy asfixiando.

Me acerqué divertido por su reacción juguetona, al pretender hacerse la ofendida, y la besé en los labios para después tirar de ella hacia la puerta.

—Entonces vámonos —le dije sin perder la sonrisa.

—¡Más te vale que me guste! —indicó no muy convencida de querer salir con esas pintas a algún sitio, pero confiando en mí.

—¡Te va a encantar! —le afirmé feliz de haberla persuadido a que saliera, pues sabía que le iba a entusiasmar la sorpresa.

Cuando estábamos a punto de salir escuché como comentaba triste.

—Llevo años sin ponerme este gorrito y la bufarda.

Me giré y contemplé como se miraba fijamente en el espejo del hall con un semblante afligido.

—Estás preciosa —le dije para tratar de animarla.

Su mirada bajó hasta nuestras manos entrelazadas, quedándose clavadas en ellas, como si a través de éstas pudiera ver algo que en realidad no existía y añoraba.

—Fue el último regalo de navidad de mis padres antes de...

Al comprender la causa de su dolor la abracé, lamentando mi poco tacto.

—¡Lo siento cariño, no lo sabía!

Ella se cobijó entre mis brazos como últimamente hacía, escondiendo su cara para que no viera sus lágrimas.

—No pasa nada. Antes me los ponía a menudo pero luego, no sé por qué, deje de ponérmelos y no me atreví a comprarme otros.

Miré su cabeza cubierta por el gorro de lana, la bufarda, y los guantes a juego, y de pronto caí en la cuenta de algo.

—¿Por eso no llevabas nada contra el frío cuando fui a recogerte al trabajo?

Mary me miró extrañada, hasta que recordó lo que podía considerarse como nuestra primera cita. Por aquel entonces ella trabajaba en mis almacenes e iba en patines vestida de elfo, hasta que cayó sobre mí; algo normal al ser tan patosa, cuando iba a hacerme un traje nuevo. Tras pasar la tarde juntos comprando en ellos, la esperé en la salida para poder verla de nuevo, pues me era imposible alejarme sin más.

Recuerdo que como excusa le dije que la estaba esperando para acompañarla a su casa, pues ya era muy tarde para que una muchacha tan bonita fuera sola, siendo ésta la primera vez que realmente me daba cuenta de que me había enamorado de ella, aunque por aquel entonces me negué a reconocerlo. También recuerdo que fuimos sorprendidos por la nieve mientras la acompañaba, y esa fue la primera vez que la tuve entre mis brazos.

Mary debió reconocer también ese momento, ya que se ruborizó y asintió confirmando mis sospechas, por lo que no pude hacer otra cosa más que besar su frente para demostrarle lo mucho que la amaba, y cuanto había significado que ella entrara en mi vida.

—Entonces, a partir de ahora me ocuparé de que nunca más te falten —le garanticé, pues por ella estaba dispuesto a todo, y quería apartar de su mente el mal recuerdo que ese conjunto de lana le traía.

Me recompensó con su sonrisa y me propuse cuidar de ella hasta que mi corazón dejara de latir. Esperando poder animarla con mi sorpresa la saqué del piso, y la llevé hasta los ascensores. Curiosa como un ratoncillo me miró tratando de descubrir mi secreto, sobre todo al haber pulsado hacia el ático y no hacia el garaje.

—¿Adónde vamos?

La contemplé sonriéndola y le coloqué bien la bufarda para protegerla del frío, dejando solo a la vista sus preciosos ojos verdes.

—¡Vamos al cielo, mi ángel!

Pues estaba convencido que estar a su lado, sin importar el lugar, era estar en el mismo paraíso.

\* \* \*

¿Quién me iba a decir que un hombre como Christian fuera a ser tan romántico?

Cuando llegamos al ático estaba anocheciendo, y aunque hacía un frío invernal no sentí ni un solo escalofrío, pues con solo tenerlo a mi lado la sangre se me calentaba.

Me llevó hasta una de las esquinas quedando frente a nosotros el crepúsculo, y se colocó tras de mí para así poder abrazarme. No estaba muy segura de cuál era su sorpresa, hasta que sentí su aliento en mi oído y escuché como en un dulce susurro me decía:

—Quería regalarte el firmamento, la tierra y todo lo que lleva el viento, pero solo puedo regalarte los últimos destellos del día, donde mi amor se hace eterno.

Ante sus palabras solo pude hacer una cosa, llorar de felicidad. Había pasado unos días muy duros y me sentía tan perdida, que al oírle decir cuánto me amaba llenó mi corazón de esperanza. Quise abrazarle y decirle que mis sentimientos eran los mismos que los suyos, o incluso mayores, pero me quedé paralizada por culpa de la mezcla de sensaciones, ante todo lo que guardaba en mi interior.

Conmovida, solo pude suspirar y acurrucarme en él mientras el sol se escondía ante nuestras miradas. Recordé lo mucho que le gustaba ver anochecer, y de cómo en la playa había convertido un momento cotidiano en algo espectacular.

Quería decirle que me había encantado su idea, pero sobre todo quería agradecerle el regalo más maravilloso que me habían hecho jamás. Pues aunque tenía millones a su alcance para comprarme medio mundo, él me había regalado un recuerdo para toda la vida, convirtiendo algo que está al alcance de cualquiera, en algo íntimo y muy personal.

Por mucho tiempo que pasara nadie nos robaría este momento, y al compartirlo con él no me sentía una buscona que solo quería su dinero. Con este regalo me estaba dando la oportunidad de corresponderle sin sentirme mal al no tener nada preparado para él, ya que era algo para compartir y disfrutar juntos, un instante donde sentirnos unidos y donde todo lo demás desaparecía para estar los dos solos.

—¡Gracias! —Fueron mis sencillas palabras, pues me era imposible decir nada más.

Sabía que estábamos limitados al no poder salir de casa a comprar un detalle, y por eso se las había ingeniado para darme algo especial sin romper las recomendaciones del doctor. Lo amé aún más por hacer que mi bienestar fuera lo primero, y por haberme compuesto un poema cuando sabía que era un completo desastre para ello.

—¡Te amo! —me dijo mientras contemplábamos juntos los últimos destellos del sol.

Me giré y vi la emoción y el amor en sus ojos, consiguiendo que todo mi cuerpo se estremeciera. Sostuve su cara entre mis manos y lo besé, para después asegurarle sin palabras aquello que mi garganta se negaba a decirle, y mi corazón le anhelaba gritar.

Tras el beso volvimos a mirar al horizonte, tratando de hacer inmortal cada segundo que permanecemos abrazados, y contemplando el crepúsculo de ese primer aniversario.

—Escuché algo en una película que me llamó la atención. Resulta que, según un ángel que vino a la tierra, cada vez que el sol se pone sobre el horizonte, ya sea para el amanecer o para el anochecer, éste viene acompañado de música —le comenté refugiada entre sus brazos y mirando a las tenues luces del ocaso.

—¿Qué clase de música? —susurró en mi cuello.

—La que Dios compuso al hacer la creación, pero por desgracia solo los ángeles pueden oírla.

—¡Tú eres mi ángel! —exclamó seguro.

Ante sus palabras solo pude sonreír.

—Entonces por eso puedo escucharla.

Él sonrió y me preguntó divertido:

—¿Puedes oír la música?

—¡Claro! —Afirmé convencida—. ¿Quieres oírla?

Me abrazó con más fuerza y me dijo en tono suave:

—¡Me encantaría!, aunque no tengo nada de ángel.

Sin hacer caso a sus últimas palabras le cogí una mano, le quité el guante, me desabroché unos cuantos botones de mi abrigo, luego metí su mano en el interior de éste, y la dejé apoyada a la altura de mi corazón para que sintiera mis latidos.

—Es la que canta mi corazón cuando estoy contigo.

Nos quedamos en silencio unos segundos perdidos ante el final del día, y el sonido de mis pulsaciones en su mano. Le estaba entregando mi alma y mi ser, pues estaba convencida que bajo su cuidado estaría segura.

—¡Gracias Mary!, esto significa mucho para mí —señaló mientras mi pulso se aceleraba al sentir su toque.

Sentía como unos suaves temblores recorrían su cuerpo, y no estaba segura si eran de deseo, ansiedad o felicidad, aunque la verdad es que no me importaba de que podía tratarse, pues yo también estaba sintiendo lo mismo.

—Ojalá pudiera darte más —le susurré triste.

Me volvió con suavidad, y mirándome a los ojos dijo con tono firme:

—Tú me has dado los mejores días de mi vida. ¿Te parece eso poco?

—Pero también te he dado los peores —repuse.

—Mary, no entiendo mucho sobre el amor, pues es la primera vez que lo siento, pero estoy seguro de que lo uno va unido a lo otro, y si quieres estar con alguien tienes que asumirlo.

Pero yo no quería que él asumiera lo malo como algo que va unido a estar conmigo. Quería pasión, desenfreno, aventura, y sobre todo, quería sentir control y confianza, en mí, en él y en nosotros, pues de otra manera sentiría que me faltaba algo y mi vida perdería sentido.

Quiero su amor, pero también su consideración, y por supuesto el respeto por mí y el de la gente a mi alrededor. No quiero ser una muñequita a quien mimar y cuidar. Yo también quiero cuidarlo y entregárselo todo. Quisiera dejar de sentirme patosa, asustada y deprimida, para ser capaz de enfrentarme al mundo sin temores, aunque en ese momento me resultaba muy lejano llegar a conseguirlo.

—Christian, ojalá pudieras mirar en mi interior, entonces sabrías de todos mis temores e inseguridades.

—Solo tienes que dejarme entrar, ábrete a mí y cuéntamelos. Sabes que puedes contar conmigo.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando esta conversación, ya que me hacía sentir triste, y no quería estropear nuestro aniversario.

—Quizás otro día, hoy solo quiero ser feliz.

Me volví para no ver sus ojos, pues sabía que en ellos solo encontraría tristeza y no podía enfrentarme a ello. Hoy no.

—Quizás otro día —escuché como decía en un suspiro que se llevó el viento.

Perdidos entre recuerdos, anhelos y lamentos nos quedamos hasta que el frío y la noche nos sacaron de nuestro letargo. Con una última mirada al crepúsculo, nos despedimos del lugar que durante unos minutos fue nuestro cielo, convirtiendo un acontecimiento rutinario, y al que apenas prestas atención, en algo extraordinario.

—Volvamos a casa —dijo Christian mientras tiraba de mí para adentrarnos en el edificio.

Dije adiós a las sombras y a las luces, al sol y al horizonte, y guardé entre mis recuerdos inolvidables los momentos que acabábamos de vivir. Tal vez mañana tendría que enfrentarme al mundo, pero esta noche quería ser simplemente su ángel. Aquella que le hace palpar con solo un toque, y que le ofrece los latidos de su corazón como regalo de aniversario.

—Por cierto, me ha encantado el poema que me has regalado. Ojalá yo pudiera componer algo así para ti —confesé mientras nos adentrábamos en el edificio.

Él me miró fijamente durante unos segundos y pude apreciar como el destello de felicidad en sus ojos volvía a brillar.

—Me alegro que te haya gustado. La verdad es que me costó muchísimo conseguirlo —por su tono de voz divertida, empecé a sospechar de que me ocultaba algo.

Entramos en el ascensor cogidos de la mano y bien juntitos, para acto seguido arrinconarme en éste pegando su cuerpo al mío.

—Pero debo confesarte que tuve ayuda —me aclaró entre besos y caricias.

—¡Menos mal! —Exclamé divertida—, ya empezaba a pensar que eras perfecto.

Ante su mirada perpleja y luego risueña, solo pude hacer una cosa: Lanzarme a por sus besos.

## CAPÍTULO TRECE

Después de esa tarde, y sobre todo de la noche inolvidable donde nos amamos durante horas, los días pasaron en una brutal monotonía. Por culpa de mis continuas pesadillas me vi obligada a aumentar la dosis de mis ansiolíticos, pues el psiquiatra sospechaba que mi mejoría física y mi inminente vuelta al trabajo me estaban estresando, y por ello mi mente me jugaba malas pasadas.

Por ello ahora andaba en una nube de felicidad artificial, donde fingía que todo estaba bien para no preocupar más de lo debido a Christian. Se volvió algo normal ocultarle mis estados de ansiedad, y rezaba todas las noches para que los nefastos recuerdos me dejaran dormir.

Deseaba tanto mi vida anterior, que hubiera dado cualquier cosa por poder dar marcha atrás en el tiempo. El nombre del individuo que me atacó se convirtió en un tabú que me negaba a mencionar, y no quería saber nada de él o de sus mentiras. Solo anhelaba que nos dejara en paz y poder pasar unas horas de sueño donde no me intentara matar, violar o golpear.

Desgraciadamente las dos semanas de reposo habían pasado y tuve que volver al trabajo. Sabía que con solo una palabra a Christian, éste no permitiría que sufriera, y me dejaría quedarme en casa lamiéndome las heridas. Pero tenía que volver a la normalidad y enfrentarme a los miedos, o nunca los superaría.

Tras una noche de insomnio, donde la medicación me hacía caer en letargos de la consciencia y ésta se perdía entre la realidad y los sueños, pude escapar de las redes de la locura con el salvador sonido del despertador.

Desde que Christian se despertó, hasta que estuvimos preparados para irnos, fingí estar ilusionada por incorporarme de nuevo a mi puesto, y traté de convencerme de que nada malo podía pasarme cuando saliera al exterior.

Bajamos juntos al garaje mientras hacía grandes esfuerzos por dejar de temblar, temiendo cada recoveco y cada ruido que escuchaba a lo lejos. Despacio fuimos hacia sus coches, sin que pudiera soltarle de la mano, pero para mi sorpresa nos detuvimos delante de un deportivo rojo que haría llorar de envidia a cualquiera.

—¿Qué te parece?

Me quedé mirando el coche sin comprender a qué se refería, y sobre todo extrañada porque me preguntara a mí, ya que no entendía nada sobre ellos. En ese momento lo único

que quería era volver a la cama, y una vez escondida bajo las sábanas, le contestaría todas las preguntas sobre automóviles que quisiera.

—¡Muy bonito! —le dije sin más—. ¿Nos vamos?

—¿Acaso no te gusta? —me preguntó incrédulo mientras no dejaba de mirarme.

—¡Claro que me gusta!, ¿a quién no iba a gustarle un coche así?

De pronto, al volverme y ver su cara de desconcierto lo entendí todo. Ese precioso, asombroso y sexy deportivo rojo era un regalo para mí. Volví a girarme para contemplar el deslumbrante automóvil, y sentí como les costaba a mis piernas sostenerme, y a mis neuronas asimilar la sorpresa.

—¿Me has regalado un deportivo? —Tuve que preguntárselo ya que era demasiado maravilloso como para creérmelo.

—Bueno, necesitabas un coche para desplazarte en tu trabajo, y aunque no me importa prestarte uno de los míos, me pareció una buena idea que tuvieras el tuyo propio.

—¡Un deportivo! —Apenas le escuchaba, solo podía ver la chapa resplandeciente, los asientos de cuero de color beige, y a mí por la carretera a toda velocidad.

—En el concesionario me aseguraron que era el modelo más aconsejable para una mujer.

—¡Rojo! —“me encantaba ese color”.

—Pensé que te gustaría.

En ese momento estaba en estado catatónico, pues no podía dejar de mirar mi espectacular coche nuevo. Hacía unos minutos sentía pánico por salir a la calle y volver al trabajo, y ahora sin embargo, lo que más deseaba, era montarme en mi flamante deportivo y pasarme la mañana conduciendo a toda velocidad.

— Si no te gusta podemos descambiarlo por otro.

Al observarle noté que me miraba dubitativo, y comprendí el motivo de sus palabras, la Mary de antes hubiera sido más impulsiva y se hubiera lanzado a él sin miramientos. Sin embargo la de ahora, se sentía más apagada, y le costaba responder de la misma forma efusiva, al sentirse emocionalmente cansada.

—¡Me encanta!, es el regalo perfecto.

Lo abracé con todas mis fuerzas mientras me lo comía a besos, y noté como volvía a respirar aliviado.

—¡Menos mal! —le escuché susurrar para sí mismo.

Me quedé mirándolo mientras seguíamos abrazados disfrutando de su cara de satisfacción.

—¡Gracias cariño!, pero es demasiado. Comprendo que quieras que tenga un coche propio, pero no hacía falta un deportivo.

—Lo sé preciosa, pero quería regalarte algo especial —me miró mientras me sujetaba entre sus brazos con actitud protectora—. Aunque hayas tratado de disimularlo, sé

que no te sientes con ánimos para volver a la rutina, y pensé que con un aliciente como este te sería más fácil.

Me sentí avergonzada por no haber confiado en él y haberle contado mis temores. Bajé la mirada apenada por mi falta de tacto y consideración hacia el hombre que me estaba dando tanto, y que a cambio solo pedía mi amor.

—Lo siento, tenía que haber hablado contigo y decirte que no estaba segura de querer reincorporarme.

Él subió mi barbilla con sumo cuidado, y vio el brillo de mis lágrimas pidiendo por salir.

—Christian, no quería causar más problemas —logré decirle sin echarme a llorar.

—Pequeña, ¿cuándo entenderás que no es ningún sacrificio cuidar de ti? Te quiero, y si necesitas más tiempo solo tienes que decírmelo —me pidió con una ternura que cada una de sus palabras se me clavó en el alma.

—Perdóname, solo quiero olvidarlo todo y volver a ser la de antes —le aseguré mirándole a la cara.

—Te prometo que todo volverá a la normalidad, pero no tiene porqué ser hoy si no te sientes preparada —me comentó acariciando mi mejilla con suavidad, para demostrarme que me apoyaba en todo.

Me miró clavando sus ojos en los míos buscando la verdad. Me quedé durante unos segundos sopesando mis opciones, y convencida, tomé la decisión de seguir a delante.

—Si debo hacerlo, quiero que sea cuanto antes o siempre pondré excusas —le dije decidida, aunque las piernas me temblaban.

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Cogió mi rostro entre sus manos y con sumo cuidado me besó.

—¡Dios mío preciosa, que valiente eres!

—Yo no me siento así.

—Pues no te quepa duda de que lo eres. Muy pocas personas se enfrentarían a sus miedos de forma tan abierta.

Me abracé a él recibiendo la fortaleza que emanaba de su interior, haciéndome sentir la mujer fuerte y segura que él veía en mí. No estaba convencida de ser tan valiente como él aseguraba, pero merecía la pena intentarlo si a mi lado tenía la recompensa de un hombre como Christian.

Le sonreí y volviéndome hacia mi nuevo vehículo le comenté:

—Bueno, no sé como irá la mañana, pero con un coche así seguro que voy a ser la envidia de la agencia.

—En realidad es un Mercedes Clase E Gabio —soltó con aires de suficiencia.

Alcé una ceja como si saber el modelo del vehículo fuera a impresionarme, cuando no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Abrí mi mano para que me diera las llaves, pues estaba deseando sentarme al volante y pisar a fondo el acelerador. Era la primera vez que tenía mi propio coche, por lo que estaba ilusionada, pero además sería la primera vez que conduciría un deportivo.

Con una sonrisa en los labios él sacó el juego de llaves de su bolsillo y las extendió, como si intuyera cada uno de mis pensamientos. Aunque debía de resultar fácil saber que estaba pasando por mi cabeza, si mi cara mostraba la mitad de la emoción que estaba sintiendo.

—Espero que tenga un buen seguro —dije de forma distraída y sin medir las consecuencias.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó con semblante serio y las llaves aferradas a su mano, como si tras mi comentario se estuviera replanteando dárme las.

—Es un deportivo nuevo —hice hincapié en la palabra deportivo y no en que era un Mercedes Clase E Gabio—, no quiero ni imaginar lo mal que me sentiría si le diera un golpe o le hiciera un rasguño.

Con cara seria me cogió con fuerza por los hombros, y sin dejar de mirarme con alarma en sus ojos, me indicó con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas de que se trataba de una orden.

—No me hace ninguna gracia imaginándote teniendo un accidente, por lo que debes prometerme que tendrás cuidado.

Al quedarse fijamente mirando con cara de poco amigos solo pude hacer una cosa. Elevé la palma de mi mano derecha y le dije:

—Palabrita del Niño Jesús.

Como respuesta solo conseguí un gruñido y que siguiera con su reprimenda.

—Además debes respetar las normas de circulación y no rebasar....

En ese momento me desconecté, y simplemente me deje llevar por la visión de sus ojos, su boca, su olor, su tacto, su...

—¿Me estás escuchando?

—Alto y claro. No correr, no ponerme en peligro, respetar las normas.

Le sonreí mientras él volvía a gruñir convencido de que apenas le había prestado atención. No podía quitarme de la cabeza lo mucho que lo quería, y todo lo que estaba haciendo para consolarme. En solo quince minutos había disuelto mi miedo convirtiendo un mañana de temores en otra de emociones.

—Si quieres puedo llevarte al trabajo por unos días, o puedes coger el otro coche si crees que vas a estar más cómoda —me comunicó con un deje de preocupación en su voz, por lo que asumí que el único cómodo con esa solución iba a ser él.

Como única respuesta volví a alzar mi mano para que me diera las llaves, y esperé impaciente hasta que no tuvo más excusas para entregármelas.

—Tranquilo, te prometo que iré despacito hasta que me haga con él.

—Si tienes algún problema o te pasara algo...

—No me va a pasar nada —me di cuenta de que ahora era él el que necesitaba los ansiolíticos—. ¿Qué te parece si te llevo hasta tu trabajo?

Su semblante cambió y soltó un suspiro de alivio, al poder de ese modo comprobar cómo me manejaba conduciendo.

—¡Eso estaría bien!

Más tranquilo me entregó el llavero y se acomodó a mi lado. Aunque al ser tan alto y fuerte la palabra acomodar no era la que mejor lo describiría, ya que le costó acomodarse en un coche bajito y definitivamente pensado para una mujer. Un detalle que me encantó, pues eso dejaba bien claro que iba a ser por entero mío.

Una vez en camino me arrepentí de mi brillante idea de llevarlo al trabajo, pues se pasó todo el camino criticando mi forma de conducir, y señalando mis innumerables infracciones; que solo él veía.

Estas supuestas faltas eran correr demasiado; aunque nos podían adelantar sin dificultad los demás vehículos, pegarme al coche de en frente; aunque era evidente que mantenía la distancia de seguridad, saltarme un semáforo en ámbar; aun cuando lo hacía el resto del mundo, o pasarme un ceda el paso cuando un peatón estaba a pocos metros de distancia; y posiblemente aún tardaría en llegar.

Solo le habría faltado regañarme por hacer rugir al motor antes de salir disparada del semáforo, o cuando empecé a toquetear los botones de la radio mientras una ancianita cruzaba la calle. La verdad, no sé como llegó sin sufrir un infarto o sin que me lo diera a mí.

Si no fuera por lo mucho que lo quería, y el enorme regalo que me acababa de hacer, lo habría dejado tirado en la primera cuneta que hubiese encontrado, para después salir a toda velocidad dispuesta a saltarme sus reglas de circulación.

Me hice una nota mental para no volver a olvidar este pensamiento: “Nunca lleves de copiloto a tu hombre, si te acaba de comprar un coche, y menos si es un caro deportivo”.

\* \* \*

Tras dejar a Christian en su oficina me dirigí a la mía, temiendo lo que podría encontrarme en ella. Durante todo el trayecto tuve la extraña sensación de ser vigilada o perseguida, acusando esta paranoia al hecho de ser ésta mi primera salida en solitario en dos semanas, es decir, desde mi agresión

Aparqué frente al pequeño edificio donde estaba situada la agencia, y bajé con todo el estilo y normalidad que pude de mi flamante deportivo. Claro está que al ser nuevo, rojo y sublime, resultaba imposible no llamar la atención, y descubrí a todos mis compañeros de trabajo, los nueve incluido mi jefe, mirándome perplejos a través del escaparate.

Decidida y armada con mis zapatos de tacón y mi bolso de Louis Vuitton, me dirigí a mi trabajo donde al entrar encontré a todos sentados milagrosamente en sus mesas, y con apariencia de estar muy ocupados. Nada más encender mi ordenador vi que tenía mensajes de mi hermana y de Christian esperándome.

**Sarah: Hola peque, llámame si necesitas cualquier cosa o si te aburres, pero sobre todo ten en cuenta que el médico te indicó que no debías trabajar demasiado, así que déjales un poco de trabajo a tus pobres compañeros. Un beso.**

**Christian Taylor: Hola mi ángel, espero que tengas un día tranquilo. Recuerda que si me necesitas solo tienes que llamarme. Va a ser una mañana muy larga, pues ya te estoy echando de menos. Nos vemos a la hora de comer, si consigo mantenerme apartado de ti hasta entonces. Te quiero.**

Sonreí ante sus palabras y por su preocupación por mí, pues aunque me trataban como si fuera una niña de dos años, sus cuidados y sus mimos me hacían sentir amada y valorada.

Mi compañero Patrick, fue el único que se acercó para preguntarme si estaba todo bien, y se ofreció para ayudarme en caso de que necesitara algo. El resto de la plantilla solo me miró sonriendo, y me saludaron con una inclinación de cabeza como única bienvenida. Llevaba unos minutos cuando fui llamada por mi jefe a su despacho, y supe en ese momento que ese día no iba a tener las cosas fáciles.

Entré en su pequeño despacho con olor a cuero dispuesta a encontrarme cualquier cosa, tanto una enhorabuena por mi venta, una bronca por mi falta de profesionalidad al quedarme colgada de una ventana en mi primera opción de venta, o una charla sobre mi estado de salud. Pero lo que nunca imaginé fueron sus palabras.

—Siéntate Mary —me dijo muy servicial y pensé que me esperaba la charla.

—Verás, debido a tu baja y a que en estos momentos el mercado está algo parado, he pensado que me vendrías mejor si te quedaras en el despacho con el papeleo.

Debí obligarme a cerrar la boca, y tener cuidado con lo que decía, si no quería acabar en la calle. Por eso solo respiré para tranquilizarme y seguí mirándole calladita mientras él seguía hablando.

—No quiero decir con esto que más adelante no salgas a hacer visitas, y tengas nuevos clientes en tu cartera. Es solo algo temporal que seguro beneficiará a todos.

“Menos a mí” pensé.

—¿Puedo saber cuál será exactamente mi función en esta empresa?

Mi jefe, el señor Murray, me miró incómodo odiando tanto como yo el tener que mantener esta conversación, dejando bien claro que la idea no había surgido de él, sino de alguien con más poder y que se preocupaba por mi bienestar. Y daba la casualidad de que yo conocía a un hombre que encajaba perfectamente con esa descripción.

—Deberás informatizar todas las fichas que te den tus compañeros y tener los informes de ventas actualizados.

—Es decir, voy a ser la nueva secretaria.

Se movió inquieto en su asiento, y empezó a sudar de forma visible haciéndome sentir peor de lo que ya estaba.

—Solo será de forma temporal.

—Comprendo —le dije aunque en realidad no entendía nada.

En mi cabeza solo había espacio para un pensamiento. “¿Cómo era posible que Christian me hubiera hecho algo así, cuando sabía lo importante que era para mí conseguir un puesto de trabajo donde fuera valorada por mí misma y no por quien era mi novio?”

Lo que dejaba claro que ahora en mi cabeza empezarían a formarse las dudas, de si habría conseguido el puesto por mis propios méritos o por mediación de Christian.

Demasiadas cosas en las que pensar a fondo, cuando en realidad lo único que deseaba era desconectarme de todo y salir de ahí corriendo.

—Si tienes alguna duda o necesitas alguna cosa díselo a Patrick.

Tras terminar su cometido bajó la cabeza y siguió con su trabajo, alegrándose de haber acabado su charla y deseando que abandonara su despacho lo antes posible, y sin causar problemas. Sabiendo que nada podía hacer, excepto despedirme, me levanté de mi asiento, y sin decir palabra, me marché directa a mi mesa donde me encontré una pila de informes esperándome.

No había pasado ni un minuto cuando mis dos compañeras se acercaron para restregarme mi nueva tarea. Me recordaron por su forma de andar y de mirarme, a los dos siameses de La Dama y el Vagabundo que iban relamiéndose sabedores de dar un zarpazo a su pobre víctima.

—Hola Mary, cuanto tiempo sin verte por aquí.

—Ya me gustaría a mí tener unas vacaciones nada más empezar a trabajar.

Como mi estado de ánimo no era el más aconsejado en esos momentos para ser cordial, simplemente las ignoré y seguí con mi tarea de organizar los informes.

La rubia anoréxica de Jennifer se sentó en mi mesa sin dejar de mirarme con aires de superioridad, mientras la morena de Beverly, que siempre trataba de imitarla, me dejaba un gran taco de carpetas disfrutando por asignarme esa pesada tarea.

—Que bien que te ocupes tú de esto a partir de ahora. Yo no soporto hacerlo y siempre voy atrasada —me dijo Jennifer esperando ver en mi cara el disgusto.

En mi cabeza las imaginaba con un ojo morado y sus informes tirados por el suelo, mientras les gritaba lo bien que me sentaba mi nuevo puesto. Pero como soy una mujer educada y madura, hice lo único que me pareció adecuado, es decir, ignorarlas.

Como vieron que no conseguían provocarme, siguieron con su tretra dispuestas a acabar con la poca paciencia que aún me quedaba.

—Es una pena que no puedas salir de estas cuatro paredes en todo el día, con lo aburrido que es estar pegada a la pantalla del ordenador. Hoy ha entrado una nueva

promoción y vamos a comer con el promotor —dijo la esquelética rubia con aire de superioridad.

—Me han dicho que es guapísimo. Ya te contaremos cuando tengamos tiempo libre —le siguió el juego la morena simplona.

—Yo estoy a punto de hacer dos ventas y pienso celebrarlo con él —sonrió con astucia Jennifer—. Te traeré el papeleo en estos días, cuando tenga el acuerdo cerrado —siguió hablando con aires de superioridad.

—Seguro que las vendes, tienes a los compradores comiendo de tu mano —le contestó la lameculos de Beverly, mientras yo pensaba que más que comer de su mano, lo único que podían hacer eran lamerle sus huesos de raquíca.

Al ver que ni me inmutaba, desistieron por fin de su empuje y decidieron ir a molestar a cualquier otro incauto.

—Bueno, nos vamos que tenemos mucho trabajo.

—Chao —dijeron al unísono mientras se alejaban contoneándose.

Respiré por fin aliviada, y tratando de calmar mi enfado, el cual había aumentado de forma considerable desde que tuve que vérmelas con ese par de víboras que acababan de marcharse, y supe sin lugar a dudas que si no me serenaba pronto, alguien acabaría lastimado.

No obstante, cada vez que pensaba en la forma en que Christian se había entrometido en mi trabajo, aunque su intención hubiera sido buena, mi cabreo aumentaba de forma exponencial, y otra vez debía de serenarme para no ir a su despacho para pedirle explicaciones, o para lanzarme a por una de mis compañeras de trabajo y darle su merecido.

Pero fue al volver a leer su mensaje, cuando me dejé llevar por esta sensación de malestar y desconsuelo, al ver un nuevo significado en sus palabras.

**Christian Taylor: Hola mi ángel, espero que tengas un día tranquilo. Recuerda que si me necesitas solo tienes que llamarme. Va a ser una mañana muy larga, pues ya te estoy echando de menos. Nos vemos a la hora de comer, si consigo mantenerme apartado de ti hasta entonces. Te quiero.**

Ya no solo eran cariños y mimos lo que veía sino control y desconfianza hacia mi capacidad de seguir hacia adelante por mis propios medios. Mi enfado fue creciendo y deseé poder tenerlo delante para soltarle a la cara unas cuantas verdades, aunque tuve que conformarme con decírselo por mensaje.

**Mary: ¿No crees que deberías decirme algo?**

**Christian Taylor: Hola Cariño, ¿a qué te refieres?**

**Mary: ¿Has hablado con mi jefe?**

Tuve que esperar unos minutos para que se atreviera a responder a mi pregunta.

**Christian Taylor:** Solo le dije que habías estado enferma y era conveniente que te cuidara.

**Mary:** ¿Le llamaste para amenazarle?

**Christian Taylor:** No fue una amenaza, sino una petición.

**Mary:** Christian, cualquiera que te conozca sabe que era una amenaza, ¡y no tenías derecho a hacer algo así!, ¿o es que crees que las demás parejas llaman a sus jefes para pedirles que no les hagan trabajar en exceso?

Mi enfado era tan evidente que no quedó nadie en la oficina, ya que todos salieron a hacer cualquier cosa con tal de no cruzarse en mi camino. Christian no tuvo tanta suerte de poder escaparse y se vio obligado a responder a mi interrogatorio.

**Christian Taylor:** No sé lo que hacen las demás parejas, pero desde luego yo pienso cuidarte.

**Mary:** ¡Pues entonces no te metas en mi trabajo!

**Christian Taylor:** No me he metido, si por mí fuera estarías aún en casa descansando.

**Mary:** Si por ti fuera estaría siempre en la cama esperándote.

**Christian Taylor:** No me des ideas.

Aun en la distancia, y aunque estaba ante una pantalla de ordenador, le escuché suspirar para controlarse antes de ocasionar un tsunami de palabras que nunca deberían haber sido dichas.

**Christian Taylor:** Cariño lo siento si te ha molestado, yo solo quería cuidarte, ¿acaso es tan malo?

**Mary:** No Christian, pero no me gusta que me trates como si fuera una niña. Ya soy mayorcita y puedo cuidarme sola.

**Christian Taylor:** Está bien, le volveré a llamar y le pediré que se olvide de todo.

**Mary:** ¡Ni se te ocurra!, No pienso volver a pasar por eso de nuevo. Estaré así unos días y después ya veremos.

No quería darle la razón a Christian, pero pensándolo seriamente, le venía muy bien a mi paranoia estar en un sitio público y conocido como era la oficina. Me vino a la mente una imagen mía quedándome sola y encerrada en una casa con unos clientes que eran unos completos desconocidos, e inmediatamente empecé a hiperventilar.

Aun así, no pensaba dejar sin castigo su intromisión en mi trabajo, para que esta situación no se volviera a repetir, y dejara que me ocupara solita de mis asuntos.

**Christian Taylor:** Como quieras preciosa, nos vemos a la hora de comer y si quieres me tiras de las orejas.

**Mary:** No creo que pueda salir a comer, con mi nuevo trabajo apenas voy a tener tiempo para nada.

Le dije sabiendo que de esta manera se sentiría culpable, y para la próxima vez se lo pensaría dos veces antes de meterse donde nadie le llamaba. Sonreí al imaginarme como le rechinaban los dientes de tanto apretarlos, y como su cara pasaba al rojo más carmesí por culpa del enfado.

**Mary:** Te dejo antes de que mi jefe se enfade y me mande más trabajo.

**Christian Taylor:** Me da igual si tienes mucho trabajo, voy a por tí a la hora de comer.

**Mary:** Me tomaré algo ligero mientras trabajo.

**Christian Taylor:** Tienes que cuidarte y comer.

**Mary:** No voy a tener tiempo para mucho más. Además, estoy enfadada contigo y no vamos a comer juntos.

Esperé unos minutos hasta que se calmó, y volví a recibir un mensaje donde parecía más sereno.

**Christian Taylor:** Esta bien mi ángel, pero prométeme que comerás algo.

El cariño que emanaba de sus palabras me hizo sentir un ser ruin, pues él solo quería cuidarme, mientras que yo no paraba de causarle problemas y desplantes al comportarme como una niña.

**Mary:** Te lo prometo.

**Christian Taylor:** Te quiero.

**Mary:** Te quiero.

No volví a recibir más mensajes, y pasé el resto de la mañana sin poder concentrarme, pues en lo único que pensaba era en lo estúpida que era por no valorar lo que tenía. Aún así decidí seguir adelante con mi plan, pues si me ablandaba ahora y le dejaba pasar su intromisión, él volvería una y otra vez a hacerlo.

Era necesario marcar unas pautas en nuestra relación si queríamos tener un futuro juntos. Sabiendo que Christian era una persona posesiva y poco acostumbrada a las relaciones largas; como yo, era obligatorio ser intransigente en algunos momentos como en éste, y mantenerme firme en mis decisiones, por muy duras que éstas me resultaran.

Cuando llegó la hora de comer me compré un bocadillo en un bar de al lado de mi oficina, y me senté sola en un banco del parque que estaba a escasos metros de mi trabajo. Le echaba mucho de menos y estuve tentada a llamarlo a cada segundo que pasaba.

Vi sin hambre como las hojas del invierno bailaban por el viento ante mí, y deseé que el mundo fuera un lugar menos complicado y solitario. Me sumergí en mis pensamientos, sin percatarme de que alguien se acercaba a mi banco y se quedaba parado frente a mí, mirándome.

—¿Está ocupado este sitio?

Sorprendida alcé la vista, y me quedé sin aliento al ver al hombre de mis pensamientos y dueño de mi corazón observándome. Le sonreí como una tonta olvidando todas las razones por las que no debía hacerlo, e hice un gesto con la mano indicándole que podía sentarse.

—He estado buscándote.

Su voz sonaba suave y cálida consiguiendo estremecerme. Deseaba tanto perderme entre sus brazos, que tuve que hacer esfuerzos para mantenerme quieta y no saltar sobre él.

—Siento mucho lo de esta mañana. Te prometo que no volveré a interponerme en tu carrera —me dijo con un tono de voz que buscaba mi indulto.

—No creo que puedas evitarlo.

—Pero te prometo que lo intentaré.

Con cuidado cogió mi barbilla entre sus dedos, y giró despacio mi cara para que lo mirara a los ojos, pues hasta ese momento me había negado a mirarle.

—¿Me perdonas? —me suplicó en un susurro que se perdió por el aire.

Le miré a esos ojos que me habían enamorado por su calor y su coraje, y me dejé llevar por el corazón perdonándose todo. Asentí con la cabeza y dejé que sus labios sellaran con un intenso beso nuestro acuerdo.

—¡Te quiero, mi ángel! —Sentí cada palabra al salir de su boca.

—¡Te quiero! —Solo pude contestarle.

Agarró mi rostro con ambas manos y nos perdimos entre besos y promesas no dichas. Cuando conseguimos serenarnos, y fuimos capaces de sonreír ya más calmados, el hambre hizo acto de presencia con un ruido de tripas poco romántico que me hizo enrojecer.

—¿Qué te parece si vamos a comer algo? —me preguntó risueño.

Le mostré mi bocadillo aun sin abrir a modo de respuesta.

—¿De qué es?

—Ni idea, solo he pedido un bocadillo y ya está —le contesté fijándome detenidamente en el envoltorio por primera vez desde que lo había comprado.

—¿Crees que algún día pediremos para comer algo que sepamos de qué está hecho?

Ambos reímos ante nuestra costumbre de pedir sin fijarnos de qué se trataba.

—¿Qué te parece si vamos a un restaurante? —me consultó Christian ya más animado.

—¿Y qué hacemos con el bocadillo?

Sin pensarlo dos veces me cogió de la mano y nos levantamos del banco. Calentó mi mano, mirándome en un reproche silencioso por estar cogiendo frío cuando debería tenerlas calentitas, mientras nos acercábamos a un grupo de muchachos que estaban sentados fumando y hablando.

—¡Hola! —Les saludó Christian— ¿Queréis un bocadillo?

Se miraron entre ellos encogiéndose de hombros ante la pregunta. El que parecía el más mayor de todos tomó la palabra, dirigiéndose con chulería a Christian.

—¿De qué es?

—¡Ni idea! —Contestó Christian con la misma chulería—. ¿Lo queréis o no?

El muchacho alargó la mano y contestó encogiéndose de hombros, como si en realidad no le importara:

—¡Vale!

Christian me cogió el bocadillo de la mano y se lo entregó, después, sin más palabras nos volvimos y seguimos nuestro camino. Cuando estábamos a unos metros de distancia, la voz del mismo chico llegó hasta nosotros diciéndonos.

—¡Oye!, ¿No tendrás un pitillo?

—No fumo —le contestó Christian sin mirar hacia atrás y sin parar de caminar.

Comimos en un pequeño restaurante que estaba cerca, y nos despedimos con un beso a las puertas de la agencia, con la promesa de ir a recogerle para llegar juntos a casa. Vi cómo se marchaba caminando con las manos en los bolsillos, y una sonrisa en los labios, dispuesto a comerse al mundo y al que se interpusiera en su camino.

No pude convencerlo para que cogiera mi coche, pues él alegaba que era un día perfecto para caminar, aunque estuviéramos en pleno invierno y a pocos grados. Pero quien era yo para decir nada, si me había sentado en el parque a comer con el peligro de coger una pulmonía.

Y es que cuando se piensa y se mira con el corazón, todo a nuestro alrededor se ve de forma diferente.

## CAPÍTULO QUINCE

Cuando llegué al portal de mi piso, eran apenas media mañana y la actividad era frenética a mi alrededor. El portero me recibió como siempre de forma educada, aunque extrañado de mi temprana llegada y del hecho de que no entrara de forma directa por el ascensor del garaje.

Salió a mi encuentro y, dándome los buenos días, me pasó unas cartas que iban dirigidas a nosotros. Encantada las cogí, pues era la primera vez que me las entregaba, ya que siempre solían cedérselas a Christian. Me imaginé que al haber llegado tan temprano, aprovechó para dárme las y así quitarse una responsabilidad más de las manos.

Me dirigí a los ascensores coincidiendo con la vecina del primer piso, que salía a toda prisa de ellos con cara de preocupación y unas prisas evidentes. Nos saludamos con un cordial “buenos días” mientras la pobre mujer, de unos cuarenta años y vestida con un costoso traje chaqueta de Chanel, luchaba por mantener la dignidad al tratar de correr con tacones de aguja sobre un mármol encerado.

Subí pensando que lo más seguro es que llegara tarde a la peluquería o al spa, y traté de olvidar la imagen de mí haciendo lo mismo en unos años. Me negué a una vida donde mi mayor preocupación fuera romperme una uña, y traté de concentrarme en las cartas que llevaba en las manos.

Sonreí al suponer que no me encontraría con un sinfín de facturas, y fui pasando despacio cada sobre. Me encontré un par de invitaciones para una exposición de arte y otras cuantas cartas cuya procedencia desconocía. Resolví no abrirlas pues iban dirigidas a Christian y llegué a mi planta con una sorpresa.

Entre todas ellas había una que era para mí. Entré en el piso y miré detenidamente el sobre. Solo venía mi nombre y mi dirección con letra de imprenta, sin que apareciera el remitente o tuviera sello. Me pareció muy extraño pues no me imaginaba quién podía escribirme.

La abrí con cuidado de no romper el sobre, descubriendo al hacerlo que en su interior había un papel blanco minuciosamente doblado, y que no auguraba nada bueno. Mi curiosidad y me recelo iban creciendo conforme me daba cuenta de que no era algo normal, y supuse que podía tratarse de una queja de algún vecino, o algo referente a la comunidad del bloque.

Dejé mi bolso, las llaves y las demás cartas y di unos pasos hasta el salón. El piso estaba en silencio pues a esa hora de la mañana no había nadie en él, y por consiguiente lo

tenía todo para mí. Me quité el abrigo y lo dejé en el respaldo del sofá, para después sacar despacio el papel del sobre y empezar a desdoblarlo.

Ante mí aparecieron unas letras grandes y rojas que ocupaban todo el folio llamando mi atención. Nada más verlas me pusieron muy nerviosa, por lo que las manos me temblaban un poco, y me fue complicado entender lo que leía. En letras de imprenta ponía: “O me dejas en paz, o termino de matarte con mis propias manos”.

Tuve que releerla un par de veces para comprender que la amenaza iba dirigida a mí, ya que mi mente se negaba a aceptar el peligro que representaban esas palabras. Me toqué de forma automática el cuello, recordando la agresión que hacía unas semanas había sufrido por parte de mi ex jefe Tom Alenn, consiguiendo que la sensación de peligro aumentara al notar todavía el dolor de garganta, y como sus manos me impedían respirar.

Mi cuerpo empezó a sacudirse de forma descontrolada, y el pánico se apoderó de mí con tanta fuerza, que temí desmayarme en ese mismo instante. De pronto el silencio que me rodeaba empezó a asustarme, al darme cuenta de que estaba sola en el piso con mi asaltante, y a expensas de lo que quisiera hacerme.

Aterrada, miré a todos lados tratando de encontrar algo fuera de lugar que me indicara si corría peligro, aunque a cada segundo que pasaba más convencida estaba de que así era. Mi cerebro empezó a pensar que era lo mejor que podía hacer para protegerme, o donde debía esconderme, sucediéndose en mi mente una consecución de imágenes de mí escondida, y siendo encontrada por mi asaltante.

En pocos segundos mi seguridad se derrumbó y volví a encontrarme tan asustada como lo estuve en aquella habitación de hotel. Volví a sentir las náuseas, el dolor y la desesperación de entonces y las lágrimas enturbiaron mi visión.

En silencio miré a mi alrededor. Estaba prácticamente en el centro del salón, frente a los grandes ventanales, pero aunque la luz me bañaba e inundaba toda la estancia, me sentía como si la oscuridad lo cubriera todo. Cualquier sombra, bulto o reflejo, significaba un peligro inminente que me hacía estremecer.

Mis fuerzas se me iban escapando a cada segundo, y la nota en mi mano me quemaba como si se tratara de auténticas ascuas ardientes. Me sentía insegura en esta habitación tan grande, por lo que pensé en esconderme en mi alcoba, creyendo así que me ayudaría a relajarme y a sentirme protegida. Tomada la decisión me armé de valor, y procurando hacer el menor ruido posible, me dispuse a ir hacia ella.

Me giré e intenté ir despacio hasta el fondo del pasillo, pues ante mí, a poca distancia, estaba mi cuarto. Mis piernas me temblaban y me costaba un gran esfuerzo dar cada paso, como también tenía el pulso acelerado y mi pecho me palpitaba con un ritmo frenético. Aferrándome a las paredes fui avanzando alerta a cada movimiento o crujido que escuchaba, para asegurarme de que nadie me seguía, o que mi atacante saliera de repente de alguna de las habitaciones que tenía delante.

Un sonido casi mudo me hizo frenar en seco quedando paralizada por el miedo. No sabía si de verdad lo había oído o si, por el contrario, había sido un producto de mi imaginación. Solo supe que estar en medio de un pasillo en penumbras no me hacía sentir segura, y no podía garantizar que no hubiera alguien detrás de la puerta de mi habitación esperándome.

Me quedé paralizada y alerta, a la espera de cualquier señal de alarma a mi alrededor. Ahora la idea de quedarme en el piso me pareció pésima, y más cuando no sabía si estaba sola, o donde se encontraba mi asaltante. No sabía muy bien qué hacer, pero de lo que sí estaba segura, era que no podía permanecer en medio de la nada y sin forma de protegerme.

Retrocedí sobre mis pasos pues no quise arriesgarme, al no poder apartar de mí la sensación de que alguien me estaba esperando escondido en mi habitación, y me dirigía derecha hacia él. Recordé que las sombras eran más pronunciadas en el resto de la casa que en el salón, y me reproché por ser tan impulsiva al haberme adentrado en el piso sin haberlo pensado detenidamente.

Me pareció ver movimiento a mis espaldas e inmediatamente me giré para ver si mi atacante estaba detrás de mí. Estaba tan asustada que no podía pensar con claridad, dándome cuenta que cada decisión que tomaba me ponía en peligro, al tomar resoluciones poco acertadas.

Pero cómo podía pensar en una solución cuando el pánico me decía que corriera a esconderme, y mi sentido común me repetía que debía serenarme y pensar para sobrevivir. Toda una odisea si tenía en cuenta que mi juicio estaba bastante alterado, debido a lo aterrada que me encontraba, pues ni siquiera era capaz de respirar o mantenerme de pie.

Cuando por fin logré llegar al salón no vi a nadie, pero eso no me tranquilizó, pues el intruso podía haberse escondido en cualquier parte. Busqué algo contundente para poder defenderme golpeándolo, viendo ante mí una bola de cristal macizo que pertenecía a un adorno de la mesa. Era pesado, pero podía cogerlo fácilmente con la mano, por lo que me sentí más segura cuando lo alcancé y lo sostuve entre mis dedos.

De pronto un ruido vino claramente de la cocina, y empecé a temblar como hasta entonces no lo había hecho. Pues si yo solo pude hallar un adorno en el salón para protegerme, ¿qué podía encontrar mi agresor en la cocina para atacarme?, la lista era inacabable y mi bolita de cristal me pareció cómica frente a tal arsenal de cuchillos, tijeras, mazos y cubiertos entre otros.

Estaba muy asustada y me sudaban las manos. Me sentí paralizada al volver a escuchar el ruido en la cocina, pues eso solo podía significar que había alguien allí y el peligro era real.

No sabía qué hacer pues ignoraba si estaría solo o habría alguien más en el piso. Tampoco sabía con quién tenía que enfrentarme, pues quizás mi ex jefe Tom había contratado a alguien para hacer el trabajo sucio y así no ponerse en peligro, por lo que no sabía si el individuo que estaba haciendo ruido en la cocina era un hombre fuerte o alguien más menudo. Pero teniendo en cuenta que yo era una mujer endeble, nada tendría que hacer al menos que mi agresor fuera un niño.

De pronto me vino una idea a la cabeza, el móvil. Solo tenía que dar unos pasos hasta la entrada donde había dejado el bolso, y llamaría a Christian o a la policía. Miré hacia la puerta y una idea mejor me asaltó. Saldría sin hacer ruido y una vez a salvo en la calle llamaría a la policía.

Traté de estar alerta ante cualquier sonido, y con todo el sigilo que pude, caminé despacio marcha atrás hacia la puerta de salida. Se me hacía difícil hasta el respirar, pues creía que hacía mucho ruido al hacerlo. Como un gato fui acercándome sin perder de vista la puerta de la cocina, esperando ver a mi atacante en cualquier momento saliendo de ella con un cuchillo.

Cuando estaba a escasos pasos de llegar a mi destino, escuché como algo raspaba al otro lado de la puerta, y supuse que ahí, acechándome, había alguien. Estaba atrapada en mi propio hogar pues uno de ellos estaba a dentro esperándome, mientras el otro se encontraba fuera vigilando.

Las lágrimas me impedían ver con claridad. El castañear de dientes y mis temblores me estorbaban al escuchar. El cansancio y la angustia me frenaban ante cualquier idea, y el terror me paralizaba y no me dejaba pensar con claridad. Solo quería tumbarme en mi cama y cubrirme por completo con una manta hasta que todo pasara, pero temía que esta vez mis deseos no se cumplirían.

Inmovilizada frente a la salida retrocedí despacio, hasta que otro ruido proveniente de la cocina me hizo soltar un gemido, y me abracé con todas mis fuerzas mientras trataba de no llorar, ni de venirme abajo. Me acordé del móvil que estaba a escasos pasos de mí, y me di cuenta que solo podía salvarme si hacía frente a mis miedos y conseguía llegar hasta él, en vez de quedarme ahí paralizada por el terror.

Temblorosa conseguí reunir las pocas fuerzas que aún me quedaban, y con la determinación de no dejarme vencer, me acerqué al bolso para cogerlo sin poder dejar de apartar la mirada de la puerta de la cocina.

Traté de no hacer ruido, pero mi mala suerte volvió a atacarme, y sin quererlo se me escurrió las asas de entre los dedos, cayendo todo su contenido al suelo con un gran estrépito. El sonido cesó y mi corazón dejó de latir en esos momentos.

Escuché claramente unos pasos que se movían por la cocina, y me preparé para que apareciera ante mí el hombre que pretendía dañarme. Todo mi cuerpo se tensó a la espera, hasta llegar al punto de no estar segura de saber qué era realidad y qué ficción cuando escuché las siguientes palabras:

—¿Es usted, señorita?

Por unos segundos no reconocí la voz, ni a la persona que apareció ante mí, pues mi mente se hallaba perdida en un cúmulo de suposiciones, cada una de ellas más siniestra.

—¿Se encuentra bien?

Cuando por fin mi cerebro volvió a funcionar de forma coherente, me di cuenta de que frente a las puertas de la cocina se encontraba nuestra asistente, paralizada ante lo que veía, dándome una pista de la expresión de terror que debía de tener mi rostro, pues ella también parecía asustada al contemplarme.

Tras respirar un par de veces, y verificar que no me encontraba en peligro ya que todo había estado en mi mente, pude empezar a serenarme y a dejar de sentir esa sensación angustiada de ser atacada de nuevo.

Cuando mi cerebro por fin comenzó a racionalizar todo lo que veía, no sabía si llorar por mi estupidez al haberme olvidado de que hoy le tocaba venir a trabajar, o si por el contrario abrazarla con todas mis fuerzas, a causa del alivio que sentía en esos momentos.

—No es nada Rose, se me ha caído el bolso.

Traté por todos los medios de sonar lo más natural posible, pues en esos momentos me sentía una completa estúpida, aunque no pude engañarla. Las palabras apenas salían por mi garganta debido al pánico que había sentido, y aún permanecía en mí, y mis ojos se negaban a dejar de llorar.

—Ay señorita, no sé cómo puede ser tan despistada. Déjeme que la ayude.

Se acercó a donde yo estaba, mientras se secaba las manos en un paño, y disimulaba que en realidad había pasado algo más. Un detalle que le agradecí, pues no me encontraba preparada para enfrentarme a lo que me había pasado. Por eso hice todo lo posible para que no me viera tan nerviosa y asustada, y le quité importancia al asunto.

—Es igual, ya puedo yo sola.

—Si el señor Christian se entera de que no la he ayudado me soltará un discurso, y ya soy muy mayor para eso —me puso como excusa para acercarse.

La contemplé mientras se aproximaba a mi lado con ese aire decidido que tanto la caracterizaba. Era una mujer rellenita de unos sesenta años, con el pelo corto y rizado de color negro, pero con unas hebras plateadas que indicaban su edad. Me recordaba a las mujeres que frecuentaban los mercados, o acompañaban a los nietos al colegio o al parque, y sentí una fuerte necesidad de abrazarla.

—¡Pero niña, si estás temblando!

No pude retener un sollozo, y en cuanto llegó a mi lado me perdí entre sus brazos, aliviada de que todo hubiera pasado. Mis piernas me fallaban y tuvo que sostenerme, perdiéndome en su calidez, y empecé a llorar desconsolada dejando así que toda mi angustia saliera. Me abrazó con fuerza consolándome, sin dejar en ningún momento de decirme palabras reconfortantes. Cuando por fin me serené un poco me separé de ella y sequé mis lágrimas.

—Lo siento, no he podido evitarlo.

Me sentí tonta por haberme dejado llevar por mis sentimientos, obligando a Rose a una situación incómoda.

—Tranquila, no pasa nada. Un mal día lo tiene cualquiera y tú ya has tenido unos cuantos.

Asentí con la cabeza y caí en la cuenta de un detalle.

—Bueno, por lo menos he conseguido que me tutees.

Ella me sonrió y le devolví la sonrisa levemente.

—Después de este abrazo ya no tiene sentido no hacerlo —me comentó sonriéndome, dándome cuenta en el acto que esa sonrisa era justo lo que en ese momento necesitaba.

Volví a asentir y cogí unos clínex del paquete que estaban en el suelo para secarme los ojos, sintiéndome incapaz de decir una sola palabra a causa de las sensaciones tan intensas que estaba sintiendo. Puede que Rose no fuera parte de mi familia; y que apenas la conocía, pero tenerla a mi lado en ese instante consolándome, significó mucho para mí y por eso le estaría eternamente agradecida.

—Y ahora vamos a recoger esto y a tomarnos un café —indicó Rose tratando de sonar despreocupada aunque su mirada me decía lo contrario.

Ambas nos agachamos para recoger las cosas de mi bolso que estaban esparcidas por el suelo, y vi la nota que antes se me había caído de las manos entre nosotras. Sin pensarlo dos veces la cogí y la metí en el bolso, antes de que Rose se percatara y pudiera ojearla. Sabía que si la veía se lo diría enseguida a Christian, y aún no había decidido qué contarle, ya que no quería estropear estos días que faltaban hasta el catorce de febrero.

Seguí recogiendo a su lado notando como un dolor de cabeza estaba empezando a pronunciarse, al mismo tiempo que me negaba a quedarme sola, aun sabiendo que todo había sido un malentendido y no corría peligro.

Pocos minutos después las dos estábamos en la cocina; yo sentada con un café en las manos y ella preparando una lasaña, mientras trataba de tranquilizarme al hablarme de sus nietos. Aunque debo confesar que apenas le presté atención, pues mi mente se encontraba demasiado ocupada en otros asuntos. Por eso, sin previo aviso, corté su conversación y le expuse un asunto que me preocupaba.

—Rose, tengo que pedirte un favor —me observó esperando a que continuara—: Me gustaría mantener en secreto este incidente.

Durante unos segundos se me quedó mirando pensativa, para después coger su taza de café y tomar un gran sorbo. En la que me parecía una eternidad apartó la taza de sus labios, y la volvió a dejar sobre la encimera para, posteriormente, contestarme:

—Como tú quieras, pero el señor notará que estás alterada en cuanto te vea.

Comprendí que tenía razón, pues me sería prácticamente imposible aparentar normalidad con el manotaje de nervios que estaba sintiendo. Además, el tiempo estaba en mi contra, ya que la hora del almuerzo estaba prácticamente encima, y cuando Christian fuera a buscarme a nuestro rincón en el parque, y no me viera, empezaría a preocuparse.

—Tienes razón.

De pronto caí en la cuenta de que Rose desconocía el motivo de mi malestar, y lo achacaría a un ataque de ansiedad debido al estrés. Ella no sabía nada de la nota que había recibido amenazándome, por lo que no podría contarle gran cosa a Christian, y por consiguiente todo podía quedarse en un ataque de ansiedad sin apenas importancia.

Además, no podía pasar por alto que no quería arriesgar el puesto de trabajo de ella, pues estaba segura que Christian no le perdonaría que no le hubiera avisado, y me negaba a

ser la causante de su despido. Al fin y al cabo ya llevaba demasiadas cosas a mis espaldas, y no estaba segura de poder soportar otra más.

Con mis ideas más claras y sabiendo que por mucho que me calmara no conseguiría engañar a nadie, me terminé el café y me dejé llevar por el agotamiento, pues todo mi cuerpo me pesaba y necesitaba descansar.

—Voy a dormir un rato —le informé sin disimular mi cansancio.

—Me parece una buena idea. Tú descansa mientras termino la lasaña para cenar, y luego te preparo la ensalada de pollo que tanto te gusta para que te la comas más tarde.

Le agradecí las molestias que se tomaba conmigo con una sonrisa; pues me recordaba a Tilde y su manía de que comiera cuando me encontraba mal, y me fui derecha a mi alcoba sin poder olvidar la sensación de que quizás alguien estaba tras la puerta esperándome.

Tratando de apartar de mi mente todo pensamiento de peligro me tumbé sobre la cama, y me arrojé con la colcha hasta taparme por completo como había querido hacer antes. Solo deseaba apearme del mundo por un momento, y dejar de pensar o de imaginar mil formas diferentes de enfrentarme a la realidad, pues ninguna de ellas me apetecía en ese instante.

\* \* \*

Cuando Rose me llamó avisándome de que algo había trastornado a Mary, y la había encontrado en el hall con un ataque de pánico, no pude hacer otra cosa más que desear estar a su lado para abrazarla con todas mis fuerzas y reconfortarla.

Llegué lo antes posible junto a ella, mientras iba pensando por el camino que le había podido ocurrir para que reaccionara de esa manera. Me reproché haberla dejado ir a trabajar tan pronto, cuando sabía que aún no estaba preparada, pues pensaba estúpidamente que al mantenerse ocupada y con responsabilidades, la ayudaría a enfrentarse a sus miedos.

Pero como estaba siendo habitual, me había vuelto a equivocar y otra vez había pagado ella por mis errores. Me revolví inquieto en mi asiento mientras un taxi me llevaba a casa, sin poder quitarme de la cabeza las veces que últimamente la había visto llorar, o sentirse triste y distante.

Como una exhalación corrí para llegar cuanto antes, sin importarme las miradas incrédulas del taxista, mis vecinos o el portero. Solo podía pensar en mi ángel y en lo mucho que me necesitaba.

Cuando entré en nuestra habitación en penumbras, se me paró el corazón, ya que mi ángel estaba tapado por la colcha y solo dejaba a la vista su coronilla. Me acerqué despacio por miedo a despertarla, pues necesitaba comprobar con mis propios ojos que se encontraba bien. Retiré un poco la colcha y vi que estaba dormida, seguramente el estrés la había agotado y su cansado cuerpo necesitaba descansar para reponerse.

Me incliné y la besé en la mejilla con cuidado, para después despacio, quitarme el abrigo, la chaqueta y los zapatos, y me acosté a su lado abrazándola. No se despertó,

aunque sí se removió un poco hasta ajustarse a mi cuerpo, y así pasamos unas cuantas horas sin que nadie nos molestara, y en las cuales yo aproveché para pensar qué podía hacer para salir de esta espiral de mala suerte.

No me importó el hambre, el trabajo urgente que había dejado a medias, o que las horas pasaran sin hacer nada más que estar tumbados, ya que solo quería estar a su lado cuando despertara y decirle “te amo”, para que supiera que no estaba sola.

Los escasos rayos del sol que se filtraban por la ventana comenzaron a desvanecerse, e imaginé que la tarde se estaba consumiendo hasta dar alcance a la noche. Noté que por fin Mary se removía a mi lado y cuando se incorporó con un grito, supe que una pesadilla la había despertado. Estaba alterada, perdida y sudorosa, dándome la sensación de no estar muy segura de donde se encontraba. Me incorporé permaneciendo así ambos sentados en la cama, ella con la mirada perdida, y yo con la mía fija en ella.

—Ya pasó pequeña, todo está bien.

Mary se volvió para mirarme, dándose cuenta por primera vez que me encontraba junto a ella. Sin pensárselo dos veces me rodeó el cuello con sus brazos y escondió su cara en él llorando, mientras la abrazaba y sufría por su dolor.

—Tranquila pequeña, ya pasó.

Le repetía una y otra vez sin permitir que se apartara de mí ni un milímetro. Cuando unos minutos después se hubo serenado, se separó un poco y bajó su mirada avergonzada. Por alguna razón se negaba a mirarme, pero no estaba dispuesto a permitirle que me excluyera o me ocultara algo. Por ello le subí el mentón con suavidad hasta que nuestros ojos estuvieron a la misma altura, y despacio la besé en los labios con toda la dulzura que me fue posible reunir.

Nos perdimos en el sabor de nuestras bocas, notando el gusto salado de las lágrimas en ellas. La enloquecí y dejé que se perdiera en el placer que nos producía estar unidos como un solo ser. Le acaricié la espalda, el cuello y la cara, y acabamos el beso estando ambos jadeantes.

—Christian —me susurró en la penumbra.

—¿Sí, pequeña? —fue lo único que conseguí decir.

—Yo... No sé qué decirte —su voz sonaba como asustada.

—No tienes por qué hablarme de ello si no quieres.

—¿No te vas a molestar?

“Claro que sí” pensé, pero no era el momento para ponerme quisquilloso y exigirle una explicación, tanto por entrar en pánico, como por estar a esas horas de la mañana en casa cuando debía de estar trabajando; lo que me indicaba que algo le había sucedido en la inmobiliaria. Pero me mordí la lengua y callé todo lo que me hubiera gustado decirle.

—¡Claro que no pequeña!, solo quiero que estés tranquila. Ya habrá tiempo para hablar más adelante.

—¡Gracias! —me dijo con las lágrimas bañando su cara y no pude hacer otra cosa más que besarla.

—Y ahora, ¿qué te parece si comemos algo? ¡Estoy famélico!

Ambos sonreímos, y pude atisbar por un momento a la Mary que había sido antes y que ahora solo aparecía en ocasiones.

—Pobrecito mío, te tengo descuidado y hambriento.

Con sumo cuidado me acarició la mejilla mientras seguía el recorrido de sus dedos con su mirada. Su sonrisa se borró de su rostro y la tristeza se fue apoderando de su semblante, a cada centímetro de piel que tocaba.

Queriendo acabar con su tortura le cogí la mano, llevándomela a mis labios para besarla, para tratar de apartar ese pesar que aparecía en sus ojos. No estaba seguro de cuáles eran sus pensamientos, ni qué era lo que tanto le angustiaba, pero sabía que éstos la estaban destrozando y me negaba a quedarme parado, observando cómo se iba consumiendo.

—No pienses más en cosas tristes pequeña, o no podrás volver a ser feliz.

Ella asintió ante mi consejo, pero le fue difícil apartar la melancolía de su mente, y hacer resurgir la felicidad que tan celosamente guardaba en un rincón de su ser. Decidido a hacerla olvidar, me levanté y la llevé a la cocina para comer algo. Solo conseguí que probara unos bocados y poco después regresara a la cama. Ese día no iba a lograr que se abriera a mí y opté por permanecer a su lado en silencio, a la espera de que volviera a abrirme su corazón, pues era lo que más anhelaba.

## CAPÍTULO CATORCE

La semana pasó a un ritmo lento y monótono que convirtió mis días en puro aburrimiento. Trataba de adaptarme a mi nueva ocupación en la agencia, pero me costaba pasarme horas frente al ordenador haciendo un trabajo pesado y sin sentido. Además tenía a las dos arpias pegadas como lapas a mis espaldas, obligándome a hacer oídos sordos a sus continuos comentarios jactanciosos, cuando en realidad me moría de ganas de hacer que se los tragaran.

Cada mañana llevaba a Christian al trabajo en mi nuevo deportivo, sin poder dejar de mirar por el espejo retrovisor, esperando ver en cualquier momento a mi ex jefe persiguiéndome. Las mañanas se me hacían eternas, y contaba cada minuto que faltaba para la hora del almuerzo, donde me reunía con Christian en lo que se convirtió en nuestro banco del parque, y de ahí elegíamos un restaurante donde comer algo.

Incluso en una ocasión me sorprendieron con la llegada de mi hermana Sarah y de mi cuñado Alan al restaurante, y pudimos almorzar todos juntos como si se tratara de una celebración especial, pues no faltaron ni las risas ni los brindis.

Las primeras horas de la tarde eran las más tranquilas, y solo tenía que aguantar dos horas hasta que mi horario llegaba a su fin y podía marcharme. Cuando el papeleo empezó a escasear, ya que la mayoría de él se producía cuando había una venta y era labor del jefe ocuparse de la mayor parte de los trámites, me quedé sin material para archivar y me hice asidua del solitario.

Estoy convencida que el Señor Murray se pasaba más tiempo pensando qué tarea asignarme para mantenerme ocupada, que ocupándose de su propio trabajo. No podía dejar de pensar que cada día estaba más cerca de mi despido por ser un estorbo, y empecé a ojear en el periódico la sección de empleo para estar preparada en caso de que se presentara esta opción.

Las pesadillas seguían siendo las protagonistas de mis noches, y la inquietud empezaba a aparecer en mi cuerpo por medio de la pérdida de peso, ojeras, y un humor que iba a peor por momentos. Christian hacía todo lo posible por consolarme y calmarme, pero estaban empezando a aparecer en él los mismos síntomas que yo mostraba; sobre todo las ojeras y el humor cambiante.

Con cada enfado venía una disculpa y una caricia, pero estaba empezando a temer que pasaría cuando la ternura se agotara, y solo quedarán las palabras hirientes y los malentendidos. Si no solucionaba pronto mis problemas, acabaría perdiendo lo más valioso que había poseído en la vida, y solo conseguiría quedarme sola y desesperada.

No sabía cómo solucionarlo y el tiempo jugaba en mi contra, ya que sentía que cada día perdía terreno y un abismo empezaba a abrirse entre nosotros. Pero no podía evitar sentirme molesta por cualquier cosa que él hacía o decía, convirtiéndolo en mi enemigo, y llorando por cualquier tontería haciendo que se sintiera aún más culpable.

Sé que Christian atribuía mis cambios de humor al ataque que sufrí en su hotel y procuraba con paciencia comprenderme y perdonarme. Pero era precisamente esa actitud la que muchas veces me exasperaba, queriendo que se revelara y gritara conmigo.

No había mayor desafío para mí que decir blanco cuando él decía negro, por muy oscuro que estuviera todo. Pero lo que más me exasperaba era cuando lo dejaba pasar sin buscar pelea y me miraba con consideración. Era en esas ocasiones cuando hubiera sido capaz de estrangularlo con mis propias manos, y me costaba cada vez más contenerme para no agravar más la situación.

En solo once días habíamos tenido tres discusiones fuertes, por las tonterías más simples como su empeño en que comiera y el mío por no tener hambre, su insistencia en que descansara cuando yo quería emociones, o su necesidad de cuidarme como si fuera una cría, cuando lo único que quería era que me diera espacio y me dejara tranquila.

Pero tras estos días de lucha continua, y estando hoy a lunes, me había propuesto mantener la paz pues estábamos a dos jornadas de San Valentín y no quería estar enfadada en nuestro primer catorce de febrero. Por ello, organicé la operación 14F y me propuse no discutir, y menos aún enfadarme, hasta pasada la fecha señalada. Es decir, durante todo el día de hoy, mañana martes y por último, el miércoles catorce de febrero.

\* \* \*

Con la firme convicción de pasar un día tranquilo y de mantener mi sonrisa a toda costa, esa mañana me levanté juguetona y deseosa de las caricias de Christian. Pasamos el amanecer amándonos con anhelo y ambos llegamos al trabajo con una sonrisa boba.

La jornada empezó como siempre, sin percatarme de que ese día sería el punto de inflexión en mi relación con Christian. Llevaba un par de horas en el trabajo cuando decidí ir al baño, y tomarme un café para despejarme, ya que la monotonía y el aburrimiento se estaban empezando a apoderar de mí.

Al entrar en los lavabos no vi a ninguna de mis dos compañeras por lo que me alegré, pues no quería que nada enturbiara mi buen humor y con solo estar cerca de ellas mi genio se disparaba.

Pero en esta ocasión la suerte no estuvo de mi lado, y cuando me disponía a salir, oí sus voces al otro lado de la puerta riendo y cuchicheando como era habitual en ellas. Decidí esperar escondida dentro de mi retículo para no ser vista y poder escapar así de sus garras. Lo que no pude imaginar fue la conversación que acabé oyendo mientras esperaba.

—Como te cuento, se lo escuché decir a uno de los chicos —creí reconocer la voz de Jennifer—. El pobre Señor Murray no sabe cómo quitársela de en medio y encima tenemos que ponerle buena cara.

—No entiendo como no coge sus cosas y se va a jugar a otro sitio. ¿No se da cuenta de que aquí no la queremos?

Sin duda esa voz era la de Beverly, pues era difícil no ver a la rubia engreída sin que su perrito faldero estuviera detrás.

—Mientras le den dinero, esa de aquí no se marcha, conozco muy bien a las de su calaña. Les avisé a todos de que no le dieran esa venta, pero como no, nadie me escuchó — Jennifer sonaba enfadada.

—Fue muy injusto, tú llevas más tiempo que ella en esta agencia, y sin embargo tuviste que hacer todo el trabajo sucio. Y para colmo esa buscona se llevó toda tu comisión.

—Sí, eso no se lo voy a perdonar, no sé por qué se lo dieron a ella cuando yo tengo más antigüedad. Y encima me obligaron a callarme.

—¡Pues por qué va a ser!, no ves que es la amante de ese millonario, solo tiene que abrirse de piernas y decir lo que quiere y todos se desviven para dárselo. ¡Pero conmigo que no cuenten, que no la soporto!

—¡Anda que yo!, si por mi fuera le arrancaba los pelos y le rajaba las ruedas de su asqueroso coche.

Escuché como Beverly suspiraba mientras dejaban pasar unos segundos en silencio, supongo que porque se estaban pintando los labios, ya que era una especie de tic nervioso en ellas, pues solían retocárselos cada pocos minutos.

—Qué suerte tienen algunas, nosotras trabajando como mulas para que vengan mujerzuelas como esa y se lo lleven todo —dijo Beverly al fin.

—Tú no sufras por eso, a esa dentro de unos años la ves mendigando por los callejones, ¡en cuanto se le caigan las tetas! —Oí sus estúpidas risas—. Sin embargo nosotras seguiremos con nuestro trabajo y nuestro orgullo.

—Yo no sería capaz de ir por la calle con la cabeza alta sabiendo como consigo el dinero —la voz de Beverly sonaba seria.

—Pues será que no hay putas por todas partes, solo tienes que salir a una discoteca el fin de semana y verás cuantas encuentras —repuso Jennifer con voz altanera.

—Por eso a mí no me gusta ir a esos sitios, están llenos de gente vulgar que detesto.

—Yo prefiero ir a locales con glamour, no soporto a las niñas repintadas y sin gusto que babean en cuanto se les acerca un hombre.

—A mí me pasa lo mismo —le contestó y escuché el repiqueteo de sus tacones dirigiéndose a la salida—. ¿Te vienes a tomar un café?

—Mientras no sea ese brebaje de la cafetera —contestó Jennifer con voz petulante.

—¡Claro que no!, nos vamos a la cafetería a por un capuchino en condiciones.

—Entonces me apunto, pero tendrás que pagar tú, yo estoy ahorrando para un Luis Vuitton.

—¿Como el que trajo el otro día esa? —repuso de forma despectiva Beverly.

—Parecido, pero el mío va a tener más clase.

—¡Eso seguro!

Las escuché marcharse mientras sentía como mi alma se iba por el retrete. Pensé indignada como era posible que esas dos desconocidas me juzgaran tan injustamente, cuando no había hecho nada para merecérme.

Ante mí aparecieron los lujosos regalos de Christian: los bolsos, trajes y zapatos de diseño, el viaje, el deportivo, las joyas y cientos de pequeños detalles más, y traté de imaginarme como me verían todas aquellas personas que no me conocían y no sabían nada de nuestra relación, comprendiendo entonces las sucias palabras de mis compañeras, al aparecer ante ellos como una cualquiera que solo buscaba su dinero.

Me senté en el retrete y lloré dejando que mis ya asiduas lágrimas volvieran a mojar mi cara. En ese momento me sentí sucia e indigna aún sabiendo que eran injustas conmigo, pero debía reconocer que ante sus ojos el calificativo de puta estaba justificado. Yo era una mujer joven y bonita que vivía en el piso de mi novio millonario, el cual me mantenía comprándome no solo todo lo que necesitaba, sino también caprichos de lujo.

Nunca antes me había sentido tan perdida, pues la vida no paraba de golpearme sin tregua, y además poco a poco me estaba despojando de lo que yo más quería; a Christian y a mi amor propio, temiendo que cuando todo esto acabara de mí solo quedara un cascarón vacío y sin esperanzas.

Pero lo peor de todo fue cuando en mi mente empezó a formarse una duda, ya que si Christian había llamado hace unos días a mi jefe pidiéndole que me diera una ocupación más tranquila y segura, ¿era posible que el mes pasado también le exigiera un trabajo para mí en la agencia?, o dicho de otra manera: ¿había conseguido el puesto por ser su novia o por mis propios méritos?

Los celos se mezclaron con las lágrimas que corrían por mis mejillas. Quería hacer de hoy un día especial donde la alegría volviera a sonreírme y sin embargo me había encontrado con una muralla de dolor, desconfianza y resentimientos que me impedían alcanzar la deseada felicidad.

Ansiaba salir corriendo de ese detestable lugar para no volver nunca, deseando dejar atrás ese empleo que había empezado a odiar, para volver a empezar de nuevo y olvidarme de todo lo malo. Sus palabras, sus miradas, las horas frente al ordenador sintiéndome inútil, sus risitas, cuchicheos y el comportamiento de ostracismo que me mostraban, de pronto tuvieron sentido para mí. Ellos pensaban que era una aprovechada que no merecía estar allí y no tenían por qué respetarme.

Salí de mi escondite y me lavé la cara con agua para despejarme. Por mi cabeza las preguntas bullían a mil por hora. ¿Qué debía hacer ahora? ¿A dónde iría? ¿Qué era lo que quería?

Caí en la cuenta de que no podía salir corriendo, pues les daría la razón a todos al comportarme como una niña malcriada. Debía serenarme y pensar detenidamente. Me miré al espejo y vi ante mí a una mujer desecha y perdida a la que habían pisoteado una y otra vez aun siendo inocente. Odié ver mi reflejo cobarde en él, y me enderecé decidida a ser fuerte, aunque me sangrara el corazón por dentro.

Aunque no me gustara mi trabajo, y lo hubiera conseguido de forma poco convencional, iba a demostrar a todos que era una profesional de los pies a la cabeza, y acabaría mi jornada laboral aunque me dejara el alma en el camino. Saldría con dignidad y sin derramar ni una sola lágrima más, para enseñar de qué material estaba hecha.

Era una mujer con una vida por delante y no iba a consentir que unos desconocidos me la amargaran. Tendría mis días de tregua con Christian, aunque tuviera que enterrar las penas en lo más profundo de mi ser. Después él y yo tendríamos una larga charla, donde quería respuestas y la firme promesa de no volver a intervenir en mi vida profesional.

Con la decisión tomada, y mis piernas temblando, salí del cuarto de baño y me dirigí a mi mesa. Por suerte no me encontré con esas dos brujas, pues no estaba segura de poder contenerme ante ellas. El enfado quemaba mis entrañas, y tener delante de mí a esas dos mujeres hubiera sido el detonante perfecto para explotar. No estaba segura de qué les había hecho, pero de lo que sí estaba convencida es que me hubiera costado comportarme como una dama, pues reconozco que cuando me calientan la sangre, mi genio me pierde.

Ante mi ordenador sentí que mis fuerzas me abandonaban, sin poder dejar de mirar de forma disimulada a mi alrededor, por si veía a mis compañeros observándome o cuchicheando a mis espaldas. Cualquier sonido me ponía en alerta, y trataba de centrarme sin conseguirlo en mi trabajo, pues era imposible estar pendiente de dos cosas a la vez.

A los pocos minutos llegué a la conclusión de que seguir trabajando a diario en ese ambiente sería imposible, pues acabaría con mis nervios y la poca cordura que me quedaba, sin contar que en mis actuales condiciones, donde necesitaba tranquilidad y apoyo, estar en esa situación de estrés y tensión no me beneficiaba nada.

Tuve que negarme mil veces a llamar a Christian o a mi hermana para buscar su apoyo, pues quería mantenerlos al margen. No podía pedir respeto y confianza cuando al mínimo problema salía corriendo buscando su protección, ya que si lo hacía nunca me tomarían en serio. Debía resolverlo sola, pues era la única manera de poder mirarme a la cara con orgullo, y no acabar con mi autoestima por los suelos.

Las horas pasaron lentas y pesadamente, siendo con cada segundo más consciente de que no volvería a trabajar en esa agencia por más tiempo. Decidí que antes de encontrarme con una carta de despido por ser innecesaria en la empresa, debía ser lista e irme por voluntad propia.

No sabía si la conversación que escuché en el cuarto de baño era real o no, pero cuanto más la repasaba y pensaba en ella, más convencida estaba de su veracidad. Tenía que adelantarme para salvaguardar mi integridad y enfrentarme a mi jefe, el señor Murray, antes de que fuera demasiado tarde.

Decidí que esperaría hasta el día siguiente para tener una charla con él, y pasaría esta jornada reflexionando sobre qué decirle y retomando las fuerzas. Almorcé como siempre con Christian haciendo mi mayor esfuerzo para que no notara nada extraño, y regresé a mi odioso puesto, negándome a cruzar ni una mirada con mis despectivas compañeras.

Cuando por fin llegó el final de la jornada respiré aliviada por haber resistido, y me alejé con paso decidido y cansado pues nunca habían pasado las horas de una forma tan lenta y tan apagada, como jamás antes había tenido tantas ganas de alejarme de un sitio. Tal

vez la próxima vez tendría más suerte en mi trabajo, si es que conseguía salir de la larga sombra que proyectaba mi rico e influyente novio.

\* \* \*

No sé qué le está pasando a mi amor, pero me siento estúpido e inútil por no poder ayudarla. No tengo experiencia con las mujeres, y mucho menos con las relaciones largas, por lo que me siento perdido ante los cambios que estoy viendo en Mary. Soy capaz de controlar un imperio, de asumir situaciones de riesgo y de salir victorioso de juntas adversas, pero soy incapaz de llegar hasta el corazón de la mujer que amo, por mucho que lo deseo e intento.

Se me escapa de entre los dedos sus lágrimas sin poder encontrar una cura para ellas, y me siento impotente por tener a mi lado lo que más quiero y no poder ser su consuelo. Me duele tanto ver la pena en sus ojos y no saber cómo apartarla, que a veces creo que me voy a volver loco por no poder aliviarla.

Sé que hoy ha pasado algo que la ha entristecido aún más, y me atormenta que no confíe en mí para contármelo. Es posible que solo quiera protegerme, como yo hago con ella, pero quiero ser su consuelo y su guía, su apoyo, su estímulo, su ancla y su timón, su ilusión y su último pensamiento al acostarse.

La amo tanto que a veces pienso que tal vez la única forma de hacerla feliz sería marchándome, dejándola de esa manera libre, ya que no sé si soy yo el que la está haciendo sufrir al no saber llegar hasta ella. Pero no consigo imaginar un mañana sin que Mary esté presente, pues es mi futuro y mi aliciente, sintiendo imposible dejar a un lado lo que el destino me ha puesto en frente.

Después de unas horas donde la he notado ausente y pensativa, ha llegado el momento de acostarnos y de tenerla entre mis brazos. Esta noche está más sensible que de costumbre, y siento como me necesita, aunque sigo sin saber el motivo al darme largas cada vez que se lo pregunto.

Noto un escalofrío recorrer su cuerpo y la pego a mí para darle mi calor, esperando con ello ganarme su confianza, y poder compartir con ella todo aquello que la atormenta.

—¿Estás bien, mi ángel? —le susurro con dulzura.

—Sí, solo necesito que me abracés.

La beso en la frente mientras estamos tumbados en nuestra cama, a la espera de que pase la noche y llegue el amanecer, y siento el contraste de su piel fría junto a la mía que está ardiendo. Las horas pasan despacio y no quiero soltarla, pues un nudo en mi garganta me dice que algo está a punto de suceder.

—Mary, si te pasara algo me lo contarías, ¿verdad?

Tras esperar un largo minuto escuché su voz suave respondiéndome “sí”, confirmándome por su tardanza, por su tono inseguro, y por el temblor de su voz, que me estaba mintiendo.

Quería decirle que la quería, la necesitaba y la deseaba, pero sentía que en este momento las palabras sonarían mudas y eran necesarios otros léxicos. Por ello la besé con toda la pasión y la entrega que pude reunir en mi corazón, y me fundí en su carne con caricias y con besos que recorrieron su piel a paso lento.

La penetré profunda y plenamente en una embestida que la marcaba como mía, la enloquecí con un ritmo pausado que la hacía gemir de placer, a la vez que maldecir por mi lentitud, y seguí atormentándola con deleite hasta hacerla rogar por alcanzar su plenitud.

La provoqué y la disfruté, la saboreé y cuando ya no pudo aguantar más, grité mi amor en sus labios mientras ella estallaba en un orgasmo. Besé su rostro repitiendo una y mil veces que la quería, y tuve como respuesta sus lágrimas que al tocarme quemaron mi piel.

—No llores pequeña.

Le dije mientras seguía cobijándola entre mis brazos y con mi cuerpo cubriendo el suyo, pues mi intención era apartar la soledad de su alma.

—¡Shhh!, no llores —volví a insistir y le sellé los gemidos con un beso.

Miré su rostro entre las sombras de la noche y vi pesar en sus ojos. Su tristeza destrozó mis entrañas, y solo pude perderme en sus brazos, mientras enterraba mi cara entre sus cabellos.

—¡Mary! —Repetí una y mil veces, hasta atontar mis sentidos y sentirme adormilado.

El tiempo fue pasando mientras me perdía en la calidez de su aroma y sentí como su cuerpo se relajaba, quedando laxo entre mis abrazos. Volví a mirarla y la contemplé perdida entre los sueños, pues ni entre quimeras y fantasías se creía a salvo.

Sentí que vivía en un espejismo y que en cualquier momento al despertar, me daría cuenta de que la Mary de mis brazos, esa que tanto amaba y había esperado, hacía tiempo que se me había escapado. Somnoliento la abracé con más fuerza, reacio a perderla, y recé con toda la intensidad que sabía pidiendo al Todopoderoso retenerla a mi lado.

Le hice el amor cuando una pesadilla la despertó sobresaltada, intentando de esta manera apartar con mi pasión todo el dolor que fui capaz de hacerle olvidar. Durante el resto de la noche la sostuve en mis brazos, y sellé sus ojos y su boca con mis besos, odiando ver aparecer en el horizonte los primeros rayos del sol.

Por primera vez en mi vida, las sombras me daban tranquilidad y las luces desazón, pues me hubiera gustado permanecer en esa noche oscura toda la eternidad, para así poder tenerla para siempre a mi lado.

Con la llegada de la luz otro día más comenzaba, y no sabía si estábamos preparados para afrontar lo que nos aguardaba al despertarnos.

\* \* \*

Cuando me desperté perdida entre sus brazos, olvidé por un momento que esa mañana era diferente a las demás. Hoy debía enfrentarme a una verdad que podía arruinar mi felicidad, y trataba por todos los medios de no pensar que sucedería. En pocas horas averiguaría si Christian utilizó sus influencias para darme el trabajo, o si por el contrario, todo había sido una mentira inventadas por esas dos arpías de mis compañeras de trabajo, aunque esto último lo dudaba.

Sabía que en caso afirmativo sus intenciones habrían sido buenas, por lo que no podría juzgarlo, pero no podía pasarme la vida entera escondida bajo su sombra. Me levanté tratando de disimular mi angustia, mientras Christian hacía todo lo posible por animarme y darme su amor.

Me dolía tanto no poder contarle aún lo que me atormentaba, que no podía mirarle a la cara sin sentirme culpable. Fuera cual fuese el resultado de esta mañana, debía hablar con él y poner unos límites a nuestra relación, por el bien de mi cordura y mis remordimientos.

Decidida a averiguar la verdad, lo llevé en silencio hasta su despacho, como estaba siendo costumbre estos últimos días, y después me dirigí a la agencia para interrogar a mi jefe. Aparqué a unos metros de la fachada para tener privacidad, y esperé en el interior del deportivo hasta tener la fuerza necesaria para enfrentarme a la confirmación; o no, de mis sospechas.

Me miré en el espejo retrovisor y me alegré de estar en invierno, pues así me resultaba más fácil esconder las marcas amarillas de mi garganta con un vestido de cuello alto. También daba las gracias a mi maquillaje anti ojeras y a los ansiolíticos que el psiquiatra me recetaba, pues conseguía con ellos camuflar mi verdadero aspecto.

Me acordé sin pretenderlo de cómo esta mañana Christian me había pedido como regalo que sonriera, y deseé con todas mis fuerzas haberle podido recompensar con una sonrisa sincera, en vez de esa otra falsa que tuve que mostrarle y que no engañó a ninguno de los dos.

Cuando esto acabara y todo se despejara, le debería una vida entera de felicidad y sinceridad, ya que era lo mínimo que él se merecía por todo el amor que me ofrecía. Ante tanto desconcierto solo estaba segura de una cosa, lucharía con uñas y dientes para conservar nuestra relación, pues si de algo estaba completamente convencida era de que le amaba.

Tras varias bocanadas de aire que consiguieron centrarme, salí del vehículo decidida a acabar de una vez por todas con la incertidumbre que me martirizaba. Caminé resuelta y entré sin detenerme. No quería mirar a nadie y me centré en dar un paso tras otro hasta el despacho de mi jefe, el señor Murray. Éste, extrañado, me miró y me instó a que entrara y me sentara frente a él; otra prueba inequívoca de que algo no era del todo limpio, pues solo a mí me permitía entrar sin previo aviso.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Benson? —me preguntó serio sin apartar su mirada de la mía.

—Si es posible me gustaría hablar con usted —traté de parecer relajada y convencida.

—Si es urgente....

—¡Lo es!

—Entonces sea breve —me dijo mientras se recostaba en su asiento.

Puse mi cabeza en orden y le hablé mirándole directamente a los ojos, para que no pudiera perderme ninguna reacción suya, y no consiguiera engañarme.

—Me gustaría saber el motivo por el cual me contrató.

Su semblante cambió convirtiendo su expresión en una máscara férrea. Sus ojos me examinaron intentando averiguar qué debía decirme y qué debía ocultar, por lo que decidí marcarme un farol y probar suerte.

—Tengo motivos para sospechar que no me contrató siguiendo el protocolo normal.

—¿Y qué es lo que sospecha, señorita Benson?

—Preferiría que usted me sacara de dudas.

—No creo que usted sea tonta —hizo una pausa como esperando a que yo le diera la razón—, y debe saber que su falta de experiencia en el campo inmobiliario no jugaba a su favor.

Asentí mientras empezaba a entender que mis recelos eran verdaderos.

—La contraté pensando que aportaría grandes beneficios a la empresa.

Ese comentario me resultó extraño.

—¿Beneficios?

Se removió inquieto en su silla y optó por inclinarse y apoyar sus brazos sobre la mesa.

—Puede que usted no tenga experiencia pero tiene otros puntos a su favor.

—Señor Murray me gustaría que fuera directo —le pedí al darme cuenta de que estaba tratando de ganar tiempo, quizás esperando poder salir del atolladero sin informarme de la verdad.

Incómodo, empezó a jugar con el bolígrafo que sostenía entre sus dedos, y se quedó mirándome pensativo, como tratando de calibrar si le vendría bien o no contármelo todo.

—Vera, la contraté pensando que sería un buen aliciente para nuestra pequeña agencia tener un... —calló al pensar cómo definirlo— ...tener al señor Taylor como amigo, para que nos abriera algunas puertas.

—¿Quiere decir que me contrató para asegurarse una inversión?

—Algo parecido.

—¿Y la venta de la casa estaba amañada? —también le pregunté al temerme que todo en ese trabajo estaba amañado.

—Era una venta sencilla, aunque siempre puede venirse abajo —me aseguró aunque no consiguió convencerme de ello.

Me recliné en mi asiento al entender que las palabras de mis dos compañeras eran ciertas, pues había conseguido mi puesto de trabajo de una forma poco ortodoxa, y la venta estaba prácticamente arreglada al tratarse de unos clientes que ya habían sido gestionados por otro vendedor.

Al ver mi asombro y sobre todo mi desilusión, se trató de proteger y empezó con su alegato de inocencia.

—Suponía que sospechaba algo, ya que sin experiencia y sin referencias tenía muy difícil entrar a trabajar en esta empresa. Al menos que tuviera algún valor añadido.

—Como era mi novio —él asintió ante mis palabras directas.

—¿Él sabe algo de todo esto? —Me miró sin entenderme—. Quiero decir si él vino a hablar con usted sobre mi contratación y si, en algún momento, llegaron a un acuerdo.

—No, abiertamente nunca hemos hablado o nos hemos visto. Aunque si me permite decirlo, un hombre como él no llega hasta donde está sin saber lo que sucede a su alrededor.

Solo pude asentir pues sabía que tenía razón, siendo evidente que Christian debía saber que me contrataron por ser su novia, y no porque le interesara como trabajadora de la inmobiliaria. Pero ahora las dudas se centraban en saber por qué se calló algo tan importante, encontrando la respuesta casi en el acto.

Pensé que Christian no me había dicho nada sobre los motivos por los que fui contratada, seguramente porque no quería interferir en mi vida profesional, pero no alcancé a averiguar por qué no me había avisado. Un dilema que podía abrir un abismo entre nosotros en el peor momento posible.

Entendí que quizás decidió callarse para no poner en peligro nuestra relación, y me enfadé por tener siempre un motivo por el que guardar un secreto o una preocupación.

—Comprendo. Entenderá que después de saber todo esto no pueda seguir trabajando para usted —le aseguré convencida.

—No sé por qué no. Si todo esta aclarado podemos seguir como hasta ahora y todos saldríamos ganando —noté como su rostro se iba empalideciendo, dándome cuenta que en ningún momento se pensó que reaccionaría así al saber la verdad.

—Lo siento pero no puedo seguir trabajando aquí, no me sentiría cómoda.

—Pero... —él parecía preocupado.

—Le agradezco la confianza que depositó en mí, pero debo dimitir de mi puesto. Comprenderá que no es correcto que siga.

Me puse en pie mientras el que había sido mi jefe trataba de buscar una solución para que no me marchara. Pensé divertida que no quería perder su gallina de los huevos de oro, por lo que buscaría una salida para convencerme.

—No tiene por qué marcharse, siempre podemos llegar a un acuerdo.

—Lo siento, pero ya he tomado una decisión.

Alargué mi mano y nos las estrechamos como despedida, mientras incrédulo se arrepentía de haber sido tan sincero.

—Gracias por la oportunidad que me dio en su agencia, sea por los motivos que sea.

—Lamentaremos su marcha.

Sonreí ante su porte decaído y funesto. Si no fuera por el sinfín de preguntas y temores que rondaban por mi cabeza, habría disfrutado de esta experiencia tan extraña, pues no todos los días te despides de un jefe que desea retenerte.

Me giré encaminándome hacia la puerta, cuando otra pregunta me acudió a la mente. Me volví y le pregunte:

—Si no le importa, me gustaría saber si ha servido de algo tenerme aquí por este mes.

—Hemos conseguido la exclusividad con un excelente promotor, y tenemos otro a punto de cerrarse —mirándome fijamente para que no dudara de sus palabras me dijo con tono enfadado—; Y eso es algo que nunca habiéramos conseguido sin el apoyo del señor Taylor, aunque haya sido de una forma indirecta.

Asentí y me sentí culpable por ser la causante de que la empresa dejara de crecer. Al fin y al cabo él solo había visto una oportunidad de prosperar y la había aprovechado.

—Señor Murray, le doy mi palabra de que hablaré con el señor Taylor para que siga apoyándolo. No tiene por qué perder su influencia al no tenerme trabajando aquí.

—Haría eso por mí —sonaba incrédulo y con su enfado olvidado.

—Por supuesto, usted me dio una oportunidad y se la agradezco.

Su sonrisa se ensanchó y pude marcharme más tranquila al saber que por lo menos algo bueno había salido de todo esto. Ahora solo tenía que averiguar que iba a ser de mi vida profesional y sobre todo de la sentimental.

Salí del que había sido mi lugar de trabajo por el espacio de casi un mes, y traté de imaginarme que cambios me esperarían a la vuelta de la esquina. Sentí un hormigueo por mi cuerpo al pensar que sería imposible encontrar un nuevo empleo sin contar con la influencia del apellido Taylor, pues ésta era demasiado poderosa y sugestiva, para hombres de negocios como el señor Murray, que considerarían mi contratación en su empresa como una manera de acercarse a Christian.

Tampoco podía aceptar una ocupación de poca categoría, al tener que mantener cierto nivel por estar saliendo con un hombre del dominio público, pues no quería avergonzarlo cuando tuviera que presentarme en los diferentes actos públicos a los que asistía.

Mi futuro laboral se presentaba oscuro e incierto, pero lo peor era pensar que esas sombras podían alcanzar mi vida sentimental. Debía mantener la calma y pensar seriamente que quería hacer y no precipitarme en mis deliberaciones. Por el momento decidí no contarle nada a Christian y esperar algunos días hasta aclararme. No quería ser la causante de más tristezas o desilusiones, pues no nos encontrábamos en el mejor momento para ello.

Seguí mi camino sin mirar atrás, y después de dar vueltas por la ciudad con mi flamante deportivo, resolví volver a casa para retomar fuerzas, cambiarme de ropa, e ir a recoger a Christian a su despacho para comer, dándole así una merecida sorpresa. Me sentía cansada tras unos días tan amargos y solo deseaba que la tranquilidad volviera a nuestras vidas. Por eso conseguiría pasar unos días en calma, aunque tuviera que sobornar al mismísimo demonio.

Con la decisión tomada y una tímida sonrisa en mis labios, suspiré dispuesta a dar una oportunidad al destino.

## CAPÍTULO DIECISEIS

Ese día no amaneció como cualquier otro día, aunque el sol salió a su hora acostumbrada por el este, y todo a nuestro alrededor pareciera normal. No era así pues, esa mañana, desperté entre sus brazos en nuestro primer día de San Valentín.

Sé que para una mujer es algo especial y espera con ilusión celebrarlo, pero para un hombre como yo, que nunca había estado enamorado y que además no creía en el amor, decir te quiero con todo el convencimiento de mi corazón, o demostrar públicamente mis sentimientos, era prácticamente un milagro.

Pero ese prodigio había sucedido y tenía pensado gritar al mundo entero cuanto la quería y mi necesidad de ella. Mirándola despertar en mi cama era el mejor regalo que la vida me había hecho, y hoy forzaría a la magia para conseguir lo que tanto andaba buscando.

—¡Buenos días dormilona! —le dije para después besarla.

—¡Hola! —respondió juguetona mientras se estiraba aún adormilada.

—¿Sabes qué día es hoy? —le pregunté sin poder disimular mi buen humor.

—¡Déjame pensar!, ¿Es alguna festividad? —por su tono de voz me di cuenta de que estaba feliz y además me estaba tomando el pelo.

—¡Aja! —le respondí, a la espera de lo que esta vez se le ocurriera.

—¿San Patricio?

—¡Frío!

—¿San Genaro?

—¡Más frío!

—¿San Eustaquio?

No pude evitar reír por sus ocurrencias y hacerle cosquillas por ser tan traviesa. Revolviéndose entre mis brazos no podía parar de chillar, mientras la miraba muriéndome de amor por ella, a la vez que me sentía feliz de verla tan entregada, pues empezaba a echar de menos su forma de ser alegre, y esa manera tan especial y personal de sacar lo mejor de las pequeñas cosas.

—¡No! —le contesté deteniendo la dulce tortura de hacerla sonreír.

—En ese caso solo puede ser uno.

La miré expectante colocándome sobre ella mientras esperaba su contestación.

—¿Cuál, mi ángel malvado? —quise saber provocándola para alargar este momento.

—Hoy es San te quiero con locura.

Solo pude soltar una carcajada mientras agradecía el poder tener en este momento a la Mary que siempre había sido, y que últimamente se había apagado. La miré con la adoración que en ese momento sentía, queriendo retener en mi mente este momento tan especial que seguro nunca olvidaría.

—¿Cómo puedes hacerme tan feliz? —le pregunté aunque conocía la respuesta desde hacía tiempo.

Sus ojos perdieron el brillo por un instante y temí haberlo estropeado todo por mi pregunta.

—¡Ojalá pudiera hacerte sonreír siempre! —me susurró con un deje melancólico en su voz, que me hizo pensar que estaba recordando algo del pasado que se encontraba muy lejos y fuera ya de nuestro alcance. Una reflexión que me heló la sangre de las venas y deseé no haberla tenido.

—Y lo haces Mary, no lo dudes —le garanticé, pues no quería que creyera que era la causante de mis tristezas cuando era todo lo contrario.

—Pero...

No soportaba ver sus lágrimas intentando escapar de sus ojos y la besé para apartarle sus tristes pensamientos. En ese momento sonó el timbre de la puerta y no tuve más remedio que separarme de ella, aunque sentí un gran alivio al poder dejar de lado toda esa melancolía, para dar paso a otro momento de felicidad.

—¡Justo a tiempo! —señalé mientras saltaba de la cama y me ponía unos viejos pantalones vaqueros.

—¿Quién puede ser?

—¡Tendrás que levantarte para verlo!, pero deberás esperar unos minutos para salir de la habitación si no quieres estropear la sorpresa —me detuve en el umbral de la puerta para volverme a mirarla pícaramente y decirle—: No hace falta que te vistas si no quieres.

Como única respuesta ella me lanzó la almohada que pude esquivar por los pelos. Sonriendo cerré la puerta para evitar que cotilleara, pues la empezaba a conocer muy bien y sabía que le costaría resistirse. Abrí la puerta de entrada al piso y dejé que mi sorpresa pasara para que dejaran todo en orden, tal y como les había informado ayer cuando les había contratado.

Pasados un cuarto de hora, y sabiendo que estaría impaciente, conseguí que los empleados dejaran todo a mi gusto y se marcharan sin hacer mucho ruido. Tras revisarlo por última vez, me dirigí a nuestro cuarto, y abrí la puerta con cuidado de no dejar nada a su vista.

—¿Estás lista?

Mi ángel estaba sentada impaciente en el borde de la cama mirando fijamente a la puerta. Se había vestido únicamente con una de mis sudaderas, que le quedaba enorme y muy sexy, y daba la sensación de no poder aguantar por mucho más tiempo sin saber qué estaba pasando. Al verme dio un brinco para ponerse de pie, y se acercó apresuradamente hasta donde me encontraba.

—¡Ya veo que sí! —le solté divertido.

—¡Tonto!, ¡llevo un buen rato esperando!

—Entonces sé buena chica y cierra los ojos para que te enseñe tu sorpresa.

Ella abrió los ojos como platos, y vi en ellos la duda de si hacerme caso, o empujarme y descubrir ella solita lo que la esperaba en el salón. Soltó un suspiro y resignada, obedeció mi orden cerrando sus preciosos ojos verdes.

La recompensé con un beso que me supo a gloria y le cogí la mano para guiarla.

—¡No hagas trampas! —le pedí mientras caminábamos.

—¡Jamás se me ocurriría!

—¡Sí, ya!

—¿Me estás llamando tramposa?

—¡Jamás se me ocurriría! —le contesté usando adrede sus mismas palabras para que supiera de mi desconfianza.

La coloqué en el centro del salón, donde podría ver todo tal y como me lo había imaginado para ella. Le solté la mano y me puse a sus espaldas para que pudiera verlo todo mejor, ya que quería que nada más abrir los ojos tuviera ante ella la visión que le esperaba.

—¿Estás preparada? —Ella asintió muerta de curiosidad sin poder evitar retorcerse las manos por la impaciencia.

Retrocedí unos pasos más, y cogí mi regalo escondiéndolo a mis espaldas, para después volver a colocarme detrás de ella.

—Entonces abre los ojos cuando quieras.

Despacio los abrió, y conforme la imagen de lo que le rodeaba empezó a aclararse en su mente, un gritito de sorpresa y alegría salió de su garganta. Se encontraba en el centro de una habitación que había sido rociada con cientos de pétalos de rosas rojas, dejando en el ambiente el aroma de un jardín en plena floración de mayo.

Cada superficie, esquina, silla, mueble o mesa, estaban recubiertos por los pétalos de su flor favorita, evocando ante esta visión los recuerdos de unos meses atrás, cuando yo había colapsado la casa de su hermana, donde ella se refugiaba, con una infinidad de ramos de rosas para suplicarle su perdón.

Sumida en sus recuerdos, y en su perplejidad, no se dio cuenta de que me encontraba a sus espaldas. Me acerqué despacio sin querer asustarla y le dije en su oído:

—¡Feliz San Valentín, amor mío!

Ante mis palabras ella se volvió y me rodeó el cuello con todas sus fuerzas. La correspondí pegándola a mi cuerpo mientras ella me susurraba entre besos y sonrisas: “Te quiero, te quiero, te quiero”.

Cuando por fin nos separamos se percató que en mis manos aún sujetaba un regalo, y con mi mejor sonrisa, le ofrecí el ramo de rosas rojas que había reservado para ella. Emocionada lo cogió y lo acercó a su pecho mientras olía su perfume.

—El día que te mandé los ramos de flores no pude darte ninguno en persona, por eso he querido entregártelo hoy.

—¡Oh, Christian!, me encanta —alzó su mirada y pude ver en sus ojos gratitud y amor—. ¡Gracias cariño!

Me acerqué a ella y la besé sin importarme el ramo que se interponía entre nosotros, pues no iba a consentir que ningún obstáculo interfiriera en nuestro camino.

—¡Te quiero preciosa!

Tratando de despejar la intensidad del ambiente, le alcé la barbilla para que me mirara y le dije:

—Esta vez contaba con la ventaja de saber que no me lo ibas a tirar a la cabeza —ambos sonreímos al evocar el pasado.

Ella se apartó unos pocos pasos de mí y con una expresión solemne extendió su mano ante mí y la abrió. Cuando bajé la vista descubrí que sostenía en ella un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

—Yo también tengo algo para ti.

Sin poder creérmelo, me quedé inmóvil observando el presente que me ofrecía. Había estado tan pendiente de sus reacciones; y su mirada, que no me había percatado de que escondía algo en su mano. Nunca había recibido un regalo por San Valentín, pues ésta era la primera relación seria que tenía en mi vida. Además, siempre había pensado que era una tontería regalar algo por estas fechas y juraba y perjuraba que nunca lo haría.

Y ahora me encontraba en medio del salón, rodeado de cientos de pétalos de rosas, habiendo regalado un ramo y con cara de bobo mirando mi regalo. La vida era sin duda una caja de sorpresas y esta vez me estaba dando de lleno en plena cara con ella.

Impaciente y recelosa por mi inmovilidad, Mary me miró para tratar de entender por qué no me movía, haciéndome reaccionar en el acto, pues no quería estropear este momento explicándole porque era tan importante para mí recibir ese presente.

Deseoso de complacerla pasé de mirar su ofrenda a observar sus ojos, donde vi la felicidad reflejada en ellos, y le regalé mi más brillante sonrisa. Solo con mirarla a la cara te dabas cuenta de toda la ilusión que había puesto en ese pequeño envoltorio, percatándome que en él también había encerrado una parte de su corazón que ahora me entregaba. Con sumo cuidado lo cogí agradeciéndole el regalo con un beso.

—¡Gracias pequeña!

—¡Aún no sabes lo que es!

—Conociéndote seguro que me encanta.

Muerto por la curiosidad, y viendo que ella no podría aguantar mucho más antes de arrancármelo para abrirlo con sus propias manos, me centré en desenvolverlo para encontrarme con una coqueta cajita alargada. Levanté la tapa y vi en su interior un alfiler de corbata de oro entre satén blanco.

—¡Dios mío Mary, es precioso! —La abracé con fuerza y la volví a besar—. ¡Gracias! —volví a decirle.

Pude comprobar como su rostro resplandecía de felicidad, mientras absorta en su explicación me decía que el alfiler tenía una inscripción en que ponía: “Te amo. Tu ángel”. Aunque debo reconocer que yo solo pude mirar la belleza de su cara y la mirada centelleante que la hacía brillar como si fuera una fantasía, sin ser capaz de apreciar otra cosa que no fuera ella.

Me negaba a soltarla desde que la había agarrado por la cintura tras nuestro beso, como tampoco quería perderme ni uno solo de sus gestos o sus comentarios, reclamándolos como míos.

Ajena a mis pensamientos y sensaciones, Mary sostenía el alfiler ante mi mirada para que me fijara en él, pero mis ojos iban una y otra vez a los suyos, sin poder dejar de desear perderme en la belleza de su reflejo esmeralda y en el sabor de sus besos.

—Así cada vez que lo veas, te acordarás de mí.

—Entonces lo llevaré siempre —besé su mejilla e inspiré su olor que tanto me enloquecía—. Aunque será difícil poder pensar más en ti de lo que ya lo hago —le susurré al oído.

Noté como su cuerpo se estremecía a causa de tantas emociones, y no pude resistirme a volver a abrazarla. Dejamos que las horas fueran pasando sin poder separarnos el uno del otro, permaneciendo juntos cuando nos dimos un relajante baño de espuma, cuando pasamos horas en la cama, o cuando conseguimos llegar a la cocina muertos de hambre; y por supuesto seguimos unidos cuando sudorosos, tuvimos que volver a ducharnos.

Así pasamos nuestro primer San Valentín juntos, sin imaginarme que cuanto más inolvidable se hacía el momento, más sentía mi ángel que me estaba fallando.

\* \* \*

Por el momento había sido un día perfecto en todos los aspectos, ya que Christian no había dejado de complacerme, consiguiendo que me creyera que estaba en el mismo paraíso. Tenía la sensación de estar viviendo en un cuento de hadas, aunque temía su final, pues las historias basadas en sueños terminan acabándose.

Pero había algo que no cuadraba con este ambiente de ensueño, y era que no podía aguantar los remordimientos por ocultarle todo lo que me estaba pasando. También me atormentaba no haberle mencionado nada de mis miedos y mis pesadillas, las cuales cada noche callaba para no preocuparlo más. La sensación de no hacerlo feliz me producía ansiedad, y me hacía sentir un ser deplorable que no merecía su amor.

Había tomado la decisión de callar por unos días mi pésimo estado de ánimo, así como no contarle lo mal que me había sentido al escuchar a mis compañeras insultándome. También le oculté mi despido y sus motivos, como mi decaimiento y mi miedo a salir de casa, o a las sombras que a cada minutos se volvían más oscuras.

Pero sobre todo mi mente estaba colapsada, al tener que ocultarle la amenaza que había recibido por correo el día anterior, al no poder cobijarme entre sus brazos como tanto ansiaba, y al negarle la posibilidad de ayudarme y protegerme. Una sensación que también me causaba una melancolía que se iba adentrando en silencio en lo más profundo de mi corazón, al tener que vivirla en soledad.

Me sentía perdida e insegura, y odiaba sentirme así. Siempre me había considerado una mujer fuerte, pero todos estos días de estrés, insomnio y desánimo me estaban pasando factura. Cansada de esta sensación de abatimiento, decidí aparcar por un día más todo lo negativo de mi vida y centrarme en lo bueno.

Y ahora estaba en una limusina con un impresionante vestido y mi sonrisa más radiante, de camino a algún restaurante de moda, donde celebraríamos por todo lo alto esta ocasión tan especial. Una vez más ocultaría mi verdadero estado de ánimo y me dejaría llevar sin pensar en las consecuencias.

Decidida a sentirme feliz, opté por tirar la casa por la ventana y escogí un elegante modelo de cóctel de los diseñadores Victorio y Lucchino que harían palidecer al más elegante vestido de noche. Su diseño era de corte juvenil, con un tejido color negro que mezclaban los brillos de una fina pedrería con el más selecto encaje, convirtiéndolo en una auténtica preciosidad.

Su escote era de palabra de honor con un corpiño que se ceñía al cuerpo, para después caer con vuelo hasta quedar su bastilla a media pierna. Por debajo llevaba un canacán también negro que ampliaba el vuelo de la falda y hacía un sonido inconfundible al caminar. Era toda una obra maestra que me hacía sentir una princesa, sobre todo con mis inseparables Manolos como complementos, todo ello proveniente del guardarropa que mi amor me regaló semanas atrás.

Christian se encontraba sentado a mi lado en el vehículo cogiéndome de la mano, vestido con un elegante traje a medida negro que le daba un aire misterioso y seductor. No podía quitarle la vista de encima, y me costaba creer lo afortunada que era por haberle encontrado, aunque todo lo demás a mi alrededor se estuviera desmoronando.

Llegamos a la entrada de lo que parecía un elegante restaurante situado en el centro de la ciudad, e inmediatamente el portero nos abrió la puerta de la limusina para que bajásemos. Christian, haciendo honor a su caballerosidad, me ayudó a bajar de él y juntos cruzamos la acera, bajo la atenta mirada de los transeúntes que en ese momento caminaban por ella.

Una vez en su interior me sentí flotar. Entramos con paso decidido a un enorme y majestuoso comedor, donde el color blanco y dorado imperaba a mi alrededor. Todo parecía hecho con un gusto y un refinamiento propio de un palacio, haciéndote sentir transportada a otro lugar y otra época, donde los nobles de alta cuna se paseaban con soltura.

Aunque lo que más me llamó la atención no fueron las enormes arañas del más fino cristal, ni la amplitud de la sala junto con su pista de baile; con su orquesta, ni siquiera los impresionantes adornos florales de distintas formas y tonos suaves que decoraban la estancia. Pues lo más sorprendente era que todo el salón estaba vacío, a excepción de una fila de camareros que nos estaban aguardando y el maître que nos guiaba.

Cada mesa del magnífico salón estaba preparada esperando a sus comensales, extrañándome que fuéramos los únicos en un día tan señalado; más aún cuando la hora de la cena ya estaba avanzada. Christian se paró conmigo cogida de su brazo y me susurró al oído:

—Elige la mesa que quieras.

Confundida por sus palabras le pregunté:

—¿No hay algunas reservadas?

Con una sonrisa marcando su cara, me cogió la mano, y besándola dulcemente me contestó:

—Esta noche es solo para nosotros.

Ante esta afirmación solo pude sorprenderme, pues había reservado uno de los restaurantes más caros de la ciudad, en una fecha que debía de ser imposible de conseguir. Pero inmediatamente recordé que para mi hombre no había nada imposible, y si esa noche quería privacidad, la conseguiría a cualquier precio.

Vacilante miré a mi alrededor y me decanté por una coqueta mesa para dos que estaba al lado derecho de la sala, pues me pareció la más acogedora. El maître inmediatamente se puso en marcha para que le acompañáramos y nos guió hasta nuestra mesa. Una vez frente a ella me apartó la silla educadamente para que tomara asiento, y por fin entendí que todo lo que me rodeaba no estaba en mi imaginación, pues me hallaba en la más pura realidad.

Mientras los camareros revoloteaban a nuestro alrededor ofreciéndonos el vino para degustar, y preparaban la mesa para recibir los manjares que encargásemos, Christian no dejaba de observarme divertido, al ver mi asombro ante tanto refinamiento y consideración, pero sobre todo por la expresión de felicidad que debía estar mostrando en este instante.

Y es que no podía evitar sentirme alegre de que el elegante restaurante francés fuera solo para nosotros, pues eso hacía que la velada fuera mucho más íntima y asombrosa al ser única.

—Veo que te he sorprendido.

—Siempre lo haces —le aseguré sonriéndole—. ¡Gracias por todo esto!

—Aún no has visto nada —me cogió la mano que tenía sobre la mesa y me devolvió la sonrisa—. Tú te mereces esto y mucho más.

—¡Vas a hacer que me sonroje!

—Entonces estarás aún más bonita.

—Será mejor que te guardes tus cumplidos, ya que aquí no puedes meterme mano por debajo de la mesa —le dije juguetona para provocarle, sin imaginar cuál sería su respuesta.

—¿Ah, no? —me contestó divertido, y soltó mi mano para pasar la suya por debajo de la mesa.

—¡Christian! —Prácticamente grité mientras le miraba amenazante y me erguía—. ¡Ni se te ocurra hacer algo así!

—¡Pero si no hay nadie! —me contestó tratando de parecer enfadado pero sin conseguirlo.

—¡Están los camareros! —repose colorada como un tomate.

—Entonces les pediré que se marchen.

Sin esperar ni siquiera un segundo para que pudiera replicarle, alzó la mano para llamar la atención del maître dejándome con la boca abierta. Menos mal que mis reflejos los tenía perfectos, y pude interceptar a tiempo su mano para que no lo hiciera, mientras el muy sinvergüenza se reía a gusto.

—¡Christian!, si no te portas bien te...

—¿Me dejarás sin postre? —interrumpió divertido.

—Algo peor —le dije con una mirada mitad coqueta mitad sabidilla.

Él debió entenderlo pues alzando una ceja y con tono serio me contestó:

—Cariño, no hay nada peor que no poder saborearte.

Con mi rostro de un rojo escarlata miré disimuladamente a mi alrededor, para comprobar si algún camarero nos había escuchado. Tras ver que no había nadie cerca de nosotros, respiré aliviada, y contemplé a Christian que se estaba divirtiendo de lo lindo a causa de mi sentido del pudor. Fue justo en ese instante, cuando caí en la cuenta de lo que me había dicho con doble intención para hacerme enrojecer de vergüenza, haciendo que sintiera unas ganas enormes de darle una colleja, aunque solo fui capaz de sonreír y beber un largo trago de mi copa.

La cena comenzó sin que nadie se acercara a mostrarnos una carta, ya que simplemente empezaron a servir platos, e inmediatamente imaginé que sería obra de Christian para seguir con nuestra peculiar costumbre de pedir sin mirar la carta.

Por suerte, lo primero que sirvieron fue un suave vino blanco y una ensalada con foie gras y frutos secos que me pareció deliciosa.

—Menos mal que no nos han puesto escargots —le comenté.

—¿No te gustan?

—¡No!

—¿Pero los has probado?

—¡Sí!

—Entonces será mejor que nos saltemos el siguiente plato —aseguró por lo bajo antes de meterse el tenedor en la boca.

Me sentí mal por no encontrar todo a mi gusto después de todas las molestias que él se había tomado, pero no podía evitar que esos bichos llenos de babas me dieran asco.

—Puedo volver a probarlos —contesté aunque no me apetecían.

—No hace falta preciosa, a mí tampoco me hacen mucha gracia, pero el chef se empeñó en incluirlos.

—Así que me vas a usar como excusa —le reproché divertida.

—Por supuesto —ni siquiera pareció pensárselo.

—Entonces no diremos nada y los esconderemos entre las flores.

—¿No puedo meterte mano pero sí podemos esconder la comida entre los floreros? —Christian trató de parecer ofendido, aunque en realidad estaba haciendo grandes esfuerzos para no soltar una carcajada.

—¡Perdona, pero es de lo más normal encontrar unos caracoles en una maceta! —solté sin conseguir disimular lo bien que me lo estaba pasando.

—Eso no te lo niego, pero no creo que sea frecuente encontrar alguno en un restaurante de cinco estrellas. Al menos que sea en la cocina o en un plato cocinados.

Me acerqué a él inclinando mi cuerpo, y le contesté entre susurros con mi voz más sugerente:

—Tampoco creo que sea algo habitual meterse mano como dos adolescentes calientes en un sitio tan elegante.

Él se me acercó imitando mi gesto y con voz baja me dijo:

—Preciosa, no sabes las cosas que he llegado a ver en sitios como este.

Me acerqué más a él, hasta estar casi boca con boca y le susurré:

—Cuéntamelo.

Y así, riéndonos y con nuestro rostro a escasos centímetros el uno del otro, llego el camarero con los odiosos escargots.

La cena siguió entre platos exquisitos y vinos de bodas de renombre. La conversación fluía banal, y nos hizo disfrutar de cada segundo entre sonrisas, anécdotas y algún que otro beso fugaz.

Pero no fue hasta que nos sirvieron el surtido de quesos con galletitas saladas y uvas; como antesala de los postres, cuando nos pusimos serios en nuestra conversación. Aunque para ser sincera, las copas de más que habíamos tomado durante la cena también influyeron.

—Mary, me gustaría decirte algo muy importante.

Le miré y asentí a la espera de sus palabras.

—Sé que últimamente lo has estado pasando mal, pero quiero que sepas que haré todo lo que esté en mis manos para hacerte feliz.

—Christian, ya me haces feliz.

—No como te mereces. Sé que después de lo que te pasó ese día has cambiado, y que aún no has conseguido sobreponerte —bajó avergonzado la cabeza para después coger mi mano y mirarme fijamente—. Me duele no haber sabido protegerte, pero te prometo que no permitiré que vuelvas a estar en peligro.

Sus palabras se clavaron en mí, causándome un gran dolor, pues sabía que cuando se enterara de la amenaza que había recibido, se volvería a culpar por no haber impedido mi angustia y volvería a abrirse un abismo entre nosotros.

—No debes pensar así, tú no tienes la culpa de nada ya que todo esto comenzó en mi pasado, y por entonces ni siquiera me conocías —sentí la necesidad de decírselo de nuevo, pues aunque se lo había repetido un millón de veces sabía que seguía sin convencerlo.

—Mary, sé que no consigues entenderlo pero para mí es importante el saber que estás segura y que puedo protegerte —insistió él, consiguiendo que el dolor que había comenzado a extenderse en mi pecho se agudizara.

—No quiero seguir hablando de esto. Esta noche está siendo perfecta y no quiero estropearla —conseguí decirle sin que mi voz me fallara.

—Está bien, pero permíteme decirte antes una cosa más.

Asentí tratando de contener las lágrimas pues sus palabras me estaban atormentando.

—Solo quiero que sepas que te amo y que me alegro de que entraras en mi vida.

—Yo también me alegro de haberte conocido —le aseguré mirándolo a los ojos y viendo en ellos ese brillo de emoción que aparecía en su mirada cuando me contemplaba.

Christian permaneció durante unos segundos callado sin apartar su mirada de la mía, para después acercar su mano a mi rostro y acariciar mi mejilla con sumo cariño. Fue solo entonces cuando me sonrió mostrándome así lo mucho que mi declaración le había complacido.

—¿Quieres bailar conmigo? —me preguntó sin querer profundizar más en la conversación como le había pedido.

Asentí encantada dándome cuenta por primera vez de la suave música de fondo que sonaba por toda la sala. Se levantó decidido, y me retiró la silla para que yo también lo hiciera, después, cogidos de la mano, caminamos despacio hasta la pista de baile.

Sonaba una música lenta, por lo que nos acercamos, y abrazados empezamos a movernos al compás de ella. Me dejé llevar tratando de olvidar la última charla que habíamos tenido, ya que solo quería sentirlo cerca de mí y perderme entre sus brazos, pero me resultaba imposible no pensar en sus palabras y en todo lo que me estaba callando.

Por ello, con la suave melodía de fondo, empecé a reflexionar sobre todo lo que me había dicho, y de si debía o no seguir manteniendo en secreto la amenaza que había recibido.

Sé que él me quiere y quiere tenerme en su vida, pero me duele hacerlo sufrir por ocultarle lo que siento y me pasa. Sé que hay muchas cosas que deben cambiar y que nos queda un largo camino por recorrer, pero también estoy segura que el amor nos hará fuertes y conseguiremos salir adelante.

Es posible que nos lleve un poco de tiempo, y que es aconsejable tomarnos las cosas con calma, pero tenemos toda la vida por delante y no es bueno precipitarse en este momento. Tal vez esté algo insegura, pero pienso que después de lo que he vivido, tengo todo el derecho de poder sentirme así.

Sonreí al pensar en lo poco que le gusta a Christian mis dudas, y en lo enfadado que se pondría si supiera de ellas, aunque éstas no tuvieran que ver con mis sentimientos hacia él, sino más bien con todo lo demás que me rodea: Mi trabajo, el lugar que ocupo en su vida, como me ven los demás, el peligro que me acecha, las dudas que me asaltan al no saber si podré hacerlo feliz... Demasiadas preguntas para una mente tan cansada.

Me dejé llevar por el latido de su corazón, y recliné mi cabeza en su pecho, tratando de olvidar todos mis pensamientos. Solo deseé sentir al hombre que amaba, sin importarme si todo lo demás simplemente desaparecía.

—Ojalá no acabara nunca este día —me dijo mientras me abrazaba y olía el perfume que emanaba de mi cabello.

—Eso sería perfecto —susurré en su oído.

—Aunque está en tus manos hacerlo aún más especial.

Sonreí pensando que me estaba pidiendo que nos marcháramos a casa para continuar la celebración, haciendo el amor durante horas entre las sábanas.

—¿Y qué podría hacer yo para conseguirlo? —le pregunté con voz seductora para seguirle el juego.

Él se apartó y me miró a los ojos. Su actitud era seria y no juguetona como me esperaba por lo que me sentí algo confundida.

—Si tú quisieras podrías hacerme un hombre muy feliz.

Le miré extrañada pues no sabía que me estaba pidiendo exactamente. Christian debió notar mi incertidumbre, pues se paró y cogió mi cara entre sus manos.

—Mary, sabes que te amo con todo mi corazón y que por ti sería capaz de cualquier cosa. Eres todo lo que siempre había soñado y no consigo imaginar mi vida sin ti. Te quiero ángel mío desde que irrumpiste con tu sonrisa en mi monotonía —con delicadeza pegó sus labios a los míos y continuó diciéndome—: Es por eso que no puedo estar sin ti, cielo.

Tras su dulce declaración, me acarició la mejilla, mientras me miraba a los ojos con todo el amor reflejado en los suyos. No podía creer lo que acababa de escuchar de sus labios, pues eran las palabras que toda mujer desea oír desde que tiene uso de razón y sueña con príncipes encantados.

—Mary cariño, ¿quieres casarte conmigo?

Fue justo en ese momento cuando todo se paró a mi alrededor y solo quedamos los dos. Él se apartó un poco, y colocándose de rodillas, sacó de su chaqueta una pequeña cajita de terciopelo negro colocándola delante de mí.

—Tendrás que perdonarme, pero es la primera vez que hago algo así, y no conozco el protocolo —me dijo con evidente nerviosismo.

Entonces abrió el pequeño estuche y en ella pude ver un precioso anillo con un diamante que me dejó la boca seca. Estaba paralizada y sin habla, las manos me sudaban y las piernas apenas me podían sostener. Si no fuera porque lo creía imposible, pensaría que estaba sufriendo un ataque de pánico.

Durante unos segundos, que debió de parecerme horas, nos quedamos a la espera; él de mi respuesta, y yo de conseguir encontrar una contestación sincera. Me sentí horrible por dudar pero, ¿podría decirle que sí cuando tenía tantos problemas por resolver?, ¿tantas dudas en mi cabeza?, ¿tantas cosas por decirnos?

Christian parecía impacientarse ante mi silencio; y mi falta de entusiasmo, mientras mi mente iba a mil por hora buscando la respuesta correcta. Justo cuando parecía que él estaba perdiendo la paciencia, y estaba a punto de incorporarse, reaccioné movida por el miedo, y dije lo que en ese momento se me pasaba por la cabeza, y me pareció aceptable; aunque debo admitir que no pensé en las consecuencias.

—Verás Christian, creo que este no es el mejor momento para tomar esta decisión.

Jamás olvidaré la expresión de dolor que vi reflejada en su cara. Fue como si le hubiera robado su alma, su ilusión y su futuro en apenas unos segundos. Despacio se levantó, y se me quedó mirando en silencio, como tratando de digerir cada una de mis palabras.

—Entiendo —fue su única contestación, dicha con voz dura, rota y profunda.

Tras un incómodo silencio, donde no me atreví a moverme ni a decirle nada, Christian cerró bruscamente la cajita con la sortija aún dentro, y sentí en ese momento como mi corazón empezaba a sangrar. No quería pensar en lo que había hecho, pero algo en mi interior me estaba avisando de que había estropeado lo más hermoso que me había pasado en la vida.

Sin más cosas por decir, Christian volvió a guardarse el anillo, que ahora debía estar luciendo en mi dedo, y sin atreverse a mirarme, dijo con sequedad:

—Será mejor que nos marchemos.

Su voz sonaba fría y ronca, su semblante rígido y su actitud distante. En ningún momento se acercó a mí o me cogió de la mano para salir juntos, ya que simplemente se giró, y se alejó de mi lado dejándome más sola de lo que me había sentido nunca.

No puede culparle por su comportamiento, pues sé que en ese momento le dolía sentirme cerca, como tampoco podía excusarme por mi inapropiada declaración. Solo estaba segura del sufrimiento que le estaba causando a la persona que más amaba por ser una cobarde, y no enfrentarme con coraje a todas mis dudas.

Salimos del restaurante en silencio y con el alma en los pies. Él caminaba a mi lado, como muchas otras veces lo había hecho, pero lo sentía como si estuviéramos a años luz de distancia. No me miró ni una sola vez desde que le di mi estúpida contestación, y temía que a cada paso que dábamos, más me alejaba de su corazón.

—¡Christian! —le llamé cuando ya estábamos a punto de entrar en la limusina, pues sentía la necesidad de decirle algo.

—¡Ahora no, Mary! —Se paró, y me miró dejándome ver lo perdido y lastimado que se encontraba—. ¡Ahora no!

Sin más explicaciones por dar, conversaciones por tener y lamentos que aportar, nos subimos al vehículo y en silencio recorrimos el camino de vuelta a casa.

Me sentía vacía sin sus caricias o sin su pícara mirada. No sabía cómo remediar el daño que le había causado, y lo sentía a cada minuto más lejos de mí, mientras poco a poco se iba sumergiendo en su oscuro mundo de soledad.

Llegamos al piso sin haber mencionado ni una sola palabra o habernos mirado ni una sola vez, y pensé que quizás lo nuestro no tenía solución y no volvería a sentir este lugar como mío.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras entraba por el portal, y para mi sorpresa Christian se quitó su abrigo y me lo pasó por mis hombros. Solo pude susurrarle un “gracias”, mientras una oleada de esperanza me devolvía un poco de calor.

Ya en el interior de nuestro piso, Christian siguió sin atreverse a mirarme, y con una serenidad que no sentía me dijo:

—Lo mejor será descansar, hoy ha sido un día... largo.

Asentí, pues lo único que deseaba era meterme entre las sábanas y olvidarme de todo. Pero lo que más anhelaba era perderme entre sus brazos mientras me repetía una y mil veces que todo iba a salir bien.

Me dirigí hasta nuestro cuarto, y me preparé para acostarme, pero por mucho que retardé mis pasos me di cuenta de que Christian no llegaba. Cuando fue evidente que él no vendría, tomé aire para darme ánimos, y fui a su encuentro sin saber qué podía encontrarme. Después de pensar cual sería el lugar que habría escogido para lamerse las heridas, me fui derecha a la habitación que tenía como despacho, y lo vi sentado tras la mesa con la mirada perdida en la nada, mientras se tomaba una copa.

Lo miré sin que por el momento él se percatara de mi presencia y pude deslumbrar el sufrimiento, el arrepentimiento y la lástima en su mirada. Se le veía un hombre desilusionado que había perdido el don de volver a sonreír. Debí de hacer algún ruido o movimiento, pues él recayó en mi presencia, y clavó sus ojos en los míos.

Me observó en silencio consiguiendo que mi respiración se detuviera. Solo estaba sentado con el licor en su mano y una mirada vacía que se me estaba clavando en el alma. No me recorrió el cuerpo, ni vi deseo, amor u odio en él, ya que tan solo sentí el vacío de sus penetrantes ojos de hielo.

Sin poder soportarlo por más tiempo escapé de allí, y me refugié entre las sábanas de la cama que tantas veces nos había acogido, siendo testigo de nuestro placer y ahora de

nuestro sufrimiento. Lloré como nunca antes lo había hecho, y esperé hasta quedarme dormida la llegada de Christian a mi lado. Me merecía con creces todo el dolor que sufría, pero no soportaba pensar en el daño que le estaba causando, pues para nada se lo había ganado.

Con el sueño ya profundo volví a ese restaurante, y lanzándome a sus brazos cambié el pasado diciéndole un sí que resonó por todos los rincones. Durante esa noche no me asaltaron las dudas y pude abrirle mi corazón como a él le hubiera gustado, hasta que el amanecer me hizo despertar a la pesadilla en la que se había transformado mi presente.

Recordé aún adormilada, y entre sollozos, que para conseguir hacer realidad los sueños hay que luchar con coraje y sacrificio, sin dejar pasar al destino cualquier oportunidad de felicidad que te brinde, y yo la había desperdiciado al negarme un futuro con el hombre al que amaba. Sintiendo una cobarde volví a perderme entre las sábanas, a la espera de un mañana de esperanza que veía alejarse tras el horizonte.

Por primera vez desde que compartían el piso, no hicieron el amor ni durmieron juntos, pues durante toda la noche Christian no paró de pensar en qué se había equivocado, y en cómo era posible que el amor de su vida, su alegría y su ilusión, se le habían escapado de entre las manos.

Cuando la vio ante él, de pie en el umbral de la puerta observándole, se sintió vacío y sin ser capaz de ofrecerle promesas, ni perdón o arrepentimiento por buscar su soledad, sin darse cuenta ninguno de los dos, que solo eran dos personas que se sentían perdidas al estar separadas, pero sin el valor suficiente para acercarse a la otra por miedo a ser rechazada.

Sin querer cerrar los ojos, Christian simplemente se pasó la noche allí sentado. Quería ir junto a ella y poder olvidarlo todo entre sus brazos, pero debía poner un límite a su deseo o perdería lo poco que le quedaba de cordura por el camino. Esa noche no pensó ningún plan o estrategia para recuperarla, ya que esta vez simplemente se dejó abatir por el dolor y se perdió en la copa que sostenía en su mano, abatido y silencioso.

Hoy no había sitio para la esperanza, pues solo sentía un vacío que tras largos tragos de alcohol no conseguía llenar. Pero sí logró olvidar por unas horas, el recuerdo de sus palabras de rechazo, y su mirada de temor al verlo sacar el anillo que la marcaría como su futura esposa.

La vida nunca había sido sencilla para él, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de lo brutal que podía llegar a ser.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando ya avanzada la mañana desperté tras largas horas de esperarlo a mi lado, volví a comprobar que estaba sola en la cama como lo había estado toda la noche anterior.

No escuché ningún ruido en la casa, por lo que no sabía si seguiría en su despacho durmiendo, o si había preferido salir a caminar como era su costumbre cuando necesitaba pensar. No tenía el coraje de volver a ver esa mirada herida en sus ojos, por lo que dudé de ir a su encuentro, aunque cada célula de mi cuerpo me pedía comprobar que no necesitaba mi ayuda.

Desconocía si sería bien recibida tras lo sucedido la noche anterior, o si por el contrario Christian preferiría ahorrarse mi compañía, pero necesitaba saber cómo se encontraba, aunque para averiguarlo tuviera que sufrir un rechazo que me merecía.

Haciendo acopio de la poca valentía que me quedaba me levanté de la cama, y fui al despacho a su encuentro preparándome para sus quejas y reproches, pues sabía de su mal humor cuando algo se interponía en su camino. Pero lo que encontré fue una estancia vacía y ninguna señal de él por toda la casa.

Sin saber qué hacer regresé a mi cuarto donde me senté en la cama perdida en mis pensamientos, y deseando encontrar una solución para todos los problemas que se me estaban acumulando. Con el paso de las horas, y tras ver que él no regresaba; ni cogía mis llamadas, empecé a sentirme como una necia por necesitarlo tanto, cuando había sido yo la que la noche anterior le había rechazado.

Sabía que me merecía este castigo, como también sabía que él necesitaba estar solo lejos de todo lo que conocía. Me lo imaginé caminando bajo el frío y la lluvia sintiéndose perdido y sin un rumbo al que dirigirse, y deseé salir a buscarlo para traerlo a casa. Pero no era mi presencia lo que él necesitaba ahora, sobre todo porque yo tampoco me sentía calmada.

Me duché tratando de despejarme y así poder pensar con claridad, y decidí que lo que más necesitaba en ese momento era el consuelo y el apoyo de mi hermana, pues sabía que me daría un hombro sobre el que llorar.

Con la decisión tomada me vestí y fui a su casa con la esperanza de ver un final feliz después de esta tormenta que lo estaba destrozando todo.

\* \* \*

Con un millar de cosas en mi cabeza llegué ante la puerta de la casa de mi hermana, y respiré profundamente para intentar tranquilizarme y ordenar mis ideas. Sabía que hablar con ella me ayudaría y juntas podríamos resolver el problema donde me había metido. Sarah era la única persona en el mundo que me conocía de verdad, y solo ella conseguiría entenderme y darme una solución. Llamé llena de esperanza a su puerta, y esperé impaciente a que me abrieran.

—¿Pero qué tenemos aquí? —la voz de Tilde fue acompañada de unos brazos que se abrieron para recibirme.

—¡Hola Tilde!, he venido a haceros una visita —traté de sonar con normalidad.

—¡Eso está bien!, ya creía que te habías olvidado de nosotros.

Me perdí en su fuerte abrazo y le sonreí algo más reconfortada.

—¡Eso nunca!

—¡Sí claro, eso lo dices ahora!, pero cuando estés delante de tu galán volverás a olvidarnos y a tener tiempo solo para él

Sonreí de forma tímida ante sus palabras, y traté por todos los medios de alejar la tristeza de mi rostro, pero algo debió de notar en mi expresión pues me dijo:

—Tranquila niña, comprendo que hace poco que estáis juntos y preferáis estar solos. Es más, si yo estuviera en tu lugar, lo tendría bien atado a la cama para no desaprovecharlo.

Le regalé una pequeña sonrisa por su comentario y me sentí aliviada porque malinterpretara mi semblante. Pero sobre todo, me di cuenta de lo mucho que me costaba sonreír, cuando siempre había sido algo natural en mí.

—¡Tilde no le des más ideas o dejaremos de verla!

La voz risueña de mi hermana llegó hasta nosotras y al levantar la mirada, la vi bajando por la escalera en nuestra dirección. Nada más llegar a mi lado nos abrazamos como era costumbre entre nosotras, y disfruté por sentirme otra vez como una niña que era reconfortada.

—¡Ven, llegas a tiempo para un café! —me comentó mi hermana mientras me llevaba hasta el salón.

—Podrías haber venido a comer, hoy hice pierna de cordero como le gusta a ese rufián tuyo —me dijo con tono dictatorial Tilde.

—Teníamos muchas cosas que hacer —le contesté a modo de disculpa, y tratando de no levantar sospechas.

—¡Ya me imagino! ¿Y qué? ¿Lo has dejado descansando en la casa?

—¡Tilde, no seas tan indiscreta! —le soltó Sarah regañándola pues yo, completamente sonrojada, me sentía incapaz de contestar.

—¡Tonterías!, además tú eres peor que ella —repuso pícaro buscando sonrojarla también.

Sonreí levemente pues conocía el carácter de Tilde, y sabía que podía pasar toda la tarde discutiendo hasta agotarte para quedarse ella victoriosa, aunque no tuviera razón.

—Será mejor que entremos al salón antes de que consiga sonrojarnos más —les dije a ambas tratando de poner fin a sus picantes contestaciones.

Las tres entramos en la habitación encontrándonos, como era habitual cada domingo, a mis sobrinos que estaban jugando sin percatarse de nada de lo que pasaba a su alrededor, y a su padre Alan tan absorto como ellos mientras los acompañaba en sus juegos.

Los tres estaban sentados en el suelo mientras hacían carreras de coches teledirigidos y no paraban de reír, gritar y por supuesto hacer trampas. Estaban de espaldas a la puerta por lo que no nos vieron entrar, y apostaría todo mi dinero a que ni siquiera escucharon el timbre de la puerta cuando llamé.

—¡No sé cuál de los tres es el peor! —dijo Sarah tratando así de llamar la atención de su marido, que estaba enzarzado en hacer volcar el coche de su hija Katie.

—¡El padre por supuesto! —no tuvo que pensarlo mucho Tilde.

—Cariño, enseguida estoy contigo, solo me queda dar una vuelta y habremos acabado —le contestó Alan sin levantar siquiera la vista del vehículo teledirigido.

—¡Mamá, papá está haciendo trampas! —se quejó su hijo más pequeño David que parecía haber sido eliminado, y ahora estaba tratando de llamar la atención de los demás colocándose delante para vengarse.

—¡El tramposo eres tú! —le soltó su hermana, junto con un empujón para apartarlo que lo tiró al suelo.

Su madre, que lo conocía mejor que nadie, sabía que eso era una declaración de guerra en toda regla y que lo mejor de la tarde estaba aún por llegar. Por ello, poniendo los ojos en blanco y pidiendo paciencia, dijo lo más serena que pudo:

—¡Que sería de las tranquilas tardes de domingo si no tuviéramos una buena riña!

—¡Aburridas! —afirmé convencida recordando las veces que mi hermana y yo habíamos hecho lo mismo, o cuando no hace tanto tiempo jugaba con mi cuñado y mis sobrinos siendo la peor de todos.

—¡Sin lugar a dudas! —repuso Tilde tras de mí, pues seguro que también recordaba el alboroto de esos días.

Fue entonces cuando los niños, sin percatarse aún de mi presencia, se lanzaron sobre el tramposo de su padre, pues había aprovechado ese momento de empujones para colarse y ahora reía victorioso y sin soltar el mando. Con una sonrisa en los labios salimos del salón para dejarles solos con sus juegos, y nos dirigimos a la cocina, mientras un caos de risas y gritos se quedaban en la habitación.

—Será mejor que nos tomemos el café aquí. De lo contrario vamos a acabar todos locos —dijo Sarah aún divertida por el recuerdo de su marido y sus hijos jugando felices.

—Desde luego será menos peligroso —soltó Tilde también complacida ante la estampa familiar que habíamos dejado atrás.

Sarah y yo tomamos asientos en nuestros lugares de siempre, mientras Tilde se ocupaba de preparar el café y sacar unas galletitas de mantequilla. Sin poder evitar por más tiempo su curiosidad, mi hermana pasó al ataque con su interrogatorio.

—Bueno, cuéntanos qué tal fue tu San Valentín.

—Me pidió en matrimonio —les conté sin pensar.

En cuestión de un segundo los gritos, saltos y abrazos fueron más escandalosos que el ruido que provenía del salón. Sarah me sujetaba como si fuera un muñeco de trapo entre sus brazos, sin querer cederme a Tilde que reclamaba su turno. Ante el miedo de morir desmembrada, concluí que era mejor soltar toda la bomba cuanto antes.

—Le dije que no —tuve que gritar para ser oída.

Un segundo después el silencio volvió a inundarlo todo. Sarah me soltó mirándome incrédula, sin saber si tomarse en serio mis palabras. Solo pude volver a sentarme abatida, agachando la cabeza por culpa de la vergüenza que estaba sintiendo.

—O eso es lo que creo recordar. No estoy muy segura —les dije sabiendo lo estúpido que sonaban mis palabras.

—¿Cómo que no lo sabes? —soltó Tilde enfadada—. Solo tienes dos opciones: sí o no, no creo que se necesite mucha memoria para recordar algo así.

—No es tan fácil —seguía sin poder mirarla a la cara, pues cuanto más hablaba más absurdo me parecía todo.

—¿Estabas borracha? —me preguntó Tilde colocando sus brazos en jarra.

—No —le contesté.

—¿Drogada? —prosiguió acentuando su tono de censura.

—¡No! —le aseguré indignada por haber pensado algo así.

—¡Entonces dormida! —repuso convencida, dándome cuenta de que estaba tratando de decirme que no entendía por qué le había contestado con un no.

—Tampoco —le indiqué mientras me llevaba las manos a las sienes, al estar empezando a sentir un fuerte dolor de cabeza.

—¡Pues no entiendo nada! —Dijo enfadada—. Sarah, lo dejo en tus manos a ver si tú te enteras de algo.

Dicho esto salió de la cocina a paso ligero dejándonos a solas, y por supuesto, sin abandonar su ceño fruncido. Tilde me conocía muy bien, y sabía sin lugar a dudas, que necesitaba hablar con mi hermana para aclarar mis ideas respecto a lo sucedido la noche anterior.

—Mary, será mejor que empieces por el principio —me pidió Sarah con voz serena, mientras tomaba asiento a mi lado y me cogía de la mano.

—Va a llevarme un buen rato contártelo todo —repuse haciendo grandes esfuerzos para no llorar.

—Dispongo de todo el tiempo que necesites.

Al mirarla a los ojos sentí su cercanía y su calor, y supe que me encontraba ante la persona que más necesitaba en ese momento para hacerme sentir mejor. Pues tras pensarlo

fríamente, cada vez estaba más confundida, y sobre todo más incrédula, al no haberle dicho sí al hombre que amaba.

Durante un tiempo que me pareció interminable, le conté todo lo que me había pasado desde que regresé al trabajo, pues ella ya sabía lo de mi agresión y lo maravilloso que se había portado Christian conmigo.

Le hablé de cómo escuché en los baños los escandalosos comentarios de mis antiguas compañeras de trabajo, así como los motivos de mi jefe para contratarme y mi posterior renuncia. También le hablé de la amenaza que había recibido por correo, y del ataque de pánico que había sentido después.

Le confesé todas las veces que me había callado las pesadillas, como también le conté sobre las fobias que me atormentaban a diario. Le dije que me lo había callado todo aun sabiendo que era un error, para no hacerle sentir culpable, o simplemente por no querer verlo triste por mi culpa.

Le confié mi decisión de ocultárselo todo hasta después de San Valentín, y como su pedida de mano me había pillado tan de sorpresa que no había sabido reaccionar, y ahora lamentaba el daño que le estaba causando. Le abrí mi corazón y no callé nada de lo que pasó la noche anterior, como también le resumí lo que había sentido o pensado en estos días de incertidumbre.

Sarah me escuchó en silencio sin interrumpirme, y sin apartar su mirada de la mía, dejando que saliera todo lo que guardaba en mi interior, haciendo que me sintiera mejor después de mucho tiempo bajo una permanente agonía. Conforme iba hablando me daba cuenta de lo necia que había sido en ocasiones, por no haber sabido encajar bien los golpes y no haber confiado en nadie. Cuando llegué al final de mi relato Sarah suspiró, y dio el último sorbo a su café frío.

—Siento que tuvieras que pasar por todo esto tú sola. Debiste habérmelo contado antes o mejor aún, habérselo dicho a Christian.

—No quería preocuparos.

—¡Mary! —sonó con voz resignada—. ¿Es que no sabes que tú nunca molestas? Hemos tenido esta conversación un millón de veces, pero sigues sin creértelo —tratando de hacerme entender me preguntó—. ¿Te molestaría si yo un día fuera a tu casa y te pidiera ayuda?

Negué con la cabeza pues sabía que jamás se me ocurriría hacerle algo así a alguien a quien amo.

—¿Entonces por qué crees que nosotros haríamos algo diferente? ¿O acaso piensas que te daríamos la espalda?

Seguí negando, pues estaba segura de que eso sería imposible y me di cuenta, por segunda vez en pocos minutos, de lo mal que lo había gestionado todo por querer callarlo y solucionarlo a mi manera.

—¡Lo siento! —fue lo único que pude decir antes de romper a llorar y de cobijarme en sus brazos.

—¡Tranquila pequeña, ya pasó! —me repetía sin descanso mientras me consolaba con sus palabras de cariño.

No podía apartar de mi cabeza todas las veces que me había equivocado, pero el dolor que sentía en mi pecho fue calmándose con cada lágrima que derramaba, hasta que poco a poco me tranquilicé lo suficiente para poder dejar de llorar.

—Y ahora, ¿qué te parece si hablamos de lo que piensas hacer?

Asentí mientras me secaba los ojos y empezaba a vislumbrar una salida para todo este dolor que me rodeaba.

—Yo creo que deberías tener esta misma conversación con Christian —me dijo con actitud cariñosa.

—Lo sé, le debo muchas explicaciones. No estoy segura de porqué actué así, aunque creo que fue por culpa del miedo a perderlo todo. Me siento tan culpable de ser la causa de tantos problemas que me cuesta afrontarlo.

—Mary cariño, es increíble que una mujer tan decidida y fuerte como tú, en realidad sea tan insegura. Te he dicho siempre que debes aprender a confiar más en ti y en los que te rodean, pero te empeñas en hacer las cosas a tu manera, y al final acabas sintiéndote sola y desamparada.

Sarah me estrechó la mano contra las suyas, y me miró fijamente a los ojos, intentando hacerme ver de esta manera que estaba hablándome con el corazón y la verdad.

—Tienes gente a tu alrededor que te ama y haría cualquier cosa por ti, solo tienes que pedir su ayuda sin necesidad de sentirte una cobarde por eso.

—Me lo has dicho muchas veces y ya sabes lo que siempre te contesto.

—Cómo voy a olvidarlo. Quieres ser autosuficiente y hacerlo todo por tu cuenta, pero no perderán valor tus actos si recibes algo de ayuda. Déjate aconsejar. Sé que Christian es un hombre influyente y mientras estés con él su sombra te perseguirá, pero no tiene por qué ser algo malo. Si eres inteligente, cosa que lo eres, sabrás como salir adelante y usarlo como ventaja. Y en cuanto a lo demás, es tu vida personal y no soy quien para juzgarla, pero si yo fuera él no me haría ninguna gracia que la mujer a la que amo no confiara en mí.

—Pero no es por falta de confianza, es más bien por no querer perjudicarlo. No soportaría hacerle daño.

—Mary, en las relaciones a veces haces sufrir a tu pareja. Es posible que aun sin querer, hagas o digas algo que no debes, o simplemente no te des cuenta de que estás apartando a tu compañero. Porque es eso lo que sois, compañeros para lo bueno y lo malo, y si no lo sientes así vuestra relación estará incompleta. Creo que hiciste bien en decirle que no estabas preparada, si de verdad no estás dispuesta a dar este paso y entregarte por entera a él.

—Pero yo quiero dar ese paso, quiero tener una relación completa y entregarme, es solo que no sé diferenciar muy bien donde empezamos nosotros y donde termino yo. No sé si me entiendes.

—Quieres saber hasta dónde llega tu privacidad y qué es lo que tienes que compartir, ¿no es así?

—Sí —afirmé feliz de poder compartir estos pensamientos con alguien, y que esa persona me entendiera.

—Es difícil saberlo ya que en cada persona es diferente, pero según mi experiencia, ambas cosas se funden en una sola. Aunque siempre habrá una parte de ti que es solo tuya, la verdad es que terminas compartiéndolo todo con el hombre al que te has unido. Si no es así, la relación no llegará muy lejos, pues siempre habrá secretos y tensiones entre vosotros. Es mejor que le abras tu corazón, y él se habrá a ti desde el principio y con la mayor honestidad.

—Es difícil para mí.

—Lo es para todo el mundo, cariño. No es sencillo volcar todo tu ser en otra persona, ya que debes de estar muy segura de tus sentimientos y los de él. Pero yo creo que Christian te ama profundamente y no te dañará de forma consciente, pero lo que de verdad importa es que podrás contar con él.

Acariciando mi mano con ternura suspiró, y con todo su amor y la experiencia que le dan los años de matrimonio me dijo:

—Ahora tienes que pensar si tú también le amas, y qué estás dispuesta a sacrificar por él.

—¿A qué te refieres? —no estaba muy segura de lo que me pedía.

—Eres muy orgullosa y quieres enfrentarte a los dragones tú sola. Pero debes pensar que ahora tienes a tu lado a alguien para ayudarte y cobijarte. Debes decidir si es más importante conseguir las cosas por ti misma, o si le dejas que te dé la mano para enfrentarnos juntos al mundo.

—No quiero que parezca que me estoy aprovechando de él —le aseguré decidida.

—Si solo recibieras su ayuda y no hicieras nada para merecerla, o para recompensarle por su apoyo, entonces sí parecería que eres una aprovechada. Pero te conozco, y sé que harás todo lo que esté en tus manos para demostrarle que vale la pena abrirse a ti y amarte.

—Tengo tanto en lo que pensar. Pero tienes razón, tengo que tomar una decisión y ser consecuente con lo que siento.

Me encontré vacía por dentro al no sentirlo cerca, pero sobre todo caí en la cuenta de lo estúpida que había sido, por no haber sabido avanzar en mi relación y por no haber pedido consejo cuando lo necesitaba.

—Eso es pequeña, y recuerda que no estás sola.

Mirando con retrospectiva me di cuenta de que había varias cosas de la que estaba completamente segura: la más importante de ellas era que amaba profundamente a Christian y no estaba dispuesta a perderlo, y la otra era que debía apartar mi presunción y aprender a pedir su ayuda.

Sabía que ambos éramos personas orgullosas, y eso podría traernos problemas en el futuro, en caso de que no aprendiéramos a convivir con ello. Por eso era esencial que empezáramos cuanto antes a intentarlo.

—Voy a hacer que esto funcione —le indiqué segura a Sarah.

—Estoy convencida de ello —me respondió sonriéndome, dándome así confianza y fuerza.

—¡Hola Mary!, no sabía que estabas aquí —la voz de Alan desde el umbral de la puerta nos hizo volvernos para mirarlo.

—He venido hace un rato —le contesté.

Me levanté para recibir un par de besos en mis mejillas, como era nuestra costumbre saludarnos, y volví a sentarme mientras él se dirigía al frigorífico para beber agua.

—No te has dado cuenta al estar tan entretenido con tus hijos —le repuso una sonriente Sarah, pues siempre le recibía de esa manera.

—Cariño, sabes que si te descuidas te devoran —le respondió Alan.

—Claro, por eso te has revolcado por el suelo con ellos. Para defenderte —repuso siguiéndole el juego.

—Solo estaba protegiendo mi vida —le contestó acercándose a ella para después morderla en el cuello y hacerle dar un grito.

—¡Fuera de aquí, rufián! —le dijo mientras le empujaba para apartarlo de ella.

—¡Está bien, me voy! —le habló mientras se alejaba—. Pero que sepas que no me he rendido y volveré por ti.

—Como quieras, pero ahora vete a jugar con tus hijos.

—¿Me estás echando? —se volvió juguetón hacia su mujer con una mirada pícaro en sus ojos, demostrándole que con quien quería jugar era con ella.

—¡Alan! —soltó entre enfadada y divertida con la intención de frenarlo, pues sabía que si empezaban con sus coqueteos no podrían parar.

—¡Está bien, tú ganas, me voy! —Cuando ya estaba a la altura de la puerta se volvió y me preguntó—: ¿Te apuntas a una partida?

—En seguida voy —le contesté.

—Tengo que contarle como fue la cita de Tilde —nos dijo Sarah.

—¡Es verdad, lo había olvidado! —repuse feliz de poder recibir buenas noticias, o por lo menos divertidas.

—Entonces os dejo a solas mientras vigilo para que no os pille hablando de ella a escondidas.

—Eres muy amable amor.

—De amable nada, esta noche vas a tener que recompensarme —señaló guiñándole un ojo, para que le quedara claro lo que pretendía.

Los tres sonreímos mientras Alan se alejaba y Sarah me decía:

—Como se nota que es abogado.

—¡Bueno, cuéntame! —Solté impaciente—, creo recordar que llevan una semana juntos, ¿no?

—Así es, este fin de semana era su segunda cita, aunque no ha parado de ir a la carnicería a diario —me contó sin poder ocultar su diversión—. Si me pone otro filete para comer me vuelvo vegetariana.

Ambas nos reímos y pude olvidar por un momento el torbellino que era mi vida.

—¡Dime cómo le fue!, quiero todos los detalles.

—No estoy muy segura ya que no quiere contarme mucho, pero al parecer le regaló una flor y la ha traído esta mañana. Pero lo mejor de todo es que la ha colocado en la habitación de invitados, para que nadie se la toque, y cada media hora sube a mirarla.

—¡No me digas!, tiene que ser un auténtico adonis —señalé encantada de saber que Tilde estaba viviendo un romance.

—Eso es lo más curioso, pues es completamente opuesto a ella.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté sin poder disimular mi lado más fisgón.

—Solo lo he visto una vez, ya que Tilde es la que se ocupa de la compra, pero por lo que recuerdo es un hombre delgado y no muy alto que siempre está sonriendo. A mí me pareció una persona muy afable y educada.

—Es decir, todo lo contrario que Tilde —afirmé divertida, consiguiendo que sonriéramos.

Las dos la conocíamos desde hacía muchos años, y por eso sabíamos que su fuerte carácter podía hacerte creer que era estricta, cuando en realidad poseía una gran ternura.

—Algo así, ya conoces su genio y sabes que tienes que conocerla muy bien para percibir su peculiar sentido del humor.

—Sí, lo sé, pobre hombre, espero que no acabe corriendo con el rabo entre las piernas.

Sin poder evitarlo nos echamos a reír a carcajadas al evocar su imagen.

—Me cuesta imaginar juntos a una pareja tan peculiar. No solo por lo físico, sino también por su forma de ser.

—Bueno, dicen que los polos opuestos se atraen —le contesté.

—Pues entonces éstos se deben atraer mucho —me dijo Sarah y volvimos a reírnos a carcajadas.

—Será mejor que nos calmemos o va a sospechar que estamos hablando de ella —me indicó con lágrimas en los ojos por culpa de la risa.

—Tienes razón. Y dime, ¿no te contó nada cuando llegó?

Sarah colorada me respondió:

—La verdad es que no sé a qué hora regresó. Contratamos a una muchacha para que se quedara con los niños toda la noche, mientras Alan y yo nos quedamos en un hotel.

—¡Vaya!, eso suena muy romántico —apunté feliz por ellos y lo bien que marchaba su matrimonio tras largos años, pero con una puntilla de celos al desear tener una relación como la suya.

—Fue nuestro regalo de San Valentín, pasar una velada romántica los dos solos —me comentó con un brillo especial e intenso en sus ojos.

—Una fantástica idea. Me imagino que a Alan le encantó el plan.

—Estaba más contento que un niño en una tienda de caramelos.

—Me lo imagino —le dije al ver su cara roja como un tomate y su sonrisa soñadora.

—Por la mañana vi la flor en la habitación, y cuando le pregunté qué tal su noche, solo me dijo que bien y se fue sin contarme nada, aunque como has visto está muy risueña y la he pillado tatareando un par de veces.

—Debió de ser una noche interesante —le afirmé divertida.

—Sí, creo que lo fue para las tres.

De pronto recordé mi noche de celebración fracasada, y lo especial que pudo haber sido si no hubiera sido tan cobarde, y suspiré resignada pues no podía cambiar el pasado, aunque me sentía dispuesta a enfrentarme al futuro.

—Creo que iré un ratito a jugar con los niños y luego me iré a casa.

No sonaba muy convencida de querer marcharme, pero sabía que tarde o temprano debía volver y resolver el conflicto que había creado mi declaración, por no tener una respuesta clara. Le debía varias explicaciones, y por mucho que me costara, Christian se merecía eso y mucho más.

—Sabes que puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Lo sé, pero tengo que afrontar las consecuencias.

No estaba segura de qué me encontraría al regresar a casa, pero si quería pasar el resto de mi vida con el hombre al que amaba, debía empaparme de coraje y hablar con él. Tal vez aún no estaba preparada para abrirme por completo, pero sin duda le debía un par de explicaciones y un intento de confiarle todo lo que guardaba.

Nos levantamos de nuestros asientos y nos fuimos hacia el salón para pasar un rato con la familia. Nada más salir vimos a Tilde bajando las escaleras, mientras tatareaba una cancioncilla, sin percatarse de que estábamos delante de ella observándola.

—Seguro que viene de ver otra vez la flor —me susurró al oído Sarah.

Seguimos nuestro camino, disimulando como pudimos nuestras sonrisas, y continuamos la tarde intentando no contar las veces que Tilde subía las escaleras, para perderse durante unos minutos y volver a bajar satisfecha.

Durante el tiempo que pasé con ellos pude relajarme un poco, pero en ningún momento pude olvidar a Christian caminando solo y abatido por las calles, y en mi

metedura de pata de la noche anterior. Sin lugar a dudas algo debía cambiar entre nosotros, o los problemas acabarían destruyéndonos.

Tras pasar una hora con mi familia me sentí recargada, y sobre todo decidida a resolver los problemas con Christian. Me marché a casa donde encontré una solución que nunca había pensado, y por primera vez en mi vida, temí por mi cordura.

\* \* \*

Entré en el piso, ya oscuro por lo avanzado de la tarde, sin ver ni escuchar nada en su interior, por lo que temí que Christian aún no hubiera regresado de su paseo, o lo que era peor, pensé que me había abandonado y nunca más le volvería a ver. Avancé despacio hasta encender las luces del salón, y para mi sorpresa, vi a un hombre frente a los grandes ventanales de espaldas a mí contemplando la ciudad.

Solo tardé un segundo en reconocerlo, ya que una persona como él es inconfundible, por lo que pude volver a respirar tranquila. Mostraba aún de espaldas una arrogancia y un carisma exclusivo, pues no había un individuo igual en toda la tierra como lo era mi Christian. Al percatarse de mi llegada se giró, y pude ver una expresión seria y triste que no me auguraba nada bueno.

Tenía el pelo revuelto y unas ojeras que me indicaban que aún no había podido dormir. Parecía decaído y distante mientras me miraba fijamente con las manos en los bolsillos, como temiendo tocarme aun estando a varios metros de distancia. No había calidez en su actitud, ni su mirada era dulce, y solo pude avistar un destello de resolución que me confundió aún más de lo que ya estaba.

El hombre que tenía ante mí era una sombra oscura, distinta del Christian con quien había compartido nuestro amor, y con un dolor en sus ojos que achacó a todo el daño que le estaba causando por mi inseguridad.

—Te estaba esperando —me dijo y pude notar un tono de voz áspero que no había escuchado antes.

—He estado en casa de mi hermana —le contesté sintiéndome más angustiada a cada segundo que pasaba.

—Me lo he imaginado.

Durante un minuto que nos pareció eterno no supimos qué decirnos, y solamente pudimos mirarnos sin querer ser el causante de romper el silencio. No sé lo que él estaba pensando, pero yo estaba aterrada al imaginarme diciéndole algo que pusiera las cosas más difíciles entre nosotros.

—Yo...

—Sé...

Empezamos a hablar ambos a la vez, para después callarnos de golpe. Se notaba que estábamos nerviosos y no sabíamos cómo empezar.

—Creo que será mejor que nos tranquilicemos —repuso él.

Sonreí levemente para demostrarle mi conformidad, y di unos pasos hasta llegar a la altura del sillón donde dejé mi abrigo. Él no se perdió ni uno solo de mis gestos mientras permanecía inerte observándome, como si quisiera memorizar cada uno de ellos, o como si le costara apartar su mirada de mí por alguna extraña razón que desconocía.

—Mi familia te manda recuerdos —le comenté tratando de parecer tranquila, aunque en realidad me estuviera temblando todo el cuerpo.

Sin embargo él parecía calmado y con una determinación en la mirada cada vez más visible. Ante mi comentario simplemente contestó a mis palabras con una sutil inclinación de cabeza, acabando de esta manera mi intento por mantener una conversación, y mi excusa para darme tiempo a pensar qué estaba pasando.

El ambiente a nuestro alrededor me parecía cada vez más frío por la rigidez de nuestras expresiones, y el silencio que imperaba en la habitación, pero no sabía cómo romper la barrera que estábamos construyendo y a cada segundo parecía más grande. Cuando decidida quise volver a intentarlo, Christian me cortó diciéndome:

—Mary, tengo que decirte algo.

El tono seco de su voz me indicó que no me gustaría lo que tuviera que decirme, y por primera vez en todo el día, sentí auténtico temor de haber llegado a un punto sin retorno en nuestra relación.

—Te escucho —le indiqué con voz estrangulada.

—Tengo que hacer un viaje a Los Ángeles de quince días.

En cierta manera respiré aliviada, al no escuchar de sus labios una despedida.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Fue entonces cuando lo comprendí todo. Estaba alejándose de mí. No íbamos a enfrentarnos a nuestras dudas, ni tendríamos una charla sobre lo que queríamos o buscábamos, pues al parecer ese momento ya había pasado, y como siempre yo me lo había perdido.

Ahora estábamos en la parte en donde él se marchaba con la tonta excusa de dejar que las cosas se enfriasen por un tiempo, mientras pensábamos lo que ambos queríamos de nuestra relación, y a su regreso nos enfrentábamos a la temida verdad y a sus consecuencias.

No me sentí preparada para ello y quise retroceder en el tiempo para gritarle ante su petición de mano un: “Me equivoqué. Sí quiero”. Pero las palabras se quedaron traidoramente clavadas en mi garganta, sin darme la oportunidad de rectificar. Aún así, quise hacerme la ingenua y le pregunté apenas sin voz.

—¿Me llevarás contigo?

Durante unos segundos tuve en mis manos la esperanza de un sí, pero su rotunda negativa como respuesta destruyó de un manotazo todas mis esperanzas.

—Es un viaje de negocios.

Sabía que me había dicho una mentira, pues de ser cierto me lo habría mencionado mucho antes, pero no quise llamarlo mentiroso o acusarlo de cobarde por huir, cuando yo había obrado igual no hacía mucho tiempo.

—Comprendo —fue lo único que acerté a decirle.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, cuando me di cuenta que esa misma palabra había utilizado Christian cuando no le di el sí quiero, y pensé que el karma me estaba pagando con la misma moneda, al ser ahora yo la que sufría por su negativa. Un castigo que sin lugar a dudas me merecía, pero que dolía demasiado.

—Creo que nos vendrá bien estar solos durante una temporada.

Pero si creía que no podía sentir más dolor en el pecho estaba muy equivocada. Cada una de sus palabras se me clavaron como puñales al rojo vivo desgarrándome al pensar, que él prefería apartarse de mí antes que pelear por nosotros. Me sentí traicionada a la vez que culpable por ser la causante de esta separación, pues era, sin lugar a dudas, el resultado de mi negativa a casarme con él.

—Yo no quiero que te vayas.

No supe hacer otra cosa más que ser sincera y decirle lo que deseaba. Mi única esperanza de acabar con esta tortura era hacerle ver lo arrepentida que me sentía por ser la culpable de este dolor.

—Pero esto no depende de lo que tú quieras, sino de lo que tengo que hacer —me contestó dejando bien claro que no pensaba ceder.

—¿Te marcharías si te rogara que te quedaras? —le pregunté para intentar averiguar si todavía había esperanzas para que se quedara.

—¡Mary no te entiendo!, ¿Ahora me quieres a tu lado? Cuando te digo que me voy me necesitas y cuando te digo que quiero estar siempre contigo me apartas. ¡No sé a qué estás jugando, pero yo no voy a seguirte como un tonto!

Su voz iba subiendo conforme hablaba y su semblante tranquilo se transformó en agresivo. Noté como apretaba los puños dentro de los bolsillos para tratar de volver a serenarse, y lo escuché suspirar para calmarse.

Ante su acusación no supe qué decirle, pues sabía que tenía toda la razón, y no tenía derecho de pedirle nada. Pero no podía dejar que se alejara sin más, pues no me lo perdonaría nunca.

—Sé que no tiene sentido y ahora mismo me ves como una manipuladora o una niñaata, pero te juro que no estoy jugando a nada, tan solo quiero que no me dejes.

—No te estoy dejando, solo me voy de viaje durante unos días, ¡eso no es un adiós!

—Pero temo que lo sea.

—Yo no soy el que necesita pensar lo que siente, sino más bien el que como un iluso se puso de rodillas pidiendo tu amor.

Ahí estaba la acusación que tanto había temido escuchar, pues sabía que cada una de sus palabras eran verdaderas. Le había desilusionado y herido, creando un abismo entre

nosotros que nos costaría cerrar. Él había estado a mi lado soportando mis dudas haciéndose el duro, pero sabía que su corazón estaba dañado, al igual que su orgullo.

—Sé que esa noche me equivoqué, debí haberte dicho que sí quería pero... —no sabía cómo explicárselo para no apartarlo más de mi lado.

—No hace falta que me des una explicación pues ya no se puede volver atrás. Además, ahora soy yo el que necesita espacio y por eso he decidido hacer este viaje.

—¿Pero no crees que no sería mejor sentarnos los dos a hablar?

Él suspiró mientras me miraba fijamente como evaluando la situación. Cuando segundos después tomó su decisión, simplemente me dijo:

—Ya es tarde para eso.

Sin más respuestas por darme, y sintiendo que perdía su determinación por seguir adelante, se giró sin más y fue hasta nuestro dormitorio. Le seguí sin estar dispuesta a acabar así la conversación, ya que no quería que saliera por la puerta de lo que hasta el momento era nuestro hogar, al poder significar que lo perdería para siempre.

Cuando entré en la habitación, me quedé de piedra, pues a los pies de nuestra cama ya tenía hecha la maleta, y supe que tan solo me estaba esperando para decirme adiós.

—¡Así que te vas sin más!

Tras el desconcierto que sentí me vino una oleada de furia, al verme incapaz de hacerle cambiar de opinión.

—¡Sin más no!, llevo tiempo sintiéndome un cero a tu lado y necesito saber qué lugar ocupo.

Su declaración, junto a la rabia con que fue dicha, me dejaron de piedra, pues no sabía que él se sentía así.

—¿Acaso no sabes que te quiero? ¿Cómo puedes dudarlo si te lo he hecho saber todos los días? —le pregunté con el coraje de una mujer que siente como le han roto el corazón.

—Esas mismas preguntas te las podía hacer a ti.

Ni siquiera me miró a la cara cuando me hirió con su verdad. Tan solo cogió unos documentos, y unas llaves de su mesita de noche, y se dirigió al baño sin ni siquiera mirarme.

—Siento todo lo que te he dicho o como te he hecho sentir. Creía que estábamos bien juntos —le solté a cada segundo más desesperada.

—Yo también lo creía.

Me dijo al salir del baño, con un pequeño neceser en la mano que dejó sobre la cama y una expresión fría en el rostro.

—Mary, sé que me quieres, pero al parecer eso no es suficiente para ti y yo lo quiero todo —se acercó y me cogió por los hombros sin apartar su mirada de la mía—. Quiero una mujer que esté segura de lo que siente por mí, ya que no estoy dispuesto a mendigar por su amor. No quiero tener que esperar a que te decidas si quieres seguir

adelante o si prefieres estancarte en una relación sin rumbo. ¡Quiero más, mucho más! Pero al parecer tú no estás dispuesta a dármelo, y yo ya estoy cansado de tener esta misma conversación, pues si no recuerdo mal, ya hemos pasado por esto y aún no hemos solucionado nada.

—¿Y si te dijera que sí? ¿Que también quiero ir hacia adelante? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—Te diría que nuestras direcciones son diferentes —me soltó y dio un paso atrás haciendo crecer el frío entre ambos—. Tú quieres estar en una relación tranquila sin altibajos ni complicaciones, pero yo no me siento así cuando estoy contigo. Es más bien pura pasión, como una especie de necesidad de poseerte con desesperación. No sé muy bien cómo explicártelo, pero no puedo seguir así. Siento que no te hago feliz, que no consigo acercarme a ti y darte lo que necesitas, y poco a poco nos vamos alejando — clavándome sus ojos me dijo—: Ya no quiero seguir fingiendo que todo marcha bien, o tener que mirar hacia otro lado cuando veo tus lágrimas y siento tu silencio.

Después de romperme en dos como lo había hecho, me dio la espalda y cogió la maleta y el neceser. Me sentí desfallecer ante la sensación de estar perdiéndolo por mi culpa. Tenía que hacer algo y pronto, quizás demostrarle que yo también sentía ese fuego por él, esas ganas de estar a su lado y de entregarme, pero no sabía cómo expresar con palabras todo lo que guardaba en mi interior, y la oportunidad de retenerlo se me estaba escapando de entre los dedos.

Solo se me ocurrió una solución para retenerlo a mi lado. Con la visión nublada por culpa de las lágrimas me acerqué a él y le supliqué:

—¡Christian por favor... no me dejes!

Mis palabras salieron reflejando todo el amor y el dolor que estaba sintiendo en ese momento. Estaba dispuesta a cualquier cosa por no perderlo, aunque tuviera que rogarle para que no me abandonara.

—Mary, no me lo pongas más difícil.

Sin volver a dirigirme la mirada pasó por mi lado, dispuesto a salir de la habitación o tal vez de mi vida.

—¡No podré estar sin ti! —le aseguré con un murmullo pues apenas era dueña de mi voz.

Él se paró justo en el umbral de la puerta y sin girarse me indicó:

—Solo es un viaje de negocios.

—Júrame que volverás —le pedí con la voz rota por el dolor.

Esperé unos segundos su respuesta con el corazón a punto de romperse. No se giró, no me miró, tan solo con voz fría, distante y carente de emoción me dijo:

—Tengo que irme.

Y sin más lo vi salir de la habitación dejándome desolada, sola y completamente destrozada. Me dejé caer en el suelo a los pies de la cama, sin ser capaz de detenerlo, pues

mis piernas no podían seguir sosteniéndome. El dolor de mi pecho me asfixiaba dejándome sin respiración, mientras el temblor se iba apoderando de todo mi ser.

Quería salir corriendo tras él, gritándole que estaba confundido y que lo amaba como nunca nadie podría amarlo. Deseé ser más fuerte para poder aferrarlo a mi lado, aunque fuera a la fuerza, pero solo pude quedarme tirada en el frío suelo de lo que había sido nuestro dormitorio, sintiéndome en ese momento seca de lágrimas y esperanzas, mientras escuchaba como se alejaba y cerraba la puerta tras él.

Una fría desesperación se apoderó de mí, y me abracé juntando mis piernas y hundiendo mi cabeza entre ellas. No quería sentir este vacío, ni contemplar nuestro hogar sin él, ya que solo quería que regresara y me abrazara dándome su fortaleza y consuelo, como había hecho cada vez que lo había necesitado.

Fue entonces cuando se me pasaron un par de preguntas por la cabeza, haciéndome reflexionar sobre las últimas semanas de nuestra relación: ¿lo había reconfortado en algún momento? ¿Alguna vez me necesitó y no supe verlo? Recordé como lo había apartado de mi vida días antes, cuando decidí no contarle nada y supe que la culpable de todo era yo, al no haberme abierto a él, y al haber estado más pendiente de mis necesidades que de las suyas.

Con el alma desgarrada me dejé llevar por el dolor, jurando que esta sería la última vez que me escondía y no me enfrentaba a la realidad. Debía buscar soluciones y no silencios, enfrentarme al mundo y no esconderme de él. Tenía que volver a enfocar mi vida para que cuando Christian volviera, viera una Mary distinta, luchadora y con agallas, dispuesta a todo por conseguir su perdón y merecer su amor.

Le demostraría a su regreso que él era el dueño de mi corazón, así como el motor de mi fortaleza y el impulsor de mi pasión. Le haría ver lo importante que era para mí estar junto a él y compartir mi vida, y le pediría que se quedara a mi lado para siempre sin dudas o celos. Si regresaba.

Deshecha por una pena que me consumía fueron pasando las horas, sin que advirtiera como el día estaba llegando a su ocaso, o como los músculos se me agarrotaban al estar tanto rato sentada en el suelo. Ajena al mundo que me rodeaba, solo quise llorar todo lo que mi cuerpo me permitió, y cuando ya no sentí nada, quise empezar de nuevo.

Me sumergí en mi agonía y dejé que el tiempo pasara a la espera del final de esos quince días, deseando con todas mis fuerzas que él regresara, pues quería seguir siendo su ángel y su chica alocada y confusa que siempre mete la pata, y acaba haciéndole reír.

Pero sobre todo quería ser esa mujer que se estremece entre sus brazos, que lo enloquece de pasión y le hace olvidar el mundo que gira a su alrededor. Quiero ser su amante, su amor y su esposa, pero antes debo encontrarme para saber quién soy y siento.

Hoy continuaré desconsolada sin hacer otra cosa más que morirme de dolor, pero mañana juro que seguiré adelante, y lucharé con todas mis fuerzas para ser la mujer que siempre quise ser y él se merece, pues si algo he aprendido es a valorar los latidos que mi triste corazón da por él.

Cambiaré por mí, por él y por un futuro en común, esperando un nuevo milagro que me brinde una segunda oportunidad de estar a su lado. Porque lo amo, porque sé que él también me ama y porque merecemos ser felices.

Si algo merece la pena en esta vida es luchar por amor, pero hoy, sollozando en la penumbra de mi cuarto, solo siento el desgarró de haberlo visto marchar. Mañana me levantaré, y junto a los primeros rayos del alba, me llenaré de confianza para poderlo recuperar. Pero ahora, lo único que le pido al destino es que me deje llorar, pues sin él siento el vacío de no tener nada que me haga reaccionar.

Le amo, con mi alma, mi esencia y mi fe, con una certeza que me abrúma y con una convicción que me estremece. Con mi último aliento, con el consuelo que no siento, con todo mi ser y mi anhelo, lo amo, y por eso voy a conseguirlo, pues pronto lograré que él vuelva a mí.

## NOTA DE LA AUTORA

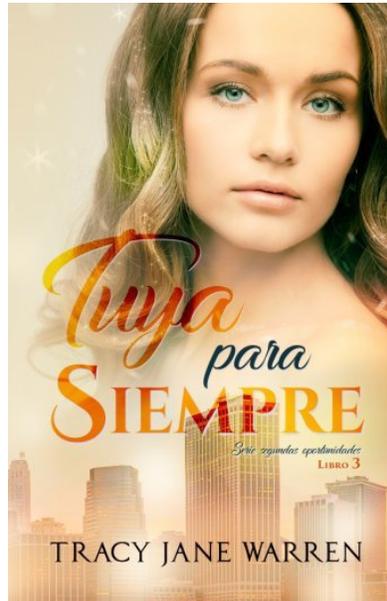
Esta novela está dedicada a esas mujeres que en algún momento de sus vidas se han sentido desprotegidas, débiles o perdidas. Pero sobre todo está dedicada a las valientes que aun estando hundidas, han sabido salir a adelante enfrentándose a sus miedos y al mundo entero para conseguirlo.

La historia de Mary, de cómo encontrarse a sí misma, así como de demostrar a Christian su amor, es una invención nacida de la realidad que nos rodea y que muchas mujeres viven en este momento. Espero que mis palabras hayan llegado a vosotras consiguiendo entreteneros, pero también haciéndoos sentir más fuertes, pues ese era mi único deseo.

Pero para acabar con esta trilogía permitirme que os robe una sonrisa, con una tercera entrega donde descubriréis lo que el amor es capaz de hacer para ganarle la partida a la desdicha.

Si queréis saber más de mí, de mi obra, o simplemente queréis poner os en contacto conmigo, buscadme en:

<https://lashermanaswarren.blogspot.com.es/>



**PRÓXIMAMENTE**

### **SINOPSIS**

¿Puede haber algo más romántico que un “sí quiero” cuando te lo pide el amor de tu vida?

Después de enfrentarse a tantas pruebas, de tanto sufrimiento por vencer, y de intentar encontrar el camino que lleva hasta el corazón de la persona amada, Christian y Mary pueden mirar al futuro con ilusión.

En esta tercera y última entrega descubrirás que son capaces de hacer dos personas enamoradas para conseguir la felicidad, y como un “sí quiero” es solo el comienzo de su bella historia.

Ríe, siente y emocionate con el final de esta trilogía.

**25 MARZO 2018**